



*En el
fondo
me quieres*

• ANNY PETERSON •



*En el
fondo
me quieres*

ANNY PETERSON

Copyright © 2019 Anny Peterson

All rights reserved.

Para Tati @lecturitatis,
por inspirarme esta historia.

Prólogo



Miércoles - Día del accidente

«Voy a matarla», pensé entrando en el hospital.

No era la primera vez que mi mejor amiga me mandaba un WhatsApp con nuestra palabra clave, reservada solo para emergencias de vida o muerte.

«PUMUKI». *Y va en serio. Ven al Gregorio Marañón lo más rápido que puedas. UCI, Planta 2. Entra preocupado preguntando por Laura Hernández y di que eres su prometido. ¡Date prisa!*

Que sí, que me bañaría en ácido sulfúrico por Emma, pero con ciertas condiciones. Y pedirme que entrara en un organismo público y mintiera, le iba a salir caro.

Era mi norma sagrada: «No hacer favores gratis», y menos, de ese calibre. No porque fuera un cabrón inhumano sin compasión, sino porque creía en la justicia poética, en el karma y en un equilibrio que, si te cargas con dones de buen samaritano, da la vuelta al mundo con efecto bumerán y te golpea en la nuca, por imbécil.

¿Cuántas veces me lo habrían dicho? «¡Podrías ganarte la vida como actor!». Siempre pensé que exageraban, pero cuando entré en la sala de espera, alterado, simulando un ataque de nervios, me sorprendí a mí mismo por mis dotes interpretativas.

—¿Saben algo de Laura Hernández?! —exclamé angustiado.

—¿Quién es usted? —preguntó una mujer mayor que me miró despectivamente de arriba abajo.

—¡Soy su prometido! ¡¿Qué se sabe?! —

Abrió la boca asombrada y no me pasó inadvertida la desazón que cruzó su

mirada.

—Está viva —intercedió Emma—, pero en coma...

Agaché la cabeza y rompí a llorar. ¿Cómo lo hice?

Solo tuve que acordarme de la maldita foto que llevaba todo el día revolviéndome las tripas. La había visto nada más despertarme; antes siquiera de enfocar la vista, agarré el móvil y me metí en Instagram. Puede sonar penosísimo, pero vivía solo, y comprobar una red social es lo más parecido a que te den los buenos días.

Aquella mañana de viernes, una imagen inesperada me golpeó como un gancho de derecha. Era Blanca, mi exnovia, agarrando del cuello a un tipo con el que juntaba su nariz mimosa. Joder, hay que ser masoquista para no dejar de seguirla en cuanto me abandonó por otro.

Me incorporé como si alguien me acabara de echar un cubo de agua fría a traición. Hacía solo cinco días que habíamos cortado, ni siquiera se lo había contado a nadie todavía porque aún cabía la duda de una posible reconciliación, así que, al ver esa confirmación, empezaron a arderme las retinas; una sensación que llevaba horas molestándome y que dejé salir, oportunamente, en el hospital. Fue perfecto.

Tomé asiento sujetándome la cabeza con las manos mientras asimilaba que Blanca ya había pasado página, esta vez, de verdad.

—No sabíamos que Laura tuviera novio... —se atrevió a decir la mujer.

—Llevamos año y medio saliendo —aseguré.

—Bueno, a decir verdad, nosotras llevamos tiempo sin verla, siempre está tan ocupada...

Pan comido.

Miré a Emma, y la vi cerrar los ojos aliviada.

Pronto un médico nos avisó de que, por el momento, no se podía hacer gran cosa por la paciente, excepto esperar.

—Yo me quedo aquí. No pienso moverme hasta que la vea —zanjé serio.

Al escucharme, curiosamente, la mujer mayor pareció reconfortada por no tener que ser ella la que sufriese la vigilia. Intercambiamos los teléfonos y no tardó en marcharse con su hija.

—¡Lo has bordado! —susurró Emma con énfasis en cuanto nos quedamos solos.

—¡Ya estás explicándote! —dije cabreado—. ¡Esto es un marrón!

—¡Tenía que hacerlo! ¡Han atropellado a esa chica por mi culpa y...! Es una larga historia.

—¡Cuéntamela con detalle ahora mismo!

—Te lo compensaré, te lo juro.

—No te quepa duda. Y ya sabes lo que quiero.

—Haré lo que sea.

Abrí los ojos sorprendido de que Emma cediese tan rápido a mi eterna petición. Pues era una feroz contrincante en cuanto a tratos se refería. ¡Era abogada, joder, y de las buenas!

—¿Por qué ha sido tan fácil? ¿Qué está pasando? —pregunté asustado.

Cuando me lo explicó todo, me entraron ganas de apagar me cigarrillos en los ojos. ¡Era una puta locura! Por lo visto, estaba convencida de que habían atropellado a una chica por su culpa, y no a cualquier chica, ¡a la escritora del momento! Las películas basadas en sus libros habían reventado la taquilla y mi mejor amiga había encontrado un *mapa del tesoro* en su bolso que marcaba con una X a su hermano perdido ¡nada menos que en Australia!, y a la muy chiflada se le había metido en la cabeza encontrarle, porque al parecer era su única familia. Pero ahí no acababa la cosa, de paso, ¡planeaba dejar el trabajo y tirar su carrera por la borda!, pero yo sabía que solo era una excusa. La verdad era que hacía solo quince días había terminado la relación más tóxica imaginable y ahora no tenía ni idea de qué hacer con su vida.

Meneé la cabeza disgustado al escucharla.

—¡Solo estaré fuera dos semanas! Te lo suplico. Cuida de Laura hasta que vuelva...

—Emma, ¿crees que dejar el curro y cambiar así de vida va a...?

—¡¿Qué vida?! —me gritó—. ¡Acabo de caerme de mi vida, joder!

Me quedé callado y enseguida pareció arrepentida. Sabía que odiaba que me gritaran. Desde siempre. Y no solía alimentarlos.

—Se acabó, Guille... —dijo más calmada—. Esto ha sido la gota que ha colmado el vaso, ¡tengo que hacer algo! Encontrar una solución...

Y supe que no se refería a Laura, sino a ella misma, aunque aún no lo supiera.

—Pues vete —cedí.

Emma me miró cauta y asintió con una determinación en los ojos que hacía mucho tiempo que le faltaba para todo; señal de que quizá alejarse de su vida fuera buena idea.

—Las dos que se acaban de ir me dan muy mala espina —puntualizó preocupada—. En el diario las pone a parir y Laura no tiene a nadie más, ¿la protegerás de los malos?

—Con mi vida —respondí pelicularo—. Busca a su hermano y tráelo a España. Te prometo que cuidaré bien de ella.

Por aquel entonces, confieso que Laura me importaba un pimiento. ¿Cómo no? ¡Ni siquiera la conocía!, y su estado no era nada esperanzador, iban a operarla de urgencia y me temí lo peor. Pero lo que más me preocupaba era cómo afectaría a Emma ese giro fatal en su (ya de por sí) frágil salud mental.

¿Quería que la vigilase? ¡Pues lo haría!, porque había dado mi palabra, pero nunca imaginé lo que esas visitas terminarían significando en mi vida.

DeBlack

“Los favores ni se pagan, ni se cobran, pero deben rentabilizarse.

Es la única forma de que no se conviertan en obligaciones”

Capítulo 1 - Cadena de Favores



Jueves - Un día después del accidente

A la mañana siguiente, llamé a Emma temprano.

Había estado toda la noche pensando en mil posibilidades por las que nuestro plan podría salir mal; estaba seguro de que me encontraría a un conocido de Laura en el hospital y nos meteríamos en un lío.

—¿Qué pasa? —contestó al móvil con su ya conocido tono hostil.

Tragué saliva antes de hablar e intenté ser convincente.

—Creo, sinceramente, que es mejor que no vengas...

—¿Qué? ¡¿Por qué?!

—En serio. Es mejor que no la veas. Laura está mal y te vas a Australia en breve. No sé cómo terminará esto, pero deberías ahorrarte esa imagen en tu retina, que te perseguirá de por vida como al final se muera.

—¡No!

—Hazme caso, joder —le rogué. Porque la conocía y aquello pintaba mal en todos los sentidos—. Ya la verás cuando vuelvas, ahora no.

—Pero...

—Te conozco, maldita terca, y eres una hija de puta contigo misma. Verla solo te hundirá en la culpabilidad y tienes una misión que cumplir. Déjame este tema a mí. Ahora es asunto mío, ¿de acuerdo?

Emma pareció recular y terminó aceptándolo con la condición de que la llamase en cuanto saliera del hospital.

Y menos mal que no vino, porque apenas reconocí la cara de la chica que busqué la noche anterior por internet, entre tanto cable y vendajes.

—¿Es usted pariente? —me preguntó una doctora con un informe en las manos.

—Soy su prometido —dije esperando que alguien me llevara la contraria,

porque podía entender que no tuviera familia, pero ¿y amigos?, ¿y su equipo editorial?, ¿y su abogado? ¡Nadie está completamente solo en el mundo, ¿no?! Y cuando la gente se enterara, se descubriría el pastel. Me aparté de ese hilo de pensamientos y pregunté lo realmente importante.

—¿Cuál es su estado?

—Ayer la operamos por un aumento de presión intracraneal. Si no hubiésemos actuado deprisa, habría muerto. Lo más efectivo fue rasurarle media cabeza para drenar el hematoma. Se le indujo al coma porque ahora mismo necesita el máximo reposo, pero el plan es intentar despertarla en cuanto baje la hinchazón.

—¿Se va a salvar?

Una preocupación real tiñó mi voz, no tuve que fingirla, porque tener delante de mí a una chica tan joven y tan rota, me puso la carne de gallina. La imagen era terrible. Tenía la cabeza vendada y estaba entubada. Y se suponía que esa era la mejor parte, porque las piernas ni siquiera estaban a la vista, las tenía totalmente tapadas con plásticos.

La doctora evaluó mi estado de ánimo antes de determinar el grado de sutileza con el que debía responderme.

—La verdad es que no lo sabemos —dijo sentida—. Cada paciente es un mundo, y cada cerebro también. Cuando se despierte, mejor dicho, si se despierta, evaluaremos qué tipo de lesiones cerebrales ha sufrido, porque seguramente las tendrá. Nadie sale del coma como en las películas, siempre quedan secuelas...

«Mierda», pensé abrumado. Porque Emma se echaría la culpa, y en ese momento, egoístamente, era lo único que me preocupaba.

—Gracias, doctora. Esperemos lo mejor.

La triste sonrisa que me devolvió denotaba no apostar por ello.

—Si tiene alguna pregunta, no dude en hacérsela —dijo a modo de despedida.

—Tengo una —la frené—. Si usted estuviera en mi lugar, ¿qué haría para ayudarla?

La sonrisa que me lanzó en aquella ocasión fue muy distinta. Como si fuera a contarme la clave solo reservada para aquellos que se han molestado en preguntarla.

—Yo le hablaría todo el tiempo —dijo con cierto secretismo—. Lo más importante a partir de mañana es que despierte cuanto antes, porque, cuanto más tiempo esté en coma, peor. Cada día que pasa, el cerebro olvida algo. A

andar, a hablar, incluso a ver. Además de olvidar miles de recuerdos que impedirán que vuelva a ser la misma persona que era. Últimamente se han publicado estudios clínicos que demuestran que la presencia de seres queridos puede ser un estímulo muy favorable para que la chispa de su cerebro vuelva a prender. A veces es una canción, el llanto de un hijo, o un dato importante para ella. No dejaría de intentar que recuperara sus ganas de vivir cuanto antes recordándole todo lo que le gustaba.

«Cojonudo», lamenté, porque, irónicamente, no la conocía de nada.

Cuando me quedé a solas con ella, el silencio me escoció porque era lo opuesto a lo que necesitaba, así que empecé a hablar sin pensar.

Decidí que, aquel primer día, lo más honesto sería presentarme. Explicarle minuciosamente por qué me había cruzado en su vida y contarle que hacía 24 horas me habían aplastado el corazón con una puta fotografía. Es curioso cómo, a pesar de estar delante de una visión tan cruda como la del resultado de un atropello, me seguía torturando esa dichosa imagen de Blanca con otro tío. Pero es que, en Laura aún había esperanza, tenía una fe ciega en que se recuperaría, sin embargo, mi relación acababa de recibir la extremaunción. Y no lo entendía, ¿era el maldito novio perfecto!, y no saber dónde había fallado, me estaba volviendo loco.

«Quizá fue eso, ¿quién quiere a Don Perfecto?», pensé que me respondía Laura. Fue la primera réplica imaginaria que recibí por su parte. Y el principio de volverme majareta, vaya.

—No, no puede ser eso —contesté automáticamente—. Sé que algo he hecho mal y necesito saber qué es, para no repetirlo de nuevo.

«Solo un neurótico perfeccionista diría eso», imaginé su burla.

—¿Neurótico?, puede, pero perfeccionista ni de coña, al contrario, lo creas o no, siempre he sido la oveja negra de mi familia.

Aquella vez la listilla mantuvo silencio, incitándome a explicar esa frase. Si ella supiera...

¡Era cualquier cosa menos «Don Perfecto»! Por eso era tan bueno en mi trabajo, porque era un puto experto en encontrar la luz cuando tienes que hurgar en lo más profundo de tu alma para no terminar suicidándote con dieciséis años. Y es que, no es fácil ser el pequeño de tres hermanos, a cual más Neandertal. Yo no tenía nada que ver con ellos, éramos opuestos. Su única misión en la vida era comer, dormir y follarse a hembras, ni tan siquiera con afán reproductivo (Dios no lo permita). Pero no sabía de qué me extrañaba, si mi padre era igual o peor. Un hombre que se comunicaba mediante berridos:

«¡Ehr...!», bramaba para llamarnos a la mesa, avisar de que se iba a trabajar, o de que había vuelto a casa. Era mecánico, y creo que, en vez de balleno, hablaba en dialecto automóvil.

Para él yo no era Guille, era «el mariquita». El hijo rana al que le interesaba el arte, la música clásica y los calcetines de lana. Y nunca esperé que mi madre se molestara en corregirle, ni que amonestara a mis hermanos por reírse de aquel apelativo. En realidad, no me importaba, yo sabía que era mentira, que los que estaban mal hechos eran ellos, (me lo decían las películas, que fueron las que de verdad me criaron), pero me molestaba que no valorasen que, aun así, les aguantara. Porque les quería, pero el sentimiento no parecía ser mutuo. Hasta que llegó el día en que mi padre murió en un accidente laboral y «el mariquita» tuvo que encargarse de todo: entierro, papeleo, gastos, seguro de vida... Estaban perdidos sin las directrices del dictador de mi padre. Y tras el funeral, nos subimos al coche y se hizo un silencio en el que todos me miraron sin saber qué hacer y entendí que me necesitaban. Por eso me vi obligado a aparcar mi vida por un tiempo para intentar alcanzar cierta normalidad en casa; a partir de ahí, su opinión sobre mí empezó a cambiar. ¡Parecía que me necesitaban hasta para elegir la camiseta con la que salían al cine!, y yo, como soy un buen samaritano, estuve ahí para ellos.

Por aquel entonces yo estaba haciendo un curso de diseño escénico, un mundo que me fascinaba, pero mis hermanos eran los típicos alérgicos a estudiar que empiezan a ganar dinero fácil saltando de un trabajo basura a otro, y se lo fundían todo en videojuegos, putas, porros y en tunear sus coches. Porque ¿para qué?, si ya que tenían un hogar y comida asegurada junto a mis permisivos padres cría-larvas. Llegaron a mí siendo unos huevones de veinticinco años y nunca dejé de ayudarles en su complicado viaje para convertirse en mariposas... Entonces lo vi claro. Esa era mi vocación, ayudar a los demás a tomar las riendas de su vida, y se me daba bien; lo que no vislumbré ni de lejos fue que esa chica en coma me haría perder las riendas de la mía... obligándome a infringir todas mis normas sagradas, que eran:

1) Una cosa es ser bueno y otra que abusen de tu confianza. Estaba harto de sentirme así, es la peor sensación del mundo, y decidí empezar a hacer favores como en la película de *Jerry Maguire*, algo tipo: «Ayúdame a ayudarte». Tú ganas, yo gano. Y quien no tenga aprehendido ya que *estando solo se llega antes, pero acompañado más lejos*, debería abandonar su vida y reencarnarse en Koala.

2) Follar al menos una vez al mes. Es una prescripción médica ancestral. El sexo es salud, sobre todo, salud mental. Los beneficios físicos son de sobra conocidos, reduce el estrés, es analgésico, refuerza el sistema inmunológico, la memoria, disminuye el riesgo de cáncer, pero lo realmente importante es lo favorecedor que es para la psique: estimula el crecimiento de neuronas en el hipocampo, ayuda a mejorar el procesamiento de ideas y se refleja en el terreno emocional favoreciendo la alegría. No necesitaba más motivos para salir en busca de alguien de mi especie y realizar esa transacción en la que todos ganamos (si se hace bien, claro).

3) Cada noche subía un post a mi cuenta de Instagram. No solo era una cuenta que reverenciaba la industria textil, era mi universo, y volcaba en él mis sentimientos más profundos como una especie de diario. Era, a falta de un buen psicólogo, mi terapia. La que me ayudaba a cuidar de mí mismo. Era una costumbre que calibraba mi estado mental a la perfección. Hasta que apareció ella, *of course...*

Aquel primer día, salí del hospital a las diez de la noche y me asusté de todas las llamadas perdidas que tenía. ¿Tan ocupado estaba siempre? Cancelé todas mis citas hasta el lunes y llamé a Emma, que me torturó a preguntas, nada más descolgar, sin decirme ni hola.

—¿Cómo está? ¿Se va a morir? ¿Había alguien más allí?

Fui parco en palabras. Le dije que seguía igual, que solo cabía esperar y que se fuera tranquila de viaje. Lo mejor era que desapareciera porque la cosa podía ponerse fea, tipo: «¡estás detenido, maldito psicópata!», aunque, por el momento, por allí no había aparecido nadie...

Extraño, ¿no? Se suponía que era una celebridad...

¿Es que la daban por muerta? ¡Mejor todavía! Dicen que es cuando más venden... pero ¿y sus amigos?

A mí me venía de lujo, porque no tenía que dar explicaciones a nadie, pero me dio un poco de pena. Puede que su cuenta corriente estuviera caliente pero la fría fama también tiene un precio, y a menudo viene acompañada por la maldición de la soledad cuando hay problemas, por eso yo siempre llevé la mía con mucha discreción. Me preocupaba no poder salir ni a comprar el pan sin ser cosificado.

Trabajaba con un fotógrafo muy bueno, Iván, que ilustraba mi *outfit* con maestría y nunca mostraba completamente mi cara en mi popular cuenta de *DeBlack* en Instagram. Con el cuello, el pelo, las manos y el cuerpo conseguía transmitir mi estilo con un aura de intriga añadida que, en mi opinión, es lo

que más atraía a mis seguidores. Yo era más bien solitario en mi día a día, me gustaba ir a mi rollo y seguir mis estrategias, lo que odiaría es estar rodeado de gente y sentirme solo. Como Laura en aquellos momentos. Pero de pronto caí, no estaba sola, me tenía a mí.

DeBlack

*“Trastorna la belleza que desprende tu soledad
desmontando la mía.”*

Capítulo 2 - Marido por sorpresa



Viernes

El viernes acudí a mi «cita» con Laura con bastante antelación. No me gustaba ir con prisa ni llegar justo a los sitios. Ya había suficiente estrés en el mundo como para dejar que la impuntualidad me generase más de una forma tan gratuita.

Me senté tranquilamente a esperar a que dieran paso a las visitas y, de repente, una joven entró en la sala como si buscara a alguien con la mirada. Cuando recayó en mí, leí una duda en sus ojos.

—¿Eres el novio de Laura? —me preguntó con miedo.

Nunca entenderé por qué en el colegio no nos entrenan para disimular cuando sucede lo imposible.

—Sss...sí...

—¡Joder, vale! ¡Entonces existes!... —exclamó alucinada—. Te juro que siempre he pensado que eras una invención.

¿Existo? Eso implicaría que pienso. Y si pensase, ¿no se me habría ocurrido embarcarme en esa conversación!

—¿Laura te habló de mí? —pregunté acojonado.

—Sí, me dijo que salía con alguien, pero que no iba a presentárselo a nadie porque «prefería separar el trabajo de su vida personal» —la imitó—, chorradas, si me preguntas, y en realidad, yo siempre he creído que eras una excusa para encerrarse a escribir en vez de socializar.

Perfecto. Es decir, que, en breve, otro tío aparecería en escena.

—Y ¿tú eres...?

—¡Soy Susana! ¡Su mejor amiga! —anunció esperando que le sonora de oídas—. También su editora y alma gemela. Creemos firmemente que fuimos separadas al nacer. ¿No te ha hablado de mí?

—Ah, sí, Susi.

—Nadie me llama así.

—A tus espaldas, sí —sonreí socarrón.

¡Gracias a Dios había pensado con rapidez!

—Joder, qué desastre... ¿Cómo está realmente? —preguntó preocupada—. He venido por la mañana y me han dicho que tiene una pierna rota, ¡menuda putada!

¿Una pierna? No sería yo el que le contase que también tenía rota la cabeza...

—¿Has estado aquí por la mañana? El horario es de una a once.

—¡Es que no lo sabía! Pensaba que era una hora por la mañana y otra por la tarde, me acabo de enterar de que en 2016 implantaron un horario de puertas abiertas gracias al Plan de Humanización de Asistencia Sanitaria en la Consejería de Sanidad, pero, aunque lo supiera, ayer no podría haber venido en todo el día, estuve muy liada. Le escribí un mensaje a Laura, pero la cabrona no me contestó al WhatsApp. Y esta mañana he venido temprano, pero me han dicho que volviera más tarde. Supongo que estaba dormida.

¿Dormida? Sí, claro, pero en plan bella durmiente...

—Pueden pasar —anunció un auxiliar entrando en la sala de espera.

Susana se levantó con brío y la agarré del brazo instintivamente. Era una de esas personas que desprenden energía, que no dejan de hablar, ni de moverse ni de producir. De esas que siempre están pensando en tres cosas a la vez. Cero introspección, cien por cien acción. Y no podía dejar que se estampara de morros contra la realidad al entrar en la habitación.

—Espera un momento —me obligué a decir. Ella observó mi amarré y me miró confusa—. Antes de que entres, deberías saber que Laura no solo tiene una pierna rota... Ahora mismo está en coma, y no saben cómo despertará.

—¿Qué has dicho?... —dijo alucinada.

Ví a su empuje hacerse un esguince cervical cuando su mundo frenó en seco.

—¡Eso no puede ser...!

—Lo siento mucho.

—Pero... es imposible...

—Ven a verla... —dije conduciéndola hacia la habitación con cierta reticencia. En cuanto vio el panorama, empezó a dramatizar. Incluso

demasiado para mi gusto. Me incomodaba bastante que la gente hiciera eso, es decir, que alguien armara un numerito ante la situación de otro, tornándose así protagonista del desastre, maldiciendo que sus aspiraciones a una vida «superchachi» acaban de joderse por su culpa. Pero por supuesto, en parte, no podía evitar querer consolarles.

—Se recuperará —le aseguré acariciándole la espalda. Esperaba que parara, pero se giró y se abrazó al desconocido que era, empezando a sollozar con más fuerza. Osea, que se había metido totalmente en el papel y aquello requería de mi mejor material humorístico o terminaría por hacerme llorar a mí también.

—Shhh... Entiendo cómo te sientes —continué frotándole la espalda—, es horrible, pero tranquila, el pelo le volverá a crecer, ¡te lo prometo!

Paró en seco su arrebató y, por un momento, me miró desconcertada, pero cuando vio que sonreía, se tranquilizó al instante. Nunca fallaba. No había nada que cortara mejor la pena que una broma, y más viniendo de la persona más apegada a la víctima.

—¿Tú qué opinas? —continué la comedia—, creo que les voy a decir que se lo rapen del todo, ¡es que así parece Britney Spears en pleno ataque de locura! Y dentro de unos meses, cuando le crezca un poco, se lo teñimos de rosa, lo descargamos de un lado y le quedará mejor que a Miley Cyrus cuando se lo hizo en 2016.

Su tenue sonrisa demostró que había logrado mi propósito.

—Entonces... ¿se va a poner bien?

—¡Claro que sí! —fingí alegría—. ¡Es Laura!, pronto despertará y volverá a ser la misma de siempre.

Joder. A veces, decir mentiras piadosas me daba descargas eléctricas en la punta de la lengua, pero había aprendido a disimularlas.

—Está bien... —sonrió satisfecha aún con lágrimas en la cara.

Se las limpió con un gesto muy poco femenino y se acercó a ella para cogerla de la mano.

—Se curará... —Metí una inyección más de positivismo—. Pero dile algo —se me ocurrió pedirle—, que sepa que estás aquí y que la estás esperando. Me han dicho que oír voces familiares acelera el proceso de recuperación.

Susana tragó saliva y le acarició la cara.

—Lauri... —comenzó apocada—. ¡Esto nos viene fatal, nena! —dijo con guasa—. Nos vamos a perder la firma del libro en Argentina, ¡con las ganas que teníamos de ir! Pero ya cuadraremos otra fecha, y en junio estarás

totalmente recuperada haciendo una cola kilométrica en la feria del libro de Madrid, ¿vale?

Susana habló un rato con ella y se marchó poco después. Me dio su teléfono y le rogué que volviera cuando pudiera. El cerebro de Laura podría reaccionar a cualquier estímulo conocido. El sonido de una voz amiga, las notas de una canción, un olor...

Quizá, cuando apareciera su verdadero novio, mejoraría, pero... ¿no debería haber aparecido ya por aquí?

—Tu mejor amiga es maja —le dije a Laura cuando nos quedamos solos—. Un poco *drama queen*, pero maja.

La observé esperando a que me contestara algo, pero siguió respirando plácidamente como si nada. Aún con el aspecto de una accidentada, hacía gala de una belleza tan impoluta y elegante que tardé en acertar con la actriz a la que me recordaba. Se parecía a Katie Holmes, la protagonista indiscutible de mi serie adolescente favorita, *Dawson Crece*. Pelo oscuro, tez blanca. Su nariz y sus labios rozaban la perfección en mi canon de proporciones, y sus ojos rasgados le otorgaban un rictus de bienestar innato. Me preguntaba de qué color serían. Según wikipedia, eran marrones, pero ¿café tostado, Coca Cola o chocolate Valor?

—Creo que Susana espera que te despiertes pronto —la tenté de nuevo—, así que date prisa, tiene pinta de no gustarle esperar.

En ese momento, Laura sonrió. Juro que sonrió. Pero fue una sonrisa rota, esa que pones cuando quieres disimular que, irremediabilmente, has empezado a llorar. Un gesto lleno de pena, de vergüenza y de agradecimiento a la vez. Una mueca que me hizo arder por dentro.

Mensaje recibido. ¡Tenía que hacer algo!

Me habría dejado quemar en la hoguera asegurando que me estaba pidiendo ayuda, y una pegajosa inquietud empezó a apropiarse de mí. El principio del fin. Porque esa diminuta e irritante sensación fue la que lo alteró todo. Y es que, a veces, un pequeño gesto basta para marcar la diferencia entre querer algo o necesitarlo. Y yo *necesitaba* que se despertara.

Aquella misma noche, me enteré de que Emma había dejado su trabajo, alquilado un piso y comprado un billete de avión destino Australia; pero me callé como un puto.

No le dije que, al informar a los médicos del gesto que había hecho Laura, me dijeron que el proceso de despertar había comenzado. Por lo visto, horas antes le habían retirado la sedación del coma, porque estaba respondiendo

bien al traumatismo en la cabeza y era peligroso alargar ese estado más de lo necesario, pero la recuperación podía llevar semanas o meses, nadie lo sabía, así que dejé que Emma se fuera como tenía pensado. ¡*Bon Voyage!*

En contrapunto, y para demostrar que el karma no falla, me dejó a cargo de su gato, Pepo. Nunca habíamos sido grandes amigos, pero no sé cómo terminó convirtiéndose en mi guía espiritual.

Deblack

*“Los cambios son lo único constante.
Lo improvisado es lo que de verdad modifica tu vida”*

Capítulo 3 - Mientras Dormías



Sábado

El sábado, al llegar al hospital, tuve una extensa conversación con Laura. ¡Parecía un auténtico demente! Porque imaginaba sus réplicas y no siempre estábamos de acuerdo. Por suerte, «mi prometida» disfrutaba de una de las tres habitaciones individuales que posee la UCI, (supongo que lo decidieron así al ver tanto paparazzi el primer día), y menos mal, porque verme discutir con ella, habría dejado a más de un visitante con la boca abierta; no obstante, a las enfermeras que pasaban por allí, parecía hacerles gracia mi obstinación.

—¡Qué va! ¿Cómo iba a convencer a Emma de que no se fuera? ¡Con lo culpable que se siente! Está tan ciega que cree que las cosas malas ocurren por su mera presencia, como si fuera el anticristo o algo parecido —continué mi soliloquio—. ¿Sabes que eres su escritora favorita? Pues sí, creo que le has firmado varios libros en alguna feria, ¡e intenté hacerle ver que en esas firmas no te clavaste el bolígrafo en el ojo al acercarse a ti!, pero alegó que tuviste la suerte del principiante.

Me reí despreocupado y continué contándole más batallitas.

—Sé lo que estás pensando... Lo que pensaría cualquier mujer maniaca de las novelas románticas. ¿Emma y yo? No. ¡Ni de coña! Nunca hemos estado juntos. Mucha gente se pregunta por qué, sobre todo nuestras madres. Aunque la mía cree firmemente que es porque soy gay, pero es lógico, si me compara con los homínidos que campan por su casa... Además, está el estigma de mi trabajo, soy asesor, bueno... estilista, y no le he desmentido sus conjeturas para que no me agobie con darle nietos y conseguir a «una mujer como las de

antes» que me mantenga la casa limpia y la comida en la mesa —suspiré—. Delante de ella, es más cómodo fingir que me gustan los hombres, que explicarle que su visión retrógrada me da ganas de nominarla para echarla de la familia. Pero no, mi boca y la de Emma jamás se han juntado. Ni siquiera esa noche que casi nos echan de Guipúzcoa por terminar con todo el *txakoli* que encontramos en los bares de su litoral, y te explicaré por qué:

»En octavo de E.G.B, cuando los demás empezaban a arreglarse para gustar a otro, Emma y yo no dejábamos de hacernos la vida imposible. Íbamos a la misma clase y nos sentábamos en la fila más alejada de la mesa del profesor, pegados a la pared. Mi pupitre estaba delante de el de ella.

Aquel día, estaba cabreada porque recientemente me había contado que tuvo su primer periodo, y en cuanto tuve ocasión, lo solté delante de mis hermanos mayores. Pensaba que le explotaba la cabeza de lo roja que se puso. Me advirtió que no me girara en clase para dirigirle la palabra en todo el mes y que ni se me ocurriese apoyar el brazo en su mesa como solía hacer para estar más cómodo mientras escuchaba al profesor. Pero cuando lo hice y me miró con odio, me descojoné al recordar su infantil enfado. Entonces la vi empuñar su boli como si fuera un cuchillo y me lo clavó con una fuerza sobrehumana en el brazo, te lo aseguro. Me tragué un grito intentando asimilar que la muy bruta parecía haber llegado al hueso con el jodido Bic. Mis piernas golpearon la mesa con fuerza y la profesora me preguntó si todo iba bien. Asentí con la cabeza, sudando y con los ojos brillantes. Si hubiera abierto la boca, me hubiera puesto a llorar para que el dolor escapara por alguna parte. ¿Y qué hice el resto de la hora? Tramar mi venganza.

«No te he contado que la posesión más preciada de Emma es su melena. Esta siempre tocándosela y escondiéndose detrás de ella, es realmente enfermizo. Su humor depende mucho de la humedad relativa del día y de cómo afectará a su preciosa mata de pelo. Razón por la cual estuve cuarenta minutos masticando un paquete entero de chicles que llevaba en el bolsillo, y en cuanto atravesamos las lindes del colegio, lo enredé en su espléndida cabellera. El resultado fue catastrófico. Un corte de pelo de campo de concentración.

»Su desconsuelo fue tal que maduré de golpe y porrazo, nunca me había sentido tan mal, pero no puedo decir que me arrepienta de ello, porque luché lo imposible hasta que me perdonó y ese día se selló nuestra amistad para siempre. Yo todavía era un crío que apenas pensaba en chicas, puede que en mujeres sí, pero no en chicas de mi edad. Y de repente entendí que nunca podría ponerme romántico con una chica a la que me hubiera atrevido a

hacerle eso, ¡jamás se me hubiese pasado por la cabeza!, con Emma lo hice porque ya era mi hermana... Y ese día me prometí que nunca más la haría llorar.«

Me apoyé en el borde de la cama, a los pies de Laura, y suspiré ante su silencio. Me fastidiaba que estuviera tan inerte ante mis memorias, ante mis sentimientos más profundos, esos que van más allá de la familia, los amigos o el amor. Los que sientes por personas que se te clavan dentro. Que son tú. Que sin ellas no serías tú mismo.

—Vamos a llevarnos a Laura un ratito —me avisó una enfermera.

Todos los días se la llevaban varias veces para monitorizar su actividad cerebral mediante encefalogramas y estudiar su nivel de conciencia. Le hacían preguntas, para saber si reaccionaba a ellas, pero sabía que esos “ratitos” podían significar horas.

—De acuerdo —me incorporé de la silla y decidí marcharme.

Iba a irme como si nada, cuando caí en que no sería así como se despediría el prometido de aquella chica si de verdad la quisiera. Así que me acerqué a Laura y le cogí la mano. Era suave al tacto, y tan menuda comparada con la mía, que me sorprendió. Sus dedos parecían de pianista, no de escritora.

—Descansa, cariño. Mañana estoy de vuelta. ¿Me esperas aquí? ¿Seguro? No te vayas, ¿eh?

Ví que la enfermera sonreía tímidamente al escuchar mi broma y le di un último beso en la cabeza antes de soltarla.

No sé por qué, pero tuve una sensación extraña en los labios durante el resto de la tarde. Una que hizo que me entrara prisa.

El fin de semana podría dedicarle todo mi tiempo a Laura, pero el lunes tenía clientes que atender y eso me inquietaba. Apenas dormí intentando buscar una solución para despertarla. ¡Como si yo pudiese hacer algo al respecto que se me estuviera pasando!

Me quedé bien entrada la madrugada investigando en internet sobre el coma y cómo salir de él, y lo único que se me ocurrió fue comprar una novela suya y empezar a leérsela en voz alta.

Estaba seguro de que su primer libro (no el superventas) estaría plagado de detalles autobiográficos en los que se habría apoyado. Quizá una frase, un nombre o un personaje... cualquier cosa podría ayudar. Pero cuando empecé a leerlo, me impactó lo rápido que me enganché a la historia, llegando al punto de no saber si lo leía por ella o por mí. ¡Qué desastre! Fue un error... Un jodido suicidio emocional descubrir su asombrosa forma de escribir porque

mi interés por ella fue en aumento y mi comportamiento empezó a cambiar sin darme cuenta.

Aquella semana rechacé trabajos para poder estar más horas en el hospital; y cuando me echaban de allí, trasnochaba buscando información sobre ella. Entrevistas, videos en YouTube, respuestas a menciones en las redes sociales, pero nunca tenía suficiente. Poco a poco, estar con Laura se convirtió en mi parte favorita del día. Leerle era mi relación social mas esperada, y me daba igual que no me respondiera, solo confiaba en que me estuviera escuchando, porque cada vez estaba más obsesionado con ella, con sus libros, y en consecuencia, con su recuperación.

Al tercer día, ya tenía a las enfermeras comiendo de mi mano. Decían que nunca habían visto un novio más entregado y mejor vestido. ¡Ja! No nació ayer, y sabía que, cuanto más maqueado me paseara por allí, menos desearían perderme de vista. Los humanos caemos en trampas muy tontas, por eso sé que los bombones y las chucherías que les llevaba cada día también ayudaron mucho. Además, adoraban a Laura y a sus novelas. Era la niña mimada de la UCI.

Solía irme de tres a seis para comer y atender un poco mi trabajo, pero después me dejaban quedarme con ella de estranjis hasta las doce de la noche.

Me sentía muy cómodo cerca de Laura. Nuestra peculiar interacción era muy especial. Por ejemplo, un día, dejé de recitar para atender el móvil un momento y me pareció ver que movía una mano en señal de protesta. Seguramente me lo imaginé, aunque me habían advertido que podía pasar, así que continué con la lectura con una sonrisa en los labios, como si me acabara de echar la bronca.

«¡Qué bueno!», exclamaba a veces después de leer un párrafo o de reírme de algún chiste. Porque lo era. Era brutal, y admito que me pilló por sorpresa porque no tenía pensado leerme una novela romántica en mi vida. ¡Pero eso no era romántica!, si tuviera que elegir una categoría, escogería la «humana», porque nunca me había sentido tan identificado con nada.

Eso sí, cuando me topaba con una escena de sexo dejaba de hablar en voz alta, porque era incapaz de narrarla con toda la sangre acumulada tan lejos del cerebro.

Había párrafos enteros teñidos de un erotismo tan estudiado y elegante que hacían que mi imaginación se disparara... ¿Serían autobiográficas? Joder... No pude evitar fijarme en su boca y pensar que había tíos muy afortunados por el mundo. Aquel día me fui a casa media hora antes de lo normal, porque el

libro se estaba poniendo cada vez más *hot*, (igual que yo), y me perturbaba estar tan excitado en una habitación a solas con ella. No me tenía por un jodido enfermo.

Esa misma noche, de madrugada, terminé su segunda novela. Tenía uno de esos finales que te deja huérfano unos días... y no fui capaz de explicar por qué me sentía así, pero me vino a la mente un dicho: «Ver a alguien leyendo un libro que te gusta, es como ver a un libro recomendándote a una persona». Solo que a mí se aplicaba en plan: «Si un libro consigue evocar la forma de ser, el humor y la actitud de la persona con la que siempre has soñado compartir tu vida, es ver a un libro recomendándote a su autora».

Desvariar así dejó a mi mente en caída libre por un momento, pero la frenó una llamada entrante de Emma.

—*Hola, Guille, ¿cómo está Pepo?* —me preguntó preocupada.

—Te ha olvidado por completo en cuanto ha descubierto los flecos de mi alfombra persa —le contesté observando como su mascota daba toquecitos en el ribete.

—*¿No está triste y maullando a todas horas?* —insistió esperanzada.

—Para nada. ¿Qué tal estás tú? ¿Ya has descubierto algo?

Solo me contó que acababa de llegar y me suplicó que cuidara bien de Laura.

—No te preocupes, Emma, lo estoy haciendo. Ayer me pasé la tarde hablándole del día que lograste clavarme un boli Bic en el brazo a pesar de tener la punta redonda. Le encantó.

Noté su sonrisa a través de la línea.

—*Gracias, te lo agradezco.*

—De algo. Recuerda nuestro acuerdo.

No estaba de más refrescarle que todo aquello no era gratis, porque me moría de ganas de aplicarle a Emma la cura para su tontería.

Cuando colgamos, mi mente volvió a Laura y empecé a buscar información sobre ella en la red. Encontré unas fotografías preciosas de la *Premiere* de la primera película de su libro, en el photocall, y datos curiosos como que le entusiasmaban los gatos, pero no podía tener uno porque era alérgica.

En ese momento, miré a Pepo. El felino estaba aburrido a mi lado a punto de quedarse dormido y se me ocurrió algo impropio de una persona cabal: llevárselo a Laura... ¿Qué era un poco de congestión nasal por sentir algo que le encantaba y podría hacerla despertar? ¡Quizá funcionara! Lo colaría en una mochila y entonces...

El timbre de la puerta de mi piso sonó estridente desvaneciendo mis rocambolescas ideas.

Me acerqué a abrir, despeinado y con un discreto pijama de cuadros azules, y observé por la mirilla.

Imposible...

¡Era Blanca!, superarreglada y con una botella de vino en la mano.

Mi cuerpo se tensó e imaginé una cuenta atrás que detonaría una terrible explosión al abrir la puerta, pero aun así lo hice.

—Blanca...

—¡Guille! —sonrió con inocencia.

—¿Qué haces aquí? —pregunté confuso apoyándome en la puerta.

—¡He venido a verte!, ¿no puedo? —dijo colándose dentro.

—¿Un sábado por la noche, sin avisar, vestida así y con alcohol? No, no puedes.

—¿Por quééé? —sonrió melosa haciéndose la tonta.

Cerré los ojos y me pasé una mano por el pelo. Estaba acostumbrado a sus cambios de opinión y de planeta, pero pensaba que esta vez la ruptura sería definitiva.

—Deberías haber llamado antes, ¿no crees? ¿Qué quieres?

—Pensé que podríamos hablar —dijo quitándose el abrigo con un movimiento sexi. Era una preciosa pieza de ante marrón, de lo más favorecedora, con borreguito blanco por dentro, lo malo es que dejó paso a un vestido escotado y unas piernas enfundadas en unos botines malayos que no dejarían indiferente a nadie. Pero de donde tuve que apartar la vista fue de sus labios..., pintados con el tono Ruby Woo de Mac que yo mismo le regalé en nuestro último San Valentín. Era el color más sensual que había visto, el mate más puro y aterciopelado del mercado capaz de dejar fantásticas evidencias del delito cuando le daba por jugar con mi...

—Ya está todo hablado —zanjé cortando esos pensamientos—. Y por cierto, ¿qué opina «el amor de tu vida» de que estés aquí a estas horas de la noche paseando ese pintalabios por mi casa?

—Eso es agua pasada... —musitó acercándose a mí y subiendo las manos por mi pecho.

—¿Como lo fui yo cuando le conociste a él? —la esquivé, huyendo de sus caricias—. Estoy cansado, Blanca, es mejor que te vayas...

—¿Lo dices en serio? —preguntó alucinada, echándose un vistazo a sí misma, como si no pudiera creer que la rechazara.

Era una superficial de manual. Alguien que cree que las apariencias lo son todo. Y no hablo solo del poder de distracción de sus espléndidos Jimmy Choo, sino de una actitud frívola capaz de cambiar a su antojo quitándole importancia a lo que han arrasado las decisiones que ha tomado por capricho.

—Es en serio, Blanca. Paso. Esto ya no me interesa, de verdad...

—¿Quién es ella? —preguntó a bocajarro con las manos en jarras.

Fruncí el ceño y la miré como si estuviera loca.

—No hay nadie.

—¡Venga ya, no te lo crees ni tú! —ladró pasando por mi lado, cabreada, rumbo a la puerta—. Ni siquiera has dudado. Hay alguien, ¡te conozco!

Intenté hacer memoria, porque, en realidad, me sentía curiosamente fuerte en su divina presencia, pero no había conocido a nadie aquella semana, a no ser...

—No estoy con nadie —resolví molesto por la loca idea que acababa de sugerir una parte de mi cerebro.

—Puede que aún no estés con ella, pero hay alguien, ¿quién es, una nueva cliente?

Me dio coraje que fuera precisamente Blanca la que dejara en evidencia que empezaba a tener sentimientos por Laura, pero se lo concedí para que se fuera.

—¡Algo así!, pero ni hay ni puede haber nada, y me parece urgente que entiendas que la única culpable de mi indiferencia hacia ti eres tú.

—Vale, ¡lo admito!, ¡la cagué!, ¿es que una no puede equivocarse? ¿Has oído hablar del perdón?

—Sí, y no es un concepto que me interese. —Me crucé de brazos.

—¡Pensaba que eras el rey de las segundas oportunidades!

—¡Sí, pero a ti te he dado cien!

—¡Qué tontos sois los hombres! —Salió de mi piso, frustrada—, ¡Si somos tal para cual, Guille! Nuestra relación es perfecta.

—¿Y por qué me dejaste?!

—¿No te das cuenta? ¡Solo necesito un poco de libertad para jugar de vez en cuando!

No me lo podía creer... ¿Qué pensaba que era esto, el instituto?

—Lláname cuando madures, Blanca.

—Y tú, cuando te quites la venda. El mundo es así. Y sé que tarde o temprano me echarás de menos. Somos un buen equipo.

—Puede, pero a mi delantero centro no le apetece jugar con tus reglas, lo

siento.

Agarré la puerta con la mano para cerrarla y la detuvo para hacer su alegato final. La conocía demasiado bien, era de las que necesitaban quedarse con la última palabra.

—Tu problema es que te gusta demasiado jugar en mi campo... —sonrió altanera—. Esto no ha acabado, por lo pronto, te llevas una tarjeta amarilla y te quedas sin catar mi nuevo conjunto de La perla.

Se agachó y retiró su vestido elástico hacia abajo mostrando un sugerente sujetador negro de encaje transparente. Dios... ¡la odiaba!

Había que ser perra para usar esa carta: lencería sexi y cara. Debería haberle cerrado la puerta en las narices, pero no pude y huyó rápidamente con una sonrisa triunfante por bloquearme la entrepierna y el cerebro. ¡Maldita sea!

El sexo puede parecer el punto débil de todos los hombres, ¡pero creo que a mí me gustaba más que al resto! Sobretudo con alguien con el que encajas a la perfección tanto química como anatómicamente. No hablo de sexo con amor, ojo, eso es el país de Nunca Jamás, hablo del buen sexo, que tampoco es nada fácil de conseguir. Y con Blanca lo tenía; la putada es que ella lo sabía porque me conocía muy bien.

Mierda.

Una ola de ira se apoderó de mí al pensar que, en cualquier otro momento, habría podido caer de nuevo, si no llega a ser por Laura. ¿Por qué los hombres somos tan imbéciles? ¿Y por qué algunas mujeres son tan manipuladoras? ¿Y por qué los sentimientos y el deseo van cada uno a su bola? ¿No podrían ponerse de acuerdo? ¡No hay derecho!

Volví a tumbarme en la cama para intentar relajarme, pero una parte de mí seguía tensa... Metí la mano en mi pantalón casi sin darme cuenta, odiando un poco mis primitivas reacciones y lo rápido que trabajaba mi sinapsis para elucubrar fantasías.

Sin atender a la lógica, volví a observar la fotografía de Laura: llevaba un recogido de niña buena y un vestido precioso de Oscar de la Renta, y posaba en la típica postura de Elsa Pataky, dando la espalda y mirando hacia atrás con una sonrisa hipertentadora... Joder... ¿estaba meneándomela? Sí, lo estaba haciendo, ¡y encima, imaginando cosas que no debía!

Su cuello desembocaba en la desnudez de su espalda mostrando una piel exquisita. Imaginé la punta de mis dedos resbalando hacia abajo mientras le susurraba algo al oído y ella ponía cara de: «Te necesito dentro YA».

Si ese vestido se quedara a solas conmigo, envolviéndola, no le duraría puesto ni cinco segundos. Tampoco el recogido. Le soltaría el pelo, y hundiría una mano en él para acercarla a mi boca con fuerza. La otra se hundiría en otras zonas de ella ansiosas por recibir una caricia todavía más profunda.

Estuve toda la noche enfadado con el orgasmo que me sobrevino.

Ese osado atrevimiento por parte de mi cuerpo merecía mi mala cara en los espejos como la que le pones a un niño que acaba de hacer una burrada. ¡Inaceptable!

Y ese malestar solo se esfumó cuando, al día siguiente, entré en la habitación de Laura y me puse a leer uno de sus desternillantes diálogos, porque, de repente, soltó una carcajada que me dejó alucinado. Avisé rápido al equipo médico que vio con muy buenos ojos esa pequeña reacción.

Estaba tan contento... que no lo vi venir.

—Señor... —musitó una enfermera, con miedo, cuando el resto abandonó la habitación.

—¿Sí?

Ella tendió la mano y me enseñó un teléfono móvil.

—Se lo ha dejado el hombre que ha venido a visitarla a mediodía —dijo cohibida.

Por un momento, hasta vi borroso del mareo que me entró.

—¿Qué?... ¿Qué hombre?

Ella miró hacia los lados, temerosa. Como si no estuviera segura de contarme aquello.

—A mediodía, cuando usted sale a comer, viene gente a verla...

—¿Cómo que gente? ¡¿Quién?! —pregunté más enfadado de lo que pretendía.

—Esa mujer, Susana, dijo que se llamaba, pero viene acompañada de diferentes hombres... —dijo encogiéndose de hombros—. Me explicó que eran sus editores, y quizá lo sean, pero me pareció raro que, durante unos minutos, ella saliera dejándoles a solas con Laura.

—¿A... solas?

...

—¿Cuánto tiempo?

—Unos... tres minutos... creo...

...

Fundido a negro en mi raciocinio.

La voz de Emma susurrando.

«¿La protegerás de los malos?».
«Con mi vida».

Capítulo 4 - Abre los ojos



Domingo

Es cierto lo que dicen: «todos llevamos un asesino dentro», porque el instinto homicida que me entró en ese momento, habría sido difícil frenarlo, si llego a tener a Susana delante.

—¿Cómo es posible?! —exclamé con los ojos desorbitados—. ¿Han dejado que un hombre, que no es un familiar, esté a solas con ella?

—¡La mujer me entretuvo! —se excusó la enfermera—. Salió de la habitación y me hizo preguntas médicas, pero después me di cuenta de que el hombre seguía dentro y salió poco después de allí con una expresión extraña en la cara.

—¿Qué expresión? —pregunté desesperado.

—De loco, así de claro...

—¡Joder!

—Fue muy raro, pero hoy he estado atenta, haciéndome la despistada a la vez, y me he fijado bien. La mujer ha vuelto a hacerlo. Se ha ido a la máquina de café dejándole solo dentro, y me ha faltado tiempo para entrar en la habitación sin llamar. Se ha llevado un susto de muerte, como si le hubiese pillado con las manos en la masa, y se ha ido tan rápido que se ha dejado el teléfono —dijo mostrándomelo.

La miré con los ojos desorbitados notando perfectamente mi mutación hacia un nuevo ser. Uno que se salta sus normas, la ley, y lo que haga falta con tal de hacer justicia. Uno engendrado en plena rabia ciega, agitado por una violenta incredulidad que maquina con cabeza fría cazar al culpable.

Tres minutos. ¿A qué le habría dado tiempo? Por Dios Santo. No podía ser gran cosa, ¿verdad? ¡o las enfermeras o yo mismo habríamos notado algo extraño! Imposible...

—¿Señor? —preguntó la enfermera extrañada por mi ausencia.

Yo no reaccionaba, no podía. Es que no terminaba de asimilar cómo me había metido en semejante lío, y me refiero al de querer matar a alguien sin importar qué me ocurriera a mí después.

—Ha hecho muy bien en decírmelo —contesté cogiendo el teléfono rápidamente—. Esto es muy grave...

—Lo sé...

—Esta mañana, en el aseo diario de Laura...

—¡Todo estaba bien! —se apresuró a decir—, se lo juro. Yo misma he comprobado todo...

Inspiré una larga bocanada de aire al escucharlo.

—¿Está segura?

—Sí, todo parecía normal.

—Esto es muy grave —repetí como un lunático con la vista perdida.

—Lo sé. ¿Va a llamar a la policía? —preguntó ella apurada—. Seguro que se me cae el pelo, ha sido en mi turno...

—No, de momento, no. Antes de acusar a nadie, tengo que encontrar pruebas. Y están aquí —dije mostrándole el móvil—. ¿A qué hora suelen venir?

—Quince minutos después de que usted se marche, cerca de las cuatro.

Consulté la hora, era la una, tenía tiempo.

—Volveré antes de las tres —le prometí—. Pero si, por lo que sea, aparecen antes, no permitas que nadie se quede a solas con ella bajo ningún concepto.

—De acuerdo, señor, no se preocupe.

Más que irme, se me llevaron los demonios. Volé hasta la consulta de Héctor, un amigo que tenía una clínica de móviles, esas tiendas que te arreglan la pantalla en un par de horas y resucitan o recuperan datos de cualquier teléfono *escacharrado*.

Cuando me vio aparecer, ya sabía a lo que venía. Le había escrito un mensaje informándole de la urgencia, así que entré a la trastienda directamente, y me indicó que depositara el terminal en una pequeña mesa de operaciones, donde, escalpelo en mano, empezó a descuartizar al sujeto.

—¿Qué te interesa exactamente?

—Últimas fotografías —formulé serio.

Después de encajar varios chips en una máquina que parecía sacada de otra época, empezó a teclear sin parar.

—Aquí están —dijo por fin mostrándome la pantalla.

Rezaba para no ver nada perturbador, como un *selfi* chupándole un pezón a Laura, u otro besándola en la boca, pero era mucho más enfermizo que todo eso.

Había tres instantáneas en las que aparecían los dos. Una, juntando las cabezas y sonriendo como si Laura fuera un cerdo con los ojos cerrados y una manzana en la boca; otra, de sus respectivas manos entrelazadas; otra, en la que aparecía él lamiendo sus dedos...

Escalofriante.

Y cuando el hijo puta dejó el teléfono encima de la mesa, no quería ni pensar qué más se disponía a hacer que requiriera las dos manos libres...

«Joder...», pensé desconcertado.

Susana debía haber orquestado todo aquello para ganar pasta. Un «pasen y vean», son dos mil. Pero, ¿cómo había dado con ese lunático? Y de repente se me ocurrió.

—Héctor, ¿puedes decirme si el móvil tenía aplicaciones de redes sociales instaladas, y con qué cuenta estaban siendo utilizadas?

—Dalo por hecho.

Primera norma del buen samaritano: «Ten amigos hasta en el infierno». Daría con ese cabronazo. Y, «por mi vida», que nadie más iba a tocarla ni un pelo de la cabeza.

Llegué al hospital con tiempo y lo primero que hice fue buscar a mi fiel ayudante, la enfermera.

—Si preguntan por el móvil, que vuelva a su dueño —dije dejándoselo en la mano con disimulo.

La mujer me miró perpleja.

—Y voy a pedirle un último favor —continué tranquilo—. Haga como que esto nunca ha pasado, ¿de acuerdo? Olvídelo.

—Pero... ¿no va a denunciarlo? ¡¿Y si vuelve a hacerlo?!

—Imposible, porque no pienso moverme del lado de Laura —dije severo.

La mujer no parecía muy convencida.

—Escucha, si esto se sabe, será un escándalo, se mire por donde se mire. Para el hospital, para Laura, para usted... Es mejor así.

—¡¿Y va a dejar que se vayan inmunes?! —exclamó bajito horrorizada.

Tuve que sonreír. Esa mujer no sabía con quién estaba hablando...

—Ni de coña..., hoy les estaré esperando, confía en mí.

Ella sonrió satisfecha.

Y más lo estuve yo cuando, a las cuatro en punto de la tarde, Susana entró en la habitación con un hombre extraño que tenía la cabeza más grande de lo normal.

—¡Guille! —gritó sorprendida al verme sentado en una silla.

—Hola, Susana, te estaba esperando —dije con seriedad—, ¿quién es tu amigo?

Fue evidente que se quedó cortada.

—Él es... —empezó intentando pensar rápido—, uno de los editores de Laura. Pedro.

—Un placer conocerte —dije entre dientes levantando las cejas sin hacer ademán de moverme—. Yo soy Guille, el novio de Laura —puntalicé regodeándome en cada sílaba.

—Esto... No sabía que estabas aquí, ya volveremos en otro momento —empezó Susana.

—¡No, no!, quedaos. Sois bienvenidos... —sonreí más psicópata que nadie—, así me contáis qué tenéis pensado hacer con Laura...

Sus caras fueron un poema, pero enseguida aclaré: «a nivel editorial, quiero decir...»

Ambos se miraron aliviados sin saber qué decir.

—Pues nos preocupa —dijo Susana saliendo por la tangente.

—¿Por qué?

—Porque en este momento de su carrera no se puede permitir un parón... Ha escrito una trilogía de éxito, y debería estar concentrándose en sacar otra aún mejor. La gente olvida rápido.

—Estoy de acuerdo —dijo el muy gilipollas a su lado. Le miré un segundo, pero dejé de hacerlo para no saltar sobre él y molerle a puñetazos.

Como ya sabía, Susana era una persona práctica, ¡pero no tanto como para pensar en Laura como un negocio en todos los sentidos! La veía como una fuente de ingresos que había que explotar, ¡viva o muerta!, en vez de como a una persona que había estado a punto de morir. ¿Que debería sacar otro libro? Aquello me molestó. ¡No era una jodida máquina de contar historias! Era joven y aún tenía mucho tiempo por delante para demostrar todo lo que valía, lo que debía hacer era poder recuperarse sin que nadie abusara de su intimidad.

Apreté los puños para no replicar una barbaridad, pero no pude evitar hablar con saña.

—Ha escrito cinco libros increíbles, no una trilogía de éxito. Y tiene toda la vida para seguir creando maravillas, no creo que ahora sea el momento de pedirle más, sino de que se concentre en intentar recuperar sus funciones vitales básicas, ¿no te parece?

—Sí, ya, pero...

—No hay nada más importante que la salud. El trabajo puede esperar, por lo que a mí respecta, está de baja en todos los sentidos —dije alejándome de ella, porque no quería calentarme.

—Este no es un trabajo cualquiera —contraatacó Susana—. Cuando encienda el teléfono, igual le revienta. El trabajo de Laura no consiste solo en escribir, ahora es un personaje público.

No sé cómo me callé el: «¿Por eso crees que su cuerpo también es de dominio público?!», que luchaba por escupir mi boca.

—Y como tal, necesita intimidad y tiempo para volver a ser la misma.

—Dejemos que sea ella quien decida lo que necesita cuando despierte —increpó ella con desdén.

«A la mierda».

—Bonito Hermès —señalé su carísimo bolso—, ¿es nuevo?

Susana desvió la vista hacia él, y tragó saliva, pero «A la mierda». Puede que me estuviera metiendo donde nadie me llamaba, y menos, no siendo la verdadera pareja de Laura, pero no soportaba ni un segundo más su cara de chula y de «paso por encima de quien sea para conseguir lo que quiero», que me recordaba un poco a mi ex...

—Pues... sí... —contestó agarrándolo desconfiada.

—Seguro que has tenido que trabajar muy duro para conseguirlo —dije con sarcasmo.

La miré a los ojos y lo entendió. Joder si lo entendió. Miré al tío con odio y reprimí mis ganas de asesinarle. Entonces se empezó a poner tan nerviosa que entró en bucle entre atusarse el pelo, dar un paso adelante y otro hacia atrás mientras miraba hacia los lados, como si la policía fuese a aparecer en cualquier momento.

—¡Bueno, ya la has visto, Pedro! —dijo empujando a su acompañante hacia la salida—. Ya sabes que progresa adecuadamente. En fin, Guille, ya volveré otro día.

—¡Cuando quieras! —sonreí falsamente—. Aquí estaré, porque no pienso

moverme de su lado.

Y sonó a amenaza. Pero sonreí como un angelito. Ella abrió los ojos más de lo normal y se fue sin mirar atrás y sin un «adiós». Debía tener la garganta obturada.

No podía cogerla del cuello en pleno día y zarandearla hasta que confesara, aunque me muriera de ganas. Y eso era extraño en mí, porque estaba acostumbrado a ser paciente, a dejar que la gente se diera cuenta por sí misma de que estaba haciendo las cosas mal, señalándoles las consecuencias de sus actos. Normalmente, no tenía que hacer nada. Ellos mismos se daban contra un muro, y es que, en esta vida, solo se aprende a hostias. Ensayo, error. Pero, en general, creía en la bondad del ser humano. Seguramente Susana tendría su propia forma de ver aquello, y me moría de ganas por escucharla llegado el momento.

—¿Cómo ha ido? —preguntó la enfermera entrando en la habitación cuando se marcharon.

—Sobre ruedas. Ahora toca esperar.

—¿A qué?

—A que muevan ficha.

—¿Qué ficha?

—Cuando te ponen en jaque, no queda ningún movimiento bueno. Moverán mal.

Más tranquilo, me senté en la silla del acompañante como si acabara de hacer un esfuerzo sobrehumano. Surqué mi pelo con la punta de los dedos e intenté racionalizar mi comportamiento. Claro que podía haber acudido a la policía y dejarlo en sus manos, pero, ahora más que nunca, quería proteger a Laura. Y no solo de la amenaza que representaba Susana, sino protegerla de hacerse cargo de haber sufrido un episodio así. Hay quien no vuelve a dormir bien en la vida al saber que estuvo en esa situación y no tener la certeza de qué le hicieron exactamente, (aunque yo terminaría descubriéndolo), pero podría inundar su mente cada día con mil posibilidades, a cual más lamentable. Y no quería eso para Laura. Porque me sentía tremendamente culpable. ¡Estaba a mi cargo, joder! Y si podía arreglarlo sin que ella se enterara, supondría un pequeño triunfo. Quizá me equivocara al hacer caso al dicho «ojos que no ven, corazón que no siente», porque es una autentica cagada cuando tú lo sabes, lo has visto y es tu corazón el que está en juego.

Me quedé con Laura toda la tarde y seguí leyendo para que me escuchara y quitarme de la cabeza lo mal que me sentía. Cada palabra que leía me hacía

darme cuenta de lo especial que era aquella chica. ¡Y pensar que no quería terminar el libro! Porque lo estaba disfrutando demasiado, pero cuando leí la última línea y susurré la palabra «Fin», Laura abrió los ojos.

Capítulo 5 - Más allá de los sueños



Domingo

Yo no tuve un accidente.

Me agaché en aquel paso de cebra, recogí un papel, y continué con mi vida como si no hubiera sucedido nada. En mi cabeza, llegué a casa, me duché y estuve un rato viendo la tele. Solo a partir de que me tumbé en la cama y me dormí, empecé a protagonizar una película mezclada con detalles de mis novelas. Pero era como si en vez de estar narrando el libro bajo mis pensamientos, otro narrador lo estuviera haciendo desde su punto de vista. Era un desconocido, pero curiosamente sabía muchas cosas de él, intimidades confesadas a fuego lento... hasta que entendí que debía ser el propio protagonista, porque nadie más podría apreciar mis fragmentos, frases y detalles favoritos de una forma tan clavada a como lo haría yo.

Cuando la novela terminó, pensé que nunca volvería a escuchar su voz y me embargó una sensación de pérdida que me puso nerviosa. Tenía que hacer algo, y, de algún modo, logré salir de aquel letargo. Pero cuando me desperté, en vez de estar en mi cama, estaba en el hospital.

Al principio, vi borroso. Notaba tubos en mi garganta, en mi brazo, en mis genitales... y me asusté. Apenas podía moverme, pero cuando lo intenté, sentí un tirón de un dolor lacerante en cada rincón de mi cuerpo.

Escuchaba mucho barullo a mi alrededor, pero de pronto, reconocí esa increíble voz entre tanto alboroto.

—¡Está despertando! —gritó.

Más personal médico entró en tropel en la habitación y alguien me enfocó

una luz a los ojos dándome una bienvenida de lo más desagradable.

—¡Pupilas receptivas!

Me abrió la boca sin delicadeza y me quitó algunos tubos que notaba incrustados.

—Laura, ¿sientes dolor? —preguntó una mujer.

¿Dolor? ¡Me sentía como un maldito saco de boxeo después de una sesión de entrenamiento! Intenté moverme otra vez y al notar que no podía, pensaba que me había quedado tetrapléjica, pero pronto me di cuenta de que estaba amarrada a la cama. El pánico cundió a lo bestia entre mis células. ¡¿Qué me había ocurrido?!

—¿Mi... culpa...? —logré decir solamente. Mi cuerpo estaba medio atontado. Se me hizo un mundo formular esa frase y me asusté aún más, porque en mi mente sonó parecido a: ¡¿Qué ha pasado?! ¿Dónde estoy? ¿Ha sido por mi culpa?, pero necesitaba saber si lo que había ocurrido había trastocado la vida de alguien más.

—No ha sido culpa tuya —respondió rápido mi voz favorita, y me alegré de oírla otra vez. Además de la información implícita.

—Por favor, espere fuera —le pidió alguien.

¡No! ¡No quería que se fuera!

—¿Qué estaba haciendo cuando ha despertado? —le preguntaron.

—Acababa de terminar de leer un libro suyo, he mencionado «Fin» y he abierto los ojos.

—De acuerdo. Váyase a la sala de espera, ahora le informaremos.

No quería que se fuese sin reconocerle, pero lo cierto es que no veía nada bien, todo estaba borroso y extrañamente luminoso, pero me pareció distinguir a un chico joven. Se quedó un segundo más, reacio a abandonar la habitación, e intenté enfocarle, pero nada. Solo aprecié que era alto, tenía el pelo castaño claro, algo ondulado, y que parecía muy preocupado por mí.

«¿Quién será?», me pregunté, porque no lo conocía, pero algo dentro de mí me susurró que era importante.

Cuando se fue, cerré los ojos abatida y deseé despertarme en mi cama.

—Tranquila, Laura —escuché—. Relájate. Volver a la vida es un proceso lento, pero no te preocupes, vamos a ayudarte.

Capítulo 6 - Mi primera vez



Domingo

Nunca había estado tan nervioso. Parecía un padre primerizo esperando a recibir noticias de que su bebé había nacido bien, y si lo pensaba, era algo parecido. ¿Qué parte de Laura había vuelto del más allá? ¿Qué iba a decirle? Me daba pánico que se enfadase conmigo. O que me denunciase, ya puestos.

Ella no lo sabía, pero había algo entre nosotros, además de múltiples secretos. Con una frase así, me abrirían las puertas de cualquier institución mental, ¡pero era cierto!, en pocos días nos habíamos unido mucho. Al menos yo a ella. De mil maneras distintas: me había declarado superfan de sus novelas y me daba la sensación de que la conocía muy bien; puede que la admirase por derrochar tanta genialidad y talento, pero todo se volvió personal por los tejemanejes de Susana y la conversación que tuve el lunes por la tarde con su tía, cuando apareció por allí muy segura que de Laura no iba a recuperarse. Ahí la protegí con más fiereza que una leona a sus cachorros. Por suerte, venía acompañada del representante de su seguro de vida que luchó con uñas y dientes por defender su trozo de pastel. Y en medio de todo aquello, me vi a su lado, cogiéndole la mano, demostrando que lo que más me importaba era ella y no su jodida cuenta corriente. Qué triste todo. Somos números. Y cuanto más alto, más impersonal.

—Tú no tienes nada que decir en esta historia, aún no estáis casados. —Se atrevió a encararse la vieja.

—¡Tengo mucho que decir! —contesté cansado de tanto loco—, por ejemplo, que Laura sigue viva. De hecho, se va a recuperar, y cuando lo haga,

tenga por seguro que se enterará de esto.

—¿De qué? ¡Yo no he hecho nada!

—¿Le parece poco preguntar por su patrimonio cuando su corazón aún palpita? —dije irónico.

—¡Solo me preocupo por ella!

Casi me da la risa, después de tres días sin aparecer por allí.

—Pues no lo haga, me tiene a mí, y si muere, cosa que no va a pasar, ya la llamarán para notificarle si le corresponde algo.

—Claro que me corresponde, ¡soy su única familia!

—Si es así, no tiene de qué preocuparse, ¿verdad?

La vieja cerró los ojos en una fina línea maquinando su cinismo.

—Aunque la hayas convencido con artes lujuriosas de que te deje su herencia, ¡lucharemos por la legítima!

¿Artes lujuriosas? No sabía que tenía pinta de ser uno de esos estafadores que seducen a una mujer para quedarse con su dinero o conseguir la nacionalidad. Mi tez caucásica le habría hecho inclinarse más hacia que, seguramente, yo mismo la habría empujado delante del coche para quedarme con su dinero. Menos mal que un abogado interrumpió antes de plantearme ahorcarla:

—Nosotros nos ceñiremos a la ley, y de momento, sigue con vida, por lo que nada ha cambiado.

—¿Y los gastos médicos? —insistió la mujer como si estuviera pagándolos ella.

—¿Qué gastos, señora? ¡Esto es la Seguridad Social! —Bufé.

—Estoy segura de que ella querría estar en un hospital privado... —murmuró.

—En su estado, aquí es donde mejor está —me cuadré.

—Opino lo mismo —añadió el del seguro—. Si despierta y necesita cuidados especiales, hablaremos, hasta entonces, buenos días.

—Gracias —me dio tiempo a decir antes de que desapareciera.

—Yo también me voy —anunció la tía de Laura, altanera—. Avísame si le pasa algo o será obstrucción a la justicia.

Y colocándose un fular que apestaba a pachuli, se dio la vuelta con chulería y se fue. ¿Obstrucción a la justicia? ¿Acaso aquello era una investigación criminal y ella era policía? «Desde luego, hay gente que ve demasiada televisión».

Volví al momento presente en aquella sala de espera y me di cuenta, no sin

tedio, que debería llamar a su tía para comunicarle que Laura había despertado.

—¿Familiares de Laura Hernández? —preguntó alguien.

Me puse de pie sin pensarlo. Ya la tenía tan aprehendida que ni siquiera recordaba el pequeño detalle de que todo era fingido.

—¿Cómo está?!

—Ahora, dormida. La recuperación no es instantánea. Durante los primeros días, los pacientes están despiertos sólo durante unos minutos, y la duración del tiempo aumenta de forma gradual hasta que su cerebro se organiza nuevamente. Vengo para decirle que vamos a hacerle bastantes pruebas para medir la magnitud del daño neurológico, es rutina, pero nos interesa mucho porque parece estar... sorprendentemente bien, y no es lo habitual. Ni siquiera tiene disartria, una incapacidad muy común para articular palabras nada más despertar. Algunos de mis colegas no se lo explican, pero yo creo que, al ser una inducción artificial, el nivel de profundidad era bajo y estaba mas acá que allá.

—¿En serio? —pregunté preocupado por esa información.

—Sí, le recomiendo volver mañana. Aunque estos primeros días serán complicados. Vamos a estar horas haciéndole pruebas de su nueva cognición. Y dormiré bastante.

—Ahora que ha despertado, ¿va a seguir en la UCI?

—Seguramente, pero, si la cosa va bien, la subirán a planta y podrán estar todo el tiempo juntos, porque están seguros de que usted ha tenido mucho que ver con su rápido despertar —sonrió.

Esa información me dio un poquito de vértigo. Me alegraba, pero... sabía que, cuanto más severa era la pérdida de consciencia, más le costaba al paciente reaccionar a reflejos, movimientos de pupila y al dolor cuando despertaba, y, por lo que acababa de decir, a Laura no le había costado mucho volver, por lo que... ¿cuál había sido el grado real de consciencia durante aquel periplo? Me avergoncé al instante porque le había confiado muchos secretos sobre mi familia y mi ex novia en un ejercicio de autocuración gratuito...

—Entendido, oye, ¿puedo hacerte una pregunta? —dije apurado juntando las manos en mi boca—. ¿Esta no será una de esas veces en las que una persona ha quedado atrapada en un cuerpo inerte sin que nadie lo sepa, pero totalmente consciente de lo que sucede alrededor, verdad?

El médico volvió a sonreír ampliamente.

—¿Qué pasa, que le has confesado una infidelidad de última hora?

—Algo así...

—El coma sigue siendo un misterio para la medicina. A ver qué nos cuenta ella de su viaje, pero ahora lo más importante son las posibles secuelas que arrastre, que alguna habrá, seguro.

—¿Qué tipo de secuelas? —pregunté preocupado.

—Motrices, psicológicas, lingüísticas... en cada uno es diferente. Puede haber perdido fuerza y destreza, o que haya habido un importante deterioro de la memoria, la atención, el control de impulsos, e incluso de la deglución, pero con tiempo, lo más probable es que lo recupere al 100% —dijo encogiéndose de hombros.

—¿La memoria también?

—Es el área más peliaguda. Si la pierde, con suerte, será a corto plazo y de manera temporal.

Es decir, tarde o temprano, ¡recordaría que no tenía ningún novio! Así que trataría de encontrar el momento adecuado para contarle la verdad cuanto antes.

—Entonces, ¿es posible que Laura haya escuchado todo lo que le he dicho?

—No me extrañaría. Hay gente que despierta y lo recuerda todo, otros nada, y otros lo van recordando poco a poco. Cuanto más tiempo estás en coma, más permanentes son las lesiones, y Laura ha mostrado una buena actividad cerebral casi desde el principio.

Dios...

Me dieron ganas de desaparecer sin más y no volver. Un abandono en toda regla, como los miles y miles que sufría la gente que entraba en coma con pareja y al despertar, meses o años después, no había ni rastro de sus relaciones. Pero no podía. Por mí, no por ella, esa era la asquerosa verdad. No estaba listo para renunciar a nuestra historia todavía.

Me fui a casa histérico por la que se me venía encima, ¡ni siquiera sabía lo que quería! Por un lado, me daba pánico que Laura no fuera la misma persona que una vez dio a luz semejantes novelas; y por otra, me daba pavor llegar al momento en que descubriera quién era yo realmente... ¿Qué pensaría de mí? ¿Y las enfermeras, con las que ya tenía «colegueo» y me habían bautizado como el novio perfecto? Y las autoridades... ¿qué pensarían ellas?

Quería llamar a Emma porque estaba acojonado, pero cambié de opinión. Prácticamente, acababa de llegar a Byron Bay, ciudad de vacaciones, y me daba la sensación de que debía estar allí, no por Laura, sino por ella. Le

sentaría bien, pero si se enteraba de que la víctima de su torpe existencia había despertado, volvería a España rápidamente. Decidí no molestarla, a menos que tuviera que hacer esa llamada desde la cárcel...

DeBlack

*“Corre hacia el miedo y saldrá corriendo.
El mío es no saber encontrarte.”*

Capítulo 7 - 50 Primeras citas



Lunes

A la mañana siguiente, volví al hospital con el rabo entre las piernas, pero no me dejaron verla.

—No es agradable recuperar el control de tu cuerpo —me explicó una enfermera—, si fueras su hermano o su padre, te dejaríamos pasar, pero eres su pareja... y créeme, cualquiera rezaría para que ninguna fuera testigo de ello.

—Pero ¿está bien? —pregunté preocupado—. Quiero verla.

—Señor... hay cosas que es mejor no ver. No hay necesidad.

Me fui un poco molesto, pero lo entendí. Es lo mismo que yo le dije a Emma. Que no viniera al hospital a ver a Laura. ¿De qué serviría? Era ahorrarle sufrimiento.

Volví al día siguiente, y me dijeron que dormía y era mejor no despertarla porque su cuerpo estaba agotado de luchar por volver a la normalidad. Otras veinticuatro horas sin verla. Empezaba a impacientarme.

Lo cierto es que me había venido bien para recuperar las jornadas perdidas con los clientes de jueves y viernes, no obstante, la ansiedad se acumulaba dentro de mí sin noticias suyas. Habían pasado dos días, es decir, mi manicura era un desastre, pero llegó el momento de conocernos, y cuando me vi avanzando por el pasillo camino de su habitación sabiéndola despierta, por poco me da un infarto.

Miércoles

—Está deseando verte —me comentó la enfermera pizpireta mientras la seguía—, pero deberías saber algo...

Se paró en seco delante de la puerta de Laura y a mí se me paró el corazón.

—¿Qué es?

—Me han dicho que te avise de un detallito...

—¿De qué? —pregunté aterrorizado sin saber qué esperar.

—Está recuperando rápido muchas facetas importantes, pero tiene problemas de memoria...

—¿No recuerda quién es? —pregunté alarmado.

—Sí, pero no se acuerda de ti...

Parecía más consternada que yo y se tapó la boca apoyando su puño en ella.

—Lo siento muchísimo... ¡Lo más probable es que la recupere!, pero, de momento, por favor... no se lo tengas en cuenta. Cuando pasan estas cosas, suele ser muy desagradable... intenta no abalanzarte sobre ella, respeta su espacio vital y recuerda que para ella eres un desconocido... en fin, dicen que es temporal, pero...

—No se preocupe, ya volveré a enamorarla —contesté guiñándole un ojo—, lo más importante es que haya despertado.

La enfermera hizo un esfuerzo por sonreír.

—La pobre irá cogiendo más soltura con el paso de los días...

—Descuide, y gracias.

Esas advertencias estaban genial, pero no me avisó de lo más importante, porque, cuando entré en la habitación, dos ojazos avellana me acorralaron inclementes. Ya no tenía escapatoria. Laura me miraba como si fuera una mini Teniente O'Neil, con la cabeza rapada y preparada para recibir explicaciones antes de romperme las piernas.

—Hola... —logré balbucear.

Me dio semejante subidón de adrenalina al verla incorporada, que su calva y sus extremidades escayoladas se volvieron invisibles para mí. Estaba en blanco ante el alucinante magnetismo que transmitían sus ojos abiertos, lo único que quería era correr a su brazos para celebrar que estaba bien. Menos mal que la enfermera acababa de tirar de mis riendas. Bendita experiencia.

—¿Cómo estás? —pregunté esperanzado.

—Despierta —Su boca se curvó hacia arriba y se encogió de hombros.

—Me han dicho que eres algo así como un milagro clínico.

—Presente... —sonrió alzando su mano sana a modo de saludo.

Mi corazón enfocó sus orejas hacia ella. «Quieto, chico».

No era un secreto que siempre me había encandilado la gente que se escudaba en el humor cuando estaba baja de moral. Yo lo hacía, y Emma solía hacerlo, pero en una versión cruel y deprimente. Sin embargo, Laura buscaba lo contrario. A pesar de su estado, acababa de saludar al más puro estilo Forest Gump, es decir, como una persona que, aunque es consciente de sus limitaciones, es feliz.

Pronto me di cuenta de que verla parpadear me estaba perturbando más de lo que pensaba.

—He perdido... algo de... memoria —consiguió decir con una vocecilla preciosa—. Lo digo porque... me han dicho que tú eres mi...mi prometido.

Claro que en ese momento debería haberla corregido, pero juro que no pude. Me pareció que ninguno de los dos soportaría la verdad en aquellos momentos. Así que, en vez de aclararlo, hice lo que mejor se me daba: echarle humor.

—Eso de prometidos... —comencé renqueante—, buff, ya se verá, ¿no?... dependerá de la evolución de tu pelo, ahora mismo, me conformo con ser amigos —dije poniendo cara de pillo.

El sonido que hizo su boca, junto con la sonrisa más bonita que había visto en mi vida, me dieron un empujón físico. Cualquiera hubiera llamado a un exorcista, porque algo flotaba en el aire y acababa de presionarme en el pecho con una fuerza devastadora.

«Houston, tenemos dieciocho problemas». Demasiadas pestañas.

Ella acarició su pelada cabeza, aún con la sonrisa en los labios, y volvió a encogerse de hombros.

—El pelo crece... pero te libero de tu promesa... no hay problema.

Había tanta luz en ella que estaba seguro de que terminaría quedándome ciego si no dejaba de mirarla en 3, 2, 1...

—¿Cómo estás? ¿Te duele mucho la pierna? —Me obligué a reaccionar. ¡Tenía que hacerlo! Dejarme de encantamientos extraños y hacer como si nada. Como si escuchar el tono de su voz no acabara de poner mi mundo patas arriba. Como si no fuese un extraño que no tenía ningún derecho a estar allí... con una persona tan increíble que se había tomado un accidente con tanta filosofía.

—Se me ha acabado la droga y me duele un poco —dijo ella señalando el gotero—, pero, en cuanto me pongan más, estaré mejor. Lo que me asusta es que no la siento mía... —se acarició la pierna—, la noto pesada, caliente y me

hormiguea. Es bastante... molesto.

—¿Y lo demás? El brazo, la cabeza...

—Lo demás bien... salvo lo culpable que me siento... por ti.

Lo dijo sin mirarme. Sin querer ver mi sufrimiento, que existía, pero no por lo que ella creía.

—Volveré luego —se despidió la enfermera, pero no pudo marcharse sin decir algo más—, aiss... dos minutos contigo y ya habla mucho mejor. ¡Es evidente que estoy en presencia del amor! —exclamó soñadora—. Si necesitáis algo, llamad al timbre.

—Gracias —respondimos a la vez. «¡Chispas!».

Sonreí vergonzoso por lo que acababa de proclamar la enfermera. Y es que... una presencia había, desde luego, pero se trataba de la mentira oronda que no me dejaba respirar.

—Guillermo, ¿verdad?

—Eh, Guille, sí...

—¡Perdona! Mierda... ¡Qué poco tacto preguntar tu nombre habiendo intercambiado fluidos corporales! —se tapó los ojos con las manos, cómicamente avergonzada—. Me siento uno de esos cabrones que se olvidan de ti después de una noche...

Separó dos dedos para buscar mi mirada y no tuve más remedio que sentirme atraído por ella.

«¡Al hoyo con Guille!»), gritaron alocadas mis hormonas.

—No te preocupes —dije risueño meneando la cabeza.

—Ni siquiera recuerdo cómo empezamos a salir, ¡pero recuerdo algo! Creo que he soñado contigo durante todo este tiempo...

—¿En serio? ¿Recuerdas algo del coma? ¿Oías algo?

—Muchas cosas. Tengo la sensación de que te conozco, pero... no sé... te miro y no me sueñas...

—Han dicho que te lo tomes con calma —dije apoyándome en la cama, a su lado—. Aún no puedo creer que estés bien... —solté sin pensar. Me moría por tocarla, pero conseguí frenarme.

—¿Has avisado a alguien de que estoy despierta?

—A tu tía.

—Dios mío... ¡Qué horror! ¿Ha estado aquí? ¿Ya la conocías?

—Tranquila, mientras estés bien, no creo que aparezca más... solo vino para dejar claro que, si te morías, tenía algo que decir.

—Pues se equivoca, no tiene nada que cobrar.

—Ya lo sé, sería para tu hermano —sonreí complice.

—¡Sí! ¡Mi hermano! ¡Lo sabes! Claro que lo sabes, joder... Lo siento, me cuesta un montón pensar, hablar normal, uff...

De repente empezó a agobiarse y yo con ella. Sus ojos se humedecieron mientras su mente intentaba asimilar todo lo que había ocurrido mostrando un sentimiento de rechazo atronador.

Ni lo dudé. Me acerqué a ella y la recogí contra mí.

—Tranquila, todo irá bien, tranquila... —Ella se agarró a mí como si no le importara tener un hombro en el que desmoronarse.

Me merecía la horca, pero fue un momento de necesidad física demasiado grande, aunque ese gesto pudiera ser utilizado en mi contra ante un tribunal cuando todo se destapase.

—Lo siento mucho —dijo culpable cuando se tranquilizó—. Intento recordar algo de ti todo el rato, pero... no puedo. ¿Cómo nos conocimos?

¿Mentir o morir? ¿Qué haría un ser inteligente?

Según Susana, Laura era bastante antisocial, pero todo el mundo sabe que los escritores tienen una doble vida: la de puertas para dentro y la de puertas hacia las redes sociales.

—¿No te acuerdas? Soy tu mayor fan —dije levantando las cejas, e intenté convencerme de que aquello no era precisamente mentira.

La sonrisa que me lanzó me obligó a dragar miles de neuronas en mi materia gris que acababan de ser fulminadas y ya no servían para nada. Se secó las lágrimas y pareció recobrase un poco, porque la vergüenza volvió a sus mejillas al vernos tan juntos.

—Hola, Laura, ¿cómo sigues? —preguntó un doctor entrando en la habitación. Me levanté de su lado para dejar espacio al especialista.

—Más o menos...

—No he podido llegar antes, me han entretenido. Quería hablar contigo antes de que entraras a verla —me dijo directamente a mí.

—Ah...

—¿Puede hacerlo delante de mí? —sugirió Laura.

—Son simples pautas para no confundir a tu cerebro. Por ejemplo, no le enseñes fotos, porque no sabrá discernir si lo que recuerda es el momento real o la imagen. Los recuerdos tienen que volver por sí mismos.

—¿Y no hay nada que pueda acelerar el proceso? —pregunté ansioso.

—Ya que lo preguntas, la memoria olfativa es una de las más potentes del cerebro humano porque está relacionada con el sistema límbico, que dota a

estos recuerdos de carácter emocional. Dale una camiseta tuya rociada con tu colonia, y también puede ayudar un abrazo, incluso un beso... —el doctor se interrumpió apocado—, ejem, bueno... ya me entendéis. Cuanto más se intima, más se... activan partes físicas y emocionales que no lo harían de ninguna otra forma... en fin, tomároslo con calma, pareja. Lo más probable es que termine recordándolo todo, ¡está en su cabeza!, aunque un poco desordenado, y la pérdida de memoria a corto plazo es una consecuencia común del coma inducido, aunque a veces abarca algo más... hay que tener paciencia...

—La tendremos —sonreí tranquilo—, muchas gracias.

Cuando volvimos a quedarnos solos, pensé en una buena alternativa a lo que nos acababa de decir el médico.

—¿Qué te parece si llamamos a Susana?

Ella abrió los ojos como si aún no se creyera que yo formara parte de su vida y conociera a sus amigos. Lo que no sabía es que también formaba parte de mi plan maléfico para volver a arrinconar a Susana.

—Sí, claro... ¡espera! ¿Y mi móvil? —preguntó alarmada.

—Desaparecido. Habrá que llamar a la compañía, que te hagan otra tarjeta y conseguir un terminal nuevo.

—¿Me ayudarás? —preguntó desvalida.

—Claro... —Y casi me arrodillo al decirlo.

—Y... Oye... ¿vivimos juntos?

No podía mentir en eso.

Debería haber aprovechado la pregunta para decirle la verdad, ¡sabía que tenía que hacerlo!, pero algo dentro de mí se resistía, y esta vez no era solo mi egoísmo, sino mi necesidad de ayudarla, porque, algo me decía que, si se enteraba de todo, no iba a dejarme hacerlo.

—En realidad, no vivimos juntos, exactamente...

—¿Vamos a casarnos y no vives conmigo? —preguntó quejica.

Ese tono me hizo sonreír y me acerqué un poco más a ella.

—Contigo viviría, pero con tu escritora interior, no. Ese ente necesita paz mental para concentrarse, y te pareció buena idea conservar tu piso y tu silencio y hacer ruido en mi casa.

—Eso tiene sentido —aceptó divertida—. ¿Por qué no te sientas aquí, y te acercas un poco más a mí? —preguntó de repente.

El miedo me invadió, sobre todo al saber que no encontraría nada familiar en mi aroma. ¿Y si no le gustaba? Joder, al menos me había duchado.

Me acomodé a su lado y pareció echarse un poco hacia atrás por la

impresión inicial de tenerme tan cerca, supongo que al pensar que éramos íntimos y ella no lo sentía así. Intenté quitarle hierro, porque lo último que quería era incomodarla, solo quería transmitirle que era alguien en el que podía confiar.

—¿Qué te pasa? —comencé jugueteando con su mano—, no te preocupes, por lo que a mí respecta, solo somos amigos.

Ella sonrió y se relajó visiblemente.

—Jo... ¿Por qué no me acuerdo de ti? Pareces un tío genial...

Mi corazón bombeó con fuerza señalándome que el lío empezaba a ser muy embarazoso, porque ya contaba con su participación al 100%.

—Cada vez hablas con más fluidez, mejoras por momentos.

—Me noto un poco más yo ahora mismo...

—Estupendo —dije acariciando su mano con mi pulgar. ¡Estaba en el cielo!, igual que ese maldito pirado cuando hizo las fotografías.

—¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Qué es lo que más te gusta de mí? Me gustaría oírlo a ver si me termino de creer que estás aquí... —dijo vergonzosa.

Y por arte de magia, en vez de agobiarme y tener un ataque de pánico al darme cuenta de que era igual de psicópata que todos, esa frase me halagó.

Porque no se refería a que no creyera que yo pudiera ver nada bueno en ella, sino que se refería a que no terminaba de creerse que tuviera la suerte de contar conmigo...

—Eso suena a pregunta trampa —bromeé.

Su deliciosa risita chisporroteó y algún hada debió renacer en alguna parte.

—¡Vamos, dímelo! —me rogó con una dulzura que me hizo flaquear las piernas—, yo no sé mucho sobre ti, solo sé que me haces sonreír... —admitió feliz—, y que, aunque no te recuerde, prefiero que estés aquí, a estar sola.

La miré permitiéndome el lujo de no disimular en absoluto que me tenía a sus pies, y si quería que me quedara, lo haría, aunque eso supusiera guardar silencio y mentir como un concejal.

Ella me miró derrochando una extraña franqueza, a pesar del poco tiempo que hacía que me conocía. Yo tenía excusa, llevaba nutriéndome de ella días, ¿cómo era posible que estuviera reaccionando así ante mi presencia? Eso solo sumaba puntos en mi lista de admiración por ella, y mentiría si dijera que tocar su piel no estaba erizando todas mis terminaciones nerviosas.

—Laura —comencé intentando ser lo más sincero posible—, de verdad que no puedo contestar a eso. ¿Qué es lo que más me gusta de ti? Para empezar,

tendría que lidiar con un dilema perverso antes de decidirlo.

—¿Qué dilema? —preguntó con diversión.

—Que no sé si me gustas más física o mentalmente...

Ella abrió la boca sorprendida para terminar tapándose la escandalizada.

—Madre mía... ¡acabo de entenderlo de golpe! —se rio.

—¿El qué? —pregunté asustado.

—Espera un segundo, sigo en *shock*.

¿Esperar? Imposible, la impaciencia amenazaba con comerme vivo.

—Laura, ¿qué has entendido?...

—¿Que me gustas! —anunció fascinada abriendo las manos—. No me creía que estuviera prometida... ¡He estado muchos años sin pareja! Ningún tío conseguía interesarme demasiado, pero llevas aquí cinco minutos y ya has conseguido que sienta algo por ti... Es como si pudiera palparlo, pero mi cabeza no me dejara verlo.

—¿Palpar qué?

—Que hay algo entre nosotros... ¡lo noto!

Tragué saliva ruidosamente. ¿Hora de decir la verdad?

—¿En qué lo notas? ¿Qué he dicho? ¿Qué he hecho? —pregunté desconcertado, más que nada para tomar apuntes, porque no me había enterado de la jugada.

—¿Que qué has hecho? —sonrió alucinada—. ¡Joder, acabas de echarme el mejor piropo que se le puede echar a una mujer!

—No lo entiendo... —sonreí avergonzado.

—Las mujeres insistimos en que queremos sentirnos valoradas por nuestro cerebro, pero quien diga que no le gusta sentirse deseado, miente. Es genético. A todos nos gusta gustar, y a una mujer, más todavía. En cualquier caso, siempre hay dudas de si un baboso se acerca a ti por tu escote, u otro se acerca a ti porque le atrae tu personalidad y se conforma con el resto... Pero lo que has dicho es... simplemente, la perfección, por eso no me extraña que me gustes, todo cuadra —sonrió encantada.

Madre mía. Cerré los ojos e intenté controlarme. ¿Quería abalanzarme sobre alguien que llevaba un cabestrillo en la pierna? Era preocupante. Necesitaba salir de esa habitación antes de desobedecer salvajemente las órdenes de la enfermera.

—¡Y encima eres guapo! —exclamó satisfecha.

—Ahora sé que estás delirando —dije impasible.

—¡En serio!, tienes muchísimo estilo y tus ojos son...

—Oye —la corté, soltándola y levantándome de la cama—, tengo un límite para no abusar de una enferma.

—¡Y además eres supergracioso! —añadió ilusionada.

Me tapé la cara y empecé a pensar que aquello sería un sueño si no fuera por un minúsculo detalle que lo estaba convirtiendo en una puta pesadilla. Porque, por momentos, recordaba al tío que hizo manitas con ella y no veía la puta diferencia con esto.

—Laura, tenemos mucho de qué hablar... —intenté serenarme.

—Claro, ya lo sé, solo intento decirte que... me siento atraída por ti... por si hace que te sientas mejor.

Sonreí halagado, pero no, no hacía que me sintiera puto mejor. Quizá una pequeña y estúpida parte de mí estuviera dando volteretas, pero la prudente, no.

—Y entiendo cómo debes sentirte, —continuó ella comprensiva—, ¡te acaban de dar gato por liebre!, porque no soy lo que era... no puedo andar ni podré en mucho tiempo; parezco una bola para predecir el futuro y hace días que no absorbo vitamina D, ¡pero mejoraré! Tanto ayer como esta mañana, despertaba deseando que estuvieras aquí, y al no estar, me ponía triste... lo que trato de hacerte entender es que... no quiero perderte. Cuando escuché la palabra «Fin», pensaba que te perdía... y solo entonces empecé a luchar por mi vida. Eso significa algo, ¿no?

Muy poca gente había conseguido hacerme llorar (la mayoría estaban muertos, como Mozart), no era lo que se dice un chico sensiblón, pero que alguien te diga que le has devuelto a la vida, merece que se te humedezcan los ojos.

Me acerqué a ella sobrepasado y me senté de nuevo a su lado.

—No vas a perderme, Laura, estoy aquí POR y PARA ti —dije acariciándole la barbilla con un dedo. Nos miramos a los ojos y miles de sensaciones nos atravesaron a la vez. Una atracción incontrolable a la que teníamos prohibido dar salida, pero era increíble surfearla y sentir cómo mi hipotálamo se postraba ante ella, como la nueva dueña de mi sistema nervioso.

—¿Puedes abrazarme? —me pidió de repente—, quiero que dejes de ser solo una voz y seas algo real...

Imposible negarme. Me acerqué a ella con cuidado y apoyé mi barbilla entre su hombro y su cuello. Esa parcela de piel debería ser calificada como celestial.

—Hueles muy bien —susurró en mi oreja.

—Tú también, el olor a hospital me pone mucho.

Su risita hizo que nuestros cuerpos rebotaran separándonos un poco.

—¿Huelo mal? —musitó desafiante, con una sonrisa.

—Hueles a clínica... a una que tiene un cementerio indio debajo.

Se mofó de mi chiste empujándome a modo de castigo, pero no sirvió para separarnos, porque no queríamos. Nos mantuvimos la mirada y la tensión se volvió crítica cuando sus ojos recayeron en mis labios.

Nunca había sido de los que dejan escapar un beso. Lo concebía y fiesta. Sin peros. Sin miedo. Pero aquello era distinto. Ella daba muchas cosas por sentadas que para mí eran inexistentes y no podía aprovecharme de eso, debía decirle la verdad.

—Tienes que saber algo... —murmuré apartando la mirada, para que mi boca no se viera tentada a callarme con la suya.

—¿No será que me quieres? Porque si lo escucho igual me echo a llorar —dijo jocosa pero emocionada.

Sonreí un poco, pero era hora de dejar el humor y responder con la verdad, porque ella lo merecía.

—No, no me atrevería, eres la gran Laura Hernández... Y yo solo soy un pobre infeliz que se volvió loco por ti incluso antes de conocerte. Soy adicto a tu magia al expresarte, a tu escritura, a tu forma de explicar ciertas cosas... con humor, con pasión, con un ingenio envidiable... Cuando leí tu primer libro... Dios... te vi en esas páginas y capté tu forma de ser, tan especial, buena, entrañable, graciosa e inteligente... y quise que formaras parte de mi vida.

Sin verlo venir, sus labios avanzaron hacia los míos, pero en el último momento, los esquivé y me quedé apoyado de nuevo en su cuello.

Joder... No podía.

Apreté con fuerza los ojos y supe que en ese momento podríamos estar besándonos. Sus manos habrían aterrizado en mi cara y su lengua bailarían lentamente con la mía, como si quisiera paladear un sabor único. Nunca me habrían besado igual, estoy seguro. No hubiese sido un beso tímido, sino que tendría la confianza y la presión apropiada para plasmar esa personalidad que intuí escondida en esas hojas de papel. Un beso espectacular que aborté, ahogándolo en culpabilidad.

Necesitaba contarle la verdad antes de dar rienda suelta a nuestra conexión, pero, después de decirme que no quería perderme, no estaba dispuesto a entristecerla ni enfadarla. Ya me daba igual lo que me sucediera a mí, pero no

quería que se llevara un disgusto en su estado.

Me levanté de su lado e intenté seguir el plan en vez de sumergirme en nuestra bonita historia de amor inexistente.

—Voy a llamar a Susana —anuncié. Tenía ganas de ver la cara que ponía al ver a Laura despierta. Y quería hablar con ella.

—Vale —contestó cortada—, pero dile que no aparezca todo el equipo con flores y globos como si acabara de dar a luz, por favor...

—Luego iré a por un móvil nuevo para ti, ¿te parece?

—Claro, genial... oye, ¿estás bien?

—Sí... —contesté escueto.

La atracción que sentía por ella no me dejaba mirarla a la cara. Mi cuerpo luchaba contra mí por catapultarme hacia su boca y darle lo que me suplicaba con los ojos, así que me alejé de ella.

Lo peor es que la comprendía.

Volver de la muerte hace que cada minuto que pase te parezca un regalo. A menudo la gente pierde la vergüenza volviéndose impulsiva e irreflexiva, pero alguien tenía que ser responsable.

Capítulo 8 - Loca Obsesión



Cuando el ambiente se relajó, conseguimos volver a hablar con normalidad. Eso sí, a cinco metros. Gracias.

—Oye, Guille...

—¿Sí?

—¿Podrías ir a mi casa y traerme unas cuantas cosas?

—¡Claro! ¿Qué necesitas?

—Todas las manzanas mordidas que encuentres.

Por un segundo pensé que se había vuelto loca de verdad, pero su sonrisa traviesa respondió ante mi cara de pasmo:

—O sea, mi Mac, mi Ipad, y si me consigues un iphone, te lo pagaré. Si puede ser, con una de esas fundas de silicona de Apple, idéntica a la que tenía antes.

—Perfecto —murmuré.

«Perfecto desastre», pensé por dentro. No sabía dónde vivía y quedaría raro preguntar la dirección. Tampoco sabía de qué color era su funda de móvil antes, ¡y la quería idéntica!

Casi me revienta la cabeza al pensar que estaba flipado por una chica de la que no sabía ni cuál era su color favorito.

Susana era el único clavo ardiendo al que podía agarrarme, pero, ¿cómo sonsacarle esa información si la próxima vez que la viera iba a cantarle las cuarenta en bastos?

Llamé a Susana y no me cogió el teléfono, pero tampoco me extrañó. Probé a mandarle un WhatsApp anunciando que Laura había despertado y había preguntado por ella.

Pronto se puso en línea.

SUSANA

No puedo ir, tenemos que hablar... ¿Podemos quedar en el bar del hospital?

GUILLE

Buen truco, pero no pienso separarme de Laura.

SUSANA

Sin trucos. Dile a la enfermera que se quede con ella un momento. Es muy importante que hablemos.

GUILLE

¿A qué hora?

SUSANA

Ya estoy abajo. Ayer me enteré de que Laura había despertado. Joder. Había llegado el momento de enfrentarme a ella. Dejé a Laura en buenas manos y salí de la habitación avanzando hasta la primera línea de batalla.

Cuando vi a Susana en la cafetería, apenas la reconocí. Llevaba un collarín, un brazo vendado pegado al cuerpo y unas maxigafas de sol que no conseguían taparle los moretones que coleccionaba su cara. Y es que «El Karma no perdona a nadie». O eso me gustaba pensar.

Me acerqué a la mesa en la que estaba sentada con un cortado y me crucé de brazos.

—Hola.

—Hola... ¿Quieres tomar algo?

—No. Has dicho que querías hablar. Empieza —ordené tajante.

—¿No me preguntas qué me ha pasado?

—Me lo imagino. Tienes pinta de jugar con fuego y luego mearte en la cama...

Su respuesta fue bajar la cabeza y morderse el labio. Cuando la subió de nuevo, se quitó las gafas y reveló sus ojos rojos y brillantes.

—Lo siento... siento todo esto, de verdad.

—¿Que lo sientes? —dije alucinado—. ¡¿Sabes acaso lo qué has hecho?! ¿Lo peligroso que podía haber sido? ¡Podían hasta haberla matado! ¡Alguien que se presta a hacer eso, no está bien de la cabeza! Ni tampoco nadie que lo facilite...

—¡Pensaba que sería algo inofensivo, que no haría daño a nadie!

—Hay que ser muy tonta o muy ingenua para pensar así.

—¿Cómo lo descubriste? —preguntó curiosa.

—¿Y eso qué más da? Si hablo, estarás diez años en prisión.

—¿Y por qué no lo has hecho? —Me miró confusa.

Supongo que me vio en la cara que no pensaba delatarla y su rostro se contrajo con un llanto silencioso, porque no hay nada más penoso que dar pena.

—¿Qué clase de amiga eres para hacerle eso a «tu hermana separada al nacer»?

—Vale, puede que exagerara un poco... —confesó—. Laura es una chica agradable, pero muy discreta con su vida privada. Siempre pensé que el amor de sus fans era todo lo que necesitaba, y algunos de ellos parecían muy desesperados por... saber de ella.

—¡No te atrevas a justificar lo que has hecho! —me cabreé—. ¿Y si hubiese pasado algo?

—Puede que esa gente esté loca, pero nunca harían daño a Laura, estoy segura.

—¿Quieres que te enumere la cantidad de fanáticos que han matado a su ídolo? ¡Empezando por Jhon Lennon y terminando por Christina Grimmie!

—¡Te digo que no! ¡La adoran!

—¿Ah sí? ¿Y si hubiesen querido darle un poco de gustito? ¡Con su pene, por ejemplo!

La cara que puso Susana me demostró que era una niña igual que la que tenía en casa hasta hace bien poco... Las tenía tan vistas que las distinguía a kilómetros. Chicas egocéntricas que no ven más allá de sus narices y que creen que el color de un pintauñas o la nueva canción de moda, lo son todo. Estúpidas que viven en una realidad paralela donde nunca pasa nada y todo está permitido «porque yo lo valgo» y «porque yo lo digo».

En una palabra, inconscientes, pero sin perfidia, al fin y al cabo.

Hay mucha maldad por el mundo, pero no creo que estas criajas lo sean en verdad.

—¿Vas a delatarme? —preguntó preocupada.

—Si me dices quién es el tío que vino el primer día a ver a Laura y quién es el que te ha dado una paliza por cancelar la cita que tenía pagada, no lo haré...

Susana cerró los ojos con fuerza, derramando lágrimas fuera de sus ojos.

—He sido una idiota —empezó a llorar de nuevo—. Y me merezco un castigo... la he cagado...

—Si quieres ayudar a Laura, intenta que esto no se convierta en una noticia

mediática que la perseguirá de por vida. Al menos le debes eso.

Ella asintió secándose las lágrimas.

—Respecto a esos tíos, yo me encargo de ellos —zanjó.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó inquieta.

—Les haré llegar un mensaje para que tengan claro a lo que se enfrentan si intentan cualquier cosa con Laura: chantajearla, extorsionarla, humillarla, lo que sea. Y será un mensaje claro y doloroso.

Susi tragó saliva.

—¿Y yo qué? No quiero que me vea así. He dicho en el trabajo que me han atracado... incluso puse una denuncia falsa en la policía.

—Continuaremos con la farsa. Después, presentarás tu dimisión en la editorial, y si Laura intenta ponerse en contacto contigo de alguna manera, dile que, desde el ataque, has vuelto a nacer y quieres darle otro enfoque a tu vida. Cambiar de rumbo.

—No creo que me busque... tampoco éramos grandes amigas...

—No lo jures. ¿Y no tiene a nadie íntimo en la editorial?

—Casi nunca está en España. Siempre está viajando. Estamos en contacto con ella sobre todo por email...

Saqué mi móvil y fiché a los tres tíos que habían aceptado el trato con Susana. Estaba deseoso de mostrarles uno de los míos... y para ello necesitaría a Lucas y a Álvaro. Unos amigos con los que veraneaba desde crío y que eran GEOs. Bueno, ex GEOs, que es peor, pero eran expertos en la reducción y neutralización de delincuentes peligrosos.

Les había perdido la pista hacía mucho, pero no importaba, eran de esas amistades que, con una llamada, hayan pasado dos horas o veinte años, acuden de inmediato para ajustarle las cuentas a quien haga falta.

Justo lo que necesitaba.

Capítulo 9 - Algo más que amigos



Miércoles por la tarde

Después de aquella conversación con Susana, aparté el tema de mi cabeza porque tenía mucho en qué pensar. ¡Laura estaba despierta!

Me sonó el móvil, y lo silencié al ver que era un cliente. Tampoco tenía tiempo para eso. En aquellos momentos, solo me preocupaba la misión que me había encomendado «mi chica»: ir a su casa a por sus cosas. Y debía pensar cómo hacerlo sin que se destapara la verdad. ¡Quién me ha visto y quién me ve! Parecía un capo de La Mafia.

Me quedé en el pasillo estrujándome la cabeza para encontrar una solución, y cuando estaba a punto de rendirme, mi ángel de la guarda debió oír mis plegarias porque, de pronto, apareció una pareja con intención de entrar en la habitación de Laura con un plato tapado con papel de aluminio en la mano.

No voy a negar que me preocupó que fuera un pastel con Antrax, pero lo cierto es que parecían simpáticos. Llamaron a la puerta y la abrieron con un discreto: ¿Se puede?

Cuando entraron, escuché las exclamaciones de Laura.

—¡No me lo puedo creer! —gritó contenta.

—¿Cómo estás, bonita? —preguntó la mujer morena—. Martina nos chivó que te habías despertado y no hemos podido evitar venir.

Cuando me asomé a la habitación, se me derritió el corazón. Porque detectar a una Laura emocionada que no estaba acostumbrada a recibir tales muestras de cariño, me hizo desear brindarle muchas más en el futuro.

—¡No me lo esperaba! —se justificó empezando a abanicarse, cuando un sollozo se abrió paso traicionándola.

Mi sonrisa era perenne cuando destaparon el plato y Laura se presionó el pecho al ver lo que escondía.

—¡Oh..., Dios..., Mío...! ¡Bravas de *El Rincón del Aura 2*!

La pareja sonrió complacida.

—Esto levanta a un muerto —le guiñó el ojo el hombre, que era desconcertantemente guapo.

—Menos mal que habéis venido, ¡no hubiera sobrevivido sin mi ración semanal! —añadió con guasa—. ¡Muchísimas gracias!

—No se merecen —contestaron felices—. Nos alegramos mucho de que estés bien. Clientes de los que bajan en pijama al bar, ¡ya no quedan!

Laura explotó de risa.

—¡Solo fue una vez! Y son cuatro pasos desde mi portal a la puerta... —se defendió Laura chistosa—. Lo que deberíais hacer es ponerme un montacargas hasta mi ático para que deje de dar la nota.

—¡Ni de coña! ¡Tú eres nuestra mejor publicidad!

Los tres se troncharon de risa.

«¡Alabado sea Dios, que existe y me ama!», exclamé por dentro.

Porque acababan de darme toda la información que necesitaba. Y antes de que repararan en mí, volví sobre mis pasos para salir al pasillo de nuevo, porque entendí que, si Laura les explicaba quien era yo, podía meterme en un lío, ya que no iba a sonarles de nada.

Saqué el móvil del bolsillo de atrás de mis vaqueros y busqué la dirección de *El Rincón del Aura 2*. Laura había dicho que su portal estaba pegado. Y había mencionado el ático, o sea, el último piso.

—¿Cuándo te darán el alta? —oí que le preguntaban.

—Buf, tengo para rato —suspiró Laura—. Está todo muy roto.

Iba a ser cierto que «mi chica» era muy discreta con su vida personal y no creí que mencionara que acababa de salirle un marido por sorpresa, a no ser que le preguntaran por mí directamente.

No tardaron en marcharse y me colé de nuevo en la habitación con algo de prisa. ¿Es posible que ya la echara de menos?

—¡Guille! —exclamó Laura al verme—. ¡Te lo has perdido! ¡Manu y Noa me han traído bravas de *El Rincón del Aura*! ¡Qué tíos!

Abrí los ojos mostrando sorpresa.

—¡Qué fuerte! Habrás flipado.

—Muchísimo, pero me las he comido todas de una sentada y ahora me está entrando más sueño que a un bebé después de un biberón con cereales.

Sonreí como un tonto y me acerqué a ella para bajarle la cama con el mando y ponerla en posición horizontal.

—¿Y si te duermes un rato mientras yo voy a tu casa a por tus cosas? —le propuse con cariño acariciando su cara.

—Creo que te amaría definitivamente... —respondió con los ojos ya cerrados.

Se me escapó una risita y le di un beso en la frente.

—Descansa.

—La vecina tiene unas llaves mías —murmuró más allá que acá.

Mucho mejor. Así no tendría que llamar a Juan, mi amigo cerrajero, para que me abriera la puerta.

Dejé instrucciones de vigilancia a las enfermeras, (aunque después de la conversación con Susana, ya no tenía tanto miedo) y me fui a la aventura sin saber qué encontraría.

No me costó mucho encontrar el lugar, pero cuando entré en su piso pensaba que me había colado en una clínica dental. ¡Todo era demasiado blanco! Recuerdo pensar que no existe la persona perfecta, que todo el mundo tiene su punto de locura que lo hace ser único y especial, pero a pesar de todo, me enamoré de las vistas de su terraza, del olor que desprendían sus cosas, y del caos ordenado al milímetro que reinaba en cada rincón. Por no hablar de su cama. Un sueño blanco y esponjoso con una desorbitada predilección por los cojines que cubrían la mitad de la cama. Todos blancos. Ya no tenía duda de cuál era su color fetiche. Ni el de su antigua funda. Y me cuadraba mucho porque siempre había oído que el color blanco activa la imaginación. Ella vería su móvil cada día de un color diferente, según se sintiera, y sus sabanas, y sus paredes... Los artistas suelen coincidir en su obsesión por el blanco porque dicen que así no preconditionan a su mente.

Cogí lo que necesitaba resistiéndome a invadir más su intimidad, pero no pude evitar ver una tarjeta escondida detrás del marco de una foto en la entrada, cuando me disponía a salir. Observé la fotografía y descubrí a una Laura de unos dieciocho años abrazada a la que probablemente debía ser su madre. Mi mano escapó de mi control y sustrajo la tarjeta que sobresalía ligeramente por detrás. Era la típica que se da en los entierros, con una foto del difunto, y una frase firmada por los que reciben el pésame.

«Elena, 1950-2007», rezaba el titular, «los familiares de esta amada

hermana, tía y madre, les damos sinceramente las gracias por sus amables condolencias en estos difíciles momentos».

Cómo no, el burro delante.

¿Amada hermana?, ¡¿Tía?! Y por último... ¿madre? No me cabía ninguna duda de quién había encargado las jodidas tarjetas.

Volví al hospital rápidamente (tras cancelar la cita con un par de clientes) y me encontré a Laura dormida, pero no tardó mucho en despertarse, y cuando lo hizo, murmuró una frase que me marcó como al ganado. Con un sello de caucho que me haría llevar su nombre grabado para siempre.

—Es una gozada despertarme y que estés aquí...

Y su sonrisa soñolienta me provocó una mini embolia pasajera.

—No me extraña, te traigo muchos regalitos —dije señalando varias bolsas.

—¿Mi móvil?

—¡Sí! Y más cosas.

Laura se incorporó ilusionada y le acerqué la mercancía.

—Dios mío... —musitó al encender el teléfono.

—¿Qué?

—Tengo unos ocho mil mensajes solo en Instagram.

—¿Y te extraña?

—Pues sí, creo que nunca llegaré a acostumbrarme a esto. Es como si no me entrara en la cabeza...

En ese momento llamaron a la puerta, y lo que ocurrió a continuación fue una situación tan penosa que no se merece una descripción sarcástica brillante.

—¡Laura! —exclamó su tía acercándose a ella con celeridad—. ¡Menos mal que estás bien, cariño! ¡Nos tenías preocupadas!

La cara de su prima al acercarse a ella con parsimonia no corroboró esas palabras. Se apoyó a los pies de la cama, y observó su cabeza con una expresión de horror, como si el pelo nunca más le fuese a crecer.

—Hola —contestó Laura comedida—. No os preocupéis, estoy bien.

—¡Ay, niña! ¡Qué susto me llevé! Ya sabes que puedes contar con nosotras. ¡Vente a vivir a casa! Siempre y cuando contrates a gente que te lleve y te traiga, te haga la comida, limpie y te ayude a lo que necesites porque nosotras casi nunca estamos —sonrió nerviosa.

—No te preocupes, tía Claudia. Me quedaré en mi casa.

—Pero necesitarás el apoyo de la familia, Laura, y tu madre habría querido que...

—No metas a mi madre en esto, por favor —contestó triste, y vi que sus

fuerzas menguaban considerablemente. Y la entendía, porque era duro estar en presencia de algo tan interesado y tonto como su tía.

—Quiero darte los mejores cuidados ¡como a ella!, recuerda que yo pagué la clínica cuando enfermó —señaló jactanciosa.

—Sí, la pagaste, pero ¿cuántas veces fuiste a visitarla? La intención es lo que cuenta...

—Pues hablando de intenciones, no sé cuáles serán las de tu prometido, porque mientras estabas dormida no quería gastarse ni un duro en ti. Para quedárselo todo él, lo más seguro... —masculló entre dientes.

Los ojos se me salieron de las órbitas. Sentí un calor inusual en las manos que me apremiaba a cogerla del cuello y empezar a apretárselo para silenciarla, pero en vez de eso, respiré hondo, y me callé, por Laura. No quería que viera una parte de mí que no existía, pero las personas así me convertían en un ser inestable.

—Tu tía quería meterte en un hospital privado —me defendí.

—¿Para qué? —preguntó Laura con desdén.

—¡Porque te mereces lo mejor! Y mi hermana habría querido...

—¡Deje de mencionar a Elena! —grité de repente.

Todas se me quedaron mirando perplejas. Pero tenía grabada a fuego esa tarjeta de difunto que vi en casa de Laura, y le había dicho ya dos veces que no volviera a usar la carta de su madre. Su insistencia me pareció insultante.

—Laura está en plenas facultades para decidir cómo manejar su vida y su cuenta corriente —aclaré desdeñoso.

—¡Mira quién fue a hablar!, el que está aquí, al lado de lo que queda de ella, solo por amor... —dijo con una ironía despreciable.

Creo que me hice sangre al morderme el carrillo y resoplé para deshacerme de un poco de mala hostia antes de contestarle.

—Yo no busco el dinero de Laura, señora, me gano muy bien la vida.

—¿A qué te dedicas? ¿Eres modelo? Porque eso no dura eternamente, ¿sabes?

Me hubiera entrado la risa si no hubiese estado tan cabreado. Y en ese estado, siempre me había perdido la boca.

—No soy modelo, gracias por el cumplido, soy asesor de imagen. Y uno bastante conocido en las redes.

—¿¿Quién eres?! —preguntó la jovencita interesada.

—¿Qué más da? —contesté frunciendo el ceño, arrepentido de haberlo dicho. Odiaba esa faceta de mi vida: cuando no me quedaba más remedio que

dar la cara y decir aquello en voz alta.

—Seguro que también es mentira... —arguyó la tía por lo bajo.

—¡Soy DeBlack! —solté sin frenos, porque ese «también es mentira» me había tocado los cojones—, y os aseguro que estoy aquí solo por «lo que queda de Laura» —enfaticé con odio—, así que no os preocupéis más por ella, podéis iros.

—¿DeBlack? —repitió la prima alucinada—. ¡Joder! ¡Me encanta! Trabajas para Vogue, ¿no?

—¡Mira que eres tonta, niña! —escupió su madre—. ¡Te las cuelan todas! Vaya dos... ¿qué vais a hacer sin mí en este mundo de mentirosos y timadores?

—¡Que no! ¡Calla, mamá! ¡Mírale! Un tío normal no viste así...

La mini arpía tenía razón. Aquel día me había esforzado por lucir mi look estrella porque sabía que habían subido a Laura a planta y la vería seguro. Aposté por una combinación de prendas formales con calzado deportivo consiguiendo un resultado moderno y dinámico. Llevaba un pantalón *beige* remangado por encima del tobillo, una camiseta blanca que parecía sencilla, pero que bien costaba sus cien euros dada su increíble caída, y mi mejor *blazer*, uno azul índigo, que se adaptaba a mi cuerpo a la perfección estilizando cada recodo como si fuera un traje a medida.

—¿Nos invitaréis a la boda?! —preguntó ilusionada la prima—, ¡seguro que acuden un montón de famosos!

—Os invitamos a iros para que dejéis de dar vergüenza ajena... —repliqué con saña.

Laura intentó reprimir una sonrisa presionando los labios hacia dentro. Y el cambio de chip que hizo su tía cuando sus neuronas rebotaron por fin es mejor dejarlo para un especial de humor amarillo, con ejemplos de gente que se ha cubierto de gloria.

—Ya os llamaré —prometió Laura con los dedos cruzados debajo de la sábana.

Cuando por fin desaparecieron, ambos suspiramos aliviados.

—Bueno —dije dando una palmada en el aire—, ¿qué le apetece hacer a «lo que queda de ti»?

Ella se rio, aunque después se puso un poco triste y volvió a pasarse la mano por el pelo.

—Ni se te ocurra hacerle caso —dije sentándome a su lado. Le levanté la carita y me miró un poco avergonzada.

—¿Eres *DeBlack*?

Puse los ojos en blanco y asentí a regañadientes.

—Las redes sociales tienen efecto dominó, donde va una oveja, va todo el rebaño...

—Pues eres un pastor muy influyente...

Se me escapó la risa y quise que esa complicidad durara para siempre.

—Gracias por lo que has dicho de mi madre —agradeció ella.

—No me las des, nadie merece tener unos familiares sacados de una peli de tarde de antena tres.

—Gracias, de verdad, por estar aquí... en mi vida —dijo apretándome la mano—. He tenido un accidente, pero me siento afortunada. Es bastante extraño...

«De hecho... ya que lo mencionas...»

—La verdad es que queda poco de mí, de lo que era... —dijo apenada—. Y tardaré mucho en volver a ser como antes...

—Estarás perfecta —le aseguré apelando a su miedo al qué dirán, al juicio de ojos superficiales y a lo que lleva al mundo a sudar lo peor de sí mismo, la envidia.

—¿Me ayudarás con mi imagen?

—¡Pero si no lo necesitas! —dije poniendo el grito en el cielo—. Tienes un estilo propio totalmente irresistible. Eres elegante de una forma innata, te lo digo de verdad...

Ella torció la cabeza sonriente pensando que era muy mono. Y deseando algo más de mí...

Pfff ¿aguantaría la tensión?

Nuestros cuerpos parecían estar imantados. Debía poner resistencia extra para no acercarme más a ella.

—¿Sabes lo preciosa que eres? —dije cogiéndole la cara y estudiando su cabeza—, en cuanto te crezca un poco el pelo, te harás un peinado super chulo y te quedará de muerte.

—Y hasta entonces... ¿tus labios estarán alejados de los míos?

Mi remordimiento guardó silencio, dándome un permiso tácito para estrellarme contra su boca

¿Podría hacerlo?

¿Podría no hacerlo?

Era un suicidio, pero sonreí ante su desafío y me acerqué a ella. Cerré los ojos saboreando el momento previo, donde nuestras respiraciones se entremezclaron por un segundo. Mi boca encontró sin problema el camino

porque mi mano seguía en su cara, y cuando me sumergí en sus labios, una bomba atómica estalló entre nosotros.

Al notar el enloquecedor deje de su roce, presentí que serían los mejores labios que probaría en mi vida. Tenían un sabor adictivo que consiguió elevarme a un grado de excitación indecoroso para alcanzarlo con alguien postrado en una cama de hospital. Comencé a necesitar más oxígeno para gestionar aquel asalto a los sentidos. Mi respiración se quejó. Laura no ayudó cuando me agarró de la camiseta y me acercó aún más a ella, como si necesitara meterse dentro de mí. Los besos se volvieron más rápidos y mil imágenes sacudieron mi mente a la vez: jadeos, olores, mi lengua invadiendo su espacio y desatando ese placer descarnado que solo se experimenta al entrar en alguien con cualquier apéndice del cuerpo...

El beso empezó a parecerme tan porno que tuve que frenarlo antes de arrancarle ese espantoso camisón y empezar a libar cada centímetro de su piel. Una chispa de raciocinio me obligó a romper el contacto con su boca antes de que mis calzoncillos no lo contaran, pero me mantuve cerca, apoyando mi frente en la suya, disfrutando de esa distancia íntima que pronto no tendría derecho a invadir.

—Guau... —opinó ella.

—Sí, guau. Joder, Laura... —agaché la cabeza y no pude retener más la mentira. No después de un beso así...

—¿Qué pasa? —preguntó sin dejar de acariciarme la nuca.

—Lo más seguro es que me mates, pero...

—¿Matarte? ¿Por qué? —preguntó preocupada.

—Porque tengo algo muy importante que contarte... pero quiero que sepas que la intención era buena.

—No te entiendo...

Tragué saliva nervioso y me separé un poco de ella. Cuando la miré a los ojos, me preparé para saltar por esa ventana emocional. El médico había dicho que estaba todo en su cabeza, ¿verdad?, que me había escuchado y Laura había mencionado que creía saber cosas sobre mí, por eso intenté con todas mis fuerzas agarrarme a la seguridad de que, en el fondo, ella ya sabía la verdad, aunque no la recordara.

—¿Te suena de algo el nombre de Emma? —pregunté con miedo—. Piénsalo bien, por favor...

Laura pareció bucear en su mente durante unos segundos eternos como si el nombre le sonara.

—Emma... ¡Emma está en Australia! —soltó sin saber ni lo que decía.

—Exacto, y ¿sabes quién es, o lo que está haciendo allí? Intenta recordar, te lo he contado...

—No... —respondió con rapidez, pero luego lo pensó mejor y abrió los ojos alucinada—. ¡¿Está buscando a mi hermano?!

—Sí. ¿Qué más recuerdas? —pregunté atormentado con el corazón en un puño. Porque ya no había marcha atrás. Pronto un rictus serio y cabreado se instalaría en su cara, y yo sería poco menos que el gilipollas que la había engañado.

—No recuerdo más, todo es como un sueño lejano. Sé que una chica viajó allí en busca de Dan, pero no recuerdo por qué, solo sé que era por mí...

—Sí... —admití. Aparté la vista de esos ojos confusos y respiré hondo para poder continuar, pero la lengua me pesaba una tonelada.

—¿Quién es esa chica? —preguntó Laura curiosa.

—Es alguien que presencié tu accidente... que cogió tu riñonera y que leyó tu diario. Y no se le ocurrió una idea mejor que ir en busca de tu hermano perdido...

—¿Por qué?

—Porque se sentía culpable...

—¿Del atropello? —Sonó incrédula.

—De todo. De que su vida solo generara disgustos... el último y más sonado, que atropellaran a su escritora favorita por agacharse a por un papel que se escurrió de su bolsillo. A mí no me extraña nada, siempre lo pierde todo... dinero, papeles, un día perderá la cabeza.

—¿La conoces?

—Sí... —admití con miedo. Había llegado el momento de confesarlo todo—. Es... mi mejor amiga... y yo el suyo... y cuando me dijo que se iba a Australia a buscar a tu hermano, me pidió que cuidara de ti.

—¿Qué?, pero ¿cómo...?

—Acudí al hospital, y encontré a Emma con tu tía y tu prima en la sala de espera de la UCI. Me dijo que le dieron muy mala espina, que prácticamente habían insinuado que lo mejor sería que te desenchufaran para hacerse con tu dinero, y no podíamos permitirlo. Vio que eran mala gente..., y al leer tu diario entendió que nadie respondería por ti... Por eso me pidió que fingiera ser... tu prometido.

—Joder... —murmuró aturdida.

Cerré los ojos y me froté la cara.

—Lo siento muchísimo —dije deprisa—. Era la única manera de poder estar a tu lado, ¡de protegerte! ¡Soy idiota!, haría cualquier cosa por Emma, ¡pero te juro que no contaba con cogerte tanto cariño! ¡Perdóname! Me dijeron que necesitabas oír voces y detalles conocidos para despertar cuanto antes, y se me ocurrió leerte tus libros... Son la leche, por cierto...

Laura me miró patidifusa y continué hablando sin parar intentando parecer lo más inocente posible. Porque lo era... ¿no?

—El plan era cuidar de ti hasta que Emma volviera con tu hermano, pero cuando te despertaste no sabía qué hacer, y... solo quería que estuvieras bien... No quería que las enfermeras me echaran de tu lado, ni enfadarte antes de que te recuperaras del todo, ni ir a la cárcel...

Me tapé la boca avergonzado y la miré para evaluar los daños.

—Lo siento... —repetí—. No he podido evitar besarte... yo... lo he intentado, pero...

—Tranquilo —dijo de repente algo avergonzada—, creo que yo te he forzado a ello...

—No, nadie me ha obligado, tú solo me has vuelto loco para hacer lo que me había jurado no hacer aunque me estuviera muriendo de ganas...

—Eres único subiendo la moral —sonrió un poco cohibida.

—Debes pensar que estoy loco... pero solo queríamos ayudarte, de verdad. Que me gustes ha sido un daño colateral no programado, y lo acabaré superando... con el tiempo... lo prometo. ¿Me perdonas?

Hubo un silencio eterno en el que, si fuera posible morir de vergüenza, lo habría hecho.

—No tengo nada que perdonar... Que yo sepa, no has hecho más que cosas buenas por mí.

—Te he mentado... y a todo el mundo, en realidad.

—Y al hacerlo has corrido un riesgo POR MÍ, y luego te has callado para que no flipara, pero me has defendido con mi tía. ¡Y me ha encantado! Oye, ¿cómo sabías cómo se llamaba mi madre? —preguntó de repente.

—Lo vi en tu casa, en una tarjeta... —dije mordiéndome el labio.

—¡Joder! ¡Has estado en mi casa! ¡¿Cómo sabías dónde era?!

—Escuché a los de *El Rincón del Aura*... —dije culpable—. Por cierto, ese ático es como vivir en el sol. Mola ver por encima de la polución.

Laura rompió a reír incrédula.

—¡Madre mía, eres un puto genio! —dijo meneando la cabeza divertida.

Un segundo, ¿acababa de mirarme con algo parecido a la admiración?

No. Podía. Creerlo...

Jamás volvería a jugar al Euromillón porque la suerte acababa de caerme toda encima de golpe.

—Entonces... ¿no estás enfadada conmigo?

—¿Por qué? ¿Porque al despertarme hubiera alguien aquí, afable y atractivo, que me quitara a mi tía de encima y me hiciera de recadero? Pues no, llámame loca, pero siempre he tenido un don para calar a la gente y tú me caes bien, porque no tenías necesidad de meterte en este lío y has estado estos días viniendo aquí a leerme y a cuidarme... —sonrió agradecida—. Es más, creo que tengo que darte las gracias.

—¿Te paso mi número de cuenta? —pregunté feliz con cara de tonto.

Ella soltó una carcajada y volvió a negar con la cabeza cuando mi sonrisa le confirmó que estaba de broma.

—Lo siento, de verdad... —dije con sinceridad.

—No lo digas más —me riñó—. Intento imaginar mi despertar del accidente, sola, sin nadie que me abrace, me eche piropos ni que me bese con esa pasión y me deprimó. Así que... gracias a ti.

Mire hacia atrás para asegurarme de que no me habían salido alas; que no me estaba muriendo y en proceso de ascensión hacia el cielo. Porque Laura no se había enfadado y sabía que tarde o temprano tendría que devolver esa deuda al universo.

—Entonces, ¿quieres que me quede? —pregunté cohibido.

—¿Tú quieres irte?

—No.

—Yo tampoco quiero que te vayas.

Nos sonreímos con calidez y el ambiente se relajó.

—¿Me alcanzas el ordenador? —preguntó algo más cortada al aceptar que era un voluntario, aunque en realidad yo estaba encantado de hacer de *Geoffrey*.

—Al final ¿has localizado a Susana? —me preguntó.

—No, está desaparecida desde que le dije que era tu novio. —Mentí. Y me dolió tener que volver a hacerlo.

—¿Pues va a flipar cuando se entere de que es mentira! —rio.

Me sorprendí a mí mismo con ganas de decirle: «¿Y si no se lo decimos...? ¿Y si pasamos por alto ese pequeño detalle y volvemos a besarnos?», pero seguro que marcaba el 091 mientras asentía sonriente.

—Fijo que se alegra, creo que no le caigo muy bien... —dije por fin.

—¿Por qué lo dices? —preguntó divertida.

—Digamos que hemos cruzado alguna palabra disonante...

—¿Sobre qué?

—Sobre tu futuro, pero ella estaba pensando como una editora, y yo como un novio protector... Los dos nos hemos equivocado.

—Cuéntamelo, por favor...

—Me dijo que estaba preocupada por tu carrera, y yo le recordé amablemente que no eras una máquina de crear bestsellers, y que tardarías en recuperarte. No dejes que nadie te meta prisa.

—En realidad, está en lo cierto. El mercado literario es más agresivo que nunca, hay mucha competencia. Si tardas demasiado en sacar otro libro, empiezan a creer que es porque el anterior ha sido un golpe de suerte y ya no estás inspirado.

—¡Menuda chorrada!

—No lo es. Los lectores se enamoran cada día de una historia, y si leen muchas después de la tuya... aunque te quieran, se olvidan de ti. Ya voy tarde para sacar algo el año que viene, debería haberme puesto ya y esto lo ralentiza todo...

—No te presiones.

—No debes de ser muy fan mío, si dices eso —sonrió con guasa.

—Es que soy más fan tuyo que de tus libros...

Reconocerlo me dio vergüenza hasta a mí, pero el ambiente era bonito. Seguía borracho de ese beso, de esa cercanía impuesta por un sabor residual en el paladar que te da derecho a traspasar ciertos límites de confianza.

Me miró con un «quizá» revoloteando entre sus preciosos ojos.

¿Sería cierto? ¿Había un ojalá rezando por mí en alguna parte?

Cuando salí del hospital, Emma me llamó desde Australia.

—¿Cómo estás? —pregunté solícito.

—Bien, ¿y tú? Cuéntame novedades de España.

Le pasaba algo, parecía que necesitaba que la distrajera. Sabía que terminaría contándomelo cuando le explotara en las narices, así que no la presioné, en vez de eso:

—Laura y yo nos hemos hecho amigos —dije con guasa.

Por supuesto, era mentira. Ya éramos algo más que amigos.

DeBlack

"Medicina alternativa, tu saliva en mi saliva..."

Es física o química.”

Capítulo 10 - Lost in Translation



Menos mal que era escritora...

Y que mi mente estaba acostumbrada a todo tipo de ideas surrealistas para usar en mis novelas, porque si fuera una de esas personas a las que no les gustan los problemas, creo que habría gritado al enterarme de la verdad.

Sí, a mí me molaban mucho los problemas. De verdad. Y el dicho de que la realidad supera la ficción estuvo patente en mi vida desde muy temprano. También la idea de que el hombre es el ser más estúpido de la naturaleza, y que, cuando piensa que algo no puede ir a peor, lo hace.

«¡*Me cagüen to!*!», me desahogué por dentro mientras le sonreía quitándole importancia a su pequeña artimaña para cuidarme.

Estaba yo, tan feliz, pensando que, sí, vale, había tenido un accidente horroroso, ¡pero joder, de golpe y porrazo tenía al chico más maravilloso del mundo a mi lado! Un puto Dios del estilo y el humor que hacía polvo la termoregulación de mi cuerpo. Un cuerpo destrozado..., pero a lo que iba:

Su encanto y la expresión de sus ojos color miel me tiraban hacia atrás con una onda expansiva de atracción sexual insólita en mí. Su forma de hablar, de moverse, su agilidad mental... ¡era irreal!, ¡era como uno de los chicos ficticios sobre los que escribía! Pero, no, espera, Laurita, ¡que todo era una broma!

Tenía mucho derecho a enfadarme, el destino era un hijo de la grandísima P, pero no podía enfadarme con Guille. Lo decidí en el segundo dos, cuando me di cuenta de que no tenía por qué ayudarme y lo estaba haciendo de todo

corazón, pero en el segundo uno...

Ay, el segundo uno...

¡Le habría agarrado de los huevos y se los habría retorcido porque... qué beso, coño! ¿Cómo se atrevía a darme un morreo así y a continuación decirme que todo había sido una mentira?

Nunca le he contado a nadie que me aburre intimar con los hombres. En serio, me aburre, ya sé que suena *heavy*. Y cuando lo hacía era por una necesidad de zorrupia incurable (a mucha honra). Es decir, a veces, me apetecía tocar a alguien o que me tocara, me masturbara, y me hiciera olvidar que la finalidad de mi vida era crear una familia antes de que el único miembro de mi estirpe se extinguiera. O sea, yo.

Pero no... ¡Sorpresa! ¡Era mentira...!

Y cuando le noté tan reacio a irse de mi habitación por puro compromiso, me sentí una mala persona. Sí, una maligna. Porque no tenía ningún derecho a retenerle, pudiendo estar con otra chica en aquellos momentos; una normal, no lisiada y desesperada por su compañía.

—Oye, ¿no tendrás novia, verdad? —se me ocurrió preguntar.

—¡No! Qué va... Si no, no hubiese llegado tan lejos en el desarrollo de... la puesta en escena.

¿Había dicho «puesta en escena»? Me reí por no llorar. Mierda...

¡Si es que era perfecto! Empático, gracioso... Un ser que merecía que escribiesen un libro sobre él.

—Ah, vale —dije sonriendo aliviada y con renovadas esperanzas de cazarle algún día, cuando estuviera en condiciones de seducirle, no con un enema esperando en el baño por si aquella noche no conseguía ir de vientre...

—De hecho —continuó él ajeno a mis escatológicos pensamientos—, el día que te conocí te conté que hacía poco había terminado una relación bastante tormentosa con una de esas chicas que te sorben el cerebro y sabes que no te convienen... una de esas de las que no puedes fiarte porque su deporte favorito es la caza, con la peliaguda acepción de que a ella le gusta ser la presa —explicó encogiéndose de hombros.

—¿En serio?

«¿Qué clase de persona le pone los cuernos a un tío como *DeBlack*? Y lo más intrigante, ¿con quién?! ¿Es que hay un nivel superior?».

Lo cierto es que la exnovia de Guille era un perfil antagonista de lo más interesante, con una de esas taras mentales que surgen de haberte enamorado de tu padre o algo así.

—¿Cómo es posible que alguien se plantee engañarte? —pregunté sin rodeos.

La sonrisa que me lanzó podía haber provocado que me desnudara sin darme cuenta.

—A Blanca le gusta demasiado jugar al gato y al ratón —explicó aburrido—. Y el problema de las calientapollas es que, un día, de tanto jugar con fuego, se queman. Y entonces intentan disfrazarlo de un enamoramiento en ciernes, haciéndote creer que ha ocurrido porque lo que teníais no era amor y que, más bien, hasta tienes que darle las gracias por dejar de vivir una mentira para disfrutar del *True Love*.

Abrí la boca alucinada.

—¿Puedo tomar notas? —pregunté levantando el teléfono.

Su sonrisa, unida a su veloz agudeza mental me hizo suspirar. Al menos ya no tenía novia. Primera fase, superada. Pero ¿qué podía hacer yo? ¿Intentar ligármelo con todos los problemas físicos y mentales que arrastraba del accidente? Ni de coña. No podría... Me sentía, de todo, menos sexi. ¡Era un puto esperpento! Y aun así me había hecho el favor de besarme... ¿se puede ser más.... ¡AH!?

Por eso tenía todo el derecho del mundo a estar rabiosa, mi vida acababa de pegar un cambio drástico y había aterrizado en un contexto desconocido. Tenía que dejarle ir y pensar en recuperarme, no en hacerle ojitos a nadie.

—Bueno, descansa esta noche, vuelvo mañana —se despidió de mí. Y sentí vergüenza, porque «haber ligado por dar pena es caer muy bajo, Laura, no le ates a esta situación. Déjale seguir con su vida, rehaz la tuya, y luego, Dios dirá», fueron mis pensamientos exactos.

—Guille... —empecé con cautela—. Mañana te doy el día libre, seguro que estar aquí tanto tiempo conmigo ha provocado pequeños incendios en tu día a día. No quiero ser una molestia...

Su rostro se puso serio y se sentó a mi lado. Tener a un hombre tan cerca nunca había supuesto un ejercicio de autodominio para mí, pero ahora notaba que cada poro de mi cuerpo deseaba pegarse a él.

—No eres ninguna molestia —me aseguró con firmeza.

—¿No he trastocado en nada tu vida? ¿Tu trabajo? ¿La frecuencia con la que subes un post a tus redes sociales?

Él sonrió de una forma adorable. Menuda tortura.

—Los post nunca —bromeó—, el resto puede que un poco, pero este tiempo ha sido unas vacaciones para mí, y las he disfrutado.

—Pero algún día hay que volver al trabajo... —insistí.

—Laura —dijo cogiéndome la mano—, no quiero que pienses que has sido una carga para mí, lo he hecho encantado. Y volvería a hacerlo. Todo.

Busqué sus ojos y me costó un mundo renunciar a ellos y a lo que me transmitían. A la verdad oculta detrás de aquella situación amistosa, porque nos atraíamos. Pero yo no estaba lista para algo así.

—Vale, me queda claro, pero deja que mantenga un poco la dignidad. Haz lo que tengas que hacer y vuelve en unos días... yo estaré bien, te lo prometo.

—No pienso dejar de venir —dijo tajante, como si tuviera un motivo oculto—. No quiero que estés sola —aclaró.

—Mañana tendré que hacer muchas llamadas, voy a estar todo el día liadísima. No te necesito, de verdad...

—¿Seguro?

—Sí.

—De acuerdo...

Me sentí bien por lograr mi objetivo, pero en cuanto desapareció por la puerta y me quedé sola, me entró tal bajón al pensar en mi nueva realidad sin él que me dormí llorando. Sobre todo después de entrar en su cuenta y leer lo que acababa de poner.

Deblack

*“Qué triste es estar donde debes,
en vez de donde quieres.”*

¿Se refería a mí o a él? Su ambigüedad enamoraba.

«Lo que quedaba de mí» iba a tener que luchar mucho por volver a ser la que era... pero es que ya no era esa persona... era una nueva. Tenía la impresión de que tenía que reaprenderlo todo otra vez, porque ahora todo era diferente. Ahora le conocía. Ahora él existía. Y me costaría tres veces más llegar a ser como necesitaba ser para merecerle.

Capítulo 11 - La llegada



Jueves

La noche anterior, al dejar el hospital, Laura parpadeó encantada cuando besé su mano con suavidad al despedirnos, pero al día siguiente, cuando aparecí a las tres de la tarde (es todo lo que pude aguantar fuera de su vista), me encontré a una marabunta de gente rodeándola, que según acreditaron estaban «trabajando».

Adiós a todo atisbo de prelude amoroso.

Ella sonrió culpable y se encogió de hombros. Llevaba un auricular y parecía estar hablando por teléfono con alguien en ese momento, aunque resultara imposible en medio de todo aquel jaleo.

Le hice un gesto informándole de que volvería luego y asintió, pero no aparecí en todo el día. Tenía un plan mejor. El que mi cabeza urdió pronosticando el fracaso de nuestra relación. De muchas relaciones, en realidad: escribirle por el maldito, malintencionado y tergiversador WhatsApp.

GUILLE

Buenas noches, ¿cómo lo lleva «lo que queda de ti»?

LAURA

Jaja me las apaño, gracias.

GUILLE

Espero que hayas arreglado tu mundo.

LAURA

Lo mismo digo ;)

Hubiese firmado por que mi mundo se mantuviera así, en esa calma, en esas conversaciones banales. Si hubiera sabido que iban a durar tan poco, las habría aprovechado mejor.

GUILLE

Mañana me paso a verte.

LAURA

Ni se te ocurra. ¡Ya estoy bien! De verdad.

GUILLE

¿Cómo puedes utilizar ese adverbio tan alegremente con semejante corte de pelo?

LAURA

Jajaja eres lo peor.

GUILLE

¿Has visto a Susana hoy?

LAURA

No, me han dicho que está de baja.

GUILLE

¡¿Y si le enviamos chocolate, turrón y bolitas de anís?!

LAURA

¡Jajaja! Qué tonto eres

No podía replicarle a eso. Porque lo era. Y un chiste andante.

Se abre el telón: y aparezco yo, mirando con ojitos tiernos a una autora de éxito internacional, con la cabeza rapada y varias extremidades escayoladas, ¿cómo se llama la película?

SOLO LOS TONTOS SE ENAMORAN.

LAURA

Guille...

GUILLE

Dime...

LAURA

Gracias por todo lo que has hecho por mí...

GUILLE

No he hecho nada.

LAURA
Para empezar, hacerme sonreír.

GUILLE
Y mañana más.

LAURA
¡Que no vengas, he dicho! ;)

GUILLE
Habla con mi mano. Buenas noches, que descanses.

LAURA
Y tú.
Pd: No hace falta que vengas, de verdad.

GUILLE
Pd: Ya lo sé, pero quiero ir, DE VERDAD.

LAURA
Está bien...

GUILLE
Un besazo...

LAURA
Sí que lo ha sido...

Sonreí como un idiota enamorado. Joder... ¿lo era? ¡Puede que sí!, porque pensé hasta en presentarme en el hospital a medianoche y darle su merecido a lengüetazos. Seguro que Andrea cubría el turno, y si me viera aparecer con una rosa pinchada en un *cupcake*, apostaba a que me dejaría pasar con corazones rojos parpadeando en sus ojos.

¿Qué me pasaba? No era yo muy de hacer locuras...

Pero antes de atreverme a perpetrar ninguna, una maldición cayó sobre nosotros, porque, a partir de ese viernes, la habitación de Laura se llenó de gente.

Casi nunca estábamos solos, y si lo estábamos, nos sumergíamos en conversaciones donde el tiempo pasaba volando hablando de anécdotas de nuestro trabajo y futuros amigos en común. Es decir, de Emma. Le conté vida y milagros de mi mejor amiga, a la que pronto conocería y sería nuestro verdadero «cómo conocí a vuestra madre».

Le hablé de nuestra niñez, de su baja autoestima y de su historial de pollas tóxicas. También le conté el gran trato que habíamos hecho gracias a su desafortunado accidente y le pareció genial. Y justo cuando terminé,

casualmente, me entró una llamada suya.

Le hice el gesto de silencio a Laura poniendo un dedo en mi boca y contesté activando el manos libres.

—Hola, Em.

—*¿Cómo está Laura?* —me preguntó de buenas a primeras.

La aludida abrió los ojos sorprendida y sonrió asombrada por la preocupación que teñía la voz de Emma.

—Por aquí todo sigue igual... —respondí guiñándole un ojo a mi compinche.

—*Joder, no debería estar aquí* —se lamentó mi interlocutora—. *Estoy a punto de irme a una barbacoa ¡y en lo último que estoy pensando es en encontrar al hermano de Laura!*

—Emma, no te tortures. Sal y diviértete un poco, ¡estás en Australia!

Laura asintió con la cabeza dando su aprobación.

—*¿Y qué?*

—Y que deberías dejarte llevar y vivir un poco la experiencia.

—*Pues yo creo que tengo que centrarme* —se regañó.

—Puede, pero hazme un favor, esta noche, pásatelo de puta madre para arriba y mañana sigues con todo este lío.

—*Está bien, lo haré. Pero por tiiii.*

—No sabes cómo te lo agradezco.

Y colgué sonriente.

—¡Qué fuerte! —chilló Laura—. ¡Es una auténtica aguafiestas!

—¿Qué te dije?

Le había contado a Laura que no le había dicho nada de su recuperación y enseguida lo entendió. Es lo que le faltaba para volver corriendo y no hacer el esfuerzo de intentar encontrarse a sí misma, y eso podría estropear mis planes de que viviera una experiencia única en un sitio de ensueño para tener algo por lo que luchar. ¡Ni siquiera recordaba cómo divertirse! Solo esperaba que en esa barbacoa alguien montara un buen jaleo.

Yo por mi parte, tenía montado el mío. No había olvidado a los psicópatas que compraron un pase privado para ver a Laura, y la tarde menos pensada, Lucas y Álvaro me confirmaron que estarían en la ciudad un par de días.

—¿A quién quieres que asustemos? —preguntaron hambrientos.

Les di sus nombres y toda la información que había encontrado en sus redes. Vaya tres figuras. El del primer día era un pijo convencido de que Laura impulsaría su libro de mierda escrito con plantillas para tontos; el segundo, el

estúpido que se dejó el móvil. Estaba casado y tenía hijos, demasiado que perder; y el último, el que le pegó la paliza a Susana por el intento fallido, era un loco, directamente. Uno declarado, con invalidez permanente que hacía malabarismos con su medicación y las drogas blandas, un peligro. Menos mal que era el día de San Martín...

Horas después, me llamaron con los deberes hechos.

—No volverán a molestar.

—¿Qué habéis hecho? —pregunté asustado.

—Lo que mejor se nos da, dejarles las cosas claras.

—¿Estáis seguros de que lo han entendido?

—Sí. Uno de ellos se ha puesto un poco chulo y... bueno, digamos que ha tenido un accidente con la moto.

—No quiero saberlo. Muchas gracias, chicos.

—A mandar. Ha sido un verdadero placer, créeme, eran puta escoria, los huelo a leguas... Esperamos tu talento en breve como pago por el nuestro. Larga vida.

Puse los ojos en blanco y colgué.

Lucas siempre soltaba esa coletilla al despedirse, pero con el tono siniestro de Scar en *El Rey León*. Y el pago no me preocupaba. Tenía un montón de «talento» acumulado en el armario. Eran tíos presumidos, pero daré más pistas. Ansiaban camisetas que ellos mismos denominaban «de las que hacen que la gente se pregunte de dónde la he sacado», pero además, no querían que pertenecieran a grandes superficies ni a marcas conocidas. Buscaban personalización, buscaban crear un estilo inimitable, y yo, cada vez que mis ojos encontraban una prenda destinada para alguno de aquellos calaveras, la almacenaba como un alijo con el que traficar favores.

Sacudí la cabeza y tomé aire con fuerza guardando mi Galaxy último modelo en el bolsillo. Quería olvidarme de ese tema, aunque una duda seguía anidada en mi cabeza. El hecho de que aquella información no debería morir conmigo, sino que alguien más tenía que saber que Laura tenía acosadores serios. Alguien cercano a ella, pero ¿quién?

Pasó una semana entera, con demasiados WhatsApps de medianoche, de los que te hacen dormirte con una sonrisa tonta y desear encontrarte otro por la mañana que te alegre el día. Ya no recordaba cómo era mi vida sin ella.

No podía estar a todas horas en el hospital porque tenía que dedicarle alguna al trabajo, pero cuando iba, Laura me recibía con una sonrisa ilusionada que me hacía pensar que cada día estaba más guapa y vital que el

anterior. Excepto una vez, que la encontré llorando y fui corriendo a abrazarla.

—¿Qué te pasa?!

—Nada...

¡Me había llevado un susto de muerte!, y en ese momento pensé que, si alguna vez le pasase algo, me daría un ataque. Pero de repente, me di cuenta de que ya le había pasado algo: ¡la habían atropellado! ¡A ella! A mi persona favorita en la tierra... Y mis ojos se humedecieron al asimilarlo.

—Ya está... —la acuné—. ¿En qué estabas pensando?

—En que ya no sé quien soy... —sollozó—, no me reconozco.

Cerré los ojos e intenté controlar las lágrimas, no soportaba verla sufrir, pero debía serenarme y ser quien ella necesitaba que fuera.

—Eres la gran Laura Hernández y sigues siéndolo. Lo mejor de ti está aquí dentro, y está intacto, el resto se arreglará con el tiempo.

—¿Vas a quedarte un rato? Hoy no he dormido en toda la noche... Estoy cansada, y así me siento bien.

Estaba abrazada a mí, recostada, y me incliné un poco más en la cama.

—Duérmete, me quedo aquí.

Aunque quería estar más tiempo con ella, así, sin hacer nada, los encuentros se fueron espaciando inevitablemente. Su recuperación exigía muchas horas de disciplina cognitiva, juegos mentales, de velocidad, logopedia, ¡le hacían de todo para ponerla a prueba!

Me sentía fatal cuando algún día no podía asistir. La imaginaba llorando y me entraba la congoja, entonces la llamaba o le escribía para saber de ella. Si me respondía triste, no dejaba pasar más de dos horas sin ir a hacerle cosquillas hasta que llorase, pero de risa.

El único día que no pude hacerlo, aparecí a la hora de comer, bueno, apareció mi brazo por la puerta con un peluche que hablaba con voz de pito.

—¡Eres único! —se rio Laura al verlo.

Me acerqué a ella y la besé en la frente. Esperaba que no hubiera notado que cada vez me demoraba un poco más en apartar mis labios de su piel. Necesitaba demostrarle que estaba orgulloso de quererla, aunque, de momento, solo fuera como amigos.

Una noche, mientras wasapeaba con ella, se cruzó en mi pantalla una llamada entrante de Emma.

—¡Hola! —contesté al momento.

—*Eh, hola. ¿Qué tal todo?*

No pensaba darle información. Ella estaba en su burbuja y así debía seguir.

La conversación fluyó hasta llegar al quid de la cuestión.

—¿Cómo te va? ¿Has descubierto algo?

—*Sí, que soy más tonta de lo que creía.*

Solté una risita al escuchar su irónico tono de voz. Por lo visto, seguía en sus trece.

—¿Lo pasas bien al menos?

—*Sí, ayer mismo eché un polvo después de bucear con una ballena gigante.*

Me carcajeé a gusto. Emma no tenía límites cuando de inventiva se trataba.

—¿*Qué tal está Laura?* —me preguntó con aprensión.

—Mejorando día a día —dije sin pensar. Y era cierto.

—¿*Va a recuperarse?*

—Le auguro meses de fisioterapia para volver a caminar con normalidad — Y eso tampoco era mentira.

—*Saldrá adelante* —dijo convencida.

—Pepo te echa de menos —dije cambiando de tema.

—*Lo dudo.*

—Emma..., ¿ni siquiera tu gato puede quererte? Pensaba que habías emprendido este viaje para dejar atrás los sentimientos fatalistas. Y aparte de Pepo, yo también te echo de menos.

—*Yo no* —respondió vacilona cambiando el tono de la conversación—. *He hecho un mejor amigo nuevo, se llama Iker.*

—¿Me estás poniendo los cuernos?

Nos reímos un rato hasta que aclaró que se había acostado con alguien de verdad.

—¿*¿Qué?!* ¿Pensaba que estabas de coña! ¿Te has follado a un tío? ¿Tú? ¿En serio? ¿Dame datos!

—*Más bien él me folló a mí, pero...*

¿Y yo que pensaba que lo de irse a Australia era una estupidez!

—¿*Cuál es el problema?* —insistí cuando vi que no estaba muy convencida.

—*No lo sé...* —Y me empezó a rayar con una de sus teorías.

A partir de ahí, solo escuché tres cosas: «Pretty Woman», «Cuento de hadas» y por último, «Estoy haciendo el imbécil».

—¿Esas atracciones incontenibles molan un montón!

«¡Que me lo digan a mí!».

Se quejó un poco más hasta que le dije la vida son instantes que luego se recuerdan eternamente. ¿Y por qué no iba a recordar los que vivió fugazmente

con él?

Emma guardó silencio, y eso significaba una cosa: quería hacerlo. Quería lanzarse. Quería curarse.

—¿Cómo se llama? —pregunté curioso.

—*Eso es irrelevante.*

—¿No será el hermano de Laura?

—*No, está descartado.*

Menos mal... Porque pasaba de ser cuñados.

—¿Qué has descubierto de ese tema?

Lo que me dijo a continuación, me tuvo sin dormir toda la noche, porque me di cuenta de que ¡aún no había hablado con Laura de su hermano perdido! ¡Vaya fallo! Y sería información muy importante. Emma estaba casi segura de que Laura jamás había pisado Australia, y estaba deseando hablar con ella sobre el tema porque fue un círculo envolviendo una escuela de buceo el que llevó a Emma hasta Byron. ¿Cómo había llegado a esa información?

Cuando, al día siguiente, mi chica me contó la verdad en el hospital, decidí llamar a Emma para avisarla, pero no me sorprendió que no me cogiera el teléfono.

—¿Por qué no te sorprende? —preguntó Laura curiosa.

Le sonreí y disfruté muchísimo de cotillear a tope sobre el hecho de que Emma había conocido a alguien especial en Byron Bay. Y, aunque desde el principio, ese vertiginoso romance tenía pinta de acabar derrapando contra la realidad, era algo con lo que ya contaba para accionar mi plan maestro «Salvemos a Emma».

Se acercaba el momento de que el sujeto del experimento volviera a España, y venía hasta las cejas de poner argamasa de «cuento de hadas» a su vida rota, pero el colorín colorado llegaría, y a mí, me tocaría lidiar con que no comería perdices en salsa, precisamente, sino, más bien, pavo a la plancha. Iba a ser mi «Pretty Woman».

Llevaba años intentando convencerla de que sus problemas comenzaban y terminaban en su interior, pero ella los tapaba con su rollizo exterior, que ponía de excusa para todo. ¡Y yo era capaz de modificarlo para hacerle ver su error! Al fin y al cabo, era mi trabajo: «Consigue tu peso ideal, viste con prendas que te den confianza, y cuando ya no puedas deprimirte por cómo eres físicamente, empieza a solucionar lo soplapollas que eres mentalmente».

La vida ofrecía un 100%, y mucha gente usaba solo un 30%, poniendo excusas baratas amparadas en un «no puedo» que me daba ganas de empujar a

más de uno por un acantilado para que dejara de sufrir como afición.

El día que Emma aterrizó a España, que no me avisara de la hora de llegada me dio mala espina, por eso me presenté en el aeropuerto dispuesto a recoger sus pedazos. Cuando la vi a lo lejos y no me sonrió, capté el mensaje. Conocía demasiado bien esa mirada, era la que ponía cuando quería hacer una descarga ilegal de amargura en mi sistema. Abrí los brazos y vino directa hacia mí para acomodarse en mi pecho en silencio.

Me fijé en que no venía sola. Otra alma en pena la acompañaba en un estupendo *pack* 2x1. Era un chico visiblemente más joven, y su cara de abandono me atormentó tanto que estiré el brazo y le ofrecí la mano.

—Hola...

—Hola —respondió triste. Demasiado, para ser tan guapo.

Emma se separó de mí y se crujó el cuello.

—Parecéis cansados —señalé con cautela.

—Ha sido un viaje muy largo —respondió el guaperas abatido.

—Eso parece, que habéis llegado más lejos que nunca...

Silencio. Miradas.

No contestaron nada. Tenían pinta de querer meterse en la cama y no salir nunca más. Y de repente Emma habló rotunda.

—Quiero ir a ver a Laura.

—Respecto a eso...

—Me da igual que sean las nueve de la noche. Para eso he vuelto. Quiero ir AHORA —anunció tajante.

¡Como para llevarle la contraria, vamos! El tono no dejó lugar a discusión. Además, tenía la sensación de que, si presentaba resistencia, se echaría a llorar. Y tenía muy presente la promesa que hice a los catorce respecto a eso.

Cuando nos quedamos solos tuve que soltarlo rápido.

—Laura ha despertado.

—¿Qué?! —exclamó atónita—. ¿Cuándo?!

—Hace un par de días... —mentí—, te llamé varias veces.

—Joder... —Se tapó la cara con las manos dejando que la culpabilidad lo arrasara todo. Silencio abrumador. El que precede a la tormenta.

—¿Y por qué no me escribiste un WhatsApp?! —exclamó enfadada.

Ordené mis ideas e intenté explicarle que me parecía que estaba atendiendo un problema mucho más importante en Australia, como dejar de preocuparse tanto por los demás y empezar a pensar un poco más en sí misma.

—No me vengas con esas... —ladró.

—¡Lo creo de verdad! —la interrumpí ofendido—. Además, Laura me tenía a mí. Esa era mi misión, ¿recuerdas? Podemos ir a verla mañana, no hay prisa.

—Quiero ir ahora. ¡Tengo que ir!

—No va a conocerte con tu mejor cara, parece que vienes del infierno... ¿Tan mal ha ido?

—No. Nada grave. ¡Solo me estoy muriendo!, y va en serio.

—¿Por qué?

—¡Porque esto no es vida, Guille! Esta... inútil y descolorida existencia que llevo ¡debería estar prohibida! Ahora sé cómo puede llegar a ser, y mi vida da más pena de lo que creía —dijo asqueada.

—¡Pues cámbiala! —sentencié contundente sin atisbo de compasión.

Giró la cara hacia la ventanilla y guardó silencio dando por concluida la conversación. Muy típico de ella. Pero ya no tenía escapatoria de mí, me debía un favor muy grande. Por deberme, me debía un puto corazón nuevo, uno que no estuviera infectado con el recuerdo del sabor de los labios de Laura Hernández.

—¿Has hablado con Laura? ¿Sabe quién soy? —dijo temerosa.

—Sí. Tu nombre salió a colación cuando tuve que explicarle quién era yo.

—Y... ¿me odia mucho?

—Emma... ni te imaginas cómo es. Solo puedo decirte que estés tranquila, no te preocupes por eso.

Cuando Emma vio a Laura en la camilla, con su calva sexi y sus escayolas, se tapó la boca consternada y sus ojos se encharcaron, estaba tan desmoralizada..., y aquella imagen era lo último que necesitaba ver. Por suerte, Laura reaccionó fenomenal. Se resolvió el misterio de quién era su hermano y Emma puso su clásica cara de: «que alguien me saque la cabeza del culo, por favor, he hecho el canelo yendo allí», pero se equivocaba, ese viaje había sido esencial para su recuperación.

Cuando la dejé en casa, prometió que nos veríamos al día siguiente en el hospital, y que no apareciera, no me pilló por sorpresa. La muy cachonda envió un mensaje de texto asegurando que Dani estaba informado de todo y que pronto vendría a España.

—No dice nada más —le comenté a Laura algo abochornado.

—Pobrecilla. Anoche estaba hecha mierda.

—Sí, pero eso no es malo, creo que ha tocado fondo —sonreí.

—¿Qué quieres decir?

—Esta atascada. Creo que no puede volver a su vida de antes porque algo

ha cambiado. Sus principios se han tambaleado.

—¿Y qué hará?

—No lo sabe, ahora mismo está en tierra de nadie, quiere volver a la depresión y a la mala leche, pero algo en su interior se lo impide.

—¿El qué?

—Lo feliz que se ha permitido ser —dije orgulloso—. Lo más probable es que mañana, cuando vaya a su casa, la encuentre tirada en la cama con la misma ropa que la recogí en el aeropuerto. Me necesita. Ha llegado el momento de cambiar su vida.

—Eres un buen amigo —repuso Laura. Y me sonó a resbalón en el acantilado de la *Friend Zone*. «¡Cuidado, que te caes!».

—Lo intento. Emma es más que una amiga... es familia.

—Qué bonito... —dijo casi con envidia.

La miré y me pregunté quién cuidaría ahora de ella, si yo tenía que hacerme cargo del despojo humano de Emma.

—Tu hermano ya sabe que existes —comenté para animarla—. ¿Crees que vendrá a España?

—Espero que sí —sonrió temerosa—. Si no, ¡lo tengo crudo!

—En cuanto adecente un poco a Emma, vendremos todos los días... —le aseguré.

—¿Estás loco? No voy a abandonar el hospital en meses, Guille... Entre las curas, los ejercicios para recuperar la movilidad y demás, va para largo, y no puedo pedirlos que carguéis con esa responsabilidad...

—No nos lo estás pidiendo, queremos hacerlo —enfaticé mirándola a los ojos.

«¿No lo entiendes? Me importas mucho», intenté decirle mentalmente.

Ella quiso creerme, pero enseguida sacudió la cabeza.

—Cuando mi hermano vuelva, él se encargará de mí...

—Te molan los desconocidos, ¿no? —me mofé.

—¿Qué remedio! —contestó teatral, y su sonrisa me iluminó la vida por un instante.

Torcí la cabeza y, en vez de mirarla con pena, la miré con nostalgia, porque aún no nos habíamos separado y ya la estaba echando de menos. Todavía no lo había hecho, pero presentía que terminaría echándome de su lado por mi bien.

Qué mierda es cuando la vida te aleja de aquello que te hace fuerte, que te purifica y te hace feliz. Es como dar un paso atrás. Uno que te permites para coger impulso hacia un bien mayor, pero es un error. Solo es otra típica cagada

de buen samaritano, porque hacer algo que no quieres, nunca es una buena idea.

—Prométeme una cosa —le dije con más intensidad de la que quería demostrarle—, si necesitas algo de mí, cualquier cosa, o algo en lo que sepas que yo podría ayudarte, prométeme que me llamarás...

Nos mantuvimos la mirada y podía haber muerto en ese *impass*.

—De acuerdo —aceptó melancólica, por un momento sus ojos amenazaron llanto, pero pronto recuperó un aparente bienestar—. ¡Estaré bien, no te preocupes! Tengo mi móvil, mi portátil y un puñado de enfermeras dispuestas a todo si hago que en mi próximo libro uno de los personajes lleve su nombre —sonrió pillá—, recuerda que tengo una novela que escribir, así que ¡voy a estar muy liada!

Y la creí. Ese fue el primer error que me llevó a perderla. ¿Se puede estar más ciego?

Esa misma tarde empezó la operación *Los juegos del hambre*. Poner a Emma a dieta iba a ser un Armagedón culinario. Me presenté en su casa, y decir que tuve que tirar la puerta abajo, no sería un eufemismo. ¡Maldita idiota come-fuet! Le metí cuatro gritos, me mudé a su vida, y una semana después había perdido casi cinco kilos.

Un perfil metabólico traidor, el suyo. De los que regalan una caída inicial rápida y luego se estancan hasta desmoronarte por completo, pero yo sabía que si superaba el mes y medio, volvería a bajar. Su cuerpo lucharía por desalentarla, pero cuando quisiera rendirse, allí me tendría a mí, para recordarle que la vida es maravillosa, mencionando a Jon como la prueba A.

Emma no dejaba de repetir que Jon y yo éramos réplicas, es decir, que teníamos almas *Doppelgänger*, pero no me lo creía porque él se enamoraba de chicas difíciles, y yo, de imposibles. A él le ponían las guapas, porque Emma lo era, y a mí, las calvas, al parecer... Y él era íntimo amigo del hermano de Laura, un tío que, el día que se presentó en el hospital, me echó un mal de ojo sin ningún género de duda, al captar mis intenciones de simple mortal para con su hermana élfica.

La primera vez que le vi, me miró de arriba a abajo y solté un taco mentalmente. Yo estaba acostumbrado a todo tipo de *outfits*, pero su singular estilo era algo impronunciable. Lleno de tatuajes tribales, con un corte de pelo impecable para el perímetro de su cabeza y un halo resplandeciente generado por la cantidad de piercings que llevaba. Acojonante. ¿De dónde había salido?

Pero lo que de verdad dejaba de piedra era su mirada, que pretendía

atravesar tu alma a un nivel muy primario de un solo vistazo... Parecía poseer una lucidez alarmante para entender que mi presencia allí se debía a que amaba a Laura o a Emma; y una facilidad asombrosa para manifestar que, en ningún caso, le parecía bien.

Recuerdo bromear con Emma sobre él para intentar quitarle «titania» al asunto... pero admito que me comió la curiosidad por saber cómo se enfrentaría Laura a semejante personaje.

Solo me hizo falta verla dos días después completamente renacida para desarrollar un nuevo concepto sobre Dani: Estar en su presencia era como soltar la barandilla e impulsarte hacia un salto de puenting. Pero además, con ganas. Aunque nunca se te hubiese pasado por la cabeza intentarlo. Era como si cada vez que te miraba, te retara a ser más osado, más valiente, una mejor versión de ti mismo... porque, si alguien tan *cool* existía, te obligaba a pensar «¿Y por qué no yo...?». Así que no era de extrañar que Laura estuviera radiante a su lado, y él, con todo lo especialito que era, se mostraba atento, cariñoso, y dispuesto a todo por su hermanita. Qué bien, fantástico ensamblaje habían hecho, pero también era mi fin como ayudante pertinaz.

—Gracias por todo lo que has hecho por ella... —me dijo Dani con sinceridad cuando coincidimos en la habitación, pero continuó taladrándome con la mirada mientras en mi cabeza escuchaba un claro: «pero no hace falta que vuelvas, chaval».

Tragué saliva ante su aviso velado y miré a Laura, que esbozó un adiós en sus iris de nocilla. Un «ya no te necesito» que me supo a jarabe de palo. Un palo de los gordos. ¡Zas!

Pero no podía rendirme. Sería imposible olvidarla, y quería protegerla porque, ¿y si volvían a acosarla de alguna manera? Al menos tenía que avisar a su hermano. Vaya trago iba a ser...

Tenía la sensación de que hablar con ese tío, más que expiar mi alma, la inmolaría. Y así fue.

Capítulo 12 - Prácticamente Magia



Cuando Dani apareció en el hospital no me lo creía, después de tanto tiempo buscando a mi hermano... ¡Al fin iba a conocerle! No tenía ni idea de qué había hecho para merecer compartir sangre con aquel espécimen, porque ¡ostras! ¡qué tío!

La primera vez que lo vi, flipé. Parecía una estrella de Rock a punto de morir joven por pasarse de guay, pero entró sin darse importancia en la habitación del hospital acompañado de su madre. A ella, la conocía de dos o tres veces, pero él se quedó observándome minuciosamente mientras Inma hacía las presentaciones propias.

—Hola.

—Hola —respondió conciso sin dejar de repasarme con descaro. Creo que él también se dio cuenta de que teníamos los mismos ojos.

Su vista resbaló hacia mis piernas inmóviles, pero no dijo nada. No parecía ser de los que hablaban por hablar, y era evidente que cualquier pregunta sobre ellas sobraba. Estaba claro que eran un cero a la izquierda. Fin de la historia.

—Dani, Laura lleva mucho tiempo buscándote —apuntó su madre emocionada.

—Me alegro de conocerte por fin —añadí simpática.

—Aún no nos conocemos —soltó de pronto sin dejar de mirar a todas partes menos a mí.

«Ay, mamá...».

Se paseó por la habitación y giró sobre sí mismo, buscando algo, hasta que lo encontró.

—¿Qué es eso? —preguntó de repente.

Desvié la vista hacia lo que señalaba y descubrí un peluche que había encima de la mesa. Sonreí como una tonta al recordar que, días atrás, una mano se había colado por la puerta y esa ballena de colorines pareció hablar con voz de pito pidiendo perdón. ¡Era Guille! Fue una forma muy original de disculparse por no haber podido pasarse la tarde anterior, cuando prometió que lo haría... Yo estaba nerviosa e impaciente por conocer a mi hermano, y Guille me explicó que esa ballena me haría compañía hasta que el auténtico Moby Dick apareciera. Pasé por alto el detalle de que estaba rociado con su colonia porque fue... demasiado mono para ser cierto.

—Es un regalo —respondí orgullosa.

—Es un narval... —corrigió fascinado.

—¿Qué?

—Un unicornio marino. ¿No te has fijado en su cuerno? Las ballenas unicornio son animales prehistóricos protegidos. Últimamente se está aprendiendo mucho de ellas gracias a los drones. Su colmillo helicoidal es un sensor de la temperatura y la salinidad del mar. Son impresionantes... Me gusta, ¿de dónde lo has sacado?

Menos mal que Emma ya me había hablado un poco de Dani. Al parecer, era una persona que se sentía más cómoda con los animales que con las personas. Quizá porque su forma de pensar, pura y naturista, estaba más cerca de cualquier especie (y en especial de las marinas) que del corrompido y depravado homo sapiens.

—Me lo regaló Guille, —expliqué feliz—, el amigo de Emma.

No contestó nada, y siguió escrutando el resto de la habitación; supongo que en busca de más animales que le cayeran mejor que yo. Acto seguido le dijo a su madre:

—¿Puedes dejarnos solos un momento?

A Inma no pareció molestarle la petición. Debía estar acostumbrada a sus rarezas, pero yo no. Y no supe qué pensar.

Guardé silencio porque intuí que quería decirme algo privado.

Miró de nuevo mi cuerpo y se apoyó a los pies de la cama.

—¿Estás tan mal como parece?

¡Viva la sinceridad!

Fijó la vista en mis piernas y se mojó los labios.

—¿Me preguntas si estoy fingiendo? —bromeé.

—No, te pregunto cómo estás en realidad. ¿Cómo te sientes? Porque tienes

mala pinta...

Sonreí ante su inocente falta de tacto.

—Bueno, de cintura para abajo, estoy vendida —dije resignada.

—Lo sé, reconozco a un animal herido cuando lo veo, pero la fortaleza mental es vital para sacar adelante una evolución física. Por eso te pregunto cómo estás mentalmente...

«Es complicado... Todo me nutre y me destruye a la vez. Encuentro valor en cosas tan sencillas como la sonrisa de las enfermeras, los mensajes de apoyo en las redes sociales, o tu existencia, pero en otros momentos, siento que no tengo nada, ni salud, ni movilidad, ni a nadie que me quiera a mi lado. Guille es mi único aliciente, cuando no lo veo, la tristeza y la soledad me atosigan, y cuando aparece, todo se llena de luz», quise responderle, sin embargo solo verbalicé:

—Bueno... va a días...

—La actitud con la que te enfrentas a las cosas es un 80% del éxito. La mente es poderosa.

—Estoy de acuerdo.

—¿Y cómo estás de cabeza? Porque he leído tu último libro en el avión y, sinceramente, creo que estás como una puta cabra...

Empecé a reírme de un modo que nunca había experimentado. A borbotones. Como si una presa acabara de romperse dentro de mí, y no pudiera frenar la libertad de disfrutarla. La expresión de guasa de mi hermano, me animó a meterme en su juego.

—¡Mira quién fue a hablar! —me burlé—, «Aún no nos conocemos», ¿estás pirado o qué? —me carcajeé.

Le contagié la risa y se acercó un poco más a mí por un lateral.

—¡Lo decía en serio! Aún no nos conocemos, pero he venido a decirte que quiero hacerlo. Me muero por descubrir todas las similitudes que sin duda tendremos por pura herencia genética. Va a ser muy divertido —me guiñó el ojo y no pude creer que tuviera tanta suerte. Al momento volví a sentirme insegura, ¿y si se cansaba de mí? ¿Podía cargar a Dani con mi situación?

—Siento que no me hayas conocido en mi mejor momento... Tendrás que esperar para saber cómo soy yendo de cañas, en una piscina o delante de un niño pequeño. Ahora mismo solo soy un estorbo...

—A eso justamente me refería. Hoy te he conocido, pero necesito que entiendas que todo esto NO ERES TÚ. No eres un cabestrillo, ni una cama de hospital, ni una chica sin pelo, y estoy aquí para ayudarte a que vuelva esa

persona. Después, ya veré si me caes bien o no...

Tuve que reírme. Era tan... especial. Y tenía razón, en todos los sentidos. Puede que jugar a ser hermanos fuera divertido, ¿sería capaz? Nunca había tenido una relación tan llena de confianza sin el handicap amoroso sobrevolando en el aire. Era algo nuevo.

—Quiero que confíes en mí —dijo poniéndose serio—, porque solo sé hacer una cosa bien, el resto lo hago todo al revés del mundo, ya verás, pero se me da bien ayudar a los demás —reveló con timidez.

—Dudo que lo hagas todo al revés, según he oído eres un quiropráctico de la hostia... y me vendría fenomenal un poco de esa ayuda.

—La tendrás —prometió contento.

—Gracias...

—Te pondrás bien —murmuró casi para sí mismo.

Y lo dijo tan a mis espaldas, que le creí.

Un día estás sola en el mundo, y al siguiente, los desconocidos hacen cola para hacerte feliz. Lo que no esperaba es que tuviera que elegir entre uno u otro, porque el día que recuperé a mi hermano, perdí a Guille definitivamente, y no entendí el por qué.

Capítulo 13 - Moby Dick



Había llegado el momento de hablar con el hermano de Laura. Estaba por hacerme un tatuaje y un piercing para sintonizar mejores vibraciones con él, pero volví al día siguiente con mi piel sin mácula y esperé fuera del hospital a que Dani saliera por la puerta.

—Eh...

Se giró con una tranquilidad fuera de lo normal. Como si no pensara echarse atrás fuera lo que fuera lo que quisieran de él.

—¿Qué pasa? —preguntó casi molesto.

—Tenemos que hablar.

—Habla —dijo cruzándose de brazos.

No es que el hermano de Laura diera miedo, era peor, era la típica persona que querías que estuviera de tu parte, porque si no, te embargaba el presentimiento de que significaba algo terrible.

Su ADN urbano volvió a sacudirme al percibir su forma de vestir. Llevaba una sudadera de Volcom negra con el logo en blanco, pantalones negros y una chupa de cuero de cuello inglés de la que sobresalía una capucha. Sus tatuajes formaban parte de su estilo callejero, pero lo que me llamó poderosamente la atención fueron su ¿botas deportivas? Una moda reciente que estaba empezando a despuntar al otro lado del charco. Unas Sneakers de caña alta que le daba un rollazo impresionante. Su elegancia era híbrida, como él mismo, pero eso no le daba derecho a actuar así conmigo.

—¿Podrías, para empezar, quitar esa mirada de perdonavidas? Soy Guille, el que ha estado cuidando de tu hermana quince días de un modo completamente altruista.

—Ah sí, pero lo siento, no me fío de la gente que regala peluches de narval sin motivo aparente.

—¿Narval, qué es eso?

—Nada, olvídalo. Ya te dije que agradezco tu ayuda, lo que no me gusta es que os hayáis convertido en El bello y La Bestia.

—¿Qué has dicho? —solté atónito.

Emma me contó una vez que, cuando conoció a Dani, le apodó Jack Daniels y no lo entendí, pero su frase acababa de azotarme igual de sutilmente que lo haría ese Whisky en mi garganta.

—Conozco a los tíos como tú —comenzó desganado.

—¿Ah sí?, ¿y qué problema tienes con nosotros?

—Intentaré explicarlo. Todo animal desarrolla un mecanismo de defensa para escapar de la depredación, es nuestro instinto más arraigado, pero el sujeto debe estar en plenas facultades. Un animal herido no está al cien por cien, es una presa fácil de atrapar y de deslumbrar...

—Espero que no estés insinuando lo que creo... —Aluciné.

—Probablemente sí, es que soy muy educado.

—¿Crees que he intentado seducir a tu hermana aprovechando su coyuntura?

—Es evidente, está idiotizada por ti, pero ahora no es ella misma. Cuando salga de aquí, te encontrarás a alguien muy distinto. En este momento, está bajo mínimos, deberías saberlo, y no creo que...

—Siento interrumpir, es que no soy tan educado como tú, pero creo que tampoco sabes muy bien quién acaba de entrar en tu vida. Laura es la persona más lúcida que conozco, la más coherente, consecuente, y la más...

—Sí, sí, lo que quieras, pero ¿no crees que también es un poco ingenua? ¿Que tiene un diminuto problema con el hecho de que está sola en el mundo y que se agarraría a cualquier cosa que le ofrecieran? Sé de lo que hablo. Y no es una situación justa, tío, al menos a mí modo de ver. Es fácil aprovecharse de esa ventaja...

—En realidad, por eso quería hablar contigo... —empecé renqueante—. No voy a olvidar lo de «El bello y la Bestia», ya lo discutiremos en otro momento y podré demostrarte lo hipócrita que me parece, Don «me he ligado a una estrella del deporte en su momento más vulnerable», pero ahora debemos centrarnos en Laura, porque está en peligro.

Sus ojos habían aumentado de tamaño y ya auguraban pelea, pero la última frase derivó esa ira hacia otra parte.

—¿Qué peligro?

—Antes de nada, y aunque no encajemos en absoluto, quiero que sepas que tenemos algo en común: los dos queremos proteger a Laura. Por eso voy a contarte que, durante mis visitas, una enfermera me dijo que una de las editoras trajo a varios hombres a ver a tu hermana. Dijo que eran fans, y los dejó unos minutos a solas con ella para que se hicieran fotos...

—¿Cómo?! —Algo ardió en los ojos de Dani. Algo oscuro.

—No pasó nada, uno de ellos se dejó el teléfono y vi las fotos. Eran poco convencionales, pero no parecían pervertidas...

—¿Fuiste a la policía?

—No.

Dani cerró los ojos y maldijo. Luego se pasó una mano por la zona rapada de su pelo.

—La justicia en este país deja mucho que desear —me defendí—, yo prefiero la justicia poética.

Eso pareció captar más su atención y continué.

—Piénsalo bien, si esto se sabe, salpicará a Laura. Los medios, las revistas, todos se inventarán mil cosas, desde que está embarazada, a que ella se lo ha buscado, y las redes sociales arderán. Por no hablar de lo que psicológicamente podría suponer para ella que un desconocido haya estado a solas con su cuerpo...

Dani me miró con una expresión extraña.

—¿Y qué ha pasado con ellos?

—Están neutralizados, te lo garantizo.

Dani subió una ceja, pero no lo cuestionó.

—¿Y la responsable?

—Susana ha dimitido. Le dieron una buena paliza cuando frustré sus planes, y ha aprendido la lección. Tiene suerte de que su silencio valga más que su castigo.

—Está bien... —Dani pareció desechar una idea y consultó su teléfono pensando en mil cosas a la vez. Iba a salir del hospital, pero cambió de opinión y volvió sobre sus pasos sin despedirse de mí.

—Si quieres que no vuelva por aquí, lo entenderé, pero prométeme que la protegerás. —Me obligué a decir.

Se quedó un inacabable segundo quieto y se giró hastiado.

—Sí, tío, te lo prometo. Prometo que protegeré a mi hermana de todos vosotros, putos enfermos, porque aunque no quieras verlo, tú también eras un desconocido que ha estado a solas con ella mucho tiempo. No te creas mejor

que ellos.

—Pero ¿qué coño dices?...

—Sois todos iguales. Estás tan obsesionado con ella como los demás. Y dices que no pasó nada con esos tíos, pero...

—¡Lo comprobaron y todo estaba bien!

—¿Y quién te dice que ninguno le metió el dedo por el coño y luego lo chupó encantado? —dijo con asco—. ¿Puedes asegurarlo?

Algo se atascó en mi garganta. Su punto de vista. Uno que hizo que me entraran ganas de vomitar por ese looping de nuevas posibilidades. ¡Qué felices vivíamos algunos en los mundos de Yupi! No sabía qué decirle, me sentía humillado. Podía haberle aclarado a gritos que eso ni se me había pasado por la cabeza, pero solo pronunciarlo me parecía demasiado ultrajante. Yo me consideraba una buena persona, ¿había obrado mal?

—Te equivocas conmigo —conseguí decir a duras penas.

—No, lo tuyo ha sido casi peor. Has jugado psicológicamente con ella. Has querido ganártela primero, antes de follártela, pero es lo mismo.

—¡Mentira!

—Adórnalo como quieras, pero los dos sabemos que no ha sido todo tan puro e inocente como quieres creer.

—Sí que lo ha sido —mascullé encabronado. ¡¿Cuántas veces habrían estado a punto de partirle la cara a este tío?!

—¿De verdad? —preguntó Moby Dick incisivo—. Dime una cosa, en todo este tiempo, ¿en ningún momento, en el fragor de la noche, has pensado en mi hermana y te la has meneado?

Mi cara se descompuso. Aquello ya no era whisky, era ácido sulfúrico.

Me quedé bloqueado, y un silencio otorgador me comió vivo mientras él desaparecía de mi vista sin decir nada.

«Adiós, Laura», pensé viendo la espalda de Dani alejarse de mí.

Y pensar que si las cosas hubieran sido diferentes, ese zumbado podría haber acabado siendo mi familia política...

Si no se hubieran quedado tantas palabras en el aire con Laura tipo «¿Y dónde encuentro yo ahora a alguien como tú?» o «¿Cómo le digo a mis ganas que ya no van a volverte a ver?», o un simple «¿De verdad quieres que me vaya? Genial, yo tampoco». Pero me fui de allí odiándome como nunca lo había hecho, y no volví ni a escribirle por WhatsApp. Me sentía fatal. Me sentía sucio.

Aprovecharía el «Proyecto Emma» para esconder y aplazar mi sufrimiento,

pero no sería suficiente para soportar la idea de que el resto de mi vida transcurriría en mute. Porque la música había cesado, todo el mundo tenía silla, y yo me había quedado de pie, sin decir nada, aceptando que estaba eliminado del juego.

DeBlack

*“Eres ese adiós que nunca sabré decir,
un castigo que mereció la pena.”*

Capítulo 14 - Moulin Rouge



Aquella tarde, esperé la visita de Guille, pero nunca llegó.

Y tampoco un mensaje cariñoso al anochecer por no haber podido acudir al hospital. De madrugada, quise mandarle una de mis caritas de pena por WhatsApp, pero de pronto, algo me advirtió de que aquel silencio estaba siendo premeditado. Una molestia se abrió paso en mi pecho y no menguó hasta que entendí que se trataba del abandono quemándome los pulmones.

Pero ¿por qué así, tan de repente?

Eso solo me hacía pensar que Guille estaba tan aliviado de librarse de una carga que nunca debió haber asumido, que se había lavado las manos en cuanto había podido.

Y si Dani no hubiera sido tan Dani, creo que me habría muerto de pena, porque no volví a ver a Guille en toda mi estancia hospitalaria.

Desapareció de mi vida en todos los sentidos, y me costó mucho tiempo analizar que, en realidad, me despedí a mi manera con ese:

«Cuando mi hermano vuelva, él se encargará de mí».

¿Le había echado yo de mi lado con esa frase? No. Fue él quien se marchó con un:

«Prométeme una cosa, si necesitas algo de mí, lo que sea, o algo en lo que sepas que yo podría ayudarte, prométeme que me llamarás...».

¿Era eso una llamada de socorro para quedarse? Tipo, «si tú me dices ven, lo dejo todo». ¡Mis ganas locas! Teniendo en cuenta que le necesitaba a él por entero. A sus bromas, a la sexi arruguita de sus ojos al hacerlas, a sus labios bailando sobre los míos dejándome noqueada, ¡o simplemente su mera presencia! Pero era el final, no tenía nada que ofrecerle, no podía darle lo que

necesitaba en aquellas condiciones.

Por eso le contesté un «de acuerdo» al que no podía ser fiel, porque, ¿qué iba a contestarle cuándo me preguntara qué necesitaba: «A ti»?

ÚLTIMAS NOTICIAS: Loca lisiada y dependiente, mendiga el afecto de un hombre con alma de ONG.

¡Pobrecillo! ¿No le había molestado ya suficiente con mi discapacidad? Así que guardé silencio y me hice una promesa: mejorar, y rápido. Y en cuanto recuperara mi vida, le buscaría. Sabía que tarde o temprano me lo cruzaría de nuevo, y eso me hizo sonreír.

No hay nada como tener una motivación o un sueño que lo impulse todo hacia delante, y el mío era que me viese de pie, a su altura, por fin, con todas las posibilidades a nuestro alcance. Porque si tumbada había surgido esa química entre nosotros, no quería ni imaginar lo que pasaría cuando estuviera a pleno rendimiento.

Acerqué el narval a mi nariz y lo rocé escondiendo una sonrisa. Olía a él. Olía a magia. A esperanza. A sentirse vivo. Y recordé esa frase de la gran película *Moulin Rouge*:

«Que maravillosa es la vida, ahora que tú estás en el mundo.»

Capítulo 15 - La cena de los idiotas



3 meses después

Debería haberme refugiado en el trabajo, buscarme un ligue o evadirme del mundo montando un puzzle de 40.000 piezas, pero una presencia en mi corazón no me dejaba hacerlo, y no hacía falta hacer *ouija* para saber que se trataba de L, A, U, R, A, moviéndose a toda velocidad sobre mis remordimientos, mis ganas de llamarla y mi imaginación; soñando que nos encontrábamos en cualquier otra parte y que volvía a surgir esa chispa que hubo a los cinco minutos de conocernos, pero en vez de todo eso, cometí un error garrafal. Uno con nombre propio: Blanca.

Aunque la decisión de volver con ella no llegó de la noche a la mañana, nació de un fatídico cúmulo de circunstancias y con el claro detonante de un curioso mensaje en mi móvil.

JON

Hola, soy Jon. Laura me ha dado tu número. Estoy en Madrid y necesito ver a Emma. ¿Puedes ayudarme?

Al principio solo le di a *Romeo* la dirección de *Julieta* y le deseé suerte. Me callé que apenas la reconocería al verla; no me importó correr el riesgo de que le diera un infarto, pero mi buen samaritano añadió que no dudara en llamarme si tenía algún problema...

Cuando su nombre apareció en pantalla aquella noche, me reí lo que no está escrito. ¡Ni siquiera había hablado con ella! Había tenido que esconderse detrás de una columna y me encantó que me lo confesara. Cuando me quedé a gusto, le dije exactamente lo que tenía que hacer. Y le ayudé a llevar a cabo un plan, mejor dicho, una encerrona, que terminaría con el resto de los problemas

de Emma de un plumazo.

La explosión estelar cuando volvieron a estar juntos fue una auténtica supernova que nos azotó a todos. A menudo alardeaban de una felicidad sin precedentes que parecía una tempestad tropical cada vez que ponían frases ñoñas el uno en boca del otro. ¡Frasas que yo podría haberle dicho a Laura perfectamente!, y eso me mataba, porque su historia de destinos cruzados podría haber sido la nuestra, tanto como la de ellos, pero la vida no es una película, ni un libro, ni una canción. La vida, a veces, te putea solo para ver cómo patealeas indefenso y cuando se cansa de verte dar pena, acaba contigo; a no ser que renuncies a tus sueños imposibles, te resignes y sigas adelante con las cartas que te han tocado...

Joder... ¡Me escuchaba pensar y no me reconocía a mí mismo!

Supongo que por eso, al poco tiempo, una noche, cuando volví a casa sintiéndome extrañamente vacío, después de haber gastado cuatro cifras en la tienda de Loewe con un cliente, las paredes se me cayeron encima y no dudé en responder al pitido de uno de los muchos WhatsApps de Blanca preguntando si podíamos vernos.

«Claro que sí, guapi».

La muy sádica apareció en mi casa vestida como una colegiala con trenzas deseando perder su virginidad.

Dos botellas de vino fueron suficientes para dejarme arrastrar hacia su trampa tejida a base de lágrimas de cocodrilo.

«Fue un error, me he dado cuenta de que te quiero», sollozó arrepentida. Y no es que confiara en ella, pero que hubiera vuelto a mí significaba que «más vale malo conocido, que bueno por conocer», e intenté aplicarme el cuento. Me dejé querer y opté por tapar con otra cosa esas letras que flotaban a la deriva en mi cabeza sin hacerme el favor de ahogarse jamás. Las muy perras no dejaban de bracear, mientras yo miraba hacia otra parte deseando que se rindieran y se hundieran. Y Blanca era como esa vigilante de la playa, que aparece con su bañador rojo dos tallas más pequeño, y ya no miras hacia otra parte aunque estés escuchando gritos de auxilio. Porque buena estaba un rato, para qué mentir. Conservaba una piel de porcelana a base de bañarse en cremas caras y no sonreír más de lo necesario, y además, no era ninguna señora en la cama. Nota mental: no meter a mi hija en un colegio de monjas solo para niñas.

Lo peor fue su sonrisa mientras me la follaba con fuerza, como si diera por hecho que mis pistones secos se debían a que la había echado mucho de

menos, cuando en realidad estaba cabreado conmigo mismo por necesitar conformarme con ella, cuando no me merecía.

Al mes y medio, su cuerpo adornado solo con un tanga *Animal Print* de Gucci, ya no hacía que girara la cabeza cuando paseaba por mi casa. Mala señal donde las haya. Solo tenía ojos para las redes sociales de Laura, y me pegaba horas dándole a actualizar como un lunático para ver si había colgado algo nuevo. Estaba famélico de información sobre ella. Era como un vampiro recién convertido que había decidido sobrevivir a base de sangre de animales, rechazando su verdadera naturaleza. Lo que no te cuentan es qué ocurre cuando te ponen de nuevo delante a «tu marca favorita de heroína».

—¡Guille, mañana por la noche doy una fiesta en casa! ¿Podrás venir? — chilló Emma a través de su móvil cuando me llamó.

—¿Qué se celebra? —pregunté sin mostrar mucho interés.

—¿Necesitas un motivo? ¡Hace semanas que no te veo!

—¿Y quién va a ir?

—¡Todos! Laura sale del hospital y queremos prepararle algo. ¿Por qué? ¿No te apetece verla? ¡Le he dicho que vendrías!

«¡¿Qué has hecho qué?!»

Emma ya estaba pensando en liarnos, pero no quería contarle que había vuelto con Blanca, porque decir que la puso a caer de un burro cuando corté con ella, sería una descripción demasiado recatada. Y si descubría que había vuelto a caer en sus redes, me perdería un poco el respeto, estaba seguro. Pero aquello era temporal, solo me estaba dejando llevar... esperando a que volviera a jugármela para confirmar que era un ser despreciable, y que no merecía la pena derramar ni una lágrima por perderla, y de paso, entretenía a mi mano para no marcar desesperada el número de Laura. Pero esa cena podía cambiarlo todo.

—¿Será en tu piso?

—Sí, ¿vendrás o no?

—Está biennn, no quiero oírte suplicar.

—¿Vendrás solo?

—¿A qué viene eso?

—Sé que estás con alguien, te conozco, has estado desaparecido. ¿Te apetece presentármela o es un pasatiempo?

—Aún no lo sé...

—¿Cómo se llama?

—No indagues —la frené incómodo—, lo mejor es que te centres en tu

«cuquivida».

—Eso ha sonado a reproche —dijo juguetona—, pero no puedo enfadarme contigo porque te necesito para ayudarme a preparar la cena, ¡estoy en blanco!

—¡Pues que te ayude Jon! Ahora es su casa, ¿no podéis cocinar juntos intercalando polvos espontáneos pringados de harina?

Una carcajada invadió la línea.

—¡Llevamos haciendo eso tres semanas! Estamos hartos de interrumpir nuestra vida diaria con arranques del mejor sexo salvaje jamás experimentado. ¡Mañana necesitamos pasar la tarde separados!, y vernos después de horas echándonos de menos, para que nos entren ganas de arrancarnos la ropa y sea inviable con invitados delante. ¡Será genial!

Puse los ojos en blanco, muerto de envidia, y acepté *Pulpo como animal de compañía*.

Me curré la cena, todo hay que decirlo, porque la creatividad de Emma se limitaba a nuevas posturas sexuales con Jon, así que realmente le salvé de hacer el ridículo, y como recompensa, obtuve un pequeño ataque de ansiedad cuando fue hora punta.

Después de una tarde alucinante, donde Emma me llenó de energía recordándome cómo era yo de verdad, escuchar el timbre me erizó los pelillos de la nuca.

¿Cómo estaría Laura? Porque yo me había convertido en un seta, incapaz de bromear. En un tío pasivo que permitía a una loba con piel de cordero darme lametazos mientras yo solo pensaba que se producían con otra persona.

Y cuando la puerta se abrió, la realidad me golpeó en la frente.

Había cuatro personas, a cual más especial, que me dejaron sin aliento.

El primer individuo rozaba drásticamente la perfección del reino de los hombres. Era un titán. Había seguido de cerca la trayectoria de Iker, y reconocía que sabía moverse en el terreno de juego, pero hacía más de dos semanas del espectacular beso que acaparó todas las portadas de las revistas y su faceta de futbolista se había visto ensombrecida. Eran la pareja más perseguida del momento en el mundo del corazón.

El segundo individuo era un hombre interesante. Calculador, borde, líder, un caramelito chuloplaya con un badajo superior a la media, (dato obtenido por la terrible indiscreción de Emma). Y el tercero era un excéntrico que no podría llamar más la atención. Menuda incongruencia... pero era un adversario respetable que había conseguido hundirme en la miseria en nuestra última confrontación. Sin embargo, la cuarta persona fue la que más me

impactó.

Dios santo...

Reconozco que no sabía qué esperar de Laura, pero apareció con un peinado a lo Natalie Imbruglia en el videoclip de *Torn*, que hizo polvo mi madurez sexual, dejándome al borde de un orgasmo precoz; y cuando me sonrió, tuve que apoyar una mano en el mobiliario más cercano para no caerme.

Fue su vestimenta la que me descolocó por completo. Pero ¿qué esperaba, que apareciera toda arreglada y maquillada como si fuera una puta cita a ciegas rebosante de brillo de labios deseoso de ser borrado? ¡Despierta, inútil! Y con su conjunto lo consiguió, pero a lo bestia. El puto idealista que no podía dejar de pensar que estaba hecha para mí se acababa de caer de la cama, dándose un leñazo de los gordos, cuando vio a Laura vestida de «alternativa».

¿Qué era eso? Pues todo lo contrario a mi religión.

Yo nunca había sido un joven rebelde antisistema que escuchaba ska protestante. El 85% de mis compañeros eran así, vestían camisetas oscuras, con mensajes de humor negro, y fumaban cualquier sustancia ilegal que pudieran conseguir, pero yo no. A mí me gustaba el cubismo, los pianos y la ingeniería de cualquier cosa que pudieras llevar puesta. Y en consecuencia, era un poco consumista. Se me iban los ojos hacia miles de cosas que no necesitaba, pero que precisaba tener... El estilo que traía Laura, sin embargo, rompía con cualquier tipo de consumismo. Los que lo usaban presumían de llevar una existencia sin agobios y sin competitividad, exponiendo ideas inconformistas, grunge, punk que subrayan que esa persona no tenía preocupaciones de imagen de ningún tipo.

Cuando me desperté del impacto, pensé en dos posibilidades: una, que tener a Dani todo el día cerca había influido en su armario y en su modo de ver el mundo, o dos, que de alguna manera, quería remarcar que no teníamos nada en común porque sabía de sobra cuál era mi profesión.

Mi pequeña llevaba una camiseta negra, efecto desgastado, con un zona rasgada en el pecho (nada que ver con su sugerente vestido de la premiere), pero aun así, me costó una erección extra comprobar que la ropa hospitalaria escondía una delantera muy decente. Para colmo, además de ese escote megasexi, ponía: «Me? Ironic? Never», lo que me hizo maldecir a Blanca y a sus jerséis de cachemir con fuerza. Porque esos mandaban un mensaje bien distinto...

Jon e Iker se adelantaron y entraron de buen humor. Me quedé quieto, con la mirada clavada en Laura como el perfecto psicópata mientras todos esperábamos a que Emma saludara a su favorito con énfasis.

El que interrumpió mi maniaco contacto ocular con Laura fue el futbolista, Iker, que me ofreció la mano con una sonrisa sincera y perfecta.

—¿Qué tal, tío? ¿Me recuerdas? Nos conocimos en el aeropuerto, soy Iker.

—Hola, sí, es un placer volver a verte.

Más que nada, porque en esta ocasión no parecía un muerto viviente. Emma me había contado que el responsable de ese estado era Dani, y, ahora más que nunca, lo entendía. ¡Su novio era un tornado! Espectacular a la par que destructivo. Pero en aquel momento, Iker parecía muy feliz y seguro de sí mismo. Y no me sorprendía, se había puesto una camiseta de Moschino azul cerúleo a juego con sus increíbles ojos. Esa prenda lo eclipsaba todo en él, ya podía llevar unas zapatillas mugrientas, que nadie se fijaría en ellas. Pero no, llevaba unas Golden Goose que valían más de 300€. Lo sabía porque yo también las tenía. Estuve un mes sin comer, como Carry Bradshaw en *Sexo en Nueva York* cuando se compró sus primeros Manolos, pero es que eso no eran unas zapatillas... eran una sensación física y psicológica tan alucinante que me preguntaba por qué no valdrían más todavía.

—Hola, ¿qué tal, cocinillas? —Me saludó Jon con un golpe en el hombro—. Te veo frito... —dijo con sorna.

¿Pitorreo? Mucho. ¿Conexión? Toda.

Una sonrisa ladina apareció en sus labios al ver mi mueca y notar que estaba insultándole mentalmente. Después de canalizarlo en silencio, se escapó hacia la zona de picoteo alrededor del sofá. ¿Para qué íbamos a hablar más si ya me había dicho tanto en siete palabras? Puto Jon. Lo adoraba. Y más viéndole arramblar con las cebolletas, que habíamos puesto especialmente para él porque eran su perdición.

Giré la cabeza justo a tiempo para enfocarla en la mirada de Dani sobre mí. Parada obligatoria de peaje antes de acceder a Laura.

—Hola —dije extendiendo la mano.

—Hola. —En vez de estrechármela fue un toque rápido para apartarla cuanto antes de la mía.

Por fin mis ojos recayeron legalmente en Laura, pero no sabía qué hacer con mis manos, que ansiaban abrazarla.

—¡Laura!, cuánto tiempo, ¿cómo estás? —fingí un tono casual.

—¡Guille, mi príncipe azul! —respondió con guasa.

Subí las cejas sorprendido. No me esperaba esa denominación. Y por lo visto, Dani tampoco. Hubo un *Ménage à trois* de miradas y se hizo un silencio incómodo mientras Laura sonreía. Cosas así no solían pillarme con los pantalones bajados, pero con ella...

—Más bien el príncipe de las tinieblas... —dije sin pensar.

Creo que me puse morado. Dani me miró, sin entender o entendiéndolo muy bien, y pronto su vista abandonó el partido para buscar a su objeto de deseo barra Phosquito futbolero con piernas.

—Azul o negro, me alegro de verte —correspondió Laura feliz.

—Yo también, te veo genial...

—Sí, bueno, mis piernas son las de un niño de tres años, pero estoy mejor...

—Es lo normal —sentenció Dani cerca de su oído en un gesto tan cariñoso, personal y compenetrado que me entró envidia. La visión de conjunto de los dos hermanos era bestial. Cualquiera diría que iban camino de un concierto de Rock o a escalar el Himalaya. Dani llevaba una camiseta negra con el ojo de Sauron en el centro. Y no pude evitar fijarme en que al menos llevaba nueve anillos en la mano y un aro en la nariz para gobernarlos a todos...

—Me alegro de que vayas avanzando —añadí correcto.

—Muy despacio, pero sí. ¿Tú qué tal? —preguntó interesada.

«Bien, bien, he vuelto con mi ex, y la uso como escudo humano mientras imagino que estoy contigo».

—Eh, bien, como siempre...

Su sonrisa interrogante esperando más información se me clavó en el pecho, pero Dani reaccionó ante mis dos segundos de silencio que evidenciaban que no quería que ahondara más en mi vida, y la llevó a donde estaba el resto, en los sofás.

—¡Me encanta esa camisa! —me dijo Iker de repente al verme. Todo el mundo me miró. «¡Qué ilusión...!».

—Gracias —carraspeé. A Salvatore Ferragamo, también le gustaría saberlo, seguro que le regalaba una o toda la colección...

—¿Puedo tocarla? —preguntó Iker, incorporándose del sofá y acercándose a mí, como si fuera lo más normal del mundo.

En ese momento, supe que podía darme por muerto. Noté la cara que puso Moby Dick ante semejante petición, pero no puede más que asentir y entregarme.

—¡Parece un pijama! —sentenció el futbolista sonriente—. ¿Es cómoda? Te

queda genial. Desde luego, llevándola ¡te quedas con todo el mundo!

—Sí, es curiosa —correspondí su interés—. Ryan Gosling la llevó en el festival de Cannes en 2011 y provocó un suspiro generalizado.

Los asistentes con alma femenina sonrieron.

—Es verdad, Emma me dijo que trabajabas en moda, ¿no?

—Algo así —zanjé vergonzoso. ¡Iker Uribe me estaba hablando de moda!... «Mantén la calma, DeBlack».

—Guille es un famoso *influencer* en las redes —metió la zarpa Jon, encantado de fastidiarme.

—Soy asesor de imagen —expliqué con hombría.

—Un asesor con más de doscientos mil seguidores —remató Emma.

Un silbido cruzó el aire. Era Dani, lanzando una amenaza letal y sutil a la vez.

—Tendrás una buena cartera de clientes —supuso Iker impresionado.

Tres frases. Solo me habían hecho falta tres frases de Iker para entender cómo era. Un alma muy pura, sin dobleces, accesible y feliciana, a pesar de su rotundo éxito. Todo lo contrario a Dani... ¿Qué hacían juntos? Seguro que fue verle y caerse de rodillas. ¡Eran el día y la noche!

—No puedo quejarme... —intenté esquivar la atención sobre mí.

—Podrías darme un par de consejos, ya sabes, un par de sesiones —propuso Iker esperanzado.

¡Que cunda el pánico! Abrí los ojos como platos e intenté ser sincero, porque había un «Ni hablar» escrito en la cara de su novio.

—La verdad, no creo que lo necesites...

—¿Bromeas? ¡Me siento un paleta! —exclamó Iker divertido—. Ahora soy libre para vestir como quiera, puedo comprar lo que me apetezca sin pensar en los demás, pero hay mil cosas que no sé ni que existen, como esta camisa pijama tan molona, por ejemplo.

No pude evitar reírme, pero se me cortó de golpe cuando reparé en Dani. A él no parecía hacerle ni gota de gracia que nos lleváramos bien. Creo que si fuera un bicho, me aplastaría con sus botas deportivas del Bronx con muchísimo placer.

Ví que Moby Dick le lanzaba una mirada de preocupación a Emma y que ella negaba con la cabeza disimuladamente. Después, miré a Jon, preocupado, y soltó una risita al entender que también acababa de entender esa conversación silenciosa entre ellos de: ¡¿Es gay?! ¡Qué va!

Hubiese pagado dinero por levantarme e irme corriendo. Observé a Laura y

su gesto era el de Gizmo recién cenado cuando amenaza tormenta. Muy mona, pero con un secreto atroz. ¿Cuál sería?

No sé cómo sobreviví a aquella cena. Bueno, sí, gracias a Jon, porque Emma no dejaba de meterme en preguntas y respuestas embarazosas para que Laura las oyese, acompañándolas con una cara de casamentera que daba pánico.

Se habló de fútbol, un tema en el que pude participar porque era forofo. Se habló de rehabilitación, se habló de libros y de buceo, y a todos les sorprendió que ni Laura ni yo lo hubiésemos probado nunca.

—¿Cómo va Blue Days? —preguntó Dani interesado.

—Bien —empezó Jon—. Steve y Kate están defendiendo el negocio, y... por lo visto están juntos —sonrió perverso.

—Madre mía, pobre Katy —replicó Dani.

—¿Celoso? —se burló Jon.

—No —repuso su amigo displicente—, es que me recuerda un poco a ti antes de encontrar el amor, es decir, alguien que termina zumbándose cualquier cosa que tenga cerca por puro aburrimiento.

Jon le tiró un trozo de pan que Dani desvió con la mano un segundo antes de que le diera. Así que era cierto, antes, mi réplica se tiraba cualquier cosa por aburrimiento... ¿A quién me recordaba? ¡Ah!, a mí.

—Quizá tengas razón —añadió Jon con sarcasmo—, igual está en ese plan, porque hay que estar desesperada para hacérselo contigo.

Dani sonrió impasible.

—Puede que lleguen desesperados, pero se van con una sonrisa en el culo.

Laura empezó a toser víctima de un ataque de risa mientras masticaba. Alargué la mano sin pensar y le di unos golpes en la espalda.

—¿Estás bien? —pregunté risueño. Ella asintió intentando tragar.

—Como ves, no me aburro...

—No me extraña, podrías escribir un libro de terror sobre ellos.

Sonrió y se me quedó mirando como si le acabara de dar una idea.

—¿Estás escribiendo algo? —pregunté curioso.

—La verdad es que sí, pero aún no he dado con el toque mágico.

—No me lo creo, cada frase tuya es una obra maestra.

Sonrió de tal manera, que pareció estar recordando el día que le dije que su prosa me volvió loco antes de conocerla. Creo que, si pudiera volver atrás, ni siquiera le diría la verdad..., puede que cambiara dos o tres días más fingiendo ser pareja por unos años de cárcel... Pero a lo hecho, pecho. Puto

buen samaritano.

Al terminar la cena, nos desperdigamos. Cada uno se fue hacia un lado y yo aproveché para ir al servicio para comprobar en el espejo la cara de tonto que debía de tener, porque, por fin veía a Laura de nuevo y ¿qué hacía? Nada. El rapapolvo de Emma sería ensordecedor, pero algo, (además de Blanca) me impedía acercarme a ella. Sería la señal de neón que tenía Laura en la frente iluminando un «Hombres no, gracias».

—Parece que lo haces para castigarme —escuché de repente.

Frené en seco y giré los ojos sin mover ni un músculo. La casa era pequeña, la entrada daba directamente al salón y un mini pasillo conectaba con el aseo y la habitación principal, fin de la visita, pero esa voz era de Dani... Un Dani rudo, amenazador y sexi. Un Dani siendo... ¿un celoso de manual?

Se escuchó el conocido golpe de un cuerpo acorralando a otro contra una pared.

—Ya te gustaría —respondió Iker chulesco—, pero no lo hago a propósito...

Se dieron un morreo de los que dan vértigo que me hizo separar los labios de la impresión. Hubiese apartado la mirada, pero fui incapaz. Una anomalía motora me tenía catatónico. No sabía si se estaban peleando o enrollándose. O todo a la vez.

—Últimamente tonteeas con todo Cristo, no es mi imaginación.

—Tienes suerte de que tu comportamiento neurótico me ponga a cien, pero admite que a Guille le tienes manía...

—Le mola mi hermana —se defendió besándole el cuello a modo de distracción. Iker puso los ojos en blanco de puro placer.

Vaya dos... Si televisaran una escenita suya, mucha gente abriría sus fronteras sexuales, pero la información que escuché me puso en alerta. ¿Que si me molaba su hermana? ¡Eso era quedarse corto! Más bien estaba hasta las trancas de ese ente que acababa de reinventarse a sí mismo desde la UCI.

—¿Y qué pasa, si le mola? —respiró el futbolista en su boca mientras absorbía el placer que la mano de su novio le estaba provocando debajo de su ropa interior.

—Laura es vulnerable. No está lista para ligoteos...

—Guille no es cualquiera, es de fiar.

—Ningún tío es de fiar en este punto de la partida y lo sabes. Lo único importante ahora mismo para él es golear, igual que lo era para nosotros, igual que lo fue para Jon con Emma. El resto, ya habría tiempo de analizarlo, pero

Laura no está para mantener castillos en el aire ahora mismo, por mantener, no se mantiene ni ella en pie...

—Ya, pero...

—Joder, si no te callas, se me ocurre una buena forma de mantener tu boca ocupada... —dijo Dani lascivo comenzando a desabrocharse el pantalón con una mano mientras con la otra presionaba su mandíbula mordiéndole los labios. No sé Iker, pero yo me quedé de piedra. Retrocedí y suspendí mi visita al baño, ¡sería imposible echar gota...!

—¿De qué queréis la copa? —preguntó Emma desde la cocina mirando a Laura, porque en realidad, conocía los gustos de todos, menos el suyo.

—Yo no tomaré nada. No puedo —respondió la aludida.

—¿En serio? ¡Si no conduces! ¡Aprovecha! —bromeó Emma.

—Imposible, estoy tomando medicaciones extrañas que, mezcladas con alcohol, seguramente me harían coger un avión hasta las Vegas y casarme con Guille, esta vez, de verdad —se rio.

No me desmayé porque Dios no quiso.

Emma empezó a reírse a carcajadas. De esas que no te dejan pensar en lo próximo que vas a decir, de esas que son fruto de haberte bajado una botella de vino sola durante la cena con un cuerpo con 15 kilos menos que antaño. Esas que meten la pata hasta el fondo...

—¡Y si ahora mismo él no estuviera con nadie, seguro que te daría el «sí quiero»! —se mondó de risa mi «peor» amiga.

Sentí bergüenza. Con b, sí. Lo siento, pero no hay otra forma de explicarlo, porque fue igual de grotesco que ver esa palabra así escrita produciendo interferencias en las retinas de cualquiera.

La cara de Laura cambió radicalmente, pasando de la sorpresa, a la decepción, y por último, a la pena. Quise cortarme las venas.

—¿Estás saliendo con alguien? —preguntó cohibida.

Jon, que había escuchado la dichosa frasecita, trató de interceptar a Emma. Era un buen betabloqueante, lástima que no hubiera llegado a tiempo. Se llevó a Emma con un beso y yo me senté junto a Laura.

—No es nada serio...

—Vaya..., no te tenía por alguien así. Para mí, o estás o no estás, los bufets libres no me van... —replicó mordaz.

—La situación me gusta tan poco como a ti —me defendí—, pero no es fácil encontrar a una chica con la que tener una relación seria... y aunque la encuentres, suele ser imposible por circunstancias de la vida.

—Sí, la circunstancia más conocida es que ya tenga pareja... —dijo Laura molesta.

—O un trabajo absorbente...

—O sea el heredero del imperio británico, joder, cómo me ponía ese Guille en sus buenos tiempos...

No tuve más opción que echarme a reír, pero distinguí que era la clásica coletilla graciosa para cerrar una conversación dolorosa.

¿A qué estábamos jugando? ¡En teoría la vida era fácil, ¿no?!

Si hubiera tenido cojones, le hubiese dicho una de mis frases tipo «cuando sabes lo que quieres, los límites sobran». Tenía que entender que yo renunciaría (ya mismo) a las mil aventuras que me quedaban, por ir en serio con ella, pero justo en ese momento me lanzó el mensaje de que no lo hiciera. Se acarició las piernas (que habían quedado reducidas a un tamaño desesperanzador por no usarlas) y me convencí de que nada que pudiera decir o hacer cambiaría sus pocas ganas de intentar algo conmigo estando en esas condiciones físicas.

Subió la cabeza y sus ojos me miraron transmitiendo exactamente esa idea, y de repente, entendí por qué había querido venir así vestida. Era la mejor pancarta de «no estoy por la labor».

¡Mierda! ¿Por qué era capaz de ayudar a los demás, pero cuando se trataba de mí mismo no podía aplicarme mi conocida lógica aplastante? Pues porque, desde fuera, cualquier situación se ve fácil, pero desde dentro, es otro cantar. Hay tantos matices que te pierdes, que no estás seguro, que temes, que frenas, que perdonas, que castigas, que dejas pasar de largo por miedo. Eso es ser humano, el resto es mentira.

Cuando Iker y Dani volvieron al salón con caras postcoitales, no sabía dónde meterme. Entre eso, la cara larga de Laura y las caras precoitales de Emma y Jon, me despedí pronto de ellos y me fui a casa, donde me hice el dormido cuando «Blanca-nieves» decidió que quería jugar con mi enanito.

¿Qué coño le ocurría al universo?

DeBlack

“A veces lo sabes, pero no lo entiendes.”

Capítulo 16

Las fuerzas de la naturaleza



Soy Idiota.

¿Qué esperaba, que siguiera soltero un tío como él? ¿Con su gusto para vestir, su talante, y esa mueca traviesa en la cara, lista para fulminarte con uno de sus ingeniosos chistes? Ni de broma.

Cuando le vi en casa de Emma casi grito. ¡Estaba guapísimo! Y no soy de las que suele fijarse mucho en la ropa que lleva la gente, porque creo que alguien no necesita prendas singulares ni muy caras para destacar, solo una esencia especial que va más allá de la percha. Es el espíritu, la actitud, pero joder, crúzate con un tío que combine eso con un gusto rompedor para vestir y tu cuerpo comenzará a ovular aunque no coincida con tu ciclo.

Primera impresión:

Él parecía sacado de un anuncio de yates y yo una quinqui a punto de atracarle.

La prenda que llevaba era muy peculiar, no me sorprendió que la vista de halcón de Iker la hubiera fichado, al fin y al cabo, fichó a mi hermano, el mejor ser de la tierra.

Hacía menos de noventa días que conocía a Dani y ya le idolatraba intensamente. Mi encuentro con él superó mis expectativas, yo me creía tolerante, pero lo suyo era como conseguir deshacer las tres dimensiones y convertirlas en seis; siempre veía más allá de las cosas.

Pero el día que salimos juntos del hospital, con la silla de ruedas por delante, me llevó a esa dichosa fiestecilla en casa de Emma. Y cuando me dijo

que Guille acudiría, me puse muy nerviosa.

¡Con ese pelo me parecía a la tía del planeta de los simios!, ¿y qué ropa iba a ponerme? ¡Si mi cuerpo era como el de uno de esos seres que viven en el jardín de almas en desgracia de Úrsula! Así que tuve una regresión mental a los dieciséis años, cuando era una camorrista de la moda que no obedecía a normas sociales ni protocolos.

Por aquel entonces, yo solo era una especie de «mujer» que guardaba celosamente una parte de sí misma teniendo muy claro que todavía no iba a entregársela a nadie. Y me vestí reivindicando que no estaba para citas románticas, de momento. Lo que no me esperaba es que Guille sí hubiese continuado con su vida social después de conocerme... No es que no fuese una posibilidad, pero me agarraba a que me esperaría como Tristán a Isolda... ¡mierda de Romántica Histórica! Lo retiro. La amo.

Aunque no puedo negar que saqué provecho de mi bochorno, porque, para bien o para mal, aquel martillazo de realidad me abrió los ojos a una trama para mi novela que podría convertirse en otro *Bestseller*.

También ayudó que Emma introdujera violentamente a Jon en mi vida, asegurándome que era un gran escritor, y le hizo sudar sangre para que me dijera un par de objeciones muy concretas sobre alguna de mis novelas. Eran opiniones que yo pensaba en lo más profundo de mi alma como la crítica más dura de mi trabajo, y me di cuenta de que Jon sería un buen activo para darle el empaque que requería (más que nunca) mi nueva novela. Apenas le conocía, pero desde el principio me dio muchísima confianza, algo parecido a lo que me pasó con Guille, ese sentimiento de entenderte con alguien como si le conocieras de otra vida. Y cuando leí sus anotaciones sobre el primer capítulo... joder, casi me caigo de culo. Era bueno. Muy bueno. Y así fue como se convirtió en uno de mis lectores cero extraoficiales.

Enterarme de que Guille estaba enviado fue un palazo. Fue entender que él no había sentido lo mismo que yo. Fue admitir que nuestra historia no sería tan fácil como creía, y para no hundirme, me sumergí en mi nuevo proyecto. Fue mi forma de pasar página, ya que no podía hacerlo con otro hombre, lo hice con un libro. Mi borrador acababa de pegar un giro interesante, de esos que te lanzan a los primeros puestos porque te has quitado la venda de los ojos y por fin ves con claridad. Estaba sola.

Bueno, siendo justos, tenía a mi hermano. A mi superhermano.

Me quedé muy impresionada cuando apareció en Madrid desde el mismísimo Byron Bay, pero aún más cuando empezó a coger confianza

conmigo y se atrevió a contarme la conversación que había tenido con su padre postizo, el que llevaba toda la vida haciéndose pasar por su verdadero padre.

El hombre le miraba arrepentido mordiéndose los labios, mientras Dani, con la calma que le caracteriza, se sentó con las piernas abiertas hacia el respaldo de una silla.

—Es tu oportunidad para explicarme qué motivos tenías para ocultármelo, te escucho.

Hacía años que sus padres se habían dado cuenta de que su fase de rarito en el colegio había mutado para transfigurarse en una persona a la que adoraban, respetaban y asimilaban como un alma libre.

—Dan... —comenzó su padre apocado—, nos pareció que no tenía importancia porque él había muerto...

—¿Y yo no tenía derecho a saberlo?, ¿a ver una foto suya, a recordarle y a buscar a posibles familiares? Me parece una actitud muy egoísta...

Su padre bajó la cabeza e intentó no dejar salir las lágrimas.

—Te conocí con un año... —se justificó—, y ningún niño se había quedado dormido en mis brazos hasta que lo hiciste tú. Amaba a tu madre y tuve una sensación de pertenencia muy grande contigo. Quería que hubieses sido mío porque, de algún modo, ya lo eras.... Ya era padre, al menos, me sentía como tal. Y quería ese título, no quería cargar con la sombra de que en realidad no era nadie en tu vida... creímos que sería lo mejor, y que te lo contaríamos algún día, pero el tiempo fue pasando...

—Los títulos no valen de nada, ¿no te has enterado? Si no haces honor a ellos, no significan una mierda. Hay padres infernales por ahí, y tú no eres el mío, ERES MÁS que eso. Porque tú elegiste cuidar de mí, y eso es mucho más valioso para mí.

Su padre debió de soltar un sollozo parecido al mío cuando le escuchaba narrar la historia.

Entonces me cogió la mano y me dijo:

—Y de la misma forma que pienso eso, creo que la familia está para ayudar en los momentos de necesidad. Son tu seguro de vida, haya lazos consanguíneos o no, eso es FAMILIA. Y quiero que sepas que, aunque «aún no te conozca», tú ya me tienes, y me tendrás siempre que me necesites, aunque me caigas mal.

—Vale... —dije a medio camino entre reír y llorar. Todo a la vez. Eso era Dani, un híbrido entre el bien y el mal. Es decir, la perfección.

Me vi dando las gracias a un ser superior por rodearme de personas tan increíbles en el momento en el que más lo necesitaba.

Por eso le hice caso cuando, poco después, me pilló con cara de boba mirando el peluche que me regaló Guille en el hospital.

—Ha sido muy amable contigo, ¿no? —dijo refiriéndose a él.

—Sí, es un chico encantador...

—¿Lo dices porque sabe andar y se elige la ropa él solo?

Sonreí al oírlo. Adoraba el humor de Dani, tan ofensivo a veces, que conseguía que me partiera de risa. Para él los humanos éramos seres muy básicos y poco prácticos.

—La cosa es... —comencé algo cortada—, que a mí me cuesta mucho encontrar a chicos encantadores —admití algo avergonzada, dejando bastante claro que me gustaba—. Y Guille es especial...

—No creo que estés en disposición de juzgar algo así —dijo tranquilamente.

—¿Qué quieres decir? (Una frase que repetiría mucho hasta acostumbrarme a su enrevesada forma de hablar)

—Creo que, cuando dejes de catalogar de proeza cualquier gesto que tú ahora mismo seas incapaz de hacer, podrás constatar, sin temor a equivocarte, si de verdad ese chico es especial.

—Lo que ha hecho por mí, no lo haría cualquiera...

—¿Tú lo harías?

—Supongo que sí.

—¿Lo ves? No es más especial que tú o que yo. Y tú, ahora mismo, necesitas pensar solo en ti.

Puede que tuviera razón. Agarrarme a Guille al despertar fue casi un acto primitivo, como ese bebé que busca la teta por mera supervivencia. Ahora que tenía a Dani, ya no estaba sola y podía refugiarme en su caridad y la tranquilidad que él me ofrecía, pero entonces... ¿por qué echaba tanto de menos a Guille?

—Tengo su teléfono, ¿crees que es mala idea que le llame y le diga que venga a verme algún día? —le supliqué con la mirada.

—¿Él no te escribe?

—No —respondí con un mohín—. Debe estar ocupado...

—¿Tanto te gusta? ¡No me digas que es amor verdadero! —se pitorreó mi hermano.

—¿Es que no crees en el amor? —pregunté curiosa.

—¡Claro que sí! Es lo único que puede salvar al mundo. Y creo que el amor verdadero nunca muere; te persigue, lo persigues, es indestructible, pero no creo que lo vuestro fuera esa clase de amor...

—¿Es que hay más de un tipo de amor? —pregunté burlona, animándole a echarme uno de sus sermones molones. Me encantaba escucharle.

—Supongo. Y yo creo en el amor inevitable, no en el provocado.

—¿A qué te refieres? (Otra vez)

—Es pura biología. Encierra a un grupo de personas en cualquier lugar muchas horas al día y terminarán sintiendo una atracción irremediable, como si fuese su media naranja perdida y encontrada casualmente allí. La Naturaleza es muy sabia, hermanita. Juega con nosotros a su antojo. Es nuestro destino evolutivo, pero seguro que, de tener más opciones, ni se hubiera fijado en esa persona. Quizá me equivoque con vosotros, pero hay estudios avalados de este tipo de situaciones. ¿Por qué crees que surgen tantas parejas que se conocen en el trabajo?

Puede que tuviera razón. O puede que no quisiera llevarle la contraria nada más conocerle, pero coincidía con lo que yo pensaba, que era una impedida desesperada por su cuidador besucón. Y me seguía pareciendo una putada enredar a cualquiera que no estuviera en la obligación familiar, como bien dijo Dani, de acompañarme en mi camino cuesta arriba. ¿Qué haría si Guille se pusiera cachondo? ¡No podría satisfacerle! ¿Y él a mí? Solo de pensarlo quise esconderme debajo de la sábana como hacen los niños cuando creen que, si no lo ven, no cuenta. Ni qué decir que se me quitaron las ganas de llamarle. Bueno, las ganas no se fueron, pero encontré motivos para frenar mis sentimientos.

Capítulo 17

Los pingüinos de Madagascar



Dos meses después

Antes no le daba importancia a una hora, sesenta minutos se gastan en cualquier cosa, pero dos horas con ella en una estúpida cena habían hecho que mi ardiente positivismo se apagara a manguerazo limpio.

Tanto, que me costó dos largos meses reunir el valor para mandarle un WhatsApp a Laura. Deshacerme de Blanca solo me llevó dos semanas, porque, cada vez que cerraba los ojos, veía a mi *Natalie* atragantándose de risa en la cena.

Pero ya estaba. Mensaje enviado. Eso sí, cuando lo hice, llevaba más alcohol en sangre que Obelix poción mágica cuando cayó en la marmita.

Fue una noche de las que quedaba con Emma y Jon para tomar unos vinos sobre las ocho de la tarde. Lo que podía haber desembocado en un tranquilo picoteo en el último japonés que habían abierto en el barrio, terminó con una cogorza monumental sin dejar de hablar ni un momento del accidente de Laura, de Byron, y de todo lo que provocó ese dichoso papel escurridizo en aquel puto paso de cebra...

Lo escupí todo. Detalles de su despertar que no le había contado a nadie, y Jon, medio achispado también, me concedió que Laura era una tía de la que enamorarse perdidamente.

—¡Eh...! —Se quejó Emma al escucharlo.

—No, mi amor, no lo entiendes —farfulló Jon—. Tú eres dinamita, cariño. Contigo en mi vida no necesito café, y a Guille le pasa lo mismo. Nos haces mantenernos despiertos porque eres un reto y te amamos por ello... pero Laura

es la paz, joder, es la serenidad, la calma, la delicadeza, la dulzura. Es como un puto atrapasueños...

Exploté de risa.

Quizá sí fuésemos almas gemelas después de todo, porque yo no hubiese encontrado una definición mejor, y también estoy seguro de que, si no llevara a Emma metida en mis entrañas y la conociera a día de hoy, me habría vapuleado el alma igual que a Jon. Pero ese era un tren que nunca esperé y que nunca pasó, porque Emma siempre fue mi estación.

—Un... jodido... atrapasueños... —repetí borracho.

—¿En serio? —preguntó Emma confundida.

—¿Por qué crees si no que Dani se ha volcado tanto con ella? No es porque sea su hermana perdida, herida y necesitada, ¡es porque su energía fluye a través de ella como si fuera el jodido planeta de Avatar!

Emma y yo nos tronchamos de risa.

—Es en serio, ahora que la he conocido, puedo decirlo: comparten locura poética... Y me sorprende un huevo porque se han criado separados, pero debe de ser algo genético. ¡Son bichos raros! Como los pingüinos, alguien se cruza en su vida y se acabó, ya no saben volver a casa. Ya no existe nada más. Quizá yo también sea un poco pingüino... —susurró cerca de Emma, depositando un suave beso en sus labios y descansando su cabeza en alguna parte de ella.

Poco después, me dejaron en casa y me caí del taxi. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando Jon dijo:

—Adiós, pingüinito.

Puede no parecer gran cosa, hasta un chiste malo, si me apuras, pero la forma en la que lo dijo me dejó muy claro que no era una broma más. Incluso pareció un poco arrepentido de haberlo dicho.

Se alejaron de mí y me quedé solo. Y lo malo de vivir solo es el silencio. Que te deja completamente absorto en tu mente. Desde el portazo del maldito taxi estuve pensando en mil cosas, (la mayoría gritándomelas en la cabeza, más bien): «¿Pero... y si Laura le ha dicho algo sobre mí? ¡Imposible! ¡¿Por qué no?! ¡¿Y por qué iba a decirle algo?! ¡Y yo que sé, pero es una pista! ¡Qué va! ¡Jon no da puntada sin hilo! ¡Iba borracho! Sí, pero... ¡Pero nada! Ha dicho ‘alguien se cruza en su vida’... ¿Quién se ha cruzado en la vida de Laura? ¡¿Por qué me ha llamado pingüino?!

Y entonces lo haces.

—Joder...

Lo sueltas en voz alta y de repente eres consciente de ti mismo, de que estás en la cama, a oscuras, después de beber agua, usar el baño, y desnudarte, todo con la mente en otro sitio... y te das cuenta de que puede que te haya pasado lo mismo con Ella. Que te hayas evadido tanto de la realidad, de tus acciones y envuelto en una neblina de sentimientos erróneos que aparece la oportunidad... y la cagas. Coges el móvil, buscas su número, y tecleas algo. Ni siquiera lo relees antes de darle a enviar. A esas horas, no. En ese estado, no.

Es más, me quedé roque a los dos segundos. No quería ni saber la respuesta a ese:

GUILLE:

Vuelvo a estar soltero. ¿Quieres que nos veamos?

DeBlack

*“Llegar a la cama, y joder, qué guarrada, sin ti....
¿y al día siguiente?”*

Capítulo 18 - Juegos Salvajes



No le conté a nadie que había estado soñando con Guille.

Mi consciente le mantenía a raya, pero mi subconsciente no.

Desde que me desperté del coma, a menudo, mientras dormía, me asaltaban recuerdos escuchando su voz de fondo.

Me transmitía tanta paz que alguien velara así por mí... Sí, me daba mucha seguridad, pero desde la cena en casa de Emma, los sueños habían ido a más. Habían mutado a otro nivel... a uno muy cerdo.

Soñaba con nosotros juntos y desnudos. Soñaba que nada de aquello había sido mentira, que Guille era mi novio y no iba a darse por vencido hasta que le recordara, y el cómo intentaba lograrlo era lo más interesante: follándome como un sordo le daría a una campana... o sea, con todas sus fuerzas para conseguir escuchar algo, sentir algo o que recordara algo de él.

BUF...

En el sueño, yo estaba sana, podía estar de pie (y a cuatro patas), andar, botar... y Guille seguía siendo más alto que yo, cosa que me encantaba, sobre todo cuando me arrinconaba poniendo una mano a cada lado de mi cuerpo exigiendo entrar en todos mis espacios vitales.

Su olor corporal me desorientaba por completo y solo podía pensar en una cosa, en comérmelo entero. Eran tal el hambre que sentía, que me ardía todo: los pezones, la entrepierna, las puntas de los dedos por meter la mano y rozar la punta de su... oh, sí... esa la quería dentro de mí a la vez que su lengua invadía mi boca.

Dios... Es que ¡maldito beso me dio! Se me estaba haciendo imposible olvidarlo. Se merecía un gif... y poder continuarlo hasta un polvo

astronómico. Y como en su día no pudo ser, todos mis sueños con Guille empezaban igual, con esa ansia por devorarme, esa prisa, esa forma de besarme como si se le acabase el tiempo para disfrutarme, pero en vez de interrumpirlo, yo lo continuaba...

Gemí y sonreí adormilada. Imaginé que sus manos se colaban por debajo de mi vestido corto justo por el pliegue del culo y lo pellizcaba apretándome más contra él. Cuando lo sentí, quise más. Quería sus huesos encajados con los míos superponiendo zonas muy concretas de nuestra anatomía.

No sé dónde estábamos, solo noté que me aplastaba contra algo, y se encajaba del todo entre mis piernas para que sintiera en mi centro el increíble don con el que quería satisfacerme. Menudo armamento se gastaba... Deseé que toda nuestra ropa desapareciera, y, como era un sueño, por arte de magia, se esfumó. (Ojalá se pudiera hacer eso en la vida real.)

Tanteó mi entrada y mis ganas explotaron a la vez que sentía una invasión deliciosa. Puse los ojos en blanco de lo mucho que me gustó, aunque los tuviera cerrados. Le sentía profundamente amarrado a mí, y empezó a ofrecerme un ritmo tan bueno, que sentía acercarse el orgasmo de forma inminente... y en ese momento, desperté. ¡Nooooo!

Cuando me vi sudando y temblando de deseo, me di cuenta de que estaba más salida que la esquina de una mesa.

Maldije en voz alta y me revolví en la cama a oscuras y sola. Aún tenía el cuerpo rígido y las sensaciones a flor de piel, y ni me di cuenta de que mi mano viajaba sola hasta mi clítoris.

Joder... ¡Era el puto Lago Michigan!, y estaba lista para recibir a un vagón de Ave, por lo menos.

Ni me lo pensé. Continué con movimientos rápidos y necesarios en busca de una liberación. La tenía en la punta de los dedos. Nunca me había sido tan fácil llegar como cuando pensé en él, en su mano sustituyendo la mía, en sus besos humedeciendo mi boca... y en unos segundos, se me llevó un orgasmo glorioso.

...

Un mensaje en el móvil me hizo volver a la realidad. Lo tenía en silencio, pero la luz que emitió llamó mi atención. ¡Era un WhatsApp de Guille!

...

Joder... ¡volvía a estar soltero!

Dios... ¡quería verme!

El mensaje no podía ser más oportuno. ¡Claro que quería...! Pero no podía.

Así no.

No era cabezonería, es que, si le viese, querría saltarle encima, y al no poder hacerlo, querría morirme muy fuerte. *No way*. Estando con él me sentiría más inválida que nunca, y si me proporcionaba orgasmos como ese, se me iría la pinza. ¡Mis prioridades cambiarían! No querría escribir, solo perderme en su boca para besarle, una y otra vez, hasta desembocar en finales parecidos a los de mis sueños, pero en esos momentos, eran completamente impracticables para mí.

Por lo tanto, tendría que esperar. Y dentro de un año, podría buscarle y... él podría tener novia otra vez. ¡Una definitiva!, no como la otra, que él mismo había dicho que no era nada serio. No sabía qué hacer.

¿Podía arriesgar otra oportunidad? ¿Con lo que le echaba de menos? Difícil. Pero tenía que tragarme el miedo, tener confianza y armarme de paciencia, aunque no estaba dispuesta a vivir sin él...

¿Que cómo lo soporté?

Muy sencillo, teniéndole cada día conmigo, sobre el papel.

Capítulo 19 - Fuera de onda



¿Acababa de darme largas? ¡Meeeeec! Error.

¡Eso me daba permiso explícito para portarme mal! Y me moría de ganas de portarme muuuy mal...

Hacía semanas que me ardían las yemas de los dedos por hablar sobre Dani como fenómeno social en mi cuenta de Instagram. ¡Porque lo era, joder! Podría marcar tendencia solo con lo que se ponía para ir a comprar el pan, pero no lo había hecho por respeto a Laura.

Sin embargo, mi vida era la moda y en alguna parte tenía que refugiarme de lo que sentía por ella: en descubrir nuevas personalidades. Porque ese, y no otro, era el gran juego de la moda. Gente que encuentra o inventa un estilo propio que los demás quieren copiar y que impulsa toda la maquinaria de la industria textil. Una buena imagen puede producir una ganancia de miles de millones en un año, en una época en la que todo es visual y salta de un continente a otro en segundos.

Y desde el beso con Iker, todo el mundo hablaba de él como el nuevo «It Boy» por descubrir, pero nadie le conocía como yo, que había probado de primera mano su lengua huracanada. Y por Dios que necesitaba expresar al mundo lo que sabía, lo que sospechaba, pero si fuésemos amigos y me concediera unas fotos gratis... podría propulsar mi carrera hasta... no sé, Plutón. Más o menos. Pero ¿cómo conseguirlo?

Moviéndome. «El movimiento es vida», dijo Brad Pitt en *Guerra Mundial Z*, y yo le creí, porque si no te mueves, estás muerto. Por eso hice aquella llamada.

—¿Qué quieres? —contestó la borde de Emma al teléfono.

—Hola, ¿qué tal? Yo bien, gracias por preguntar.

—Lo siento, acabas de interrumpir un polvo.

—Pues no haberlo cogido.

—Es que nunca me llamas y me ha entrado curiosidad.

Puse los ojos en blanco y sé que Jon, a su lado, me imitó.

—¿Qué pasa?

—Necesito el teléfono de Iker... —solté valiente.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Vas a llamarle?

—Sí, me dijo que lo hiciera.

—¿Y no te lo dio él?

—¿Vas a dármelo o no?

—¿Qué tramas y por qué? Quiero saberlo.

—Emma... No tramo nada. Solo quiero ayudar a un amigo.

—¡Ja! Tú nunca haces nada sin obtener algo a cambio.

—¿Ah sí? —respondí dolido—. ¿Y cuál fue mi recompensa por cuidar de Laura? ¿Un corazón roto? ¿Que estés guapísima y seas más feliz que nunca? Si quieres me lo mandas, y si no, no. Hasta luego...

—¡Pero Guille...!

Colgué el teléfono.

Sí, a veces era un poco «niña», pero no dejaba de pensar en la frase que me había respondido Laura al WhatsApp. Tan fría y falsa...

Mi móvil sonó y no tuve que mirarlo para saber que era Emma compartiendo el contacto de Iker. Con él sí daba gusto hablar.

Quedamos en el centro y le llevé a mi tienda estrella. La tenía fichada desde hacía años porque traían marcas poco conocidas en España, pero de primera calidad. Parecía muy impresionado.

—Me llevaría toda la tienda —anunció Iker entusiasmado.

—Hazlo, tú que puedes.

—No, ya he pasado por eso y la sensación no me llena. Tener tantas cosas hace que pierdan su valor. Y un día, no entiendes por qué ya nada te satisface. Desde entonces, me gusta más disfrutar de la vida con tranquilidad. Una vez a la semana, me compro algo con ilusión y no dejo de pensar en ello durante un par de días. Es un subidón muy chulo.

Tuve que reírme. Parecía muy feliz de haber encontrado el equilibrio perfecto entre sus deseos y su gran cuenta bancaria.

—A mí me pasa igual, ¡pero una vez al mes, no a la semana!

Iker sonrió comprensivo.

—Esta ropa es acojonante, tienes muy buen gusto —dijo sinceramente—. ¿Siempre quisiste dedicarte a esto?

—No. Terminé haciéndolo porque, cuando ya tienes una edad, no puedes ignorar algo que de forma innata se te da tan bien. Siempre vuelve a ti, forma parte de ti, y cuando descubrí que podía ganarme la vida con mi hobby, fue un cambio de pensamiento radical. Con las redes sociales, ahora todo es más fácil.

—No te subestimes, todo el mundo está en las redes, y creo que destacar no es solo una cuestión de suerte.

—Tal vez. Oye, la gente se equivoca, no solo eres un guaperas detrás de una pelota.

La carcajada de Iker resonó en toda la tienda.

—Y tú eres mejor de lo que Dani cree...

Automáticamente maldijo su espontaneidad y me hizo gracia. Porque ahí estaba, un tío sin dobleces que no piensa lo que dice, porque lo dice de corazón. Esa naturalidad es un bien escaso hoy en día y me encantaba encontrarme gente así, lo que no esperaba es que Uribe fuera así.

—Lo siento... —se disculpó veloz.

—Tú no tienes la culpa de que me odie.

—Dani es el mejor, de verdad, pero todo esto le ha superado un poco y lo ha pagado contigo.

—¿A qué te refieres? ¿Qué ha pagado conmigo?

—Todo. El enterarse de que sus padres le mintieron desde pequeño, que tiene una hermana, además famosa, que su novio es un futbolista que le ha puesto en el ojo del huracán de la prensa rosa... —resopló—. Admito que es un tío fuerte, y muy pasota, pero no tanto como él piensa. Todo esto le ha afectado mucho, está de los nervios, y viendo cosas donde no las hay. Está constantemente preocupado por todo...

—Lo entiendo, ser feliz no es fácil. Y cuanto más feliz eres, más tienes que perder. Dani estaba muy cómodo siendo el antihéroe, el protegido... y ahora... tiene que asumir el papel contrario.

Iker me miró de una manera especial.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —soltó de repente—. ¿Qué pasó exactamente entre Laura y tú?

Uff, he ahí la cuestión. Impropia de cualquier tío, pero no de Iker.

Respiré hondo y tuve que recordar con quién estaba hablando.

—Es complicado... No es una situación normal, no es nuestro momento,

supongo... Y mientras Dani la siga viendo como un animal indefenso, no me dejará acercarme a ella.

—¡Pasa de Dani! ¡Está obsesionado! Se cree imprescindible... Está creando una interdependencia grave con Laura. Tiene una presión brutal encima, y no se permite hundirse ni tomarse un descanso, si se lo toma se siente culpable... y nos está afectando. A nosotros, como pareja.

—Es una putada.

—Su vida social es nula. Lleva mucho desgaste psicológico por tener que cuidar de Laura, pero a mí no me deja cuidar de él, y lo necesita. Por eso te repito que pases de él.

—¡No puedo! ¡Está en medio de todo! Es tu novio, el mejor amigo del novio de «mi hermana», y estoy enamorado de la suya. Es difícil ignorar todo eso.

—¿Enamorado? ¡Wow!

—Negaré haberlo dicho si alguien me pregunta —advertí serio.

Iker se rio y se giró más hacia mí entusiasmado.

—¡Joder!, pero ¿la has llamado? ¿Has ido a verla? ¡¿Has hecho algo?!

—No. Y no pienso hacerlo.

—¡¿Por qué?!

—Porque ella no quiere que lo haga y no quiero molestarla.

—¿Cómo sabes que no quiere?

—¡Porque lo sé! Además, le escribí un WhatsApp hace poco y básicamente me contestó que no tenía tiempo para «nada»...

—Es cierto que se pasa día y noche escribiendo esa maldita novela y de arriba para abajo con el andador...

—¿Qué has dicho? ¿Está andando?

Una ola de bienestar rompió dentro de mí.

—Apenas. Aún tiene mucho dolor, pero es terca como una mula —sonrió meneando la cabeza—. Nunca se rinde, y se merece que no se rindan con ella, así que no lo hagas...

En ese momento, me sentí fatal. ¿Me había rendido? ¡Si era ella la que no quería verme...!

—¿Crees que en realidad quiere verme?

—Mi humilde opinión es... que si Dani no creyera que siente algo por ti, no te marcaría tan de cerca, así que insiste.

—No tengo forma de acercarme a ella sin parecer un chiflado...

—¡Tengo una idea! Laura y Dani están preparando una fiesta benéfica para el mes que viene. ¡Es perfecto! Trajes de noche, champán, ¡enséñale lo que se

está perdiendo!

—¿Y qué hago? ¿Me acerco a su silla de ruedas y le pido un baile? Laura no quiere intimar estando así, en la cena me quedó muy claro.

—Pues demuéstrole que se equivoca... La rehabilitación le está yendo muy bien. No hace falta que se mueva mucho para robarle un simple beso... ¡y es lo único que os hace falta!

—Ya nos lo hemos dado... —murmuré a regañadientes.

—¿Qué? ¡¿Cuándo?!

—En el hospital, antes de que llegais de Byron —dije apretándome el puente de la nariz.

—¡Serás cabrón! —se rio Iker—. ¡No me extraña que Dani esté en plan *Terminator* contigo!

Me eché a reír, aunque no le viera la gracia.

—¡El cabrón es él! —protesté—. ¡¿Quién se enrolla con una tía calva con un antiestético camisón de hospital, si no es porque está colado por ella?!

Nos reímos, y mucho.

—¡Es que me parto! —juró Iker—. ¡Vaya cuadro!

—Es el mejor beso que me han dado, tío.

Iker no podía parar de reírse. En la tienda empezaban a mirarnos mal y todo.

—Pues tienes que volver a hacerlo. Recuérdale lo genial que fue.

—¿Crees que querrán invitarme a esa fiesta?

—Te estoy invitando yo. Es una fiesta de «Salva el océano», y mi donación de medio millón me da derecho a invitar a quien quiera —dijo levantando las cejas satisfecho.

A mí no me hacía falta que me dijeran las cosas dos veces, y menos si había alcohol y estrategias amorosas de por medio.

DeBlack

“Resiliencia. Siempre”

Capítulo 20 - La familia Adams



—No puedo más —gimoteé haciendo un esfuerzo sobrehumano con la pierna.

—Un poco más... —insistió Dani manteniéndome la postura.

Menudo animal... Estaba empezando a odiarle.

Desde que comenzó la rehabilitación, discernía totalmente entre su lado amoroso de hermano entregado, y el de profesional top cinco de Europa en materia quiropráctica.

Lo miré mal, sudada como estaba, y solo dijo: «Otra vez».

¡Con razón conseguía resultados tan buenos! ¡Era un sádico!

En ese momento, Jon, mi ángel de la guarda, entró en mi piso.

Le había dado llaves. Se pasaba el día conmigo, repasando textos, haciendo esquemas en una pizarra de rotulador, animándome a escribir. Por él no pasaban las horas trabajando y lo estaba haciendo por amor al arte.

¿Qué coño le pasaba a esta gente? ¿Por qué eran todos tan generosos? Los famosos suelen preguntarse si la compañía de la que gozan es enteramente desinteresada, pero a mí me ocurría lo contrario. Estas personas me trataban como a una cría, como si necesitara que alguien cuidara de mí, ¡sentía que lo hacían por caridad! O por pena, o por amor, pero me importaba un huevo lo que dijeran. Pensaba recompensar su trabajo por todo lo alto, tanto el de Jon, que tenía más talento que yo para las letras, como el de mi hermano Dani, aunque me estuviera torturando con sus técnicas medievales.

Lo cierto es que me sentía mucho mejor. Hacía dos días que había estado de pie unos segundos, y al sentirlo me había puesto a llorar. Por conseguirlo, y por lo que dolía. Ambas cosas. Pero la sonrisa que me lanzó mi hermano al

verme, me demostró que lo único que le importaba era que fuese feliz, y no pude evitar empezar a encariñarme con él de un modo enfermizo. Por otro lado, Jon, era como una extensión de mi hermano. Dani le llamaba «Bro», y a mí me faltaba un pelo.

Toda la vida buscando a un hermano y ahora me encontraba dos. Porque ellos lo eran. No había Dani sin Jon, ni Jon sin Dani.

El día que apareció en el hospital, se dieron un abrazo que duró horas. Y en cuanto se juntaron, estuvieron confabulando para recuperar a sus actuales parejas el mismo día.

Cuando Jon no estaba en casa, se pasaban el tiempo mandándose mensajitos para arriba y para abajo. ¡Se necesitaban! Era palpable, y aunque ellos se denominaran hermanos, yo sabía que más bien eran dos quinceañeras enamoradas. La cuestión es que Emma no pudo darme mejor regalo que traer a Jon a mi vida. Nuestra deuda estaba más que saldada, porque fue una bendición para mí.

—¡Traigo noticias frescas, hermanitos! —exclamó Jon contento.

Y esa denominación me gustó, porque no sonó a «hermanitos» vosotros, sino a «hermanitos» nosotros. Dani no perdió el tiempo y soltó una de las suyas:

—¿Qué pasa? ¿Emma ya se ha tirado un pedo en tu presencia?

—No, idiota.

—Entonces no es amor.

Jon le dio un golpe en la cabeza a modo de colleja.

—Es sobre la fiesta «Save the blue»... ¡Guille va a venir! —me sonrió misterioso.

—¿Quién le ha invitado? —saltó Dani serio.

—Tu querido Iker.

—Maldito sea...

—No seas aguafiestas y tráeme una birra —le dijo a su «bro», sentándose en el sofá. Para ello tuvo que desplazar unas toallas y colocarlas... ¿encima de la mesa? No, porque estaba llena de papeles.

—Déjalas ahí —dije señalando una silla.

—No es por nada, pero este piso se os está quedando pequeño, Dani ocupa mucho espacio —se mofó Jon.

—Ya lo hemos hablado —aseguró el aludido—. Esto es un piso para uno, y la mitad de los días dormimos tres.

Puse los ojos en blanco y atacué:

—Dani quiere mudarse porque no le gusta follar en plan silencioso, y quiere que nos vayamos a una mansión de catorce habitaciones para que no sepa cuál están mancillando con sus sucias fantasías —solté mordaz.

Jon empezó a reírse con fuerza.

—¡No es cierto! —exclamó Dani vergonzoso—, ¡estoy pensando en ti! Una casa con jardín te vendrá bien. El aire libre cura, y habrá sitio para colocar alguna máquina más. Pronto la necesitarás.

Jon y yo le miramos sin creernos nada y le dimos la oportunidad de añadir algo más.

—Y necesitamos más espacio... y más intimidad —musitó Dani.

—¡Bien dicho!—confirmó Jon—. Además, cuando Laura empiece a salir con Guille, no creo que soportes oírles como nosotros soportamos vuestro golpeteo de nalgas.

Jon empezó a hacer un ruido similar golpeando sus manos con cara de granuja, y yo me partí de risa.

—Joder... —Dani se apretó los ojos con los dedos de una mano para olvidar esa frase, y se dedicó a lo que le apremiaba—. Laura, puedes decirle a Jon que no piensas empezar nada con Guille, por favor...

—No pienso empezar nada con Guille —solté monótona. Pero miré a Jon y sonreí pícara sin que Dani me viera. Era el único al que no podía esconderle lo que sentía por él, porque lo veía a trasluz en cada párrafo de la nueva novela. Y aunque Jon no sabía guardar un secreto (Emma menos), todo el mundo creía que sus suposiciones de arcoíris amorosos eran debidas a su desdoblamiento de personalidad. Olaf, el de Frozen, vivía dentro de él desde que había conseguido el corazón de Emma y tenía un irritante punto megafeliz para todo. Lo que nadie sabía, excepto yo, es que ahora pretendía colonizar su útero.

—Entonces... ¿os mudaréis? —preguntó Jon preocupado.

—Sí, estamos mirando casas con jardín —reconocí.

—Me alegro, solo espero que no esté muy lejos... —dijo pensando en sus viajes diarios a nuestro hogar—. Está cayendo un tormentón ahora mismo en Byron... —murmuró distraído mirando el móvil.

Se notaba que no había olvidado el lugar. ¿Quién, si no, consultaría constantemente el clima que hacía allí? Me daba pena, y terminaría entendiéndole muy bien porque, a veces, un lugar forma parte de lo que eres. Del nuevo ser que has reconstruido para seguir adelante.

Una semana después, decidimos alquilar una casa con opción a compra,

pero tardamos en trasladarnos porque la fiesta benéfica que habíamos proyectado se nos echaba encima y sería inviable compaginar la mudanza con la organización del evento.

¡Quedaban menos de quince días!, y la noticia que me acababa de dar Jon había triplicado mis nervios en cuestión de segundos.

¿Estaría Guille enfadado conmigo? Después de rechazar su propuesta de vernos, no sabía cómo reaccionaría, pero tenía la sensación de que era una de esas personas que no pueden estar enfadadas mucho tiempo... Lo que de verdad me daba pánico era que Guille notara en mi cara que mojaba las sábanas pensando en él.

A última hora de la tarde, Jon se fue. Y poco después, apareció Iker. Venía cansado de un entrenamiento leonino y no tenía cuerpo para el Dani que se encontró en cuanto entró por la puerta.

—¿Has invitado a Guille a la fiesta? —le preguntó nada más verle.

Me sorprendió que sacara el tema. Pensaba que ya se le habría olvidado, porque no tenía tanta importancia, lo que me llevó a pensar que había un motivo oculto.

—Sí, ¿y qué?

—¿No tenías suficiente con invitar a medio equipo, que también tenías que decírselo a Guille?

—Perdona, no sabía que era tu fiesta, pensaba que era una gala benéfica para recaudar fondos para la investigación del océano, y resulta que mis invitados tienen pasta gansa para aflojar...

—¿Ese es el único motivo? ¿No será que los necesitas para no aburrirte?

—No, eres tú el que necesita que no vengan para estar calmado.

—¿Y la invitación a Guille, a qué ha venido?

—Quedé con él la semana pasada y me salió de forma natural.

—¿Quedaste con él? ¡¿Cuándo?!
—Una tarde, para ir de compras.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Se me pasó, ¿vale?

—¿Se te pasó o te lo callaste porque sabías que me cabrearía?

—No tienes motivos para cabrearte —masculló Iker metiéndose en la habitación y cerrando la puerta.

¡Vaya panorama! Dani tomó aire, resopló, y me miró pensativo.

—¿Qué os pasa? —susurré por lo bajo.

Últimamente, mi hermano estaba muy irascible. Creo que tenía la sensación

de que estaba perdiendo a Iker, pero, ¿qué esperaba? Su vida en pareja estaba lejos de ser perfecta. Habían tenido que adaptarse a una circunstancia anómala, YO, y supongo que Dani esperaba que Iker estuviera a su lado en sus ratos libres, observando cómo él arreglaba mi mundo, pero Iker era un hombre nuevo. Un hombre liberado y feliz que lo único que quería era disfrutar de su nueva realidad ahora que había reventado su burbuja. Era libre, y no necesitaba a otra figura paterna que cuestionara si algún día llegaba más tarde a casa por haber ido a tomar algo con los compañeros, o a hacer algún recado. Por cómo le contestaba Iker, me daba la sensación de que se sentía muy controlado, y yo me sentía culpable porque era la causante de entorpecer su relación. Había intentado hablar con Dani, pero abandonar nuestra rutina no era una opción para él, aunque entendiera que le robaba demasiado tiempo de su vida personal.

Me consta que aquella noche hicieron las paces. El cabecero de su cama contra mi pared dio fe de ello, pero me quedé preocupada.

Al día siguiente, Dani se sorprendió de mis renovadas ganas por repetir los peores ejercicios. Tenía una nueva meta: que en la gala benéfica Guille me notara tan cambiada que se me tirara encima a pesar de mi anterior rechazo. Cuanto más mejoraba, más me arrepentía de haberle dicho que no podía verle. Mi inseguridad me jugó una mala pasada, pero ahora sabía que, lo que un día era dolor, el siguiente sería ganancia de flexibilidad y más fuerza. Y me moría de ganas de que me viera cómoda en mi piel. Sexi, con un vestido increíble y así se le pasara el posible enfado que traería. Solo entonces todo mi sufrimiento se vería recompensado. En la fiesta podría brillar la perspectiva cercana de estar juntos próximamente con un tonto hiperglucémico que podría hacer que retomáramos el contacto, al menos por WhatsApp, pero en vez de eso, me llevaría una ingrata sorpresa. Porque yo estaba empeñada en mostrarle a la verdadera Laura, pero no sabía que allí me encontraría con el verdadero Guille.

Capítulo 21 - Animal Party



Cuando le dije a Emma que iba a acudir a la gala, se tapó la boca y se puso a saltar encima de la cama. Le dije que guardara el secreto, pero sabía que no sería capaz, por eso cuando Laura me vio aparecer en la fiesta y no se extrañó de verme, tampoco me extrañó a mí. Sin embargo, el bofetón de verla con un Valentino Rojo y los ojos ahumados en negro, me lo llevé igualmente.

«Fuerza y Honor», recé como un auténtico *Gladiador*.

No sé qué estrategia tendría ella preparada, pero la mía era cojonuda.

No tengo la culpa de que todo el mundo me nombrase su consultor sentimental cuando era joven (mis hermanos, amigos, Emma) y me hubiera vuelto un experto en ir a las trincheras por amor.

La cosa es que siempre usaba mis percepciones para «hacer el bien», es decir, solía «engañar» a la gente para que tuviera más seguridad en sí misma llevando tal o cual prenda, pero solo era un placebo, y con el tiempo, empezaban a entender que eran ellos los que habían obrado el cambio con su actitud, no la ropa o el reflejo de su cuerpo. Pero en esta ocasión, eso no valía, las cartas ya estaban repartidas y había ciertas premisas, por eso pensaba tirarme un farol de los que hacen historia.

Contaba con que Dani se pasase media noche vigilándome, por si me acercaba a su hermanita del alma. Y que Laura, que ya sabía que un servidor ansiaba un acercamiento por el dichoso WhatsApp, me esperaría nerviosa para repetirme, por activa y por pasiva, que no podía tener nada conmigo en este momento de su vida. Llamémosle «estoy escribiendo un nuevo libro», llamémosle «voy en silla de ruedas». El caso es que esperaba mi ataque. ¿Y qué iba a hacer yo? Justo lo contrario.

Les saludaría, por supuesto, y con especial énfasis, pero después, pasaría

olímpicamente de los dos y fingiría pasármelo genial con los demás. Hacía tiempo que había aprendido que aquello era una carrera de fondo. Ya tenía mis añitos (igual que Jesucristo) como para saber que, en una relación, los problemas de verdad empiezan después de dos meses de reventar la cama y presentarle a toda tu familia y amigos. Es entonces cuando la vida te pone contra las cuerdas para decidir si es o no tu compañero ideal, no en el inicio, cuando todo es tan sencillo como meterte en su boca por pura necesidad y no hablar de nada más.

No me sorprendió que el *Dress Code* fuera de rigurosa etiqueta. El Versace de mi armario se puso loco de alegría.

Llegué con Emma y Jon. El muy cretino casi ni me había mirado a la cara, solo tenía ojos para mi mejor amiga. Si seguían así, pronto se reproducirían por osmosis. ¡Al carajo la gestación tradicional!

Dani y Jon se abrazaron al verse y no se separaron enseguida, fue un gesto extrañamente emotivo. Al despegarse, me metí entre ellos, y, aprovechando que Dani estaba blandito, le ofrecí la mano.

—Hola.

—Hola, gracias por venir —dijo correcto. Uyyy, qué suave venííía. Se notaba que alguien le había dado un baño a Pulgoso.

Las chicas entablaron una conversación muy animadas. Laura había pasado de ser Natalie Imbruglia, a ser Victoria Beckham cuando se convirtió en icono de estilo, cortándose el pelo por la barbilla en el año 2000. Uno de los peinados más imitados junto al de Rachel de *Friends* en el 96. Estaba espectacular. Y... ¿Eso que llevaba en los labios era Ruby Woo? El tono era sencillamente inconfundible, y aparté un segundo la vista para coger fuerzas. Bueno, todos los planes tienen fallos. Había estado tres segundos de más mirándola con codicia, pero más tarde lo compensaría.

—¡Hola, Laura! Estás guapísima... —dije con amabilidad.

—Gracias... —respondió cortada y extrañada con mi efusividad, cuando ella me esperaba seco.

—¿Cómo estás? —pregunté sinceramente interesado.

—Mejorando un poco cada día —Su vista resbaló por mi traje sin poder evitarlo. Pobre, es que era la polla y me quedaba de miedo.

—¡Me alegro mucho por ti, cuídate! —zanjé animado, pero no continué la conversación. Me giré hacia Iker y me puse a hablar con él tranquilamente de otra cosa cuando todo el mundo parecía estar expectante de lo que sucedía entre nosotros. Sonreí al notar que ella se había quedado con ganas de que le

diese más comba.

La fiesta era en una carpa de un conocido recinto para eventos y pronto nos adentramos en ella, dejando a los anfitriones en la puerta saludando a los recién llegados. Lo que me vino de perlas para tomarme los dos primeros gin-tonic de un trago, que me sentaron de maravilla.

Poco a poco, el ambiente se animó. Estaba en mi salsa, había unas cuantas personalidades con las que había trabajado y que me presentaron a gente nueva. Estaba entretenido, pero no perdía de vista a Laura. Era consciente de cuando estaba cerca de mí e intentaba disimular con presteza que me lo estaba pasando como nunca y que ni siquiera la había visto, pero me encargué de que se fijara en mi apreciado don de gentes. Camaradería con los hombres, flirteo elegante con las mujeres, encantado de conocerme y de notar su sonora irritación. Solo me permitía mirar a mi auténtica presa durante un segundo cuando se alejaba de mí, refunfuñando algo en dirección contraria, y yo volvía a beber con rapidez para que me doliera menos el distanciamiento que estaba provocando entre nosotros.

Era una prueba. Si quería estar conmigo, lo demostraría. La pelota estaba en su puñetero tejado después de enviar ese WhatsApp intempestivo. Solo esperaba que lo hiciera antes de que me desmayara, porque las copas me estaban entrando solas. Ese es el problema de contratar a un buen barman.

—¿Piensas atacar? —me preguntó Emma de repente con cara de pilla.

—Sí, a mi Bombay Shapire. —Miré al frente y le di un trago a mi copa.

—¿No piensas hacer nada?! ¿Cuál es tu plan? —exigió.

—Mi plan es no hablar con ella en toda la noche.

—¿Eres bobo?

—Soy listo.

—Eres un cobarde.

—Soy previsor.

—¡A Laura le gustas, atontado!

—¡Laura está convaleciente! —espeté perdiendo mi fingida calma—. ¿No te das cuenta? No quiere que me acerque a ella. Y no lo haré.

—¡Solo está asustada! Y le da vergüenza.

—¡A mí también! Su hermano cree que soy un puto acosador...

Me fui de su lado cabreado. No quería exasperarme más y que alguien notara que mi sangre era efervescente.

—Guille... nunca te había visto así... —Emma apareció de nuevo a mi lado, preocupada, cogiéndome del brazo—. Tú eres el que siempre lo

soluciona todo. ¿A qué esperas para solucionar esto?

Intenté mirarla fijamente y me costó centrar la vista. Mierda...

—Emma, hazme un favor, no te metas en esto.

Me fui al baño para lavarme la cara y volver en mí, ¡qué borrachera más tonta! A menudo, cuando el corazón y el cerebro se pelean, ¡sale perdiendo el hígado! Todo se había torcido y pensé que lo mejor sería irme de allí antes de liarla pardísima, pero entonces lo escuché.

Tres tipos entraron en los servicios. Una estancia elegante, rollo hotel cinco estrellas, vistiendo pajaritas y fumando puros, por eso me extrañó llegar a lo que llegamos.

—Sí, es su hermano. El que sale con el jugador de fútbol.

—Ella está buenísima, me la follaba con silla incluida.

Un coro de risas secundó la frasecita que activó mi instinto de TRex. Aspiré hondo por la nariz y empecé a desabrocharme el puño de la camisa sin entender muy bien el porqué. Más tarde, me di cuenta de que estaba remangándola para entrar a matar. Mientras terminaba, les dejé hablar.

—Seguro que Uribe también se la ha follado.

—¡Se los folla a los dos a la vez, y todo queda en familia!

Iban hasta arriba. Como yo. Como las bromas, que también iban ascendiendo de categoría.

—Se rumorea que cuando estuvo en el hospital hubo un pase de puertas abiertas en su habitación —murmuró uno.

—¿Un pase de puertas abiertas?

—¿He dicho puertas? ¡Quería decir piernas...!

Mi ojos se volvieron dos rendijas y lo vi todo rojo mientras ellos se reían. Tardé un segundo en estampar al gusano contra la pared y reventarle la cara a hostias. Los otros dos se quedaron impactados, sin querer intervenir para no ensuciar sus trajes (al tío le sangraba la nariz como si tuviera el periodo) y la cosa salpicaba bastante. Putos snobs, que asco me dio que no movieran ni un dedo para detenerme. Solo eran amiguetes, de los que aparecen en las fiestas y desaparecen cuando hay problemas.

El tipo empezó a lanzar una sarta de golpes y creo que alguno me dio, pero estaba tan cegado de rabia, que ni me enteré hasta después.

De pronto, alguien me agarró por detrás para separarme de él, era Dani...

—¡Para ya! —gritó alucinado al verme. ¿Lo habría presenciado todo o acababa de llegar? Porque había una gran diferencia.

Lo miré durante un segundo y me dio igual, volví al ataque. Solo tenía ganas

de partirle la crisma al bocazas. Lo cogí del cuello y hablé con rabia a un centímetro de su cara.

—¿Quién coño te ha dicho eso? ¡Dímelo!

—Yo... eh... lo leí, ¡lo leí en un foro! ¡Seguro que ni era verdad! Tranquilo, tío... —dijo asustado. Mi cara estaba salpicada de sangre, suya, mía, no lo sabía, pero no me importó mancharme con ella. Quería que supiera que estaba muy loco y que hablaba en serio.

—¡Ni aunque lo hubieras leído en el Hola!, ¿cómo te atreves a hablar así de la madrina de esta fiesta? ¿No sabes que tiene dos millones de amigos con ojos y oídos? ¡Hay que ser gilipollas!, yo que tú, vigilaría muy bien tus espaldas. Sé que a más de uno no le importaría cortarte esa lengua de víbora que tienes... Y ahora, ¿qué se dice? Lo...

—Lo... lo siento —balbuceó el tío con dificultad por la presión de mi mano en su garganta.

—Yo sí que voy a sentirlo, porque como vuelvas a decir alguna gilipollez parecida, no volverás a hablar en tu vida. Y no me pongas a prueba. No voy de farol.

No, no iba. Porque me lo creí hasta yo. Le empujé con asco y busqué la salida. Todo el mundo se quedó quieto mientras abandonaba los aseos, y cuando pasé por el lado de Dani le solté:

—No somos iguales —Y salí, rozándole el hombro.

No recuerdo llegar al coche. Solo escuchar los gritos de Emma mientras me tumbaban en algún sitio y me mojaban la cara.

—¿Quieres tranquilizarte?! ¡Está bien! —escuché la voz de Jon.

—¡No tenía que haber venido! ¡Esto es culpa de Iker! ¿Dónde está, por cierto?

—Iker y Dani también han discutido. Por lo visto hoy es el día de aprender la puta lección...

—Menos mal que tú no te has unido a la locura —arguyó Emma.

—Ya te lo dije, no estoy para fiestas. Solo me apetece que nos persigan de madrugada los llantos de un bebé que de día me sonreirá y me meará en los pantalones. Eso sí sería una buena locura.

—¡Déjate de niños, si tú adoras las fiestas! —intentó quitarle hierro a esa petición en firme.

—Sí, pero esta ha sido un desastre mayor que el último capítulo de Juego de Tronos.

Emma se echó a reír. Lo acercó a ella y lo besó dulcemente terminando con

un roce de nariz.

—Me gustaría que todos fueran tan felices como nosotros —susurró melancólica—. Iker y Dani tienen problemas, y Guille y Laura... sin comentarios. ¡Van hacia atrás, como los cangrejos!

—¿Dónde está Laura? Apenas la he visto —dijo Jon preocupado.

—Se ha ido hace un rato... Y cuando Dani se ha enterado, su ajedrez mental ha ido derrumbándose pieza por pieza a una velocidad imparable. Para colmo, se ha encontrado con Guille en el baño, y lo que ha presenciado lo ha terminado de hundir en culpabilidad.

—Todo se solucionará —le animó él acariciando su hombro.

—Estás muy optimista...

—Esto era necesario, Emma. No pueden seguir así, ninguno.

—Nunca había visto a Guille tan desestabilizado emocionalmente, ¡no parece él!, y no sé cómo ayudarlo sin sus propios consejos.

Jon sonrió embelesado y le acunó la cara. «Yo casi desmayado y ellos teniendo tiempo de ponerse románticos», pensé traspuesto.

—Me tienes a mí, su réplica, y cuando llegue el momento, sabré sacarle la cabeza del agua, pero todavía no ha tocado fondo, Em. Creo que esto no ha hecho más que empezar —sonrió sabiamente.

Y por primera vez en mi vida, no supe a qué se refería Jon: ¿que no había hecho más que empezar? ¡Para mí era un final!, pero me dio igual, me mareé y me quedé dormido de nuevo.

Cuando me desperté al día siguiente en casa, vi que Emma había colgado un post en mi cuenta. ¡Maldita chiflada *metomentodo*!

DeBlack

*“El tiempo es el mejor regalo que puedes hacerle a alguien.
Dáselo”*

Capítulo 22 - Pret à Porter



No hablé con nadie en dos semanas. No me apetecía recordar mi patética borrachera y morirme de vergüenza, pero un buen día, recibí una llamada de un número desconocido y lo cogí. Casi nunca lo hacía, pero estaba en ese punto en el que todo te da igual y cualquier cosa es válida para matar el tiempo.

—¿Sí?

—Soy Dani, el hermano de Laura.

La ciudad entera guardó silencio. Creo que hasta mi corazón dejó de latir.

—¿Ocurre algo? —pregunté preocupado. Quizá le estuvieran apuntando con un arma...

—No, eh... bueno, la verdad es que estoy un poco agobiado...

«Dani, mi nuevo mejor amigo», pensé aturdido. Apenas lo conocía, pero sabía que era así, brutalmente sincero. ¿Por qué no?

—¿Puedo ayudarte? —Me salió del alma. Gilipollas hasta el fin.

—Creo que sí... ¿Tienes algún sitio en el que pueda echarme unas fotos?

Me despegué el teléfono de la cara y empecé a pellizcarme. Odiaba quedarme atrapado dentro de un sueño.

—¿Guille?

—¿Qué? ¡Sí! Perdona. ¿Fotos? No lo entiendo...

—Iker me dijo hace tiempo que la única manera de quitarme a los paparazzis de encima era dándoles lo que querían... y no lo soporto más. Creo que me estoy volviendo loco.

—¿Y quieres hacerte unas fotos?

—Sí, y quiero que tú las difundas.

Levanté la cabeza y busqué la cámara oculta. ¡¿WTF?!

—Puedo hacértelas en el estudio de un amigo, ¿te viene bien hoy?

No quise tentar al destino preguntando un «¿Por qué yo?».

—Sí, de acuerdo. Copia mi número y mándame la dirección...

—Bien. Hasta luego.

Era mejor no analizarlo, porque sabía que aquella llamada escondía muchas cosas detrás. Para empezar era un ejercicio de contricción, pero vendría con latigazo incluido; tarde o temprano me soltaría una perla, pero al hacerlo, mi dedo índice podría estar sobre el botón de mi Nikon en función ráfaga.

Avisé a Iván de que necesitaba usar su estudio y quedé allí con Dani. Mi amigo era un genio loco de la captación de esencias. Y si le llevaba a un ejemplar como aquel, fijo que terminaba eyaculando. A los frikis de este mundillo nos ponía más un cuerpo vestido que desnudo. La belleza suprema es para quien sabe entenderla, y podía haber mucha en una fracción de segundo de un determinado tiempo de exposición. A veces era inaguantable.

Había hecho un cursillo rápido de fotografía para Instagram básico para destacar en ese universo, y desde entonces mi mente jamás dejaba de pensar en la probable foto que haría, sin importar dónde enfocase la vista. Pero cuando miraba a alguien como Dani, el sonido de mi obturador mental era interminable, entendiendo que no hay belleza más perfecta que la rareza más singular. La gente normal cada vez era menos interesante para mí.

Antes de acudir a la cita, pasé por tres tiendas que atribuí a Dani la primera vez que le vi. Ni siquiera comí. Necesitaba dar con la clave de su estilo único, y conseguí cinco conjuntos que podrían funcionar. Fue una carrera contrareloj, y en todo ese tiempo, solo pensé tres veces si Laura sabría de aquella cita.

—Hola...

En cuanto nos vimos, me ofreció la mano. Habíamos quedado en un bar muy cerca del estudio.

Se la estreché, y esta vez no la apartó enseguida, pero le vi morderse los labios. ¿Ahora era tímido? No me lo pareció el día que me soltó que era un cínico respecto a mi relación con Laura. Quizá lo que le costaba era ser simpático, porque montar gresca se le daba de puta madre.

—Me ha sorprendido tu llamada —comencé sin rodeos—. ¿Café?

Dani asintió y pedí dos cafés solos.

—Te debo una disculpa —dijo sin mirarme a la cara.

—Se la debes a tu hermana, a mí me llamaste Bello.

Una sonrisa quiso escaparse por su comisura, pero la controló. A cambio, logré un poco de contacto visual.

—Me he dado cuenta de que tengo un problema, además de los paparazzis... —dijo de repente.

—¿Cuál?

—Que no sé gestionar la felicidad...

Esa frase me dejó patidifuso, pero disimulé bien.

—Emma dice que eres muy bueno arreglando a la gente... Se lo escuché el otro día mientras hablaba con Laura. Y antes de que lo digas, ya sé que no debo escuchar detrás de las puertas. Creo que en ese momento me di cuenta de que me pasaba algo muy malo...

¿Emma hablando con Laura? Aquello me interesó.

—¿Qué escuchaste exactamente?

Dani chasqueó la lengua y terminó hablando a regañadientes.

—Después de la gala benéfica, Laura tuvo un pequeño bajón... bueno, todos, no sé... pero mi hermana no esperaba que pasaras así de ella. Eres un puto retorcido —dijo meneando la cabeza con una sonrisa—. Pero, curiosamente, yo hubiera hecho lo mismo estando en tu lugar... y esa conducta me dio una pista.

—¿De qué?

—De que estaba equivocado contigo.

—¿Lo del baño no tuvo nada que ver?

—Respecto a eso... solo diré que menos mal que estabas allí, porque yo hubiese matado a ese tío y nadie me lo habría impedido, ni siquiera tú.

A esas alturas, no era capaz de decir ni mu. Echarme a llorar podría haber sido la respuesta perfecta, pero aguanté el tipo y sorbí mi café dándome tiempo.

—¿Qué le dijo Laura a Emma? —intenté reconducir la conversación.

—Mi hermana estaba convencida de que todo lo que tuvisteis en el hospital fueron imaginaciones tuyas y de que te viste en la obligación de corresponder los sentimientos de una lisiada —dijo molesto—, pero Emma le aseguró que no, que aquello no fue por compasión. Que tú eres así, un ángel que siempre hace lo necesario por intentar arreglar lo que está roto...

Era oficial. Creo que hablar con Beyoncé no me hubiese traumatizado tanto. ¿Cómo aguantaba Iker esa intensidad?

—Bueno... yo... —no supe qué decir.

—Se que te comportaste así en la gala porque creías que así la harías

reaccionar. Porque la conoces, conoces a las personas...

—O quizá solo estaba cabreado porque rechazó verme...

—Sabrás que la biología me gusta mucho —continuó ignorando lo que había dicho—, pero estoy especializado en etología, ¿sabes lo que es?

—No.

—Es la rama que estudia las características conductuales distintivas de un grupo de animales y cómo estas evolucionan para la supervivencia en un ambiente determinado. Por eso suelo anticiparme a los movimientos de la gente. Los estudio, los capto, los catalogo e intento ayudarles. Más o menos como tú...

—Y cuando conociste a Iker, tus estudios mordieron el polvo, ¿me equivoco?

Dani sonrió. Sí, joder, sonrió. No me lo podía creer.

—Es que Iker es muy especial...

—Me he dado cuenta.

Subió las cejas y aproveché para entrar a matar.

—Y si me preguntas, también me he dado cuenta de que tienes un problema de celos muy jodido.

—Le dijiste a Iker que «no es fácil ser feliz», y admito que me impresionó tu capacidad de análisis sobre la conducta humana.

—Yo no tengo de eso, solo trato de ayudar —Si algo odiaba, era darme importancia.

—Dicen que cuando ayudas a alguien, te ayudas a ti mismo. Provoca bienestar mental, aumenta la autoestima, reduce el estrés... pero cuando intentas ayudar a alguien y fracasas...

—Ocurre lo contrario —terminé la frase por él.

—Exacto. Y es lo que me pasa a mí. Tengo la sensación de que lo estoy haciendo todo mal, con unos y con otros.

—Lo entiendo. ¿Por qué crees que me volví loco cuando Emma me encargó cuidar de Laura? ¿Porque no sabía qué hacer para ayudarla! Luego leí sus libros, vi sus redes sociales, la conocí..., y empezó a ser una cuestión personal. Cuando despertó, no quise disgustarla. Necesitaba ayuda y yo...

—La besaste.

—¿Es que no podéis guardar un puto secreto en esta pandilla? —sonreí divertido.

—Ni lo sueñes. Pero la pregunta es... ¿qué vas a hacer ahora?

—Hasta que no esté bien, ella no me dejará hacer nada.

—Ya está bien.

—¿Qué?

—Camina con las muletas, pero tiene miedo de soltarlas. Cuando lo haga, en poco tiempo conseguirá caminar bien. Repito, ¿qué vas a hacer?

—¿Es mi imaginación o me estás dando permiso?

—Laura empezó a entrenar más duro cuando se enteró de que ibas a acudir a la gala... Eres una buena motivación para ella. Y después de verte el otro día, me convencí de que la quieres de verdad. En un par de meses es el cumpleaños de Jon, y el reto de Laura será conseguir estar de pie para ti, y si lo logra... bueno... tienes permiso para «cortejarla»... —dijo vacilón.

Parpadeé ante la información de que mi próximo beso con ella ya tuviera fecha y licencia.

—¿Es ahora cuando tengo que darte una cabra o algo a cambio?

Dani no pudo aguantar la risotada, y yo lo acompañé.

—¿Las fotos forman parte de la dote? —continué divertido.

—Las fotos... joder... las odio, pero ¿crees que funcionarán? —preguntó como un niño indefenso ante la prensa.

—Rotundamente sí. Pero sería un capullo si no te advirtiera de que podrías ganar mucho dinero ofreciéndoselas a cualquier revista. Y que, dárme las a mí, impulsará mi carrera sin merecerlo.

—Quiero dártelas a ti, el dinero me da igual —respondió al momento—. Mi hermana acaba de regalarme una casa en Byron por mi cumpleaños... y aún estoy intentando digerirlo. No me gustan las gratificaciones económicas por nada. Y está empeñada en pagarme una millonada por su rehabilitación, y sé que el tema terminará en discusión, porque no pienso aceptar su dinero.

—¿No te das cuenta? Tu hermana no te está regalando dinero, es más que eso... te quiere regalar tiempo. Tiempo para hacer lo que te apetezca sin tener que preocuparte por ganarte la vida, y eso no tiene precio, piénsalo...

Dani me observó fijamente y luego apartó la vista.

—Creo que me gustas —murmuró sin más, apurando su café.

Tendría que acostumbrarme a sus exageradas muestras de cariño.

La sesión de fotos fue como un aterrizaje lunar. Flotabilidad máxima. Silencio sostenido para hacer magia con la luz.

Las posturas y la ropa sugerida para el *shooting* fueron un acierto tan épico como el vestido negro que lució Audrey Hepburn en *Desayuno con Diamantes*. Mientras las hacíamos, era consciente de que aquellas instantáneas perdurarían en el tiempo, marcando un hito en el *trending street-*

style de generaciones venideras.

Iván y yo nos mirábamos boquiabiertos pensando lo mismo: «Necesito un Kleenex».

Capítulo 23 - Feliz Cumpleaños



2 meses después

Hacía el día perfecto para nacer.

Jon era Aries y el sol brillaba con fuerza convirtiendo el lluvioso mes de abril en una promesa veraniega de un ecosistema claramente sobrecalentado.

Era mi oportunidad. Había estado esperando esa fecha desde que Emma anunció que me invitarían al cumpleaños sorpresa de su *cuchicuchi*. La jugada sería redonda, porque la fiesta se celebraría en casa de Laura, ya que, según Emma, era la única forma de sorprender a su chico. Mi mejor amiga había orquestado un masterplan pensado al milímetro, aunque no tanto como yo rumié mi vestuario.

El conjunto que llevaba había sido minuciosamente creado para someter a la gente, y solo era el primer paso para lograr que la boca de Laura terminara en la mía como ya lo hizo una vez.

Me arriesgaría con un cuerpo a cuerpo. ¡Era lo nuestro! Una química tan brutal era más difícil de esquivar que una propuesta borracha de WhatsApp.

Sabiendo que Emma llegaría la última acompañada del cumpleaños, aparqué mi T-Roc plateado en el jardín trasero del nuevo casoplón de Laura y entré por la zona de la piscina.

Dani la había convencido para mudarse allí. Más espacio, más intimidad, más luz, más bar en la piscina...

La divisé a lo lejos y me centré en el plan bajando la cabeza. No quería asustarla de primeras. No quería que leyera en mis ojos, amurallados detrás de unas gafas de sol de espejo azul, que me moría por atraparla entre mis brazos.

Y como defensa, aparecí todo vestido de blanco. El look *Total White* nunca pasa de moda y es perfecto para cualquier ocasión primaveral. Inspiraba una paz y una tranquilidad que necesitaba más que nunca.

El pantalón era largo y tenía un indiscreto rasgado en la rodilla. La camiseta no parecía blanca porque era muy vaporosa. ¡La tela prácticamente se transparentaba!, y tenía un punto de elasticidad que le daba un toque alucinante. Ricky Martín tuvo la culpa de la cara que Laura fue incapaz de disimular, y no me extrañaba, porque la primera vez que yo lo vi así vestido, se me cayó el móvil al suelo. Y eso que soy hetero.

Era un look tan... no sé si seré capaz de explicarlo con una sola palabra. Era sencillo y sofisticado a la vez. Era fresco pero refinado. Natural, pero produciendo un efecto que deslumbraba a simple vista. Un vestuario diseñado —no para desear las prendas en sí mismas—, sino a la persona a la que se le ha ocurrido combinarlas de una forma tan etérea.

—¡Guille! —chilló Laura ilusionada en cuanto me vio. Y mi plan de perdonavidas se fue a la mierda. Mi sonrisa salió disparada hacia su encuentro y me quedé en blanco. *Ciao*, Guille interesante.

No estaba sola, Iker y Dani la acompañaban, pero les ignoré.

Fue su euforia la que me cegó, y su perfecto atuendo terminó de conmoverme. Iba vestida con un mameluco de algodón azul marino, es decir, un mono de una sola pieza, con pernera ancha y espalda al aire. Estaba tan jodidamente abrazable que ni me paré a pensarlo. Llegué hasta ella y la alcé al vuelo sonriente.

—¡Pero mírate! —exclamé maravillado.

Diez segundos en contacto y la evidencia de nuestra conexión se hizo tan palpable que ni me molesté en disimular.

Éramos dos personas que se hacían sentir bien mutuamente. Esa enfermera era un puto genio, y tenía razón al decir que la había sentido el primer día. Lo nuestro no era normal.

—Cuidado —me avisó Dani, como si su hermana fuera de cristal, pero yo seguí dándole las vueltas que necesité mientras Laura gritaba encantada.

La deposité en el suelo con lentitud y me quité las gafas de sol para corresponder a su mirada vergonzosa de ninfa con otra sincera y cargada de seguridad en mí mismo, porque aquel día no se me escapaba. Joder, ¡estaba de pie!

—¡Te veo genial! —confesé maravillado.

—Aún me queda para genial, pero voy bastante bien. Todavía uso muletas

para andar... —Señaló a sus inseparables amigas apoyadas en la mesa.

—¡Me alegro mucho por ti! ¿Qué tal chicos? —dije tendiendo la mano a la pareja del año.

—De lujo —contestó Iker sonriente apretándomela con fuerza.

Cuando llegó el turno de Dani, escrutó mi mirada advenediza. No tenía que buscar muy lejos para adivinar que me moría por follarme a su hermana, lo que tenía que hacerle entender es que quería hacerlo durante el resto de mis días.

—Eres el primero en llegar, ¿qué bebes? —preguntó Laura.

—¿Hay vino blanco?

—Claro —sonrió encantada de tenerme allí.

—Así que lanzas nuevo libro, ¿eh? ¿De qué va?

—Nadie lo sabe todavía —intervino Dani.

—Excepto Jon —apuntó Laura intrigante.

Sabía que mi réplica llevaba meses ayudándola, siendo uno de sus lectores cero. Y me daba una envidia increíble, pero por mucho que le preguntara, el cavernícola no soltaba prenda.

Poco pude hablar con mi futura esposa teniendo a sus perros guardianes custodiándola. Apareció más gente y noté que Laura no me quitaba los ojos de encima cuando los padres de Emma me acorralaron para saludarme. Intenté disimular mi deseo por ella, pero se me escapaban sonrisas impacientes que apestaban a un prelude sexual inequívoco. Me estaba volviendo loco, como solo puede hacerlo una mujer que evidencia (sin necesidad de escote) que no lleva sujetador. ¡Necesitaba tenerla a solas para imantarnos!, porque nos teníamos más ganas que dos presos recién salidos de la cárcel.

Quizá se notara demasiado mi desesperación por arrinconarla, porque cuando Emma y Jon llegaron, a ella le faltó tiempo para venir a vacilarme.

—¿Cómo estás? —sonrió socarrona mi mejor amiga—, pensaba que ibas a traer a una novia, de esas que alquilas de vez en cuando para disimular que no estás loco por una escritora rica y famosa. Una a la que le robaste un beso en una cama de hospital, a traición, cuando ella creía que eras su prometido.

—Cállate... —la reñí en voz baja.

—Pareces bobo. ¡Ya ha pasado un año! Si no vas a decirle nada, por lo menos quítate el cartelito de la frente, hijo...

—Si sigues, me acerco a tu madre y le insinúo que estás preñada... verás que tardecita te da —amenacé.

La sonrisa que le nació no fue de cachondeo, sino una originada por un

chiste confidencial sobre algo que guardaba en secreto. Al momento tuve una corazonada que hizo que se me saltara un latido. Si en su vientre se estuviera gestando un milagro, sería una gran noticia. Sería tío, por primera y última vez en mi vida, porque esperaba que mis hermanos no se reprodujeran por el bien de la humanidad.

Conseguí sujetar mi lengua e hice como si nada, pero cuando en la comida Emma le hizo ascos a las anchoas (que desde siempre le habían encantado), supe que estaba embarazada, y que solo ella conocía la noticia, de momento.

Aquello me dio fuerzas, no podía ser el tío panoli, iba a ser el tío guay e ir a por todas, porque siempre habíamos imaginado que tendría una niña, no cabía otra opción, y que fuera a llegar al mundo una mujer a la que querer incondicionalmente, me dio luz verde para tirar la casa por la ventana con el resto de las féminas. Por eso, cuando Laura se levantó para ir al servicio, me levanté con ella.

—Te acompaño. Yo también tengo que ir, y así te voy abriendo las puertas...

Podía haber replicado que no hacía falta, pero se abstuvo. Fue curioso notar cómo el futbolista metía la mano por debajo de la mesa para frenar a un Dani acostumbrado a ser excesivamente servicial con su hermana, y le di las gracias con la mirada.

Desaparecimos en el interior de la casa, en silencio, y cumplí con mi misión de portero.

—Es aquí —dijo ella parando delante de una puerta cerrada. Apoyó las muletas, y solo entonces se atrevió a mirarme con una sonrisa tímida.

—Tengo que intentar usarlas lo menos posible, para coger consistencia en las piernas...

—Lo entiendo, a veces, es difícil que algo coja consistencia si no le das libertad...

¡Sí, joder, me refería a nosotros! Con un solo vistazo, vi que me había entendido. Era tan agradable sentir su agudeza mental... Simplemente con eso, se me puso dura.

—Ya... y, ¿qué tal el trabajo, todo bien? —carraspeó.

Le clavé la mirada pasando descaradamente de esa pregunta.

—Te he echado de menos... —solté directo. No me quedaba tiempo que perder con ella. Podía contarle lo que había supuesto para mí tener la exclusiva de las fotos de Dani, pero tenía otras prioridades—. Siento lo de la gala benéfica...

—¿A qué te refieres?

—A mi comportamiento, fui un estúpido, un orgulloso y un cobarde, pero estaba jodido, me costó mucho escribirte ese WhatsApp... ¿Por qué no quisiste quedar conmigo?

Ella no supo dónde meterse. Supongo que no imaginaba ese repentino placaje de sinceridad, pero debía estar acostumbrada, ¡vivía con Dani!, aunque, cuando algo inesperado te acorrala, tu primer impulso es mentir.

—Ya te lo dije, tenía mucho trabajo, el libro...

—El libro está terminado. —Zanjé acercándome más a ella.

Pero si te hacen un Jaque Mate, solo te queda decir la verdad.

—Yo... No estaba... no estoy... en condiciones de hacer nada —dijo sudando hasta la última gota de vergüenza.

Sonreí al saber que estábamos hablando el mismo idioma.

—¿En condiciones de hacer qué? —susurré arrojándome a ella.

Noté físicamente lo que le provocaba mi cercanía y gané confianza.

—Guille... —gimió agarrándose a mis brazos para frenarme, pero no lo hizo—, cuando me recupere, quizá pueda plantearme...

De un solo movimiento, eliminé el espacio entre nuestros cuerpos, y volver a saborearla fue como volver a perder la virginidad. Una parte de mí se rompió, justo en el centro de mi pecho: la posibilidad de volver a enamorarme de otra persona.

Juro que nunca he odiado tanto a nadie como a Emma cuando nos interrumpió. Laura acababa de soltar uno de esos gemidos que se hace cuando valoras algo que tus sentidos no pueden explicar y no tienes más remedio que expresarlo así. Nuestros cuerpos encajaban de un modo tan perfecto, que cuando la puerta del baño se abrió y nos separamos del susto, una sensación de malestar nos inundó a ambos.

—¡Hola, parejita! —exclamó Emma ilusionada al vernos.

—¡Emma! —saludé nervioso—. He acompañado a Laura al baño... por si... necesitaba ayuda.

—Por mí, como si le ayudas a bajarse las bragas —dijo subiendo las manos bromista, y desapareció igual de rápido que se presentó.

Hubo un *impass*, pero enseguida Laura cogió las muletas.

—Tengo que entrar... ¿me esperas? —dijo sin mirarme.

Y me quedé allí, esperando, extasiado todavía. Pensando cuál podría ser el motivo de que pareciera tan reacia a intimar conmigo, después de todo lo que habíamos vivido y la indiscutible atracción que sentíamos el uno por el otro.

Cuando salió, no frenó su camino al pasar por mi lado y la seguí diligente. No quería agobiarla, aunque me muriera de ganas de empotrarla contra todos los muebles del salón. No quería mover ficha de nuevo porque la pelota volvía a estar en su tejado, pero justo cuando iba a salir al jardín, se detuvo antes de abrir la puerta.

—Yo también te he echado de menos. No te imaginas cuanto...

Esas «palabras mágicas» abrieron muy rápido la compuerta de mi insensatez. En un segundo, la tenía apresada y buscaba su boca con premura, como si me estuviera ahogando y solo en sus labios pudiese tomar aire.

Nos besamos como si no fuésemos a desengancharnos nunca más. Estaba en el puto cielo rozando su lengua cuando apartó la boca.

—Si tardamos más, Dani vendrá a buscarme —susurró con los ojos cerrados.

—Que venga —mascullé besando su cuello y toda la piel que encontraba.

Laura soltó una risita y respiró excitada cuando metí la mano en su pelo y la lengua en su boca de nuevo. Fuimos de cero a cien en medio segundo. Ni el Tesla Roadster batiría la marca.

Con la emoción la empujé contra el cristal y le bajé un tirante.

—¿Y si nos pillan? —dijo preocupada.

—Oye, tu hermano sabe que ya no eres virgen, ¿no?

Laura se partió de risa y aproveché para impulsarla y encajar sus piernas alrededor de mi cintura. Las muletas cayeron al suelo y allí se quedaron.

—Debo de estar loca... —soltó antes de capturar mis labios y darme un beso de los que te dejan la mente en blanco y la entrepierna negra.

Dios, vaya lengua... La movió rápido y violentamente, como si fuera una bestia retenida con cadenas deseando liberarse. En veinte segundos, fundió la parte racional de mi cerebro y quedó solo mi parte animal. Mi polla se asfixiaba en mis pantalones y busqué una mesa cercana donde apoyar a Laura con intención de liberarla. A plena luz del día, con un ventanal por pared, no me importaba. Mi paciencia había llegado a su límite.

Me desabroché tres botones de un tirón mientras le bajaba el otro tirante. Uno de sus pechos se descubrió y me lancé a por él. Ni una bocina sonando a un metro de distancia hubiese logrado que me apartara de ella. ¡Sus tetas eran la puta perfección! Las chupé y las amasé como un loco, pero Laura cogió mi cabeza y me besó en la boca sintiendo que necesitaba mucho más. Sus manos lo confirmaron desabrochando el resto de los botones de mi pantalón y cuando metió la mano, pudo comprobar todo el amor que tenía preparado para darle...

—Joder... ¿vamos a hacerlo aquí mismo? —jadeó contra mis labios deseosa.

Mi respuesta fue retenerla como un poseso. Allí tendría que ser, porque no pensaba dejarla ir. Otra vez no, aunque nuestra ausencia se estaba acentuando, no me importaba. No podía detener aquello. Empecé a pelearme entre el deber y el querer, reacio a soltarla, y Laura me acarició la nuca intentando calmar a mi fiera interior:

—Podemos esperar...

—Ya hemos esperado demasiado —decidí.

Bajé su mono elástico y la elevé un poco hasta que lo perdió por las piernas. Acto seguido, me metí entre ellas y acerqué su cuerpo al borde de la mesa hasta juntarlo con el mío. Respiré en su boca, tenerla así de abierta era el jodido paraíso. Sus manos fueron a mi cara y me besó como le dio la gana, como tantas veces habíamos deseado. No me creía que aquello estuviera pasando de verdad.

Mi GRAN amigo estaba a punto de explotar. Con una mano, saqué un condón mi bolsillo trasero, lo rasgué con los dientes y me lo puse antes de dirigirme hacia su entrada. El impacto de placer resultó demoledor. Fue como meter la polla en caramelo caliente. Uno que me moría por probar. Laura había dejado escapar un gemido que casi me lleva hasta el acantilado del orgasmo.

Nos movimos. Nos movimos como quien se rasca contra algo y quiere dejar marca.

—Joder... —soltó ella al sentirnos. Yo no tenía palabras.

Mis labios volvieron a arrasar los suyos. ¡Dios, era Laura! La frágil y pura Laura gozando de mi polla dura taladrándola por fin. De repente, tiró de mi pelo para controlar el beso y me puso a mil.

El clímax parpadeó en mi columna vertebral, y con una mano en su culo y otra en su cuello, intenté que saltara conmigo del precipicio aplicándole movimientos bruscos. Empecé con golpes secos y rápidos y vi que abría la boca intentando decir algo, pero no le dio tiempo. Solo soltó un «Dios mío», que evidenciaba su caída libre en cuanto yo hice el salto del ángel desde la cumbre.

Madre. De. Dios.

Al terminar, nos quedamos quietos y abrazados, apoyados el uno en el otro. Me faltaba el aliento.

Me separé de ella, coloqué las manos en su cara y la besé lánguidamente. Laura no servía para nada, solo se dejó llevar embelesada. Su pelo por la

barbilla cubrió nuestra indecencia y finalizamos el beso con un suspiro.

—Deben estar a punto de entrar a buscarnos —musitó granuja, mirándome a los ojos.

Sonreí y salí de ella llevando la prueba del delito conmigo.

—No, deben estar a punto de darle los regalos a Jon, ¡vamos!

Me subí el pantalón y fui hacia la puerta.

—¿No te olvidas de algo? —dijo divertida.

—¿De qué?

—¡De mí! ¡No tengo las muletas!

Disimulé que lo había hecho a propósito y le quité importancia.

—Intenta venir hasta mí, ¡son tres pasos!

Laura se bajó de la mesa y se vistió, apoyándose en ella con cuidado, pero cuando estuvo lista, se lo pensó mejor.

—¿Y si me caigo?

—Te cogeré.

Me acerqué un poco a ella y dio un paso con cuidado. Luego otro y con un par más llegó a mi lado.

—Lo tienes dominado. Como a mí.

Su risa surgió sincera y preciosa y nos juntamos de nuevo instintivamente.

—Sal por la puerta, antes de que empecemos otra vez... y dame las muletas.

Sí, sería lo mejor. Porque mis ganas de ella no se habían esfumando. Mi fantasía quería empujarla hasta la encimera de la cocina y seguir demostrándole *que nadie como yo le sabría hacer café*... Necesitaba hacerla mía cuatro o cinco veces seguidas, nada más. Una noche, unas horas, como mucho... solo así me calmaría, porque la lujuria llevaba comiéndome por dentro meses, y necesitaba volver a invadir su cuerpo con embestidas salvajes. Y lo habría hecho, si no estuviera seguro de que terminaría apareciendo alguien.

La recepción de los regalos fue bastante emotiva. Yo también habría llorado si me acabaran de regalar una casa en Byron Bay con tres meses de vacaciones a la vista. Y no para estar tirado, sino para dedicarse a lo que más le gustaba a Jon, escribir, bucear y follar con Emma. Me alegré por él, y también de estar del lado del tío que lo había procurado todo, Dani. Hacía buenos regalos, el cabrón. Por ejemplo, a mí, la tarde que posó para las fotos, me hizo el regalo más grande de mi vida, y no me refiero a las instantáneas, sino a tener su consentimiento con Laura por fin, aunque, en aquellos momentos, me miraba con un «#MegustaNo que te hayas enrollado con mi hermana» de lo más

divertido. Era un hastag que nos inventamos Emma y yo una vez, cuando entramos en mi casa y escuchamos los gemidos sordos de uno de mis hermanos teniendo sexo bruto con alguien. Alguien muy masculino. Nos fuimos corriendo, pegando un portazo sin querer, y nos reímos un montón.

—Pensaba que tu hermano era *Robocop*... —saltó Emma descojonada.

—Pues ya ves, me gusta que haya descubierto que es humano... Preferiría no haberlo oído, pero... por otro lado, me gusta...

—¿Entonces «Te gustaaa.... No»? —concluyó Emma divertida.

—Eso es, #MegustaNo. Es una expresión muy útil, si lo piensas bien.

Cuando la velada terminó, sirvieron unas copas. La gente se acomodó en el mobiliario de jardín con su combinado y recé para que un par de pelotazos me quitaran el calentón, porque cada vez que veía a Laura, me daban ganas de empujarla para que cayera sobre mí y besarla. Cuando silbaran en cachondeo, no terminaría el beso, y no lo haría hasta que uno a uno se fueran, entendiendo que allí estaban de más...

La gente empezó a marcharse, y cuando Jon y Emma dijeron que también se iban y no me uní a su propuesta, fue evidente para todos que había sucedido algo entre Laura y yo.

Sonrisitas por parte de Jon, casi lágrimas por parte de Emma, e Iker me tiró un cable que no creo que pueda devolverle en lo que me queda de vida.

—Vamos esta noche a mi casa, ¿te parece?

Dani se lo pensó un segundo, y enseguida asintió.

Me habría puesto a saltar y a aplaudir, pero no reaccioné al hecho de que iban a dejarnos solos.

Iker salió por la puerta con un «Hasta mañana, parejita», y Dani soltó un grotesco: «No lo hagáis en mi cama, por favor». Y cuando cerramos la puerta, Laura me miró vergonzosa agarrada a sus muletas.

Le sonreí y me acerqué a ella para quitárselas.

—Ya no las necesitas.

Nos abrazamos y nos besamos durante un rato en la entrada como si nada más en el mundo importase, y en un momento dado, la cogí en volandas y la llevé hasta el sofá.

Era una pieza preciosa de color hueso. Ancha, esponjosa, y suave al tacto, en la que nos hundimos cuando me senté con ella entre pequeños besos. Nos quedamos allí una eternidad liándonos como dos quinceañeros. Por mí, no me habría movido nunca.

—Llevo mucho tiempo esperando esto —le aseguré.

—¿Desde que era calva? —sonrió ella.

—Pues... sí. Dicen que el amor es ciego, ¿no?

—Lo mío sí que fue a ciegas, ¡me colé por ti a los cinco minutos de conocerte! Tú al menos me habías investigado, te habías leído mis libros, no sé... eso es como charlar con el autor durante horas, pero yo caí rendida con un par de chistes...

—¿Y no te alucinaba un poco que no me recordaras?

—Es que, a mí manera, lo hacía...

—Venga ya... —soné incrédulo.

—¡De verdad!, creo que te recordaría aunque no existieras, porque eres lo que siempre he soñado...

DeBlack

"Te recordaría aunque no existieras"

Capítulo 24 - Kiki, el amor se hace



No recordaba que el sexo fuera tan bueno.

Ni que los besos supieran tan bien. Creo que aquella noche recorrió todo mi cuerpo con su boca, pero en la zona de las piernas intenté que evitase mis feas cicatrices.

—No les tengas manía, ellas nos han unido —murmuró apartando mis manos y besando mi rodilla. Pero pronto su boca se deslizó hacia un punto más profundo que, según dijo, «se moría por saborear».

—Dios... —jadeé al sentir su lengua en mi interior. Lo agarré del pelo y bizqueé de placer.

Todo aquello era nuevo para mí. Porque el de ahí abajo no era un tío cualquiera que me daba igual, ¡era Guille! Y estaba probado que tenerlo cerca me llenaba de vida, por eso deseaba que se quedara a un centímetro de mí, como máximo.

¡Si hasta me había hecho andar sin muletas! Y seguía alucinada. Me había encontrado más ágil de lo que esperaba cuando nos dio por follar encima de la mesa. Qué fuerte... ¡pensaba que eso solo pasaba en las novelas eróticas, no en la vida real!

Me daba un poco de vergüenza que estuviera *amorado* a mí porque estaba muy excitada, pero Guille soltaba unos ruiditos muy sensuales que evidenciaban que estaba disfrutándolo de lo lindo. Quería correrme ya, pero a la vez necesitaba tenerle dentro de nuevo.

—Metete en mí... —supliqué, y tiré de él para que se reuniera conmigo, pero pareció reticente a ello.

—Solo me queda un preservativo, pensaba hacerte llegar con la boca y

luego usarlo mucho más tiempo... si lo uso ahora, me correré rápido.

—Pero quiero sentirte duro, potente, exigente...

—Para o me corro ya, no hace falta que presumas de tu amplio vocabulario de escritora listilla.

Solté una risita y se me cruzó una excitante idea en la cabeza.

—¿Y si hacemos la marcha atrás? Yo estoy sana, ¿y tú?

—No lo sé... Cuando me enteré de que mi ex era de vida alegre, empecé a usar siempre protección, pero...

—Pero de eso ya hace mucho —ronroneé.

—No hace tanto —admitió culpable.

Mi razonio se activó y até cabos.

—¿Volviste con ella? ¿Con Blanca?

Mi postura corporal cambió y el sexo dejó de ser inminente. Él dejó caer su peso en el sofá abatido en vez de mantenerlo en el aire.

—Cuando llegó Dani y dejamos de vernos... me sentí vacío.

—¿Y ella se ofreció a llenártelo? —contesté molesta.

—Fue una manera de distraerme...

—Entonces, ¿usas el sexo como distracción? —dije incrédula.

—Sí, no podía sacarte de mi cabeza... —dijo depositando un beso en mi hombro—. Casi me vuelvo loco...

Eso me ablandó un poco, y que apoyara su frente en mí para descansar y esperar paciente mi veredicto, también.

—¿Y la dejaste después de verme en la cena? —indagué queriendo saber cómo se sentía.

—La dejé en cuanto te vi —confesó abochornado—. Esa misma noche quiso acostarse conmigo y la rechacé. No volvimos a hacerlo, porque lo único que deseaba era meterme dentro de ti. ¡Me echaste a perder para el resto de las mujeres!

Eso me hizo sonreír y cuando volvió a rozarse conmigo pidiendo permiso para entrar, abrí las piernas para que se colocase en su lugar.

—Yo también te deseo —musité en su boca, y sus labios me rozaron levemente. Sentí mi aroma salado en ellos y el ansia me pudo—. Y llámame loca, pero odio los condones con toda mi alma. ¡Van contranatura! Quiero sentirte a ti, y que tú me sientas a mí.

Me moví para recibirle y él se dejó llevar. Entró surcando mi piel resbaladiza hasta el fondo y gemimos a la vez.

—Joder... esto es demasiado bueno —soltó en voz baja.

Su movimiento era suave y profundo, manteniendo un nivel tan elevado de placer que en ocho o nueve estocadas me sobrevino un orgasmo que no esperaba.

Todo mi cuerpo tembló, y aluciné de poder conseguirlo con un ritmo tan lento y sosegado, ¡parecía imposible!, y entendí que estaba ante algo único. Sin apenas tiempo de terminarlo, salió de mí e inundó mi vientre con su excitación.

—No te muevas —me dijo levantándose.

Volvió con el rollo de papel higiénico y me dio un trozo.

Nos dimos cuenta de que la terraza estaba abierta de par en par porque de repente sentimos el frío. Fuera comenzaba a levantarse viento y a oscurecerse el cielo.

—Podían habernos visto y echado unas fotos —dije con guasa.

—Este es el mejor método antirobo. Si los ladrones te están mirando, no te están robando.

Se puso unos calzoncillos y cerró las puertas. Después volvió al sofá, me puso su camiseta por encima, que olía deliciosamente a él, y me sentó en sus piernas.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó haciéndome botar en sus rodillas.

—Subir y enseñarte mi habitación de princesa —dije melosa cerca de su boca—. Tengo una cama enorme con dosel y una bañera redonda.

—Joder con la princesita... —musitó extasiado, y me besó unos segundos antes de cargar conmigo hasta el piso de arriba.

En sus manos parecía poca cosa, era un hombre alto y atlético. Llevaba el pelo despeinado por mi manía de meter los dedos en él, pero no había podido evitarlo. Deseé hacerlo tantas veces antes... pero su sonrisa de medio lado era la de siempre, y sus ojos con esa mirada penetrante y juguetona, pero su boca no, su boca era mejor de lo que recordaba... Ahora notaba que en el hospital se había contenido bastante. ¡Madre mía!

Llenamos la bañera hasta arriba y fue un lujo usarla mientras fuera arreciaba la lluvia. Ya podía caerse el mundo, que yo estaba en mi lugar feliz: «con él». Después de ducharnos, no tardamos en meternos en la cama y ponernos de lado. Apoyé la cabeza en su brazo, y al juntarnos, nuestras bocas se rozaron con lentitud. Su mano fue a parar a mi espalda acercándose un poco más a él y yo subí la mía hasta su cara, para terminar rodeándole el cuello por detrás.

Qué besos... Lentos, profundos, sin prisa. Nacidos para ser recordados

hasta el final de los tiempos. Era el típico encuentro que narraba en mis libros cuando los protagonistas ya habían saciado la parte obscena de necesidad instantánea y solo quedaban sentimientos grandilocuentes dibujándose en cada beso...

Era el lenguaje del enamoramiento. El más universal y humilde de todos. El único por encima del tiempo, del dinero y de la muerte. La fuerza más poderosa de la que dispone el mundo.

Capítulo 25 - Mentiras Arriesgadas



Llevaba tres días en la parra.

Obsesionado con el sabor de su boca, con sus gemidos y con la cara que ponía al atravesarle un orgasmo. Y eso, a mi edad y con mi experiencia, era demencial.

El mundo seguía girando, pero nosotros no podíamos concentrarnos en una puta cosa que no fuera estar juntos, agarrarnos, olerlos, y sonreír comentando cada dos por tres lo increíble que era estar así por fin. No era de extrañar que la vida se nos complicara a los dos. Al cuarto día, nos tomamos unas horas para atenderla, aunque yo no dejaba de pensar en ella y en lo perfecto que estaba saliendo todo. Imbécil... Me tendría que haber dado cuenta de que no era buen presagio, pero, a veces, uno sabe que se va a estrellar y acelera.

La editorial había organizado una rueda de prensa con motivo del lanzamiento del libro y Laura me invitó. A mí y a todos. ¡Esos eventos molaban mucho! Te daban de comer y de beber gratis por todo lo alto y siempre acudía un público interesante.

Cuando nos saludamos, todos me miraban como si Cupido acabara de dispararles en un ojo. Todos menos Dani, que lo hacía como si estuviera imaginando todas las posturas guarras que habríamos sido capaces de adaptar sin las muletas en aquellas 72 horas.

«¡No me mires así!», pensé en decirle, y explicarle que más tarde pensaba invitarla a cenar como Dios manda, porque llevábamos días desnudos, comiendo solo pizza, Doritos con guacamole y comida china a domicilio.

Follar da hambre. Y follar con amor, todavía más.

Mi chica estaba nerviosa minutos antes de salir al estrado. Había un montón de periodistas dispuestos a taladrarla a preguntas, no solo de su novela, sino de su accidente y de su vida personal. Solo esperaba que mi nombre no saliera a colación en ninguna de las partes. ¿Qué éramos exactamente? No lo sabía, pero quería disfrutar mucho más tiempo de nuestro preciado secreto.

Un coro de aplausos la recibió cuando el presentador la anunció. Mi niña subió con una sonrisa comedida y acompañada de una muleta, como apoyo moral.

—Laura, tu libro sale a la venta la semana que viene y la sinopsis es bastante incierta, ¿vas a contarnos al menos de qué va? —preguntó uno de los reporteros sonriente.

—Claro, va de una chica a la que atropellan y se queda en coma —dijo tranquilamente.

La carcajada inicial fue generalizada, pero cuando no dio a entender que era broma, se hizo el silencio.

—Lo creáis o no, mi experiencia me ha hecho ver con claridad muchas sensaciones que me apetecía plasmar en un libro. Es una oda a las segundas oportunidades y a la superación personal, pero también tiene intriga, misterio y un poco de terror.

Mis cejas se arrugaron al escuchar la última palabra. Ya me había quedado un poco frío con que el libro tratase sobre su misma situación, y esa «terrorífica» coletilla, me dio mala espina.

—¡Cuéntanos más, no nos dejes así! —insistió otro.

—Solo diré que, cuando ella despierta, nada es lo que parece, ¡un psicópata la engañará desde el principio haciéndola creer que es su prometido! —sonrió intrigante.

No había dicho eso...

Aparté la vista y me convencí de que había oído mal, pero una sensación amarga ya estaba arrasando mi interior sin piedad.

Volví a mirarla. Era la primera vez que Laura sonreía y yo no la acompañaba, pero me fue imposible con el pecho apelmazado. Busqué los ojos de Jon, mi oráculo de respuestas, y la cara que puso al captarme no ayudó en nada, al revés, me preocupó aún más. Estaba inmóvil y le vi tragar saliva.

Intenté ahogar el malestar en mi copa dándole un buen trago, y supe que estaba camino de deprimirme cuando me supo a gloria.

A partir de aquel momento, me sentí cada vez más observado. ¿Por qué

sería...?

Pedí otra bebida y la terminé justo cuando Laura finalizó la ronda de preguntas. Tuvo que saludar a unas veinte personas antes de llegar a mí y ser capaz de decirle que teníamos que hablar en privado.

Me sonrió como si no pasara nada. Algo vergonzosa pero coqueta. Estaba guapísima con una falda plisada negra y jersey fino del mismo tono. Pelo corto, bolso rojo a juego con sus insaciables labios... y me alarmó que no me hiciera sentir nada. Fuimos juntos a comprar ese modelito y se había quedado encantada. Y yo más, cuando insistió en atacarme en el probador. Suerte que en Gucci eran de un tamaño considerable. Llevaba toda la tarde deseando arrancárselo y volver a poseerla, pero creo que vio en mi cara que esas no eran mis intenciones al pedirle un receso.

La seguí en silencio hasta una salita donde habíamos dejado nuestras cosas y, en cuanto la puerta se cerró, me crucé de brazos.

—¿Así que... tu nuevo libro va de un tío que finge ser su prometido cuando la protagonista se despierta del coma? —solté evidenciando el problema.

—Sí...

—Me pregunto de dónde habrás sacado esa idea... —fingí ignorancia.

—Guille, para. No es más que una trama con gancho...

—Es nuestra historia... —dije asombrado de que no entendiera mi enfado.

—Está inspirada en nosotros, pero simplemente he retorcido el punto de vista para tener una historia interesante.

Entonces, ¿nuestra historia no era interesante? ¡Ah, qué bien!

—Pues fenomenal. Fantástico. Espero que tengas mucho éxito —dije con sarcasmo, esquivándola para salir.

—¡Oye! ¡¿Qué te ocurre?! ¡¿Por qué estás así?! —exclamó para detenerme. Había dejado la muleta apoyadas en la mesa.

—Explicártelo lo hace aún más humillante —murmuré sin mirarla.

—Pero ¡¿Por qué?!, ¿qué tiene de malo?

—Déjalo, Laura... yo... Joder, no me lo puedo creer —dije frotándome la cara. El desengaño era descomunal. Excesivo, incluso, pero no podía detener el dolor dentro de mí.

—¡Explícamelo, por favor! No lo entiendo.

No podía. No podía explicárselo sin contarle una parte elemental de la historia que ella desconocía, la de sus acosadores. Porque se había inventado a un psicópata, pero para mí habían sido muy reales.

De hecho, estuve meses sintiéndome uno de ellos cuando Dani me echó

burdamente de su vida acusándome de ello. Lo mirase por donde lo mirase, no podía estar cómodo con la idea de ese argumento.

Dani había reconocido que se había equivocado conmigo; había entendido que mi amor había sido real y lo que ocurrió con Laura en el hospital, algo precioso, pero que ella cogiera ese mismo hecho y lo transformara en algo perverso y dañino me escocía por dentro.

—¿Has cogido nuestra historia de amor y la has transformado en un *thriller*? ¿Y tiene que gustarme convertirme en el villano? ¿Después de cuidar de ti? ¿Después de enamorarme de ti mientras lo hacía? ¡Me sienta de lujo, vamos...! Y encima me entero en una rueda de prensa porque comentármelo entre polvo y polvo no se te ha ocurrido, ¿verdad?

Hasta mirarla me dolía. Estaba chocado porque mis ganas de besarla no habían desaparecido, pero les había caído un manto de chapapote por encima y se mantenían en mí de un modo oscuro y pegajoso.

—¡No pensé que te pondrías así! —se defendió Laura—. Quería que fuera una sorpresa. ¡Es una buena trama!

—¡Es algo nuestro, Laura! O lo era... pero ya veo que para ti no significó nada. Fue lo más normal del mundo, ¿verdad?, algo falto de emoción. ¡Pues para mí fue lo más emocionante que me ha pasado en la vida!, y tú acabas de insultarlo de la peor manera, haciéndome sentir un pirado, además.

—No lo había visto así —balbuceó confundida—. No es nada personal... yo...

—¿Que no es personal? Joder, Laura, ¡todos saben que ese tío soy yo, coño! ¡Fue mi papel y mi mentira! Si humillarme en público no es personal, ¡¿qué coño lo es?!

—No sé qué decir... —murmuró alucinada.

—No digas nada. Ya está hecho. —Bajé la mirada y cerré los puños.

Necesitaba huir de allí. Coger distancia. Alejarme de ese dolor lacerante que estaba sintiendo por su frivolidad hacia mis sentimientos. ¿No creía que me sentiría identificado e insultado?

—¿Quieres que no lo saque? —ofreció desesperada.

—Los dos sabemos que eso no va a pasar. La editorial no lo permitirá, y tú tampoco quieres. Eso es lo que más me jode, ¡que no lo entiendes!, pero ¿de qué me sorprende? Si tampoco dedicaste ni un minuto a pensar en cómo me sentiría. Pero no te preocupes, el libro será otro puto éxito.

Abrí la puerta con violencia para irme.

—¡Guille, espera...!

Se me echó encima para impedírmelo, dejando en evidencia que su equilibrio no era perfecto. Y la sujeté al momento.

—No te vayas, por favor... —La congoja humedeció sus ojos—. Yo también estoy enamorada de ti. No puedo... perderte. Por favor, ahora no. Simplemente, no puedo...

—Tengo que irme... necesito pensar —dije severo, reprimiendo las lágrimas.

Quería gritarle que era una ingenua, que estaba muy ciega y que el mundo era más complicado que inventar la historia que te da la gana en tu ordenador... Que un hombre había sufrido un accidente a manos de Lucas y Álvaro, que me sentía culpable desde entonces, que yo también la quería, pero no soportaba que hubiese escrito esa historia tildándola de emocionante, porque para mí había sido una puta pesadilla. ¡Había renunciado a ella por sentirme como me plasmaba en la novela!, y no podía tragarme la bola de decepción que sentía en ese momento.

Intenté que me soltara. Necesitaba alejarme, pero empezó a hacer fuerza para retenerme y sus ojos se terminaron de inundar de lágrimas al entender que mi huida era inminente.

—¡No, por favor! —sollozó—. Te estoy diciendo cómo me siento, ¡te quiero!

Yo también la quería, pero no sabía cómo explicarle que me había fallado y todo había cambiado.

—Y yo me siento un palo mojado, Laura, y esos no prenden. Me acabas de echar un cubo de agua helada por encima y no puedo ni mirarte a la cara... —mis ojos se encharcaron también y luché para controlarlo mordiéndome los labios y cerrando los ojos con fuerza—. Por favor, deja que me vaya...

Tres segundos después, me soltó, y en una última mirada, imploró un milagro. Una fe ciega en nosotros la rodeó, iluminándola, y no me dejó moverme ni despegar los ojos de ella, aunque todo mi cuerpo me rogaba echar a correr. Notar en su mirada que exigía saber si yo también la quería, si todo había sido mentira aquellos días, me pareció un guante lanzado difícil de ignorar.

Bufé desquiciado y me acerqué a ella con un movimiento violento para invadir su boca, pero en el último momento, me frené y únicamente susurré contra sus labios un «Adiós, Laura», como amarga despedida.

Salí de la habitación y desaparecí en la calle. Seguro que a nadie le hacían falta explicaciones de por qué me había marchado.

Capítulo 26 - (500)Días juntos



En cuanto se fue, me quedé sin fuerza; como si fuera su presencia la que me la diera. Anduve a trompicones hasta la mesa y me tapé la boca con la mano doblándome sobre mí misma. ¡Aquello no estaba ocurriendo!

—Pero... ¡¿qué coño ha pasado?! —preguntó Dani entrando en la habitación a toda velocidad. Supongo que había visto a Guille abandonar el local con un cabreo del quince.

—¡Laura, ¿qué ha ocurrido?! —se acercó preocupado.

Movió una silla para que me sentara y lo hice. No podía dar un paso con la muleta, como la lisiada que era.

—Guille se ha ido...

—Ya lo he visto, pero ¡¿por qué?! —

—Por la trama del libro. Dice que he herido sus sentimientos al contar nuestra historia desde un punto de vista perverso y que la he ensuciado...

Dani cerró los ojos captando algo que yo no llegué a entender.

—¿Tú piensas lo mismo? —pregunté confusa.

Por primera vez desde que le conocía, Dani se quedó sin palabras y eso me pareció mala señal.

—¡No tiene nada que ver con él! —me defendí—. ¡Es ficción!

—Pero está basado en vosotros...

—¡Inspirado!

—¿Vuestra historia te inspira esto?

—Dios mío, ¿tiene razón? —dije confundida mirando al vacío.

—Creo que los dos la tenéis. Porque esto no significa nada, pero a la vez...

—¡Significa que llevo casi un año encerrada en una situación muy jodida y no era capaz de pensar en ninguna otra cosa que no fuera él! ¡Si tenía que

escribir, solo podía hacerlo sobre esto! ¡Sobre él...!, y, bueno, ¡que no juzgue el libro antes de leerlo!

—¿Se resuelve con una especie de Síndrome de Estocolmo?

—No.

—Mejor, porque odio esas cosas. Y además no creo que marcara la diferencia. ¿En ningún momento pensaste que sería mala idea?

—No, solo quería transmitir lo que sentí por él cuando me cuidó, el resto de la trama es para los lectores morbosos.

—Vale, pero comprende que la historia tiene dos partes, y él habrá entendido que te sentiste engañada, y en parte es cierto, así que...

Al decirme eso vi que el asunto tenía mal final. Aún no había salido a la venta y ya tenía el maldito libro atragantado. ¡Acababa de cargarse la relación más corta e importante que había tenido! Ni una semana me había durado, pero estar con él había sido algo paranormal. Al menos para mí. Las veces que había estado con chicos no había sentido nada parecido y me negaba a aceptar el dicho de que «rendir a nivel laboral, es despedirse de tu vida personal».

—Llevo toda mi vida esperando algo así, y no pienso renunciar a él —dije con firmeza.

—Tampoco iba a dejarte hacerlo —murmuró Dani—. ¿Qué tienes pensado hacer?

—El libro sale a la venta en siete días, y eso solo lo cabreará más. Tengo que esperar. Ahora, el que necesita tiempo es él...

Una lágrima cayó por mi mejilla al sentirme totalmente impotente.

—O igual lo mejor es que no saque el libro —dije a punto de llorar—. No puedo perderle otra vez...

Un sollozo se abrió paso en mi garganta. Apoyé los codos en la mesa y me cogí la cabeza.

Dani se agachó conmigo y me abrazó, pero luego me obligó a mirarle.

—Claro que vas a sacarlo, ¿me oyes? Porque si no lo haces, nunca superaréis la barrera de tener ese libro en el cajón. Eso dinamitará la relación. Ese libro va a salir, y tendrá que superarlo si queréis estar juntos.

Solo pude asentir, porque sus palabras me parecieron sabias.

Pero ya era oficial, el asunto no tenía buena solución, a no ser que él cambiara de opinión, y yo no podía ayudarle en eso.

—Discúlpame con la gente —le pedí a mi hermano—. No voy a volver a salir ahí fuera, no estoy de humor para nada más.

Me acomodé sobre mis brazos para descansar el dolor de cabeza que me

estaba empezando a dar mi congestión. No tenía intención de moverme de allí hasta las diez de la noche.

—Ahora vuelvo —dijo Dani dándome un beso en el pelo.

Cuando me quedé sola, llamé a Guille, no con afán de que me lo cogiera, porque cuando alguien se va de tu lado es porque no quiere escuchar lo que tienes que decir, pero quería demostrarle que me importaba, y manifestarle que no iba a rendirme, como él.

¿Cómo podía estar así por un tío con el que había compartido solo 28 días de mi vida? Los había contado, sí. Aunque en realidad, hacía 500 días que le conocía, y desde que entró en mi vida, me la cambió por completo. El antes no me valía, solo el después. Ya no concebía mi vida sin él.

Aquella noche, al meterme en la cama, escuché una canción en mi móvil. *Someone you loved* me avisaba de que «bajé la guardia, luego me abandonó, y cuando ya me había acostumbrado a ser alguien al que amaba, iba a perderle», ¡y eso no podía ser! Pensé en escribirle un mensaje, pero antes de hacerlo, comprobé su cuenta por si había subido algo nuevo.

DeBlack

*“Quien tiene la habilidad de amarte,
tiene la habilidad de herirte.*

*Si un corazón se rompe,
es porque estaba abierto.*

*Eres y siempre serás lo más bonito
que me ha partido el alma”*

Escuché un crujido dentro de mí. Era mi entereza haciéndose añicos. Llevaba toda la tarde revolviéndome. Desgastándome con ideas para recuperarle, pero cuando leí aquello tuve miedo, fue como entender que, por mucho que luchara, no iba a lograrlo, y una negatividad enorme se apoderó de mí.

«No, por favor, no te vayas», supliqué, y una conocida sensación de angustia me abrumó. Era la misma que me hizo despertar del coma.

Le perdía.

Capítulo 27 - Desaparecido



Intenté convencerme a mí mismo de volver al evento, porque mi necesidad de abrazarla y decirle que todo nos iría bien, a pesar de ese bache, rivalizaba con la sensación de enfado en la balanza.

Ese péndulo de sensaciones era agotador.

Al final, llegué a casa sin lograrlo, cuando la noche ya era cerrada. Algo dentro de mí se había roto, lo sentía, me dolía todo el cuerpo, pero hasta horas más tarde no me di cuenta de que no era mi corazón, que seguía funcionando a toda máquina por ella, sino la confianza entre nosotros.

Un valor que, si falta, lo deslucen todo. Tu vida pasa de RGB a CMYK sin darte cuenta, y no es lo mismo. La magia se apaga.

Me acababan de echar del Nirvana con una patada en el culo. Una sensación atroz cuando había decidido no separarme de ella nunca más. No podía respirar notándola fuera de mi vida, y en aquel momento, lo estaba.

El desengaño me supo a cuerno quemado, ¿de verdad no creía que me sentaría mal ser el malo de su novela? Sentirla lejos de mí a nivel mental en esa discusión, me aniquiló. Rompió mi burbuja. Esa burbuja perfecta, preciosa y luminosa que es el amor.

Pero me suelta esa bomba y ¿se supone que debería hacer como si nada? ¿Por qué, porque era Laura Hernández e iba a ganar un dinerito con esa historia? No podía. Estaba dolido. Con o sin razón, pero lo estaba. Y me fui de su lado porque cada palabra que decía se me clavaba más hondo en la espalda. Y a saber cuánto tardaría en sacarme esa puñalada...

Le eché un vistazo al móvil y vi que tenía un montón de llamadas perdidas, Laura, Dani, Emma, Jon, pero las ignoré. En realidad tenía la esperanza de que se me pasara pronto. Dentro de unos días lo vería de otra manera, ¿verdad?

Pero llegó la fecha del lanzamiento y que el puto libro se vendiera como churros, me sentó fatal. ¡Estaba por todas partes! No podía ir a comprar el pan sin ver la foto de Laura al lado del libro sonriendo como lo haría una traidora. ¡¿Es que nadie de *marketing* revisaba esas imágenes?!

Todo el mundo parecía estar leyendo la novela del momento y me pregunté si las enfermeras del hospital estarían pensando lo peor de mí.

En un ataque de masoquismo, bajé a la tienda y lo compré, aunque me diese pánico leerlo. Tenía que pensar que era ficción, que ese tal Germán no era yo, pero una parte de todo aquello había sido verdad, eso era lo más espeluznante. Laura había tenido sus propios psicópatas, aunque ella no lo supiera, y Dani era el primero que me había endiñado el papel, antes que ella. Me sentía extraño, como si ya no supiese cuál era la verdad.

Para terminar de joderlo todo, la historia era terriblemente adictiva; con un tono enfermizo parecido al de la película *Mientras duermes*, de Luis Tosar. Eso sí, deliciosamente escrito y con un final rompedor. ¡Lo que faltaba!

Si lo pensaba bien, todo aquello era una jodida chorrada. ¡Solo era un maldito libro! Nada tan importante como su piel, nuestros alientos entremezclándose o nuestras sonrisas cómplices augurando una vida llena de buenos momentos, pero estaba estropeado, y no podía arreglarme a mí mismo. La idea que tenía de Laura se había desvanecido. Pensaba con ilusión que veía lo mejor de mí, que mi ayuda en el hospital había sido inestimable para ella, pero al desfigurar ese recuerdo, nuestro amor lo hizo con él.

Cerré el libro enfadado y me dio por contestar la décima llamada de Emma mientras desayunaba.

—¿Qué quieres? —respondí borde.

—Chico, pareces yo hace un año.

—De nada. ¿Algo más?

—No te pases, pasé tanta hambre que casi me como a mí misma. Te llamo para decirte que nos vamos a Byron mañana y estaremos una temporada fuera.

—Ya lo sé. Pasadlo muy bien. Y... cuídate mucho, ¿vale?

Recordé su tripa y, en lugar de sonreír, noté que crecía una película húmeda en mis ojos. A veces, no te das cuenta de que estás tan mal hasta que la sugerencia de algo feliz te hunde el ánimo en lugar de levantártelo.

—Guille... Jon quiere hablar contigo.

—Dile que llega tres meses tarde. Debería habérmelo dicho.

Colgué. Claro que colgué. Y si no fuera un móvil, levantaría el auricular y colgaría cinco veces más, con fuerza. Maldito... ¡¿Cómo se había callado un

detalle así?! ¿Le parecía un puto atrapasueños? ¡Más bien era una jodida «atrapapesadillas»!

Me fui a mi habitación a ritmo rápido y me tiré encima de la cama ofuscado. Me puse la almohada por encima y quise desaparecer. Cuanto más grande es la herida, más privado es el dolor.

«Querido Dios, conviérteme en pájaro para que pueda volar muy muy lejos de aquí.»

«Querido Dios, conviérteme en pájaro para que pueda volar muy muy lejos de aquí»...

«Ayúdame», le rogué a mi película favorita, *Forrest Gump*. Y lo grave es que funcionó. Miré, y al segundo, el Guille del hospital, o «lo que quedaba de él», se había esfumado.

Capítulo 28 - Juegos del Destino



Un mes después

¿Cuántas posibilidades hay de encontrarte con la plantilla al completo del Atlético de Madrid en la zona Vip de la misma discoteca en la que la revista GQ (mi reciente fichaje gracias a las virales fotos de Dani) celebraba sus veinticinco años en activo?

Pocas.

¿Y cuántas posibilidades había de que uno de ellos terminara besándome?

Menos del 1%, pero así fue.

Ni siquiera pensaba salir, pero era un compromiso de trabajo al que no podía decir que no.

A Iker no fue al primero que divisé. Sus compañeros de equipo formaban un gran grupo masculino que distaba mucho de ser una simple despedida de soltero. Los deportistas de élite tienen algo. Poderío. Quizá sea su complexión de Titán, que desde la televisión no se aprecia bien al no poder compararlos con nada, pero en medio de gente mundana, sus figuras llaman la atención ¡y de qué manera!

Ví a un par de rostros conocidos y enseguida encontré el de Iker. Estaba guapérrimo con uno de los conjuntos que compramos en mi tienda estrella. Si no le conociera, adivinaría que es gay, porque ni yo tenía tan buen gusto.

Él no me había visto, era de los pocos que no miraba en mi dirección, hacia mis acompañantes, chicas muy chic que llamaban la atención por sus ultrasofisticados ropajes, pero se lo puse fácil para que me viera.

En cuanto lo hizo, me sonrió, repasó desde mi pelo hasta la punta de mis

zapatos y me gustó que no se me tirara encima para avasallarme a preguntas sobre Laura. Era el único que no me había aplicado un acoso y derribo telefónico.

No me dijo nada, solo me ofreció la mano y se la estreché.

—¿Qué haces aquí? —soltó en vez de un «¿qué tal estás?»

Y eso también me gustó. Su discreción era elegante. Se notaba que la aprendió de muy joven.

—Estoy de veinticinco aniversario. ¿Y vosotros?

—También de celebración, un centrocampista va a ser padre.

Le di un trago a mi *gin- tonic* y me sorprendió que él no tuviera bebida.

—¿Qué hacéis los futbolistas en una discoteca si no podéis beber? — pregunté con curiosidad. No lo entendía. Eran demasiado ruidosas para hablar, solo servían para beber y bailar.

—Alguna cerveza nos dejan tomar, pero en este club hay unos cuantos juerguistas que suelen perderse y gozar de la noche madrileña sin contemplaciones...

—¿En serio? ¿Hay juerguistas en el Club?

—Lo raro sería que en algún Club no los hubiera...

—¿Y el resto, qué hacéis para divertirlos?

—Mujeres —dijo simplemente señalando a un grupo de modelos que estaba con ellos.

Podía imaginármelo.

—Seguro que Dani está encantado de que estés aquí —dije con sorna.

—No lo sabe. Nos hemos dado un tiempo... —murmuró.

—¿Qué? —dije sentándome a su lado alucinado. Mi alma cotilla me delató. ¡¿Cómo era posible?! ¡Si eran la pareja del año!

—¡¿Qué ha pasado?! —pregunté sin poder evitarlo.

—Se ha ido de gira con Laura, para acompañarla... y al quinto día le dije que, o cortábamos o uno de los dos terminaría loco.

—Guau...

—Le dije que cortar le tranquilizaría. Así dejaría de tener miedo de perderme, de que le engañase, de preocuparse todo el tiempo de dónde y con quién estoy... Lo he liberado. Le dije que era libre de mí... —dijo mordiéndose los labios, y se calló abruptamente.

Un *May Day* sonó en mi cabeza a voz en grito. ¡Alguien necesitaba emborracharse urgentemente! Y yo también, pero no me fiaba de mí mismo, si lo hacía. Podría llamar a Laura, o quien sabe si a Blanca. Estaba triste y beber

me ponía cachondo. Una mala combinación.

—¿Sabes lo que necesitas? —le incité—. Beber.

—No puedo.

—Todo el mundo se merece beber después de una ruptura, y más de una como la vuestra.

—No hemos roto, es un tiempo... —dijo agobiado—, aún no he sacado las cosas de su casa. Aún no me he imaginado acostándome con otro, y menos a él haciéndolo... Aún le quiero... pero me está fallando.

—Eso me suena.

Él me dedicó una sonrisa triste al entenderme. Y me sentí bien al sentir su apoyo sin apenas palabras, sin embargo, dijo:

—No voy a hacer de abogado del diablo y decirte que Laura vaga como alma en pena de ciudad en ciudad, pero...

—Pues no lo hagas —le corté.

Hizo el gesto de cerrarse la boca con llave y lanzarla lejos.

Era un tío tan de puta madre que quería animarle.

—Iker, un día es un día. Mañana estarás fatal, pero mejor de lo tuyo con Dani, créeme.

No hizo falta insistirle mucho, pero al tercer cubata ya llevaba una melopea importante. Hasta correspondía con un bailecito a las tías que se le acercaban. Para ponerme a su altura necesité un Jagger entre copa y copa, y tres horas después nuestra delicada discreción fue historia, parecíamos dos porteras.

—¡Es que... ¿a quién se le ocurre escribir un librrro asííí? —me dijo Iker.

—No sé, tíííooo, ¿tan poca imaginación tieneee? —dije arrastrando las palabras, y los dos nos tronchamos de risa.

—Dani podría sacar la nariz de su cuuulooo también —añadió.

—Sííí... así podría meterla yo...

Las risas se multiplicaron.

—Danii tiene un culo muy bonito —murmuró Iker medio ido.

—¿También lo tiene tatuado? Cuando folláis, debe ser como leer un puto cómic, ¿no?

Iker se echó hacia abajo y escondió la cabeza entre sus piernas para reírse a gusto. Pensaba que se ahogaba.

—Iker, la mayoría nos vamos ya, ¿te vienes? —nos preguntó de repente alguien.

Subió la cabeza y la meneó antes de hablar.

—No, me quedo con mi colega, grrraciasss, tíoo. ¡Nos vemos!

—Deberíamos irnos a comer algo —aconsejé al escucharle.

Su cara se iluminó de felicidad.

—¡Sí! Algo que engordeee, ¡como una pizzaaaa!

Me partí de risa. Pobre gente... John Lennon tenía razón, «hay gente que hace de todo, menos vivir».

Cuando comimos, recuperamos un poco el habla, pero seguíamos en ese papel deshinibido y liberador que da el alcohol.

—No tenía a Dani por un celoso... pensaba que alguien como él no necesitaba serlo —dije pensativo.

—Antes no lo era, cuando le conocí en Byron era como un Dios, todo le daba igual, era fiel a su filosofía y tenía mucha seguridad en sí mismo, pero ahora...

—Me lo contó. Una vez hablamos de ello —recordé—. Me dijo que se sentía inútil ayudando a Laura y que eso había minado su seguridad contigo...

—Supongo que no se puede tener todo —comenzó Iker melancólico. Puso sus manos a modo de balanza y empezó su diatriba—. Enamorar a tu novio o cuidar de tu hermana, una carrera de éxito en el fútbol o un novio entregado, tener un gusto fabuloso para vestir o salir con la escritora del momento. Es demasiado... Dani diría que la naturaleza necesita buscar un equilibrio y lo consigue jodiéndonos los planes.

Me reí por la comparativa. Él se dejó caer como si hubiese sido un gran esfuerzo llegar a esa conclusión, y apoyó su brazo en mi espalda y la cabeza en mi hombro, derrotado.

—Eres un tío cojonudo —zanjé sin más.

Y por tercera vez me sorprendió. Me agarró de la barbilla y tiró de mí depositando un suave beso en mis labios. No fue un piquito cualquiera. Fue un movimiento ejecutado por un *besador* profesional. Menudo hijo de puta... Atrapó por un momento mi labio inferior y lo acarició dejando su impronta de forma inocente y adictiva, y volvió a apoyarse en mi hombro con los ojos cerrados.

Cuando me di cuenta de que no me había desagradado, reparé en el disparatado detalle de que esos labios eran de mi concuñado. ¡Joder! Bueno, técnicamente, ya no era nada mío, pero...

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté vacilante.

—Porque ahora mismo eres la única persona de mi vida en la que confío... aunque apenas te conozca...

Mi pecho se calentó por primera vez en mucho tiempo, y por un momento, volví a ser yo mismo. Un tío que lo siente todo. Que le importan las personas y las cosas que les entristecen.

Nunca me había besado un tío, pero había hablado muchas veces con Emma sobre su teoría de que todos somos bisexuales, y, aunque a mí los hombres no me repelían como a otros, prefería mil veces a las mujeres. Pero era cierto, todos éramos personas, e Iker era una buena persona.

—Desde que llegué a Madrid —comenzó ebrio—, eres con quien más rápido he conectado, aparte de Dani. Joder... ¡Solo he estado con él...! y me da miedo que sea el definitivo, ¿y si me estoy perdiendo algo?

—Ay, si es que... ¡es normal que me ames! —dije con guasa—, te hiciste amigo de Emma muy rápido en Byron Bay ¡y ella y yo nos hemos criado juntos!, nos parecemos en muchas cosas... Jon es más Dani. Y respecto a lo de que tienes miedo, la respuesta es sencilla: ¿qué has sentido exactamente cuando me has besado?

—Que le echaba de menos.

Sonreí y le froté el pelo. Iker no era una persona lujuriosa. Era todo corazón. Y donde lo ponía, lo dejaba para siempre. ¡Menuda familia de pingüinos!

Cuando llegué a casa a las cinco de la mañana, me nació escribirle un mensaje a Emma sin ningún motivo:

GUILLE

Espero que estéis bien. Un beso.

Y a la loca no se le ocurrió otra cosa que llamarme. En Australia era la una de mediodía, y debió parecerle buena idea.

—¡Guille! ¡Qué sorpresa que me escribas! ¿Qué tal todo?

—Bien, ¿y tú? ¡Te noto muy contenta!

—¡Porque lo estoy! Llevo días queriendo hablar contigo, y al ver que estabas despierto, no he podido resistirme... Quería que supieras que... ¡estoy embarazada!

—¿Qué dices? ¡Madre mía! ¡Enhorabuena!

—¡Gracias!

—Aunque ya lo sabía... —añadí chulito.

—¡¿Qué?!

—Lo noté en el cumpleaños de Jon. No comiste anchoas.

—¡Solo tú podrías darte cuenta de ese detalle! —rio encantada.

—Me alegro mucho por ti, por vosotros... ¿Qué dijo Jon?

—Casi se ahoga en sus propias lágrimas —dijo orgullosa—. Se lo dije en el faro, es donde me metió mano por primera vez, ¡y fue la hostia! Muy romántico todo. ¡Te lo contaré con detalle! Se lo dije en cuanto me confirmaron que era niña. Tuve que hacerme un análisis de sangre que me costó un pastón, pero mereció la pena, porque cuando le propuse ponerle el nombre de su hermana, Freya, casi se muere allí mismo.

Solté una carcajada de júbilo y me sorprendí a mí mismo de que mi cuerpo pudiera producirlas de nuevo. ¡Me sentía como el puto Ave Fenix resurgiendo de sus cenizas! No sé si fue la conversación con Iker o la confirmación de la existencia de Freya, pero sentí que resucitaba algo en mi interior.

—Qué pasada... ¡Me alegro mucho, pequeñaja!

—¿Y tú qué, has salido esta noche? ¿Por qué has pensado en mí?

—Sí, tenía una fiesta de trabajo, pero me he encontrado con Iker en la discoteca y hemos estado toda la noche hablando de mil cosas. Me ha dicho que ha cortado con Dani.

—Sí, se están dando un tiempo, pero no es definitivo, ya conoces a Dani...

—Conozco un poco a Iker... y está agobiado y confuso.

—Ya lo sé, por eso necesito pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Que le traigas a Byron el mes que viene. Te dije que vinieras cuando quisieras, nuestra casa es tu casa, pero ahora te pido que vengas y le arrastres contigo. No podemos dejar que esto se rompa... La liga termina la semana que viene y en Junio Iker tiene vacaciones. ¡Si venís los dos, aceptará! Podemos poner de excusa la fiesta del bebé o lo que sea. En cuanto Dani termine con Laura a mediados de junio, también vendrá a Byron, porque ella se va a Argentina con la editorial, aprovechando el lanzamiento del libro. Le está yendo muy bien... pero se siente culpable por todo lo que ha ocurrido entre ellos, y también contigo... Ahora que está mejor quiere alejarse un tiempo de nosotros...

Me quedé callado. No sabía si gritar o dar gracias a Dios por ello, pero no pude evitar lamentar que se sintiera culpable, además de bloquear una terrible sensación de preocupación al imaginarla sola en Argentina. El buen samaritano había vuelto, al menos una parte de él, y lo supe al decir:

—Dani e Iker tienen que arreglarlo. Están locos el uno por el otro.

—Como Laura y tú, pero no haces nada al respecto —soltó Emma afilada.

Ese comentario avinagrado me escoció en las heridas.

¿Laura y yo? Había aparcado ese tema, aunque cada noche recordara cada

uno de los besos que nos dimos, caricias perdidas en la cintura, en los brazos, en el cuello... quizá mi destino era haberlo sentido una vez y ya está. Y saber que fue insuperable mientras duró la fantasía.

—No habrá final feliz para nosotros.

—El final feliz solo depende de dónde pares la historia.

—Sí, y el nuestro tuvo fecha de lanzamiento...

—¿La habrías perdonado si no hubiese sacado el libro?

—No hay nada que perdonar. O lo eres todo, o nada. O ves una historia blanca o la ves negra...

—Seguro que Dani ¡o tú mismo! podrías rebatirte todas esas chuminadas... Laura ha causado un impacto en tu vida que no puedes ignorar, pero bueno, ya te darás cuenta, solo espero que no sea demasiado tarde...

Guardamos silencio, pero no perdió el tiempo y arremetió.

—¿Vendrás a Byron, entonces? A Iker le vendrá de lujo el mar, y tú puedes aprender a bucear para que tus problemas se hagan más pequeños.

—Veré lo que puedo hacer. Tengo ganas de veros...

—Y nosotros a ti. Avísame cuando compres los billetes.

No me di cuenta de dónde me había metido realmente hasta que, semanas después, entré con Iker en el aeropuerto y un grupo de gente nos rodeó.

Él siguió caminando, acostumbrado ya a tener a un tío andando hacia atrás, micrófono en mano, ignorando sus preguntas. ¿Qué cojones...?

Yo vivía cómodamente siendo un famoso en la sombra. Cuando quería, apagaba esa parte de mi mundo y punto. Puede que mi nombre fuera conocido, pero la gente de a pie no relacionaba mi imagen con mi marca.

—¡Eh, DeBlack! ¿Sois pareja? Iker, ¿dónde está Dani? ¿A dónde vais? ¿Estáis juntos?

Cuando escuché mi seudónimo junto a esas cuestiones surrealistas, me entró pánico. ¿Por qué había periodistas allí preguntando todo aquello?

—¿Van a seguirnos? —le pregunté a Iker por lo bajo.

—No, ahora nos meteremos en la sala Vip y no sabrán qué vuelo cogemos.

—Pero quería comprar prensa...

—Markus, mi representante, está por el aeropuerto. Vendrá a hablar conmigo ahora, le pedimos las que quieras y que nos las traiga.

La puerta de la Sala Vip nos engulló, y cuando se cerró, el silencio aplastante que se hizo, me abrumó.

—¿Cómo lo aguantas? —pregunté alucinado. Qué puto agobio.

—A algunos les encanta, a otros les molesta, y a mí me da igual. Salto al

campo y cincuenta mil personas se cagan en mi puta madre cada vez que fallo... esto son minucias —sonrió. Y por extraño que pareciera, me hizo sentir mejor.

Eran buena gente... todos, pero estar unido a ellos tenía un precio. Me habían llamado DeBlack. Estaba seguro de que al día siguiente aparecería en el programa *Corazón* de Anne Igartiburu.

Mi pecho volvió a oprimirse en cuanto caí en que alguien podría relacionar que estuve visitando a Laura en el hospital, con el libro y con las fotos de Dani...

—¿Qué te pasa tío? ¿Estás bien? Estás morado... —dijo Iker.

—No, nada... Estoy bien.

Cuando Markus llegó con la mercancía, Iker se extrañó de que pidiera (además de *Vogue*, *GQ* y *Vanity*), trajera algunas revistas como *¡Qué me dices!*, *La Cuore*, o el *Hola*.

Fueron las primeras que ojeé, y casi se me sale el corazón por la boca.

—Dios mío... —susurré.

—¿Qué pasa?

Le pasé la revista con la página abierta en la que aparecían varias fotos de hacía semanas en la discoteca. Estaban borrosas, pero se veía que éramos nosotros, hablando muy cerca, otra riéndonos, y otra en la calle saliendo del local. El titular decía: «Iker Uribe ¿Nueva pareja?»

—Joder... —Se quejó Iker y la apartó sin darle importancia.

—¿No quieres leer lo que pone?

—¿Para qué? Son todo suposiciones y mentiras.

—Mierda, aquí pone que... según fuentes del hospital, ¡era el prometido de Laura...!

El corazón me dio un vuelco. Veía detrás de mí a la bola gigante de Indiana Jones viniendo a toda velocidad.

—Tranquilo —me dijo Iker y me alarmé al oírlo. ¡Era como si ya no le importara nada!

«Porque ya no tiene a Dani», me chivó mi cerebro.

Junté las manos en lo alto de la nariz y traté de imaginar lo que pensaría Dani de esas imágenes... ¡Era hombre muerto!

Me tomé cuatro copas de champán durante el primer vuelo, ventajas de ir en primera, y para cuando subí al avión en la segunda escala, ya iba medio borracho.

Me desperté al aterrizar en Australia con una resaca diabólica. Era

mediodía y llegamos a casa de Emma y Jon por la tarde. Era preciosa. No pienso extenderme en detalles, estaba demasiado preocupado como para tenerles envidia, pero lo mejor era una hamaca que colgaba de dos palmeras en el jardín, en la que tumbarte después de comer largos ratos a leer, y la pequeña barra de bar que había instalado Jon en la zona de la piscina.

—Estás radiante —le dije a Emma en cuanto la vi. Iba descalza y con una camisola hippie adornada con acuarelas. Nos abrazamos y noté que se había puesto otros cuatro kilos encima, por lo menos. El cuerpo no olvida, y el muy cabrón siempre pretende volver a las andadas de la buena vida, pero estaba tan feliz que no me preocuparon las posibles burlas que le susurrara el espejo.

Estaba guapísima, y Jon parecía estar de acuerdo. La cogió por detrás mientras parloteaba sobre mil historias de Byron con un énfasis exagerado. Si pensaba arrancarnos buen humor, iba apañada...

Después de adjudicarnos las habitaciones (había seis), sirvieron un piscolabis en la terraza. Se estaba de lujo. Plantas tropicales, luces led de colores, música ambiental, el paraíso perdido.

—¡Qué alegría que hayáis venido! —continuó Emma—, ¡Iker, hay que enseñarle a Guille la escuela de buceo! Podéis hacer alguna inmersión y surfear un poco.

—Es buena idea... ¿Dani ha llegado? —preguntó sin tapujos.

Así era Iker. Sin mentiras. Sin escondites. Siempre expuesto.

—Sí. Llegó ayer —soltó Jon que lo miraba torciendo la cabeza.

—En fin, chicos... así que... ¿os encontrasteis en una discoteca? —preguntó Emma desenfadada, y acto seguido sorbió por la pajita su daiquiri de fresa sin alcohol.

El mío sí tenía, y aproveché para darle un buen trago porque esa pregunta no era fortuita. La conocía, joder. Y supe que Dani ya estaba al corriente de todo.

—Sí, eso fue hace unos veinte días, ¿no? —me preguntó Iker ignorando sus intenciones—, y desde entonces, hemos quedado más días. En su casa, en la mía...

Emma abrió mucho los ojos y trató de no atragantarse mientras tragaba. Me miró y me preguntó cien cosas con los ojos a las que no quise atender.

—Voy al servicio —dijo Iker levantándose.

En cuanto desapareció, Emma cambió el chip y me gritó.

—¿Qué ha pasado entre vosotros?!

—¡Nada!

—¿Seguro? ¡Está por todas partes!

—¿Por quién me tomas?! —susurré.

—Dani está a punto de hacer una locura —avisó Jon.

—¿Y yo otra! En los medios me mencionan como el prometido de Laura, y luego escribe un libro sobre el mismo tema. ¡Qué bien! Esperaré a que Hollywood venga a pedirme que interprete el papel en la siguiente película.

Emma se echó a reír.

—¿No le veo la gracia!

—¿Os habéis liado o no? —insistió Jon.

—¿No! Y no pienso ir a bucear con Dani. Seguro que me apaga el oxígeno cuando estemos abajo.

—Tranquilo, bucearás conmigo —sonrió Jon.

—¿Contigo, traidor? Cómo pudiste, tío... ¡CÓMO PUDISTE NO DECIRMELO! —Me recosté en la silla y me sujeté la cabeza con una mano para no mirarle más. No merecía la pena discutir, e Iker iba a volver de un momento a otro.

Cuando se presentó, se hizo un silencio. Revolví un par de veces su bebida y dije:

—¿Alguien sabe cuánto tiempo es «un tiempo» cuando «te das un tiempo» en tu relación?

Todos estallamos de risa. Fue inevitable. Era tan... ingenuo. Pero sus motivos para tomarse ese tiempo, no me parecían nada desdeñables. O Dani se tranquilizaba o no saldría bien. O continuaban ellos solos, o Iker siempre estaría eclipsado con Laura al lado, aunque estuviera sana. Dani creía tener la obligación moral de cuidar de ella.

—Esta noche se lo preguntas tú mismo —respondió Jon—, hemos quedado con tu ex en el bar de Sheila.

Capítulo 29 - Atrápame, si puedes



Un día antes

La acogida del libro había sido un éxito, pero yo no lo estaba disfrutando. Lo que todo escritor sueña después de escribir un *bestseller* es que su siguiente trabajo guste, pero cuanto más triunfaba *Miénteme*, peor me sentía.

Había descartado la idea de llamar a Guille. De insistirle, de explicarle cómo me sentía. Creo que el asunto estaba muy claro y él tampoco había contactado conmigo, lo único que había hecho era marcharse, huir cual rata inmunda. Puede que yo le hubiese decepcionado, pero él a mí también, abandonándome así. Eso crea una desconfianza difícil de sacar del corazón, porque manda un mensaje claro: «a la mínima que haya algún problema, me largo».

Ojalá hubiese podido decir «él se lo pierde» y a otra cosa, pero estaba enamorada de verdad. No somos robots. El amor no es fácil, aunque muchos digan que debería serlo. Mentira. Yo no lo creo. Lo que sí creo es que cuando hay confianza, da asco. Que los problemas existen y existirán siempre, aunque no los busques. Y que no podemos controlar todo lo que nos pasa, solo el cómo reaccionamos frente a ello. Ahí radica la diferencia.

Yo era de las que se ponía dos marcas negras en las mejillas y entraba a matar hasta que no queda nada sobre lo que discutir. Otros, como Guille, preferían recoger sus cartas y dejar de jugar, pero esa actitud me recordaba a cuando alguien manda a la mierda a su madre por teléfono y deja pasar unos días, porque sabe, en el fondo de su corazón, que es su madre, que le quiere y que todo se solucionará por sí solo.

Esa idea me gustaba, quería verlo así, o no lo hubiese soportado. Quería pensar que Guille sabía que era SU PERSONA, y que solo estaba esperando el momento oportuno para ceder a su pataleta. Si hubiese estado mirando al techo sin hacer nada como meses atrás, me habría arrancado la piel a tiras, pero el trabajo es más efectivo que el Prozac cuando estás deprimido. Tu mente está ocupada con otra cosa, y solo cuando te relajas te da por pensar en tu vida personal. En esos momentos, yo me metía en su cuenta de Instagram y leía su post diario, traduciéndolo en un mensaje para mí. Porque lo era. Cada entrada me indicaba que debía permanecer en silencio, y estaba claro que el WhatsApp no era nuestro medio. Nosotros éramos de contacto, lo fuimos desde el principio, pero no había habido ocasión de coincidir porque mi vida desde la rueda de prensa había sido una auténtica locura.

Después de arrastrar a Dani por toda España con un acoso mediático alarmante, le dije que se fuera a Byron. Bueno, más bien le obligué (y todavía no me había visto enfadada del todo...) ¡Había roto con Iker por mi culpa! Y no podía sentirme peor por los dos. Ellos lo negaban, pero yo era muy consciente de ello.

Dani me eligió. Bien. Pero elegir significa renunciar a algo que quieres por algo que prefieres, y yo sabía que no era el caso de mi hermano, por lo que no era una elección justa. Dani nunca rompería el compromiso que tenía conmigo grabado a fuego en sus entrañas, pero amaba a Iker por encima de todo, por eso los últimos diez días había sido la peor compañía del mundo. Un alma triste, sin esperanza y sin sueños. Y yo no le permitiría renunciar a ellos. ¡Y tampoco pensaba renunciar a los míos!, que eran: escribir sobre lo que me apetecía y tener a un hombre al lado que lo respetase, lo entendiera, y me quisiera igual. ¿Era mucho pedir?

Había ganado muchísima movilidad, así que me planté, contraté a un asistente, y le dije a mi hermano que «agur, BenHur».

¡Tenía que espabilar sola! Y desde que Guille me demostró que podía andar hasta él, había pasado de las muletas olímpicamente.

La mejora había sido espectacular, y cuando Dani se dio cuenta, redujo su acoso. Pero es lógico, ¡antes tenía que atenderme cada vez que tenía sed!, ahora era distinto. Me sentía más yo misma (si es que mi persona tenía algo que ver con la de antes del accidente...), pero Dani merecía ser libre para vivir su vida.

En ese momento, sentada en el aeropuerto, tomando un café, sonreí al imaginarle en Byron, reencontrándose con Iker.

Me esperaban muchas horas de avión, así que fui a comprar una revista, y me encontré de lleno con la imagen de Guille e Iker en portada.

«¡¿WTF?!»

La ojeé y me pareció una broma de mal gusto, no podía ser...

Al ver que identificaban a Guille como mi prometido, flipé en colores. ¡Era una historia muy golosa! Los medios ya no sabían qué inventar...

...

¿Verdad?

Saqué mi móvil dispuesta a usarlo para que alguien me confirmase la falacia, y de repente, leí mi nombre en mayúsculas en otra revista. Había un cuadro amarillo chillón con una foto mía con los ojos cerrados en el hospital. «Todo sobre Laura Hernández en el hospital. Yo estuve con ella, cuidándola, yo soy el protagonista de su nuevo libro».

«¿Pero qué hostias...?», pensé abriendo las páginas con violencia hasta encontrar el artículo. Era una de esas revistas de cotilleo barato, que difaman más que informan.

Busqué la fuente y ponía: «un hombre que desea permanecer en el anonimato nos ha contado que...».

Dios santo....

¡Guille no podía haberme hecho una cosa así!

¿O sí?

Capítulo 30 - Paraíso perdido



Byron Bay me hubiese parecido espectacular si no estuviera tan preocupado por la que se nos venía encima. Dani. Era mencionar su nombre y salirme una jodida cana.

Nos bajamos del taxi cerca de un bar irlandés con la puerta roja y al entrar nos encontramos un ambiente animado. Era un local grande, casi todo de madera y con una barra en forma de U justo en el centro del espacio.

No estaba a reventar, pero había bastante gente, y en un lado de la barra, brillando como un diamante al sol, estaba el susodicho, sujetando una cerveza y hablando con la camarera.

Iba vestido de negro de pies a cabeza, con sus brazos desnudos repletos de tatuajes y sus botas de pendenciero, pero toda la atención se la llevaba su pelo. Más largo que de costumbre, todo de punta (como si fuera un puto troll) y teñido de blanco por arriba. «¡Que Dios nos pille confesados!».

Yo ralentiqué el paso. Iker, directamente, se paró en seco. Y no me extraña, porque era bestial descubrirlo ahí, tan indiferente a él mismo... Cuando vi una chaqueta a su lado doblada y la identifiqué como una *Rainberry*, (cazadora Burberry especial lluvia), podría haberme muerto tranquilamente aprobando que esa combinación fuera la última imagen que se quedara grabada en mis retinas.

Al percatarse de nuestra llegada, apenas nos miró o saludó al resto, solo buscó en derredor si veía a Iker.

Un Iker que avanzaba hacia la barra como si fuera un fantasma, es decir, arrastrando una bola de hierro con una cadena en el pie.

—Hola... —soltó respirando por fin. Estoy seguro de que había estado reteniendo el aire. Como todos.

Dani se acercó a él lentamente y le dio un abrazo que duró unos cinco segundos.

—Hola.

Llevaban mes y medio sin verse. Una eternidad cuando amas a alguien, lo digo por experiencia.

De repente, Dani impuso la normalidad saludando a Jon y a Emma, y cuando llegó mi turno, solo asintió y me dio una palmada en la espalda.

Estaba empezando a asumir que Dani siempre me descolocaría. Me moría por hablar con él. Por desmentir todo lo que Laura había escrito sobre mi figura y preguntarle por ella, pero no ocurrió. Jon manejaba el grueso de la conversación, y Dani se escondía detrás de él. Solo cuando este le obligaba a hablar, lo hacía. El resto del tiempo, miraba a Iker sin disimular que quería roerle como a un hueso de pollo, hasta que no quedara nada.

—A ti no te conozco, ¿quién eres? —me preguntó la camarera. Era una mujer cercana a los cuarenta, pero con alma de veinte. Hablaba con Dani animadamente, lo que daba a entender que era un poco temeraria. Iker estaba hablando con Emma y Jon en ese momento, así que me acerqué a la barra para darle la mano.

—Soy Guille, el mejor amigo de Emma, encantado.

—Guille, di la verdad, ¿eres el prometido de Laura! —subrayó Dani girándose en su taburete hacia mí.

Los ojos de Sheila se abrieron con sorpresa. Y los míos más.

—¡Caramba con Laura, qué suerte tiene la jodía! —sentenció la camarera dándome un repaso de lo más descarado.

—Se lo digo todos los días, pero no me hace caso —continué la broma.

Dani se me quedó mirando con una sonrisa extraña. Sheila nos dejó para atender a otros clientes y no pude resistirlo más.

—¿Cómo está tu hermana?

—Tal y como la dejaste —respondió bajando la vista al suelo.

—Ya sé que crees que yo tengo la culpa de todas tus desgracias —dije con sarcasmo—. A ver si adivino, si yo no me hubiese enfadado con Laura, probablemente, tú no hubieras roto con Iker, porque yo habría acompañado a Laura en su gira, no tú. Hasta ahí llega tu *gran* lógica de deducción, ¿no?

Dani me miró sibilino, como si le apeteciese jugar a ese juego.

—Yo no rompí con Iker, fue él... —aclaró impasible—, por lo visto tenía la

vista puesta en otro objetivo...

¿Era su manera poco sutil de hacerme la pregunta del millón?

—¿Sabes qué te digo? Que me lo pusiste muy fácil comportándote como un chiflado que quiere controlarlo todo y no puede —le piqué.

Iba a contestarme con la agresividad que nos caracterizaba, pero, de pronto, se frenó, giró el pecho y le sonrió a alguien:

—Iker...

—¿De qué habláis? —preguntó el futbolista preocupado mirándonos a ambos.

—De... ¿en qué cabeza cabe enfadarse por algo tan tonto como la trama de un libro? —dijo Dani tranquilamente. ¡Cabronazo!

Su sonrisa gamberra derrochando inteligencia me hizo apretar los puños con fuerza. Miré a Jon en busca de ayuda (para no matar a su «bro») y vi que Emma y él estaban saludando a alguien.

—Qué tonto, ¿verdad? —respondí sarcástico—, pero al menos yo no sería tan estúpido como para perder a un tío como Iker...

El aludido abrió los ojos, y se lanzó justo a tiempo contra Dani para frenar su ofensiva.

—¡Vale ya! Sois peor que un par de críos —masculló Iker.

—Ha empezado él —se quejó Dani como si tuviera seis años.

—No sé por qué me cuesta creerlo —le contestó serio. Estaban muy cerca y, por un segundo, Dani se quedó embobado mirando sus labios.

—Debes de estar cansado del vuelo, Iker... —pronunció sin dejar de mirar su boca—. ¿Quieres que te acompañe a casa?

Puse los ojos en blanco y me eché hacia atrás, ignorándoles, pero continué oyendo todo lo que decían.

—Sí, pero a casa de Emma —dijo Iker haciéndose «la estrecha».

Dani se acercó más a él para decirle algo privado.

—¿Sabes lo que es estar solo en nuestra cama, contigo durmiendo a diez metros en otra habitación?

—¿Sabes lo que es estar más de un año viviendo en la misma casa que tú, contigo siempre a más de diez metros, menos cuando tocaba darme «lo mío» en nuestra habitación?

Dani guardó silencio, herido, e Iker aprovechó la jugada.

—No voy a negarte que, si pillara al Dani de Byron por banda ahora mismo, le haría virguerías... —susurró cerca de sus labios—, pero tú solo eres el Dani de Madrid, de vacaciones sin Laura, y no voy a dejarme engatusar por

mucho que te hayas teñido el pelo. Por cierto, me gusta la largura, está ideal para agarrarlo desde atrás, como a ti te gusta...

Dani se puso serio. Pensó en reaccionar, pero, finalmente, cogió su chaqueta y se fue vencido. Increíble... Antes de que abandonara el local, miré a Iker con la boca abierta y una sonrisa sorprendida, y solo cuando Dani desapareció, me la devolvió.

—Pero ¿qué ha sido eso...? ¡¿Quién coño eres?! —me reí.

—Ay, si yo te contase... Yo soy como soy, pero Dani juega en otra liga, he tenido que aprender rápido...

—Aún no me creo lo que le has dicho... —dije alucinado—, creo que me he puesto cachondo y todo, ¡pensaba que os iríais juntos!

Iker sonrió tranquilo y seguro de sí mismo.

—Nuestra atracción sexual es muy fuerte, pero...

—¡Eso es media vida! —acerté a decir.

—Sí, pero no lo es todo. Él me ha enseñado muchas cosas, pero también tiene mucho que aprender. Yo tengo muchísima más disciplina que él y la necesito en mi vida. Él no sabe diversificar ni hacer las cosas ordenadamente, y siempre termina haciéndome daño. Tiene que aprender a no salirse con la suya y eso solo se consigue...

—¿A palos?

—Exacto —rio el nuevo Iker encantado.

—Y yo que creía que eras buena persona... ¡eres malvado!

Iker se partió de risa y a mí me costó asimilar quién era el verdadero cerebro de «la pareja del año».

Poco después, nos fuimos todos a casa. Jon me miraba preocupado, no entraba en sus planes que Dani se hubiera ido solo.

Antes de meterme en la cama, me llegó un mensaje:

DANI:

Tenemos que hablar.

Ven a mi casa, por favor.

A continuación, me envió una foto. Era Laura, con los ojos cerrados y entubada, expuesta en una revista con un titular que aseguraba que sabían detalles jugosos de su estancia en el hospital.

Me quedé sin aire.

Mi vida acababa de derrumbarse haciendo un sonido atronador, símbolo de que aún guardaba alguna esperanza para nosotros, pero esto lo jodía todo...

Me faltó tiempo para bajar las escaleras y cruzar el jardín.

En cuanto Dani abrió la puerta, lo acosé a preguntas: ¿cuándo ha salido?!, ¿cómo es posible?!, ¿de dónde lo han sacado?!

—Siéntate —me pidió con tranquilidad señalando el sofá.

—¡No quiero sentarme! ¿En qué revista ha aparecido eso?! ¿Qué clase de imbécil saca a la luz esa foto y confiesa que se coló a ver a Laura en coma?! —grité fuera de mí.

—Unas preguntas muy inteligentes, pero antes de meternos en eso, respóndeme a una cosa: ¿Te liaste con Iker? Necesito saberlo.

—¿Qué?! ¡Esto es serio, Dani! ¡Uno de esos tíos ha filtrado una foto de Laura!

—Vale, pero, ¿os liasteis?

—¡No pienso decírtelo! ¡No te lo mereces! Si quieres saberlo, pregúntaselo a él.

—Joder, eso es un sí —Se tapó la nariz simulando estar debajo del agua.

—No es un sí, es un ¡eres gilipollas! ¿Quién coño ha hecho esto, joder?! —dije mostrándole el móvil.

—Uno al que le compensa ir al manicomio un tiempo por sacar tajada vendiendo la foto. Alegará demencia, unos meses en la clínica y ya está.

—Pero ¿quién ha sido?!

—No lo sabemos, es anónimo...

—¿Anónimo? ¡No me jodas! ¿Eso se puede hacer?

—Sí, pero si hay delito, investigando en el ciberespacio darán con él. Y esperemos que las pistas no lleven hasta ti, eres el primer sospechoso...

—¿Qué?! ¡Yo no he sido!, ¿estás loco?! ¿Cómo puedes pensarlo siquiera? Córdete un poco, joder, ¿de qué vas?!

—No creo que hayas sido tú.

—¡Alabado sea Dios de que tú no lo pienses, pero ella habrá sido lo primero que habrá pensado! —exclamé histérico tapándome los ojos—. Pero tranquilo, me enteraré de quién ha sido y cuando lo haga espero que corra, porque en cuanto haga una llamada, ¡está muerto!

Dani abrió los ojos asustado. Y yo también de que me cegara así la ira.

—Tranquilízate...

—¡No puedo!, ¿no lo entiendes? Aunque ella me crea, el daño ya está hecho, ¡Laura se va a enterar de todo! —grité furioso—. Todo este tiempo he guardado silencio para protegerla de lo que pasó, por eso no pude explicarle lo mal que me sentí cuando lanzó el libro, ¡tú eras el único que podía entenderme! ¡Escribió una trama que fue real, joder! Fue real para mí y el

motivo principal por el que me alejé de ella la primera vez. ¡Por tu culpa!, ¡porque te creí, cuando me acusaste de ser ese tío! Y después de meses sin dejar de pensar en ella, nos damos una oportunidad ¡y nos vamos a la mierda en un segundo! Y ahora me entero de que encima no ha servido para nada! ¡Perfecto!

—Lo sé, ¡y lo siento! —lamentó Dani—, pero debemos pensar en el aquí y en el ahora.

Me senté en el sofá y me pasé las manos por el pelo.

—Laura me creerá, estoy seguro, pero da igual, sabrá que le he mentado ocultándole lo de sus acosadores, y una cosa así no se perdona —dije afligido.

—Todo puede perdonarse, si hay amor —intercedió Dani—. Y espero que empieces por perdonarme a mí... Por todo. Lo siento, de verdad...

—Tranquilo, no tienes la culpa de ser insoportable...

Dani sonrió un poco.

—Tenía mis motivos, pero ahora quiero ayudarte con esto. Me gustaría que fuéramos amigos.

—Imposible, me he follado a tu hermana, estamos destinados a llevarnos mal —dije sinceramente.

Dani soltó una risita y se sentó a mi lado.

—Qué va, sé lo que me digo. ¿Me dejas convencerte?

Cerré los puños sobre mi boca y alcé las cejas dándole permiso para proceder, aunque no daba un duro por que sus palabras me hicieran cambiar de opinión sobre nosotros, ni sobre lo mío con Laura.

—Me equivoqué, ¿vale?, como humano tengo licencia para hacerlo —empezó Dani—, pero las buenas personas no abundan y asimilar que alguien había estado cuidando de mi hermana tanto tiempo sin ningún motivo... lo siento, pero no me lo creí, y tuve que inventarme uno... y para cuando me di cuenta de mi error...

—¡Ah, sí! Cuando te diste cuenta de tu error, quisiste comprarme echándote unas fotos sublimes para mí, y yo me dejé engatusar, como dice Iker, te voy pillando... Joder, Emma tiene razón, no soy un buen samaritano, ¡soy un puto mercader...!

—¡No, Guille!, joder, ¡escúchame! —dijo poniéndose de rodillas y quitándose las manos de la cara—. Desde que te conozco, te he metido mucha caña, ¡desde el primer día!, y lo has aguantado admirablemente. Te di esas fotos porque te las merecías, ¿vale?... Porque fui un bruto contigo acusándote de ser uno más y porque... la última vez que vi este tipo de generosidad en

alguien fue cuando conocí a Iker...

Eso me impactó y levanté la vista.

—Pero tú eras diferente —continuó Dani con esperanzas renovadas de atención—, eras duro, avispado, resuelto, ¡eras muy Jon!, y Jon es alguien que siempre ha cuidado de mí, ha sido un hermano mayor, el que me protegía, el que velaba por mí... y llegas tú y me tratas como ese hermano pequeño con el que discutes a muerte, el que no te perdona, el que te da lecciones que ni imaginabas, del que aprendes los porqués y no te lo esperas... y cuando vi que a Iker le entrabas por el ojo, se me fue la olla... Siempre ha tenido buen gusto, el cabronazo, y tuve miedo. Porque le entendía, porque tenía razón, porque yo también veía algo en ti... Una vez le dije a Laura que no eras especial, pero solo intentaba mentirme a mí mismo. Siempre lo he sabido... desde que vi el puto narval a los cinco minutos de entrar en la habitación de Laura...

Se hizo un silencio determinante y por poco me ahogo en él.

—Joder... —tomé aire y me presioné los ojos—. Vale, suficiente, eres bueno convenciendo. No digas nada más o me moriré de vergüenza por haber hecho tanto el gilipollas contigo... Hay que solucionar lo de Laura, ¿qué vamos a hacer?

—De momento, nada —dijo una voz femenina a mis espaldas.

Me giré y la vi. ¡Estaba allí! De pie, en pijama, más guapa que nunca, andando con una soltura inusual en ella, y por un momento, se me paró el corazón...

Me puse de pie de un salto y frené mi impulso de ir a abrazarla.

—Laura... —dije casi sin voz—. ¿Qué haces aquí?

—He llegado esta mañana. Hubo un cambio de planes cuando vi mi foto en una revista en el aeropuerto. Y tienes razón, en un principio pensé que habías sido tú, pero solo durante dos segundos; en el fondo, sabía que no eras tan mezquino. Por eso vine, no entendía de dónde había salido eso, ¿cómo iba a imaginármelo? Cuando llegué, Dani me dijo lo mismo, estaba convencido de que tú no eras el responsable... Me aseguró que me lo demostraría y acaba de hacerlo...

No supe qué decir. Me costó un esfuerzo sobrehumano hablar ante semejante muestra de confianza:

—Susana hizo un trato con algunos de tus fans que consistía en cinco minutos contigo a solas... Supongo que no se imaginaba que esto podía pasar... ni eso ni nada de lo que en realidad podía haber pasado, pero pensé que lo mejor sería que no te enterases... Ojos que no ven...

—Si me conocieras, sabrías que hubiese querido saberlo.

Bajé la cabeza y confirmé sus palabras con mi silencio. Era cierto, no la conocía, me había obsesionado con ella como un quinceañero de una cantante. Y no se me pasaba, era verla y tener la sensación de que mi cerebro se estaba fundiendo por momentos.

—¿Qué quieres hacer? —Me ofrecí de todo corazón. Era suyo.

Ella lo pensó durante un par de segundos y después habló:

—Tú sabes mejor que nadie lo que ocurrió realmente. Mi miedo es que, teniendo en cuenta la trama del libro, este tío empiece a decir que la novela está basada en él y que saqué la idea gracias a él. Lo que necesito es que actúes como mi testigo principal. Todo el mundo cree que eres mi prometido, y desde que Iker cortó con Dani, te están relacionando con él por esas fotos... ¿Quién mejor que tú para asegurar que cuando desperté yo no sabía nada de él, ni de que nadie me había fotografiado? Podemos incluso decir que ni tú lo sabías, que una enfermera te dijo que alguien había entrado un momento en la habitación cuando fuiste a por un café al bar, y que al volver no encontraste nada y no le diste mayor importancia...

—Eso es cierto, me avisaron las enfermeras —confesé rápidamente—. Y no volví a separarme de ti hasta que llegó Dani y se lo conté todo. Me dijeron que todo estaba bien...

—¿Dani lo sabía? Ahora entiendo muchas cosas —murmuró decepcionada, no sé si conmigo o con su hermano. Supongo que con los dos—. Y claro, cuando escribí el libro, la verdad te reventó en las narices... Agradezco saberlo, porque ya no es del todo culpa mía que lo nuestro terminara, de hecho, si lo hubiera sabido, jamás lo habría escrito —dijo cruzándose de brazos.

—Lo siento —repetí cariacontecido.

—Yo también... Ahora estamos en paz. Los dos nos hemos escondido cosas... y está claro que, con una base de mentiras, cualquier relación está destinada al fracaso...

Antes de meternos en ese avispero, decidí frenar, para hablarlo en otro momento. No delante de Dani.

—¿Qué tengo que hacer exactamente? —pregunté directo. Tenía prisa por ayudarla, y tampoco sabía cuánto tiempo iba a aguantar sin tocarla, teniéndola tan cerca.

—He alquilado un yate para mañana, iremos a hacer una inmersión y nos dejaremos fotografiar en actitud romántica... si te parece bien, claro —dijo

Laura cortada.

—¿Los paparazzis han venido hasta aquí? —pregunté confuso.

—Esto está lleno de famosos, y los corresponsales españoles ya os siguen a Iker y a ti... Haremos el numerito para desmentirlo y al bajar al muelle nos estarán esperando. Allí haremos un par de declaraciones. Tú dirás que estuviste todo el tiempo conmigo y que no sabes nada de ese tío. Que una enfermera te dijo que se había colado alguien en mi habitación, pero que no sabías quién era, y que yo nunca llegué a saber esa información. ¿De acuerdo?

—De acuerdo... Pues, hasta mañana.

Me dirigí hacia la puerta y miré a Laura por última vez antes de irme. ¡Mala idea! Se notaba que quería decirme algo más, pero no lo hizo. Y yo menos con su hermano delante. ¡Dios...!

Sin embargo, Dani...

—Oye, «bro», ¿algún consejo para mi situación con Iker? Ya le has visto en el bar, se está haciendo el difícil...

Agarré el pomo de la puerta a punto de marcharme y no pude evitar darle un poco de su propia medicina.

—No, solo mi enhorabuena, besa de puta madre.

Capítulo 31 - Al final de la escalera



—¡Será mamón! —le gritó Dani a la nada en un tono divertido.

Su reacción me dejó alucinada, claro que, después de lo que acababa de escuchar, tenía sentido. ¡Acababa de catalogar a Guille de hermano pequeño!, y me daba la sensación de que estaba más de su parte que de la mía.

—Ni se ha despedido de mí, ¿lo has visto? —me quejé sentándome a su lado.

—Sí, es duro de pelar —sonrió. Le faltó añadir «¡mi niño!».

—Ya nos hemos pedido perdón, estamos en tablas. ¿Qué leches le pasa ahora?

—Venga... Eso no es pedir perdón —objetó burlón.

—¿Cómo que no?

—Para mí el acto de pedir perdón está por aquí —dijo levantando una mano por encima de su cabeza—. Al nivel de un beso público en un campo de fútbol durante un partido de Champions... —sonrió satisfecho—, y de ahí, para arriba, hermanita. Yo ya he cumplido con vosotros, a partir de ahora, es cosa vuestra.

—¡Pero estamos en un punto muerto! —exclamé al ver que me daba un beso en la frente y tenía intención de irse a su habitación.

—¿Sabes por qué nunca me han gustado las novelas románticas? —dijo de pronto—. Porque suelen hacer un problema de algo que no lo es. Se sabotean a sí mismos para no conseguir lo que desean, y yo soy más de, «si lo quieres, ¡cógelo!».

—Pues no he visto que hayas cogido a Iker en el bar —puntalicé mordaz—. ¿No lo quieres? Pues adelante...

—Eso es diferente.

—Sí, ya, claro, qué casualidad...

—Iker no quiere estar conmigo, ¡Guille se muere por ti! Si no lo ves...

—No se muere por mí, está en plan «Disculpa aceptada, confianza retirada». Puede que me haya perdonado por lo del libro, ¡no tiene otro remedio!, pero la confianza cuesta recuperarla...

—«Si quieres cosechar confianza, empieza por sembrar la verdad» —recitó teatral—, y podemos pegarnos así toda la noche, hablando, pero las palabras se las lleva el viento. Haz algo y soluciónaló —sentenció yendo hacia la escalera.

—¿Qué quieres que haga? —dije con un mohín.

—Algo. Lo que sea, lo que estés deseando hacer.

—Lo intentaré...

—«Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes» —sonrió Dani—. Esa es de Star Wars. Yoda es mi máxima fuente de sabiduría.

Mi hermano, el friki. ¡Cómo le quería!

No tardé en imitarle e irme a la cama, tenía mucho en que pensar, pero antes de cerrar los ojos, me metí en Instagram y lo leí.

DeBlack

*“Cuando no sepas quién eres, ni a dónde perteneces,
vuelve, porque perteneces A Mí.”*

Joder... ¡iban a volverme loca entre todos con tanta frasecita!

¡Se acabó!

Salté de la cama de un brinco y decidí que necesitaba volver a verle. Ni me molesté en vestirme, aunque debajo del pijama no llevaba ropa interior; odiaba que la goma se me clavase en la piel por la noche.

Sabía que había llaves de casa de Jon en una figurita de madera en la entrada, y me escabullí sigilosa después de sustraerlas con cuidado.

Me colé en la casa de los vecinos y subí las escaleras con cuidado. Sabía que Guille no estaría en el dormitorio principal, pero no tenía ni idea de en cuál estaba.

Después de abrir un par de puertas y encontrarme con el vacío, di con un bulto en la cama de la tercera. Me acerqué a él y descubrí que era Iker, que entreabrió los ojos y se llevó un susto de muerte rebotando contra el colchón.

—¡Laura! —exclamó asustado.

—Sí, ¡hola! —susurré avergonzada.

—¿Qué haces en Byron?

—Es una larga historia... Estoy buscando a Guille.

—Está al final del pasillo, pero ten cuidado, le va a dar algo cuando te vea...

—Ya sabe que estoy aquí. ¡Gracias!

—Aún así. Suerte...

Pensé en irme, pero rectificué y volví sobre mis pasos.

—Oye, Iker...

Él se giró hacia mí, pero no dijo nada.

—Siento mucho todos los problemas que os he ocasionado... ¡ha sido toda culpa mía! Espero que Dani y tú os deis otra oportunidad...

—No intentes cargar con las cagadas de tu hermano, no ha sabido gestionar tu entrada en su vida, pero tampoco sabe cómo manejar una relación de pareja... Tú eres su familia, y le necesitas, pero cuando busca a un amigo ya tiene a Jon... yo solo soy... no sé, le he dicho varias veces que noto que me aparta, pero no ha hecho nada por solucionarlo, aunque supiera que yo estaba sufriendo...

—Este año no ha sido fácil para él.

—Ya lo sé. Soy la persona más comprensiva del mundo, en serio, pero antes se preocupaba por mí... y ahora... bueno, es duro estar saliendo con alguien que te haga sentir solo.

Cerré los ojos comprendiéndole, pero sonreí.

—Pues quiero que sepas que cuando lleguemos a España pienso ponerle de patitas en la calle. ¡Esperemos que alguien se apiade de él y lo acoja! Porque se acabó eso de ser mi sombra...

Iker se rio.

—Descuida —dijo guiñándome un ojo.

Salí de allí más tranquila, sabiendo que les iría bien sin mí, y me concentré en mi cometido: Guille. Guille y sus post. Maldito manipulador... Nadie podría culparme de lo que estaba a punto de hacer.

Entré en la habitación que estaba al final del pasillo y la encontré vacía. ¿Dónde leches se había metido?

Volví a bajar, todo esto a oscuras, claro, y sentí una presencia en la escalera.

—¿Laura...? —escuché la voz de Guille.

—Soy yo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, aunque fuera bastante obvio.

—Yo... ¿Dónde estabas?

—En el jardín.

—¿En el jardín?

—Sí, estaba tomando el aire. No creo que pueda dormir esta noche...

—¿Por qué?

—Sabiendo que estás aquí... teniéndote tan cerca... imposible.

—Creo que me pasa lo mismo... y he venido a... bueno, es que necesito abrazarte un momento... —confesé encogiéndome de hombros.

Su cara fue de foto. El estaba en los peldaños inferiores y yo en uno superior, pero se acercó a mí quedando casi a la misma altura. Extendió los brazos con timidez y vislumbré al Guille del hospital, ese que haría cualquier cosa que yo necesitase, pero cohibido y desde el respeto absoluto. ¡Y yo quería al otro Guille!, al que no pudo esperar más cuando me acorraló en el cumpleaños de Jon.

No obstante, no lo pensé mucho y me sumergí en su brazos. Su respiración se entrecortó cuando nuestros cuerpos se adaptaron. Consecuencias de que su camiseta fuera muy fina y yo no llevara sujetador.

—Joder... —me pareció escuchar, pero tan bajo que pensé que lo había imaginado.

Estábamos en penumbra, solo el reflejo de la luna entrando por la ventana iluminaba un poco la estancia. Apenas distinguía las formas de su cara, pero su olor lo envolvía todo en un grado mareante, con mi sentido del olfato amplificado por la oscuridad. No sabía cuánto lo había echado de menos hasta que volví a olerlo en su piel, y me permití el lujo de mover las manos un poco para que su esencia se quedara impregnada en mí. Fue uno de esos abrazos de los que no quieres salir nunca.

—Siento que te hayas enterado... —dijo de pronto.

—Prefiero saberlo.

—Yo quería protegerte...

—Lo sé.

Nos separamos lentamente.

—Deberías irte, Laura... —dijo atrayendo más mi cuerpo hacia el suyo, lo que me sonó a advertencia lasciva.

Bajó la cabeza y resopló. Sus manos haciendo de las suyas por la piel de mi espalda baja. Apoyó su frente en la mía y esperó.

—¿Y si no quiero irme...? —musité con los ojos cerrados.

—Tienes que irte —conjuró. Y su aliento rebotó en las inmediaciones de mi

boca—. O no me responsabilizo...

Sus dedos pulgares subieron rozando mi piel de la cintura a las costillas, y por un momento, colocó sus diez dedos alrededor de ellas. Yo no tuve más remedio que arquearme y ofrecerme a él, pero las apartó pensándolo mejor. Nuestros ojos coincidieron y vi que le brillaban los labios. Una trampa mortal. Sabía que no me iría de allí sin acariciarlos con mi lengua. Eran demasiado apetecibles.

—Te ha crecido mucho el pelo —dijo observándolo y metiendo una mano campo a través en él.

Cerré los ojos ante su contacto y respiré con dificultad. Se acercó a mí con intención de besarme, lo supe, porque me tenía cogida dominando mi cabeza, pero volvió a esquivar mi cara y resopló en mi oreja.

—Vete, Laura —jadeó angustiado—. o no podré frenarme...

—Ni hablar... —Me tiré encima suyo a la vez que él acercaba su boca a la mía. Mi pelo nos cubrió enteros. Guille giró el cuerpo y se sentó en la escalera llevándome con él.

No sé cómo terminé encima suyo a horcajadas con las piernas abiertas. Se notaba que tenía experiencia en esos menesteres. Los besos cada vez se volvieron más húmedos y rápidos. Y nos encajamos más sintiendo placer del roce de nuestros cuerpos. Una mano se quedó en mi espalda para no caer escaleras abajo, y metió la otra a lo bruto por debajo de mi camiseta. De una sola pasada me frotó ambos pechos comprobando su volumen y firmeza. Al percibir mis pezones completamente erectos soltó un gruñido animal, y su mano bajó directa a meterse por la goma de mi pantalón de pijama.

—Dios... —soltó al encontrar la zona encharcada de deseo. Solté un gemido cuando empezó a meter un dedo, pero pronto supimos que no sería suficiente con semejante concentración de ganas en estado líquido. Sacó la mano y la usó para liberar la erección de su pantalón levantándose un segundo en peso.

Era tarde para proponer irnos a la habitación, aquello era imparable. Me bajó el pantalón hasta medio muslo y tiró de él hacia abajo aprovechando que era elástico para acercarme y encajarnos.

¡Joder!

Sentí un placer intenso extenderse por todos los rincones de mi cuerpo y él resopló de gusto. Mi entrada estaba tan resbaladiza y su polla tan dura, que el contacto fue brutal. No había plantearnos ir despacio, aquello era una urgencia en toda regla, y estábamos tan excitados que sabía que no duraríamos mucho.

Solo cuando no me besaba, podía esforzarme por percibirnos trabajando como una maquinaria perfecta, bien engrasada y a pleno rendimiento. Pero si sus labios me tocaban, mis ojos se cerraban potenciando las sensaciones, llegando a ser demasiado intenso.

Me besó sobrepasado, opinando lo mismo que yo. Que era una locura, pero una imparable. Liberó mi boca y nuestros jadeos reemplazaron el silencio.

—Córrete dentro, llevo un aro anticonceptivo —informé.

—Estoy a punto... —avisó apretando los dientes mortificado.

Aquellos últimos movimientos fueron de otra dimensión. No quería que saliese nunca de mí. Me embargó una sensación de no importarme nada ni nadie. Me gustaba el sexo, pero esto era otra cosa, algo muy primario, porque yo nunca lo haría en la escalera de una casa llena de gente, y con él fue inevitable. Solo me importaba tenerle y que nuestra unión se produjese.

Cuando la calma llegó, no quise moverme.

—¿Estás bien? —susurró pegado a mí—. Lo siento...

—No tenemos papel... —dije simplemente. ¿Qué era eso de «lo siento»? ¿Lo sentía? Porque yo no.

—Pon la mano —aconsejó.

Me levanté antes de que aquello saliera por sí mismo, colocando mi mano entre mis piernas. Me subí el pantalón con la otra mano, necesitaba un baño. Él se vistió pensativo y me escapé a un aseo pequeño que había en el piso de abajo.

Me miré en el espejo. ¿Qué estábamos haciendo! ¿Qué más necesitábamos para tener nuestro fueron felices y comieron perdices? Porque había sido la hostia, pero algo seguía fallando entre nosotros.

Salí y le encontré de pie apoyado en la pared.

—Quiero que seamos amigos —dijo de pronto.

Las alarmas sonaron en mi cabeza inicialmente, pero capté entre líneas que lo dijo en un sentido que no sonaba a «solo amigos», sino a «amigos para empezar».

—Yo también —contesté titubeante. «Y follamigos también...».

—Creo que nos enamoramos de personas que no éramos... pero quiero conocerte. Ahora que ya sabemos toda la verdad podemos olvidar el pasado, y empezar de cero... ¿no crees?

—Pues ha sido empezar a lo grande... —me reí entre dientes.

—Yo lo he visto más como un final... —empezó cohibido—. Quiero conocerte, Laura, a la verdadera, no a la que tuvo un accidente y tenía miedo,

esa ya no está... es evidente, y si juntamos todo el tiempo que hemos pasado juntos solo suma...

—28 días. Lo sé...

—No son suficientes. Creo que fue un enamoramiento circunstancial... y quiero conocerte de nuevo, invitarte a cenar y que me hables de ti, pero no quiero que... vengas a buscarme en mitad de la noche, porque mira cómo terminamos: follando en plan culpable por hacerlo estando todavía resentidos, y no quiero eso. Necesitamos resetear... ¿estás de acuerdo?

—Sí, tiene sentido... —sonreí—. Eh... bueno, me voy a mi cama, mañana será un día duro.

Me acerqué a él y nos paramos en seco para no juntarnos de nuevo, pero necesitaba tocarle un mínimo o no cerraría los ojos en toda la noche cual búho pensando en eso.

Extendí la mano para estrechársela y él la cogió y la llevó hasta sus labios para besarla. No, joder... No podía ser su amiga...

—Descansa...

Su sonrisa me dejó hechizada por un segundo, pero aparté la vista. ¡Era el nuevo Guille! Un desconocido. No podía saltarme las normas y no respetar nuestra «amistad», pero iba a ser raro, porque cuando conocía a alguien nuevo, no me daban ganas de esconderme en sus brazos nada más conocerle... Nunca me había pasado... perdón, miento, cuando le conocí a él, también lo sentí.

Capítulo 32 - 28 Días



Sí, vale, solo habíamos estado 28 días juntos compartiendo espacio, pero si me dieran un euro cada vez que pensé en ella ese año y medio, ¡sería millonario!

Veintiocho días sonaba ridículo, y, un segundo... ¿no era el periodo mínimo en los programas de las clínicas de desintoxicación? ¡Sí, como en esa peli de Sandra Bullock! ¡Vamos, no me jodas con la paradoja...! Porque yo no podía ser más adicto a ella. Para más datos, el polvo que acabábamos de echar; y no se me ocurría otra manera de recuperar la confianza que empezando de nuevo. Sin mentiras. ¿Sería eso posible en el mundo en el que nos movíamos? Porque al día siguiente tocaba volver a interpretar una mentira de cara al público y estaba cansado de fingir. ¡Yo era un tío sencillo!, equilibrado, y siempre había odiado la fama, incluso antes de empezar a cosecharla, y ahora que podía pensar con más claridad, (porque mi intensa necesidad de meterme dentro de ella se había solucionado, por el momento), me preocupaba que el problema con sus acosadores enturbiara nuestro «nuevo amanecer».

Por eso no pegué ojo en toda la noche, ¡estaba mejor que nunca para hacerme fotos...!, y para terminar de aflorarme un tic nervioso, a la mañana siguiente, cuando bajé a desayunar, me encontré a «Martes y Trece» sentados a la mesa. ¡Qué cachondos!

Un entrañable dúo de humoristas que a Iker tampoco parecían hacerle ni gota de gracia. ¡Porque llamaban demasiado la atención! Y te quitaban el hambre. De comida.

—Guille y Laura, ¿listos para bucear? —preguntó Emma con su ya conocida cara de extramotivada.

—¿Quiénes vamos a bajar? —pregunté cauteloso mirando de reojo a Moby

Dick. Había dicho que era como su hermano pequeño... y esos son los que se comen las gamberradas. Ya me lo sabía.

Antes de que Jon contestara, Dani ya estaba sonriendo.

—Laura, su hermano, tú y yo. Iker se ha rajado. —le picó.

—Sí, exacto, el mar es vuestro —contestó el aludido—, yo me quedaré haciéndoles compañía a Emma y a Freya —dijo tocándole la tripa a su amiga. ¡Zas! Acababa de darle en su punto débil a Jon... Puede que Iker engañara al resto haciéndoles creer que era la persona más inocente del mundo, pero desde anoche, yo sabía que no era así. A Dani le fascinó esa faceta de niño bueno al principio, pero no hubiese durado con alguien tan ingenuo, se habría aburrido mucho. Y casualmente le había pasado lo contrario, ¡le fascinaba! Y recelaba por perder a alguien tan camaleónico como Iker. Y tan guapo.

Por eso Jon, cuando vio al adonis tocando zonas sensibles de su chica embarazada, frunció el ceño imperceptiblemente y saltó:

—Bueno, pero que corra el aire entre vosotros... a ver si van a echar la instantánea que no es y la liamos...

—¿Qué más da? —sonrió Iker—. Cuando la niña nazca, todo el mundo dirá que se parece a mí. Ve asumiéndolo.

Me reí a gusto y Jon me taladró con los ojos. Le miré con un «no lo siento ¡PARA NADA!», que me gustó restregarle. Aún no le había perdonado lo de Laura... Ocultarme durante tanto tiempo que el libro iba sobre nosotros, aquello fue una doble traición, así dolió tanto, pero admito que echaba de menos al *tontoelculo*, aunque todavía no me había sacado la espinita con él.

—Dani y yo iremos antes a la escuela a por el material y nos encontraremos en el barco —informó Jon besando a su mujer.

—Laura, ¿quieres venir? Así te enseñamos la escuela —ofreció Dani.

Y de repente ella me miró. ¡Sí, a mí! Casi me giro para ver si había alguien más detrás, pero no, era a mí.

—¿Vienes con nosotros, Guille? Será mejor que hoy no nos separemos en todo el día... —justificó Laura.

—Vale, sí, iré.

—¡Fantástico! —aplaudió Emma—. ¡Te va a encantar la escuela, Guille! Iker y yo os esperamos en el yate bebiendo daiquiris de fresa sin alcohol.

Todo el mundo miró a Iker aguantando una carcajada.

—Nunca me he sentido más gay... —murmuró el futbolista.

Todos nos reímos, y en ese momento capté una mirada que ojalá no hubiese visto nunca. Era la de Dani diciéndole a Iker: «cuando quieras te lo hago sentir

mucho más...», con un deje macarra de lo más pretencioso que hizo que se me erizara el pelo de la nuca. Era una señal. Se acercaba una fornicación de fuerza cinco, y si no me andaba con ojo, volvería a encontrármelos *triscando* como dos tornados enfadados en cualquier parte de ese yate.

—¿Vamos? —De repente la cara de Laura apareció en la trayectoria de mi vista. Y vi tan de cerca esos labios, esos ojos y esa cara perfecta en una postura imposible, que por un momento no sabía dónde estaba ni con quién. Solo estaba ella, llenándolo todo. Esa desconocida que era capaz de moverse en posturas extrañas a oscuras en una escalera...

—Sí, ¡en marcha!

Cogimos un Range Rover que había escondido en uno de los garajes y nos dirigimos a la escuela.

—En esta silla me preguntó Emma por primera vez por ti —le dijo Jon a Laura al entrar con ilusión por enseñárselo.

—No, no —interrumpió Dani—. Yo estaba aquí, ¿vale? Y de repente veo a una *guiiri* en la puerta de la escuela con un maletón rosa chillón gigantesco. Me acerco y me dice: «¡Jai!», en vez de *Hi*, y supe que era española al momento. ¡Fui el primero con el que habló!, y me enseñó una foto tuya, ¿te lo puedes creer? La cosa es que me sonabas y no sabía de qué, pero de repente entró Iker y se me fue el santo al cielo... Ya no servía para nada... —dijo con cara de enamorado.

Laura sonreía encantada y lo observaba todo con ilusión.

—Lo mejor de todo —intervine yo—, es que justo en ese momento, Laura ya estaba despierta —sonreí con sorna—, una llamada mía y nadie habría mojado con nadie en ¡Byron Bay, ciudad de vacaciones!

—En Byron Bay siempre se folla —reflexionó Dani—, tenlo en cuenta...

Laura y yo nos miramos alucinados dándonos cuenta de que... ¡tenía razón! ¡La escalera!

—Oh, por Dios... ¿ya? —espetó Dani captándonos. Soltó una risita, meneó la cabeza, y se fue murmurando un «Es que no falla».

Le vimos alejarse y se hizo un silencio embarazoso.

—Con estos es imposible guardar un secreto... —comentó Laura algo cortada.

—Bueno, Jon te guardó uno durante muchos meses... —dije de repente sin pensar.

No sé a qué venía decir aquello. Se suponía que no íbamos a remover más la mierda, pero si lo había dicho era porque lo tenía en la punta de la lengua

deseando salir desde hacía tiempo.

—Le hice jurar que no se lo diría a nadie. Ni a Emma.

—Entonces ¿lo escribiste sabiendo que iba a enfadarme? —conjeturé dolido.

—No, es que nunca le cuento nada a nadie. Jon ha sido una excepción. Normalmente, no quiero que nada se interponga en mi creación, y cuando comentas una cosa así, todo el mundo te cuenta cómo lo enfocaría él, pero lo estaba haciendo yo, y si alguna vez tuve miedo de tu reacción, enseguida pensé que entenderías que era solo ficción y que sabrías leer entre líneas todo lo que sintió la protagonista..., es decir que, en el fondo, aunque fuera mentira, te quería.

—Entonces, ¿en el fondo, me quieres? —bromeé.

Ella me imitó.

—No lo sé, luego te lo digo, cuando bajemos buceando —respondió chistosa sacando la lengua.

Una que yo quise colonizar en el acto comiéndome esa sonrisa de bromista y guerrillera. ¿Cuánto hacía falta para enamorarse de alguien? Porque a nosotros nada. Cada vez que nos veíamos, cada una de esas 28 veces, nos enamoramos de nuevo. Era «Ine-vi-taaable», como decía Shakira. Nuestra oxitocina empezaba a bullir en nuestras venas con un simple cruce de palabras.

—¿Nos ayudáis? —Nos gritaron Jon y Dani rompiendo el encanto rodeados de mochilas negras con el emblema de la escuela.

Cuando llegamos al muelle en el que el barco estaba atracado (perdón, rectifico. Eso no era un barco, era una nave espacial flotante) vi que Dani le comentaba a su hermana algo al oído. Ella se giró y detectó algo.

—Ahí hay uno —murmuró colocándose a mi lado—. En el paseo, apoyado en la barandilla. No deja de hacer fotos.

Estábamos parados esperando para subir a bordo. Empezaron con los equipos. Yo aún tenía una bolsa en la mano y no lo dudé. Sin hacer preguntas, mi mano rodeó su cintura y la arrimé a mi cuerpo encajándola de lado. De esa forma llegué a darle un beso casual en la sien y seguí observando las maniobras de embarque, pero noté que Laura se me quedaba mirando y giré la cabeza. Estábamos muy cerca. Los quince centímetros que me separaban de su boca me parecieron muy tentadores, pero me controlé. Un beso saldría en portada desmintiendo mi supuesta relación con Iker, pero no me apetecía ver mi cara en todas partes exponiendo un momento tan íntimo.

Aparté la cara a regañadientes y supe que el aborto de ese beso que nos había nacido me perseguiría durante todo el día.

El yate era una auténtica pasada. Un hotel de lujo y modernidad. Con habitaciones en las que te encerrabas y creías estar en el Four Seasons, no en medio del océano. Una zona común con sofás de cuero blanco, un *jacuzzi* y Moët rosa por doquier.

Nos encontramos a Iker y a Emma tumbados exhibiendo su tableta abdominal y su incipiente embarazo, respectivamente. Dani le echó un vistazo y estoy seguro de que se quedó ciego por un instante.

Llevaban juntos un año, desgastando su amor en un colchón, como si fuera una picadura de mosquito que no dejabas de rascarte, pero no habían alcanzado esa serenidad que da la tranquilidad de verse solos y no necesitar nada más en el mundo para ser felices. Y creo que eso les asustaba. Iker era joven y pensaron que no desentonaría viviendo en un piso compartido en plan universitarios, con Jon y Laura pululando a menudo por ahí, condicionados a follar en silencio en una habitación, y no en medio del salón o la cocina de la casa de Iker, porque Dani nunca dejaba sola a Laura (durante meses no pudo moverse), y estaba claro que necesitaban conocerse como pareja real.

Cuando la nave zarpó me situé en la barandilla de proa para disfrutar del viento en la cara. No me sentía el rey del mundo, pero casi, solo me faltaba una reina para serlo.

Escuché un sonido en mi espalda y vi de reojo que era Jon. Como para no verlo, llevaba un bañador negro y rosa fosforito que destacaba en su moreno como si fuera luminoso. Todo se pega. No me giré, pero él se arrimó y miró hacia abajo por encima de mí.

—No saltes, el barco te tragaría y las hélices destrozarían tu escultural cuerpo. El cerebro no importa, total, no lo usas para nada...

—Muy gráfico... E insultante. ¿Qué quieres, Jon?

—Vengo a arreglarte, si quieres...

—Si no estás aquí para gritar como Fabrizioo y Leo Dicaprio al montarse en el Titanic, mejor lárgate.

—Pero vamos a ser familia, Emma está embarazada.

Giré la cabeza hacia arriba y le pillé con una sonrisa de suficiencia. Como si supiera que aquella frase iba a funcionar conmigo para llamar mi atención.

—Juegas sucio. Freya disfrutará de su tío, no te preocupes. Su padre no tendrá tanta suerte...

Jon sonrió encantado al escuchar el nombre de su hermana en mis labios.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté directo mirando al mar.

—Porque no quería dilapidar vuestra relación antes de que empezara.

—Ah, claro, mejor que me enterara cuando ya estuviera loco por ella y hubiese pasado tres días enterrado en su piel sintiendo que era la mejor puta sensación del mundo, ¿no?

—Pues sí...

Volví a mirarle alucinado.

—¿No es eso lo que tú hiciste con Emma? ¿Mandarla a Byron para que sintiera lo mejor del mundo y luego, al llegar la parte dura y desagradable, se agarrara a ese recuerdo?

Puto Jon...

Esto es lo que ocurre cuando una estrella explota. Cada mota de polvo cae en un lugar distinto del mapa, pero si dos llegan a encontrarse, se reconocen y necesitan mantenerse unidos; aunque no quieran, aunque no lo entiendan, ese feeling psicológico debe alimentarse para estar en paz. Y yo lo tenía con Jon. También con Dani. Las *Princesas Daiquiri de Fresa* eran otra cuestión. Los dos seres que degustaban la empalagosa bebida habían nacido para ser venerados por los astros, pero Laura era diferente. Ella era un híbrido. Ella ya era una estrella, y parecía de esas personas que no necesitaban a nadie para brillar. Y yo... a mí me gustaba hacer brillar a la gente. Así es como yo brillaba. Ella era la única de ese grupo que sentía que no me necesitaba. Ella era... lo que necesitaba yo. Y eso me ponía nervioso.

—Déjalo Jon, mi coco es muy complicado.

—Le prometí a Emma que sacaría tu cabeza del agua antes de que te ahogaras y estás a punto, tío —dijo preocupado.

No dije nada. Puede que tuviera razón, tenía una sensación extraña desde que volví a ver a Laura. No podía respirar y me estaba quedando sin aire.

—Sé que te gusta controlar las cosas —comenzó—, y que con Laura sientes que no controlas nada. Nos ha pasado a todos. A los tres.

Que dijera eso me dejó sin palabras. ¡Mis conclusiones de *los tres astros* eran privadas!, y estaban ocultas en el fondo de mi alma, pero a Jon no le costaba nada leerlas en mí. Y siguió insistiendo:

—Laura es muy especial, es una luchadora, su vida no ha sido fácil. Su madre estaba loca de normal y luego enfermó de Alzheimer... Se tuvo que hacer fuerte porque estaba sola. Además es artista —resopló poniendo los ojos en blanco—, su imaginación es infinita, nunca sabes la genialidad con la que te va a salir, es algo que escapa de nuestro rango, y súmale que tiene

sangre de Dani en las venas... —dijo abriendo los ojos—. Pero creo que tú problema ahora mismo es que es famosa, muy famosa, y con este libro y el escándalo suscitado a su alrededor, se hará todavía más famosa, pero me gustaría que no olvidaras lo esencial: «Que solo es una chica delante de un chico pidiendo que la quiera».

—Eres imbécil... —solté divertido—. ¿Crees que no he visto Notting Hill? ¿Cómo se te ocurre decirme eso?

—Me importa un huevo si la has visto o no, es la idea clave. En las películas están escondidas todas las claves de la vida, y si la has visto ¿por qué parece no entenderlo?

—Lo entiendo de sobra, ¿vale? Llevo sintiéndolo desde el primer día que la conocí. Las ganas en sus ojos llevan empujándome en la espalda desde que los abrió, pero siempre hay un motivo que me frena: que está hospitalizada, sentirme un cerdo vicioso que se excita hasta con una calva malherida, que su hermano me acuse de lo mismo que me atormenta, que no pueda andar, que ella crea que me importe eso, que descubra que tengo una follamiga, que pase de quedar conmigo cuando le escribo un WhatsApp, que me ponga violento cuando alguien menciona su nombre en vano, que frivolicé nuestra historia en una novela de acción, que me necesite y yo me aproveche de ello en la oscuridad de una escalera mientras creo que no la conozco como para quererla tanto... —cerré los ojos y me froté la frente con los dedos.

—Necesitáis empezar de cero —recomendó Jon.

—Es lo que le dije anoche. ¡Y hacer cosas normales!, pero estar en un yate, déjame decirte, que no es muy normal...

—La vida de Laura nunca será normal, por mucho que se esfuerce. Hay gente que ha nacido para destacar... es como Dani. Y vosotros tenéis que empezar de cero, sí, pero no en plan normal, más bien, a lo bestia...

—¿A lo bestia?

—Sí.

—¿Qué quieres decir?

—Si sigues mirando al mar, lo averiguarás. Einstein decía que: si miras profundamente la naturaleza, lo entenderás todo mejor —dijo palmeándome la espalda divertido.

—¡Espera! —le llamé cuando se alejó de mí con la expresión del gato que se comió al canario.

Pronto me llamaron para que me sentara en popa y atendiera a las explicaciones acerca del proceso de inmersión. No es que me diese miedo,

pero me daba respeto, y tampoco sabía qué necesidad había de estar tanto rato en un medio que no es el nuestro...

Cuando nos acercábamos al punto de buceo, me sorprendió que Jon apagara el motor. Desde bien temprano había captado muchos detalles en los *brothers* que indicaban un profundo sentido de protección medioambiental hacia el habitat, los animales y el mar en general. ¡Se notaba que lo veneraban!, pero mis deseos estaban más divididos que nunca entre bajar y quedarme tumbado tranquilamente tomando algo con Emma e Iker. El otro bando se me hacía más complicado psicológicamente hablando, pero Laura se acercó a mí con una sonrisa que haría bajar el arma hasta al atracador más sanguinario y no pude negarme ante su petición. Estaba emocionada. Probablemente Dani habría estado hablándole del mar durante horas desde que se conocían y a ella parecía hacerle mucha ilusión.

Nos pusimos los neoprenos y poco a poco se fueron lanzando al agua uno a uno. Era de un turquesa espectacular, pero...

—Oye, ¿aquí hay tiburones? —le pregunté a Emma y a Iker antes de tirarme.

—¡Y ballenas! —contestó Iker sonriente.

Mis ojos se abrieron como platos.

—¡Es para hoy! —vociferó Dani desde el agua mecido por el vaivén de unas olas ligeras.

Iker y Emma soltaron una risita que no entendí. Y me lancé al agua con un canguelo curioso.

—¡Descendemos! —ordenó Dani imitando el gesto de desinflar el chaleco, y los pesos empezaron a arrastrarme hacia abajo lentamente.

Cuando me hundí me invadió una calma inusitada. El silencio, ese azul intenso iluminándolo todo, escuchar mi respiración en estéreo y ver que todo sucedía a cámara lenta me tranquilizó. Me fijé en los demás y vi que Laura estaba sonriendo, igual que Dani y Jon, y sin darme cuenta, me embargó una sensación de bienestar desconocida. Era una emoción que nunca había experimentado antes, una admiración ambiental que repercute directamente en ti, en tus coordenadas y en lo que estás viviendo. Algo que solo se consigue bajando al fondo del mar.

Una vez abajo toqué el suelo con los pies y fue una sensación alucinante. Estaba frío y era suave, pero Dani me señaló la arena y negó con su dedo para que no la perturbara. Se señaló a sí mismo y adquirió una postura mirándome a los ojos. Yo le imité. Solo entonces me hizo el gesto de Ok juntando dos dedos. La posición era la que usarías si echaras a volar como Superman y me

resultó gracioso, porque realmente flotaba suspendido en el agua. Todos nos pusimos en horizontal y no sé ni cómo avanzábamos casi sin hacer fuerza para nadar, solo dejándonos llevar. Era difícil entender lo bien que encajabas con el medio. Los peces te observaban, y seguían viviendo apaciblemente en su cámara lenta habitual. Era una sensación embriagadora. Los colores, las formas... Miré a Laura y me sonrió emocionada, y volví a ver esa actitud de «amar la vida y valorar cada instante a pesar de todos los problemas», de la que poca gente hacía gala, y me transmitió la misma sensación que el océano: paz. Con el mundo y contigo mismo. Una sensación de preludio de que te espera algo grande si has sido capaz de llegar a plantearte observar la vida acuática desde su punto de vista, es un ejercicio enorme de empatía que te vuelve mejor persona y en consecuencia en alguien más feliz. Y así era Laura. Alguien que sin hacer nada especial, solo siendo ella misma, me hacía feliz.

De repente, escuché unos golpes produciendo un sonido metálico. Lo busqué y vi que era Jon histérico señalando hacia un lado. Seguí la dirección de su dedo y lo vi. Era una manada de delfines.

Los huevos se me pusieron de corbata porque eran incontables a simple vista y ya me veía siendo su desayuno. Miré a Dani con los ojos muy abiertos y le encontré sonriente. Movié los brazos como si fuera un director de orquesta ordenando que la música bajara de volumen y entendí que nos pedía calma. Fue su cara la que más me la transmitió y su gesto de Ok de nuevo. Nos dijo «venid» con la mano y descendió un poco apoyándose despacio en la arena de rodillas. Antes de bajar nos había contado el truco de que, si queríamos hundirnos más, expulsáramos todo el aire de nuestro interior y bajaríamos sin remedio. Nos recordó el movimiento de expulsión señalando su boca y después señaló el suelo. Jon tiró de Laura mientras él bajaba lentamente y yo hice lo necesario para reunirme con ellos. Los delfines se acercaban cada vez más, espaciados los unos de los otros. Algunos nadaban en superficie, otros venía directos a nosotros, no había mucha profundidad, estaríamos a unos ocho metros y tragué saliva.

Miramos a Jon e hizo un gesto de movimiento para después negarlo, explicándonos que no nos moviéramos para nada.

Esperamos unos interminables segundos hasta que el primer delfín redujo la marcha y se pensó si acercarse a nosotros. Los cuatro nos quedamos momificados.

Se formó un grupo de curiosos a nuestro alrededor. Un par dieron una vuelta en plan buitres y estuve a punto de orinarme encima, pero de pronto, el más

valiente, se acercó a Dani (como no) y este levantó una mano sonriente para acariciarle en su pico de botella. El delfín pareció sonreír y yo abrí tanto la boca que casi se me escapa el regulador de aire. Otro delfín se acercó a él y la cola quedó a mi alcance. No lo dudé, levanté la mano y la deposité sobre ella. El tacto era gomoso y suave, cuando el bicho se dio cuenta, me encaró y tragué saliva, pero tenía una cara tan amable que sonreí confiado. Dani me miró y asintió. Y lo hice. Toque su cabeza y me di cuenta de que estaba viviendo el momento más intenso de mi vida hasta la fecha.

Era alucinante. Los delfines nadaban a nuestro alrededor solazándose y considerándonos un hallazgo interesante. Cuando pude observar más allá, discerní a unas crías entre sus filas. Vi a dos adultos emergiendo con su bebé a lomos hasta la superficie y a un macho persiguiendo claramente a una hembra en un ritual de cortejo. Había otros de tamaño más pequeño correteando entre los más grandes y a un grupo nadando alrededor de una bella delfín que se exhibía. Creía que estaba soñando, y en ese momento, me acordé de Einstein: «Mira y lo entenderás». Y desde luego que sí...

Porque bucear en un mar tan bello ya es, en sí mismo, un placer para los sentidos, pero disfrutar en exclusiva de esa enorme familia de delfines recreándose en él fue algo inenarrable, que me tocó el corazón.

Capítulo 33 - Notting Hill



Al subir de nuevo al barco, nos encontramos con Iker y Emma igual de conmocionados que nosotros.

—¿Los habéis visto?! —gritó Emma al vernos.

—¡Y tocado! —gritó Jon deshaciéndose deprisa de la botella y corriendo hacia ella para abrazarla como un niño desbordado de emoción. ¡Yo también quería!

Dani nos ayudó a deshacernos del chaleco encajando la botella en unos moldes redondos y cuando terminó cogió una cámara con un objetivo más grande que una tarta nupcial para intentar immortalizar al grupo de mamíferos que ya se alejaban con su ambiente lúdico también patente en superficie.

Laura y yo nos estábamos quitando los neoprenos húmedos cuando Dani terminó con las fotos y bajó la cámara todavía alucinado. Entonces miró a Iker y este le sonrió sabiendo lo que había significado todo aquello para él y entendiendo lo que debía hacer como algo innato. Se levantó, se acercó a SU PERSONA, y lo abrazó por detrás con las manos en la cintura apoyando su barbilla en su hombro.

—¿Ha sido tan fabuloso como creo? —le preguntó a Dani.

—Ha sido muy especial y único... Sé reconocer algo así cuando lo veo, y con lo nuestro me pasa lo mismo, no quiero perderte...

Iker se abrazó más a él cerrando los ojos y se quedó quieto, aunque los dos desearan ir más allá.

Yo tenía algo más de prisa. Perdón, paso. Me abrí camino hacia el interior del barco con Laura enganchada de mi mano. Me dio igual que estuviera hechizada viendo a su hermano hacer avances con Iker mientras Jon besaba a Emma, ensimismado en su realidad perfecta. Yo no podía aguantar ni un

segundo más. La arrastré hasta una habitación y ella se dejó llevar.

Cuando entramos, ni cerré la puerta, no me dio tiempo, solo me giré y la besé como si me faltara el aire.

Su boca caliente en contraste con nuestro cuerpo frío y mojado me produjo una calidez extraña que me embargó como nunca cuando Laura respondió a mi gesto.

Nos besamos desesperados. Tiré de una cinta en su espalda y cuando su bikini se deshizo, terminé de quitárselo por la cabeza dejando de besarnos un segundo, pero no tardé en demandar su boca. Dejamos los bañadores olvidados en el suelo y la llevé hasta la cama con la respiración enardecida. Caímos juntos, rozando cada centímetro de nuestra fría piel cargada de sangre hirviendo de deseo.

Los lametazos que le prodigué no tenían nombre. No era ninguna sensación que pudiera catalogar, eran pura necesidad. El tacto de la cama tan esponjoso y agradable me pareció fascinante, pero meterme en ella lo fue todavía más. Gemimos de gusto y me sentí a salvo de mí mismo. Desde la primera embestida me situé en el clímax, con movimientos tórridos cargados de pasión. No era buen sexo lo que nos estaba abrasando, era el amor. La besé de nuevo e intenté transmitirle lo que sentía.

«Te quiero».

«No puedo vivir sin ti».

«La vida lo ha intentado, pero no ha podido borrarle de mi cabeza».

«Te necesito para ser feliz, para vivir plenamente esta maravillosa existencia, para disfrutarla al máximo, para ser yo... porque ya no seré lo mejor de mí sin ti».

—Te amo —murmuré sin poder retenerlo más. Y a mi orgasmo le pasó lo mismo. Contraje los músculos dejándome ir dentro de ella hasta que todo terminó.

Cuando abrí los ojos y la miré consternado, ella tenía una sonrisa de Mona Lisa en la cara.

—Acabamos de «volver a conocernos», un poco pronto para decir eso, ¿no? —musitó bromista.

Sonreí como un bobo y rocé mi nariz con la de ella.

—Lo siento, no puedo evitar sentirme así, y tampoco pude evitarlo cuando te conocí la primera vez —y volví a besarla lentamente disfrutando de su dulce sabor.

—Yo también te amo —murmuró ella.

Nos besamos durante unos minutos más hasta que escuchamos ruido en la cocina.

—¡No has cerrado la puerta! —exclamó Laura muy bajito.

—Lo dices como si fuera posible mantener algo en secreto.

Nos partimos de risa, nos levantamos y buscamos ropa seca.

La vuelta a tierra al atardecer transcurrió envuelta en una felicidad que se disfruta pocas veces en la vida. Ninguno habíamos etiquetado nuestro nuevo estado todavía, pero parecía no hacernos falta, de momento. Todo el grupo estaba en paz, reproduciendo besos espontáneos, caricias cómplices, risas y cócteles sin parar. Fue inolvidable.

Toda la excursión fue una experiencia trascendental que me hizo pensar en el origen de la vida, en mi propia existencia y en esforzarme en apreciarla aún más. El auténtico lujo no estaba en el barco, era el lugar, la gente, la naturaleza en estado puro... el océano inmenso ofreciendo mil posibilidades, su arena, su silencio... y la increíble puesta de sol que nos regalaba.

Al llegar al muelle, había unos diez periodistas esperando a que nos apeáramos de la nave. ¿Por qué tantos? Ya tenían lo que querían, ¿no?

Fruncí el ceño.

—¿Por qué hay tantos? —dije en voz baja casi para mí mismo.

Laura, que estaba apoyada en mi pecho en ese momento, se giró hacia mí.

—Quizá quieran una confirmación... Iker y Dani también están aquí, no creo que sea todo por mí... —dijo apurada. Le preocupaba que me asustara, pero ya no me sentía así, ahora estaba enfadado, ¿no podían dejarnos en paz para ser felices?

Cuando atracamos, nos dejaron bajar, no se nos echaron encima respetando un poco el espacio y eso me sorprendió, pero aun así era como estar en una jodida pecera, con visitantes observando cómo transcurre tu vida constantemente.

—Laura... —se atrevió a decir uno—. ¿Puedes contestarnos a algunas preguntas?

—Ya lo conté todo en el comunicado —contestó serena—, por favor, marchaos, no tengo nada más que añadir...

«¿Comunicado? ¿Qué comunicado?», me alarmé.

—¡Espera, por favor! —saltó otro—. Solo queremos saber cómo estáis ahora Guille y tú, ¿habéis vuelto?

Laura me miró mortificada. Ibamos de la mano y su reacción fue soltarme. Cosa que no me gustó.

—Yo... —intentó explicar ella—. De momento, somos buenos amigos, vamos a tomárnoslo con calma...

Esas palabras llamaron mi atención. ¿Por qué les daba explicaciones sobre nosotros?

—Guille, ahora que todo el mundo sabe la verdad sobre lo que ocurrió en el hospital, ¿hay alguna posibilidad de que seáis algo más que buenos amigos?

—Guille, ¿en qué momento exacto te enamoraste de ella cuando la conociste?

Al escuchar esa pregunta, que hubiera caído un meteorito en el mar no me habría sorprendido más. ¿Ahora que todo el mundo sabía la verdad? ¿qué verdad?

Me giré hacia Laura en busca de una explicación y la encontré con la mirada perdida, pero de pronto, levantó la vista y se hizo fuerte, combativa, poderosa y preciosa...

—Ayer me dijiste que no habíamos sido sinceros desde el principio, y tenías razón. Si queremos empezar de cero, lo mejor es que no haya más secretos y mentiras entre nadie. Ayer por la noche mandé un comunicado contando TODA la verdad de lo sucedido. Que tú no me conocías, que te hiciste pasar por mi prometido y que intentaste protegerme del tío de las fotos. Es lo mejor... Es la única manera de que no nos persigan más, de que esto se olvide y pueda recuperarte... Sin mentiras.

—Guille, ¿estáis juntos? ¡Dínoslo, por favor! —preguntó una periodista sintiendo cada palabra y ansiosa por saber la respuesta, ya no para su revista, sino para su *hype* personal.

Me quedé sin habla. ¿Había confesado la verdad por mí?

Laura me miró temerosa y su incertidumbre, me mató. ¿En serio tenía dudas? No podía permitirlo, porque yo ya no tenía ninguna.

—¿Qué queréis saber? —dije de repente hastiado—. ¿Lo que se siente cuando tu corazón no pide permiso para enamorarse de una chica hospitalizada a la que ni siquiera conoces? Es jodido, la verdad. Lo tengo hecho polvo... La conocí, me enamoré y no pude estar con ella aunque sintiera que era lo único que tenía un sentido total y completo en mi vida... Y no sé si me recuperaré de todo esto, a no ser que acepte casarse conmigo AQUÍ y AHORA...

Una admiración viajó en el ambiente para desembocar en un silencio enigmático. Nadie movía un músculo. Laura se giró hacia mí, pasmada, con una coleta mal hecha y el pelo sin arreglar. En bikini, con una bolsa que pesaba en la mano y no se le ocurrió otra cosa que fulminarme con su sonrisa.

La misma que me lanzó el primer día y acabó conmigo y con todas mis normas.

—¿Estás loco? —dijo incrédula.

—Siempre he estado loco por ti..., perdón, por «lo que quedaba de ti» en esa cama de hospital...

Laura se rio y se tapó la boca con la mano.

—¡¿Qué contestas?! —gritó un periodista del fondo.

—¡Sí, claro que me casaré contigo!

Laura se lanzó a mis brazos en medio de una algarabía de gritos de emoción. Nos besamos. Un beso intenso y estático que nos empapó de flashes.

Emma soltaba chillidos de ardilla, Jon aplaudía y Dani e Iker estallaron en sonrisas.

La arrastré hacia la salida del muelle porque me imaginé que las preguntas caerían en cascada, y no me equivocaba.

«¡¿Dónde os casaréis?!»

«¡¿Cuándo será la boda?!»

«Iker, Dani, ¿volvéis a estar juntos?», preguntó otro.

La respuesta de Iker, que nos seguía y estaba dejando atrás a los medios, fue coger a Dani del cuello y murmurarle una guarrada al oído. Por cómo sonrió mi cuñado, estaba seguro. Ese era el ingenuo y santurrón de Iker...

Puto Byron Bay... Era cierto. Tenía algo mágico flotando en su brisa. Algo que te cambia, que te arregla, que te reta a enfrentarte a tus miedos, que hace que te sientas orgulloso de apreciar algo esencial de la vida que no se ve, aunque esté vestido de paraíso australiano. Joder, puede que YO FUERA Byron Bay. Que todos pudiéramos serlo, si, en el fondo, quisiéramos.

DeBlack

*“Lucha siempre por conseguir lo que quieres,
y con más fuerza, contra ti mismo”*

EpílogoS



6 meses después de la pedida de mano

No fue una boda al uso.

Los invitados se dieron cuenta cuando salté a la piscina con mi vestido de novia, tipo Sisí Emperatriz, que tenía una cola de tres metros de largo.

Era algo que siempre había deseado hacer, un momento único que nadie olvidaría, por la sorpresa y porque se mearon de risa cuando necesité que me rescataran.

Guille me había concedido el capricho porque yo le concedí el suyo: que hubiera tres cambios de vestuario en toda la noche. El atuendo de la ceremonia terminaría pasado por agua, el de la cena era el más elegante y el del baile, sencillamente, cómodo.

Después de nuestra pedida pública (video que superó en YouTube el número de visitas del beso que Iker le dio a mi hermano en el campo) nos quedamos en Byron un par de semanas más disfrutando del lugar. Empapándonos de la felicidad más absoluta, los seis juntos.

Serían unas vacaciones perfectas que ninguno olvidaría.

Después de aquello, volver a la realidad nos costó un kilo a todos, y no solo por el *jet lag*.

Guille se trasladó a mi casa e intentamos hacer vida normal, pero era difícil. Nos invitaban a todas las fiestas habidas y por haber, de las cuales acudíamos a un veinte por ciento, porque si no, Guille se pasaba la velada rechazando ofertas de trabajo. Y ya estaba hasta el cuello de clientes. Se encargaba del armario de más gente de la que podía atender, tenía una lista de espera a tres meses vista.

Se estrenó como diseñador escénico en el primer pase de la colección de

ropa de Adriana, la mejor amiga de mi querido Manu de *El Rincón del Aura*. Fue un éxito rotundo. Y en la fiesta posterior, cuando le propuso a Adri sacar una colección para hombre inspirada en Dani, ella se mostró muy interesada.

Pero lo mejor de nuestra boda, sin duda, fue el momento «video resumen» sobre nosotros. Había muchas fotos sobre aquel primer viaje a Byron, que plasmaban cómo podía llegar a ser la vida si te arriesgabas a querer sentirla al 100%. Todo el mundo aplaudió mucho, pero cuando las luces se encendieron, Jon vino a nuestra mesa y se agachó misterioso.

—Tenemos un problema...

—¿Cuál? —pregunté preocupada.

—Emma ha roto aguas.

—¿Qué?! ¿Dónde está? —preguntó Guille poniéndose de pie.

Corrimos hacia ella y la encontramos con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Guille agachándose y cogiéndola de la mano.

—Ha sido el video... —gimoteó—. No tendría que haberlo visto. ¿Por qué lo habéis hecho tan bonito? He intentado retener las lágrimas ¡y al final me han salido por el culo!

Todos nos reímos.

—Lo que quiere decir mi delicada novia —intervino Jon cariñoso—, es que Freya ha visto lo que se está perdiendo y quiere salir ya.

—Mirad, lo he puesto todo perdido. ¡Te he dicho que no se lo dijeras! Qué vergüenza... —dijo Emma apurada—. Si alguien pisa esto, se mata, no es líquido, ¡es baba!

—No te preocupes —rio Guille—, enseguida lo limpian. Me vas a hacer el mejor regalo de bodas de todos... —dijo dándole un beso en la sien.

La pareja se fue al hospital, pero antes pasaron por casa para ducharse, cambiarse y coger todo lo necesario, ya que Emma todavía no tenía contracciones. Por suerte, Freya no se presentó en nuestras vidas hasta el día siguiente, y ser testigos de ese momento fue muy especial. Jon se emocionó mucho cuando se la pusieron en brazos, y estuvo un rato manteniendo el contacto de su frente con la de la niña, como si al sentirla, estuviera reparando una parte de su alma.

Iker y Dani, también estaban como locos por conocerla. Llevaban meses siendo los osos amorosos. Dani por fin se relajó y pude percibir a mi verdadero hermano, porque el chico que yo conocí era uno demasiado preocupado por mí y por mi supervivencia; me hacía sentir como esa primera planta que te mandan cuidar en el colegio, y curiosamente puso la misma cara

de desasosiego cuando le pusieron en brazos a Freya. Llegué a la conclusión de que valoraba tanto la vida, que, de alguna manera, sentir que una dependía de él, le superaba un poco. Por eso, mientras Iker le prometió al bebé regalarle un poni en un futuro, Dani le aseguró que, cuando fuera mayor, le compraría un spray de defensa.

Yo no podía estar más feliz observándoles a todos y pensando que, ese segundo en el que Emma se cruzó en mi vida en aquel paso de cebra, lo cambió todo por completo.

Renací. Y de aquel nuevo comienzo que me tocó vivir me guardo una gran moraleja: el ser humano tiene un espíritu de superación inexorable. Somos mucho más fuertes de lo que imaginamos...¿Cómo si no, un día me desperté aterrorizada por haber sido atropellada, y tiempo después, me vi dando las gracias de que ocurriera?



2 años después de la pedida

—¡Freya! —grité cuando vi a la pequeña corriendo hacia mí.

Era un ángel rubio con la astucia de Jon y la mala leche de Emma, mi combinación favorita en la tierra.

Cuando llegé junto a mí, la subí al vuelo y empecé a darle vueltas como a ella le gustaba. Estaba encantada, y no me extrañaba. Acababa de llegar a Byron, y, a pesar de su corta edad, sabía perfectamente lo que significaba: días en familia siendo el centro de atención de todos. Laura y yo habíamos llegado hacía un par de días, y «la pareja del año» se había unido a la contienda esa misma mañana.

Me imaginé a Jon y a Emma saludando a la gente en el salón mientras la peque esquivaba a todo el mundo, para venir corriendo a abrazar a su tío favorito.

—No eres su tío favorito —replicó Dani durante la cena cuando lo verbalicé—. Ella sabe quién es el que más mola, ¿verdad? —le guiñó un ojo a la pequeña, que asintió hechizada con los dibujos de su piel.

—Freya, pasa de ellos —intervino Iker seguro de sí mismo—, deja que se peleen, ya sabes cómo son, y tú tienes claro quien es el tío que te dedica goles por televisión, ¿a que sí? —dijo con una sonrisa alucinante. La pequeña se lanzó a sus brazos y los demás pusieron los ojos en blanco.

—Os tiene engañadísimos, chicos —aclaró su padre—. A todos os dice lo mismo. ¿Cómo puede ser tan manipuladora siendo tan pequeña?

—Porque es lista —respondió Iker.

—Porque es tu hija —aclaré yo.

—Porque es una diosa —confirmó Dani.

Se hizo un silencio y nos sentimos orgullosos de nuestro amor incondicional hacia ella.

—Necesitamos más niños —dejó caer Emma.

¿Tenía razón? Me daba miedo pensarlo. No quería que ningún elemento rompiera ese equilibrio perfecto, porque yo no podía ser más feliz que en aquel momento. Disfrutaba de Laura al 200% y Freya cubría todas mis necesidades biológicas. Cada semana la veía. Jon y Laura trabajaban codo con codo y coincidía con ella a menudo. Fue tan fácil acogerlos a todos en mi vida... porque Emma ya formaba parte, pero había traído un arsenal con ella desde el fin del mundo, que me colmaba de felicidad y no necesitaba más. El buen humor, las bromas, las risas, estaban garantizadas formando parte de nuestro día a día. Y qué bueno es reírse... Me sentía afortunado, ojalá todo el mundo se rodease de personas que les hicieran reír.

Cuando yo tenía trabajo, la niña se quedaba con Dani, pero cuando nos juntábamos los dos, Emma nos acusaba de volverla loca. Solo cuando llegaba *Daiquiri de Fresa*, se hacía la calma. Iker siempre transmitía paz a todo el mundo con su presencia.

Laura y yo habíamos hablado de tener hijos en un futuro, pero sin fijarnos una fecha concreta, por eso tomábamos precauciones, si no, ya seríamos diez. A los dos nos gustaba más el sexo que a un tonto un lápiz y a mí me daba pavor que nuestros encuentros disminuyeran con la llegada de un hijo, como inevitablemente suele ocurrir. Quería desgastarnos un poco antes de saltar a esa etapa, pero cada vez la cogía con más ganas y me preguntaba si sería posible que algún día llegara ese momento.

—Nosotros no tenemos prisa —me atreví a decir.

Y la cara que puso Emma me dejó de piedra. ¡¿Qué escondía?! Miré a Laura, acojonado, y la vi morderse los labios.

—¿Me he perdido algo? —pregunté sin poder evitarlo.

—No —contestó Laura rápido.

—No, papi —añadió Dani divertido.

El corazón comenzó a palpitarme con fuerza.

—¿Laura... ?

La vi ponerse las manos en la cara y contestarme sin hacerlo.

«¡Dios mío!», escuché dentro de mí.

—¡Me enteré hace dos días! —dijo por fin.

—Pero... ¡¿cómo?! —exclamé. De una sola mirada vi los ojos como platos de Jon e Iker. Ellos parecían tan perdidos como yo, pero el hijo puta de Dani sonreía.

—¡No sé cómo! —empezó a explicar Laura—. Alargué quitarme el aro porque no quería que me coincidiera la regla con el viaje y cuando lo hice el

día antes de irnos, vi que estaba roto. ¡Casi me muero! Cogí un taxi y me planté en la consulta de Sonia, sin cita ni nada. Le conté la historia y me hizo tumbarme en la camilla para hacerme una ecografía: estoy embarazada...

Mi boca se abrió de par en par.

—Di algo... —musitó Laura con aprensión.

—Me he quedado en «estaba roto». ¿Cómo que roto?

—Sonia me dijo que podía pasar si el sexo era... muy violento.

Iker soltó una carcajada y empezó a aplaudir.

—Machote, felicidades —me palmeó la espalda.

—Joder... —solté con la vista fija, y de repente, sonreí—. ¿Sabes? Siempre he creído que lo mejor de la vida no se planea, simplemente, sucede.

Pero Laura no acompañó mi sonrisa al completo. ¿Qué ocurría? ¿Es que ella no quería tenerlo ahora mismo?

—¿No te apetece tener una mini Freya? —pregunté encantado.

—Sí... pero es que... no es un bebé, son dos...

Jon y Dani soltaron una risotada al ver mi cara de panoli.

«¿No querías? Pues toma, dos tazas».

—¿Estás segura? —balbuceé.

—Había dos latidos —dijo tapándose la boca atormentada.

Me levanté despacio y rodeé la mesa arrodillándome a su lado.

—¿Va en serio?

Ella asintió con los ojos llorosos.

—¿Por qué lloras? Espero que sea de felicidad.

Ella se encogió de hombros sin saber qué pensar y con las lágrimas ya corriendo por sus mejillas.

Se las limpié mientras intentaba sonreír sin conseguirlo.

—Si vienen dos, seremos el doble de felices —argumenté.

—Pero habíamos dicho de esperar, yo... y ahora, dos de golpe...

—Eh, ¿sabes con quién estás? —sonreí chulito—, no solo soy el favorito de Freya, que lo soy, ¡es que soy tu favorito, el de Emma, el de Jon y el de Iker! —bromeé feliz.

Laura se echó a reír y se lanzó a mis brazos. Los dos cerramos los ojos y nos abrazamos con fuerza. ¡Nuestros *miniyos* estaban en camino! Quisieron venir al mundo y nadie iba a detenerlos. Me sentía orgulloso.

—Oye, ¿y yo qué? —se quejó Dani con guasa.

—Tú, calla, anda, todo el mundo sabe que tu favorito es Jon...

—¿Sabes cuál va a ser tu problema? —contraatacó Dani—, que no van a

salirte dos Freyas, ¡van a salirte dos Danis! —sonrió pillo.

—No me importa —dije con una gran sonrisa—, porque tú eres mi favorito.



Cuatro años después de la pedida

Iker emergió a la superficie.

Acababa de coger una ola brutal y viajaba por sus venas esa placentera sensación de estar en armonía con la naturaleza.

En Byron era fácil sentirse así. Cada vez que viajaban hasta allí, le parecía estar volviendo a casa. A una parte de él que se quedó allí para siempre. Y creía firmemente que eso les ocurría a todos. A Jon, a Dani, a Emma, incluso a Laura y a Guille.

Por eso cuando, hacía ahora un año, Jon y Emma decidieron tener a su segunda hija en Australia y establecerse en el continente indefinidamente, no le extrañó. Lo que fue chocante es que Guille y Laura les siguieran seis meses después, justo antes de que los gemelos empezaran el primer ciclo de educación infantil.

Lo tenían tan claro... Y al futbolista le reventaba porque, desde entonces, aunque Dani no dijera ni una palabra, le miraba con ojitos tristes y no podía soportarlo. ¡Dani era su vida! Y el mar. Y el fútbol. En ese orden... pero últimamente no podía dormir por las noches pensando en mil mierdas. ¿Qué le ocurría?

Pues bien, fue llegar a Byron Bay y las dudas se disiparon, porque nunca había dormido tan bien.

«No me jodas...».

Tenía treinta años. Era la edad límite en la que, supuestamente, hay un declive fisiológico inevitable en las capacidades físicas del organismo.

En un futbolista profesional se evidencia en la disminución de la velocidad, en que los reflejos no responden igual y en que la fuerza va menguando, entre otras cosas.... y entonces entras en la eterna debacle de intentar retirarte con algo de dignidad compitiendo con las jóvenes promesas que entran pisando fuerte. Pero últimamente, los mejores jugadores en diferentes disciplinas

deportivas superaban los treinta veranos. En baloncesto, tenis, fútbol... aunque en un futuro estaba seguro de que aquel rendimiento mágico por encima de la media, terminaría pasándoles factura. Y él no quería eso. No quería machacarse ni darle los mejores años de su vida a un deporte que, a partir de aquel momento, le miraría con lupa exigiéndole cada vez más, por menos.

Iker estaba asustado. ¿Era el momento de dejarlo? ¿De retirarse como campeón con un palmarés envidiable? No lo sabía...

Veía a sus amigos en pleno apogeo vital, y no dejaba de pensar que el suyo parecía estar a punto de terminar.

¡Era gay, joder! Y ese hándicap le daría problemas de por vida. Porque no tenía a una mujer en casa deseosa de traer bebés al mundo con su cara, ¡tenía a Dani! Una persona nacida para destacar, para cambiar las cosas, para hacerse ver y creer, y él no hacía más que frenarle con sus anhelos de seminarista futbolero, es decir, siendo dócil, bueno, y renunciando a los placeres de la vida en nombre de un poder superior: el fútbol y las pollas.

«Shhh...». Nadie le había oído. Solo él.

Y él no había renunciado a su polla. ¿Por qué iba a renunciar a lo demás?

—¿Qué te pasa? —le preguntó Dani en ese momento, escuchando maquinarse a su cabeza.

«Cásate, ten hijos con una chica, juega al fútbol y déjate de gilipolleces», escuchó la voz de su padre en su última discusión. Hacía dos años que no hablaba con él. Le pilló un día por banda cuando se enteró de que había cortado con Dani, para intentar tratarle con *electroshock* y ver si le «curaba» la homosexualidad. Pero no pudo ser. Para su desgracia, Dani le había enseñado muy bien a decir «No» cuando alguien te hace de menos. A él, el primero. Pero fue el único que se ganó volver a su lado.

—Nada —contestó pensativo—, estaba pensando que aquí soy muy feliz...

—En Madrid también lo eres, jugando al fútbol, ¿no?

—Sí, pero tú no. Sé que les echas mucho de menos... Ha sido llegar aquí y notar que florecías de nuevo.

—¿Tú no les echas de menos?

—Sí, y a Byron también.

—¿En qué piensas todo el rato? —preguntó Dani esperanzado.

—Aún no lo sé...

Tuvo que dejarlo en el aire. Nunca se le había dado bien tomar decisiones trascendentales a la ligera, y menos, sonando un tic tac en su cabeza, por eso agradeció que su novio no lo presionara.

Le había mencionado un par de veces que, cuando dejara de ser futbolista, podía retomar sus estudios de fotografía, pero nunca hablaban de lo que le gustaría hacer a él, a su mono araña particular, al que le agarraba por detrás cuando deseaba meterse dentro de él, ese hombre que le veneraba algunas veces durante horas con su boca estudiando cada centímetro su cuerpo...

«Frena, que te pierdes», se rió Iker. El deseo de Dani, antes de conocerle y perderse en su piel, siempre fue trabajar en el AIMS (Australian Institute for Marine Science) y desarrollar su faceta de biólogo en unas instalaciones valoradas en 35 millones de dólares, que desarrollaban proyectos muy interesantes relacionados con la emisión de CO2. Estaba a unas cuatro horas de Byron, cogiendo un avión y un autobús. Y a solo un par de horas en avión privado...

¿Y qué haría él? ¿Montar una escuela de Surf? ¿Una tienda de fotografía? ¿Las dos cosas? No sabía cómo se le daría eso... ¡Él solo sabía saltar al campo y lanzar a puerta! «Menudo mono de feria».

Volvieron a casa, y, una vez duchados, previo asalto sexual en el baño mientras Dani se afeitaba, se presentaron a cenar en casa de Emma y Jon.

—¡Tío Iker! —exclamó uno de los gemelos al verles.

No entendía por qué, pero esos críos le adoraban. Cogió en brazos a Hugo y pronto Enzo requirió también su atención.

—¡Mira cómo lanzo, tío Iker!

El niño metió tal patada al esférico que rebotó en la pared y casi revienta un jarrón chino que había en la esquina.

—¡Os he dicho que el balón dentro de casa no! —les gritó Laura—, ¡será que vuestros tíos no tienen un jardín enorme!

Los niños huyeron de ella mientras se acercaba a los recién llegados, delantal y cucharón en mano, para darles dos besos.

—Emma y yo estamos con las ensaladas en la cocina. Jon está fuera, peleándose con la barbacoa.

—¿Qué tal esas olas? —les preguntó su amigo nada más verles.

Iker fue hacia el minibar y cogió un Aquarius para él y una cerveza para Dani, pero en el último momento, cambió de opinión y se cogió otra cerveza para él.

—¿Celebramos algo? —preguntó Jon al advertirlo.

—Sí, que estamos aquí juntos. ¿Te parece poco?

—Bien dicho —terció Dani juntando su cerveza con las de ellos.

Jon apartó la vista para supervisar a los niños y vio que estaban asomados a

la piscina.

—¡Freya, cariño! Aleja a los enanos de la piscina, se van a caer.

—¡Es que hay una mariquita en el agua! —explicó la niña sin levantar la cabeza—. No para de moverse, creo que se va a ahogar.

—¡Se va a morir! —gritó uno de los gemelos con dramatismo.

Dani acudió con rapidez a su encuentro y rescató al bicho con la mano. Los niños se agruparon a su alrededor para que les caminara por sus manitas y le miraron considerándolo un héroe.

—¡Tío Dani, la has salvado!

Iker vio que Dani sonreía de una forma especial. Una auténtica. La que tenía últimamente no resplandecía al 100%, y eso le dio fuerza para tomar la decisión. Pero, por lo pronto, se calló.

Dejó que se sentaran a la mesa y los niños acapararon la atención con su «¡Agua!», «¿Cómo se pide?», «Por favor», «La frase correcta es: ¿me pones agua, por favor?».

O un «¡Hugo no hagas guarrerías!», «Freya puedes sentarte bien, estás tirada en la mesa», «La cabeza se aguanta sola. Come», «Si queréis postre, comed». Y así transcurría el tiempo hasta que se ponían a ver la tele un rato y les dejaban cenar tranquilos a los mayores. Esa era su vida, al menos, la de las personas con las que quería compartirla.

Iker nunca había pensado en niños. Le gustaban, pero era algo que siempre le quedó muy lejano. Cuando descubrió que era gay, desechó totalmente la idea, aunque sabía que había medios: el famoso vientre de alquiler de Cristiano Ronaldo o el calvario de la eterna adopción. Por Dios... ¡Si hasta hacía nada los gays no podían casarse en Australia!, mucho menos adoptar...

—¿Te pasa algo, Iker? —le preguntó Dani—. Estás muy raro.

—Estoy bien —respondió ante todos.

—Olvida los problemas, ahora estamos aquí, vamos a disfrutar de estos días, ¿vale? Nos dará fuerza para afrontar la vuelta.

—Ese es el problema... ¿por qué vamos a seguir pasándolo mal cuando en realidad queremos estar aquí?

Dani parpadeó despacio.

—¿Qué insinúas?

Jon se tapó la boca con las manos al entender el mensaje. Y Emma y Laura se agarraron del brazo instintivamente.

—Pero... Iker... —comenzó Dani sin entender—. Tu carrera... es muy importante, yo puedo esperar, no quiero hacer nada de lo que luego te

arrepientas y...

—Tú también eres importante. Tu felicidad me importa... la de los dos.

—¿Crees que serías feliz si dejaras el fútbol? —preguntó Dani con miedo.

—No sé, pero sería feliz si te casaras conmigo...

Emma soltó un grito indescifrable. Guille se mofó de la cara de Dani.

—¿Quieres casarte? Primera noticia... —murmuró Dani risueño.

—Pues... sí, y también quiero tener un hijo.

—¿¿Qué?! —exclamó Dani alucinado.

—Hooostia... —soltó Guille divertido.

«¡Hostia!», «Hotia», «Otia», exclamaron los niños desde el sofá y Emma les mandó callar con un «¡shhh!».

—¿Tú no quieres tener hijos? —preguntó Iker con aprensión—. Pensaba que te gustaba todo esto —dijo levantando los brazos y obviando el ambiente de gritos por la palabrota.

—Bueno, «esto» es una época preciosa pero agotadora —intervino Laura irónica—. Pero no dura eternamente, ¡espero! —rio nerviosa.

Guille acarició su mano comprensivo. Le había estado contando que, a su corta edad, *Los Gemeliers* ya habían visto de todo, porque les habían pillado mil veces en la cama dándole al asunto, pero Laura seguía negándose a poner un cerrojo en la habitación; a pesar de que, una vez, les vieron y gritaron: «¡Se están peleando! ¡Guerra de cama!», y se lanzaron contra ellos cuando ni siquiera la había sacado.

—No es que no quiera tener hijos —respondió Dani reticente—, pero yo había pensado más bien en comprarnos un perro, para empezar... —sonrió culpable.

Iker soltó una risita. Era evidente que a Dani le asustaba la responsabilidad, al fin y al cabo, ya les había separado una vez, y era un poco obsesivo con la seguridad de la gente que amaba.

—No te preocupes, tenemos tiempo de hacernos a la idea sin agobiarnos —explicó Iker—, el tiempo de espera para adoptar suele ser de seis a ocho años. Lo he estado mirando...

—¿Lo has estado mirando? —preguntó Dani alucinado.

—Pues... sí... ¿qué opinas?

—Oye, ¿esta no es la típica conversación que se tiene en un sofá A SOLAS una tarde de domingo, creyendo golosamente en la falsa idea de que te sobra el tiempo? —apuntó Jon apurado.

—¿Qué más da? Os vais a enterar igual. Es imposible mantener un secreto

contigo y con Emma cerca. Así que, ¿qué me dices, Dani, quieres el lote completo conmigo o te rajas? —retó Iker.

—¡Pensaba que nunca me lo pedirías! —exclamó Dani saltando de su silla y acercándose a él para fundirse en un abrazo.

Los demás empezaron a aplaudir y a vitorear como locos.

—¿Entonces os mudaréis aquí? —preguntó Laura incrédula.

—Sí —contestó Iker sonriente. Al escucharle, Dani le saltó encima como un Koala, y Laura empezó a llorar de alegría.

Iker buscó a Jon con la mirada y lo vio con la frente apoyada en la mesa, un gesto que siempre hacía para esconderse a llorar cuando estaba sobrepasado, y en ese momento, entendió que había tomado la mejor decisión.

Ambos necesitaban a Moby Dick en sus vidas como el respirar. Y Dani necesitaba Byron. Y él a Dani. No había que ser muy listo para ver que era la opción acertada. Su chico llevaba cinco años respetando su carrera porque quería estar con él, y ya era hora de corresponderle.

Guille se acercó a él cuando los demás hablaban entusiasmados de la idea de vivir por fin todos juntos en Byron y le chocó de nuevo la copa.

—Me alegro de que vengáis, sé que es algo que has valorado muy bien.

—No te creas. Una tarde en el mar y lo he visto todo más claro.

Guille sonrió comprendiéndole.

—Me vas a venir bien. Estos cuatro están chalados... y necesito a alguien que me ayude a controlarlos cuando se les pira la pinza...

Iker se rio. En realidad, Guille era su gran apuesta, porque tenía razón. Esos cuatro estaban muy unidos, y parecía que ellos solo habían corrido la suerte de enamorarse de la parte activa de aquel cuadrado, pero entre ellos siempre había existido un *feeling* especial que notó desde el principio, como con Emma.

—No te preocupes, entre Freya, tú y yo, creo que lograremos controlarlos.



Siete años después de la pedida

Estaba acojonado.

No sabía ni su nombre y ya sudaba al pensar en él.

Dani quería comprarse un perro que se llamara Ringo, pero en vez de eso, se dirigía a firmar un contrato que le convertiría definitivamente en el padre de un niño de tres añitos de Costa de Marfil. «¡Que alguien me ayude!»

Notaba dificultad al respirar. No sabía cómo había logrado pasar los exámenes psicológicos con su ansiedad severa, quizá fuera cierto que era un psicópata o igual es que la figura de Iker tenía mucho más peso del que pensaba, porque solo tres años después de iniciar los trámites iban a conseguir adoptar a un niño.

—¿Por qué no os lo dan antes? ¡Con la cantidad de niños necesitados que hay en el mundo! —dijo Emma, después de un año teniendo esperanzas de que el proceso fuera rápido para ellos, pero ambos empezaban a desesperarse sintiendo un vacío en su vida desde que tomaron la decisión.

—No es tan sencillo —contestó Iker—. Cada vez hay más gente que quiere adoptar, pero cada vez hay menos niños adoptables.

—¿Adoptables? ¡Todos lo son!

—No funciona así. Para lograr que la adopción sea un éxito, los niños tienen que cumplir ciertos requisitos. Para empezar, no estar enfermos; y muchos de los niños que no pueden ser atendidos por padres biológicos que no están en plenas facultades, heredan sus problemas desde la cuna. Muchos tienen el Síndrome de Alcoholismo Fetal, otros tienen una conducta agresiva y desafiante que les impide desarrollar normalmente el habla y otros aspectos cognitivos, y con la ligera prosperidad económica de países como China o

Rusia gracias a la globalización, cada vez es más complicado que una madre quiera dar a su hijo en adopción, aunque vivan en condiciones críticas. ¡Nadie quiere separarse de sus hijos! O son huérfanos o está difícil conseguirlo. Además, los padres que se rinden a ello, suelen preferir una adopción nacional, no internacional.

—¿Y no habéis pensado en el vientre de alquiler? —propuso Laura.

—No lo descartamos, pero nos sentiríamos genial salvando a un niño con un futuro incierto. Sé que Dani sabría manejarle, tratarle, y darle una nueva vida mejor que nadie...

El aludido tragó saliva al escucharlo. «¡Vaya presión!». Antes vivía demasiado feliz, sin causarle expectativas a nadie, y ahora...

Ahora había llegado el momento.

Iker empezó a implicarse en ayuda humanitaria para los más pequeños y fue ganado puntos frente al tribunal de asignación de menores. Dos años después, les llamaron y les dijeron que habían encontrado a un niño perfecto para ellos.

«¿Perfecto? ¿Ladra y se llama Ringo?», gritó Dani en su interior.

¿Podría dar la talla como padre? No lo sabía. Como dueño, sí...

—¿Cuándo? —preguntó cuando Iker le llamó alucinado para contárselo. No le salió nada más.

—En dos meses tenemos que ir a por él a África.

«¡Cielo santo!», pensó Dani sobrepasado. Pero solo dijo:

—Pues habrá que prepararlo todo para cuando venga, ¿no?

—¡¡Sí!! Joder, ¡es un niño! Dios mío, ¡siempre pensé que nos darían a una niña porque somos gays!

—Prefiero no analizar de dónde has sacado eso. Yo casi lo prefiero, porque si fuera niña, quizá terminara matando a su primer novio...

—Joder, creo que me va a dar algo... —anunció Iker feliz.

Dani no contestó. A él ya le estaba dando.

Sesenta días después, tras gastarse un dineral desorbitado en cosas que un niño no necesitaba en realidad, fueron a buscarle.

—¡Quieres tranquilizarte! —murmuró Iker cuando llegaron a un poblado perdido en un Jeep.

—¡No puedo! Esto es demasiado fuerte... —susurró nervioso.

—Señor, ¿todo va bien? —le preguntó un asistente a Iker.

—Sí, sí, vamos.

Llegaron a una habitación en la que había un niño sentado en una silla, con una camiseta marrón desgastada y agujereada y un pantalón corto azul claro.

Tenía el pelo peinado en pequeñas trenzas, como si le hubieran arreglado para recibir aquella visita.

El niño observó a las tres personas que acababan de invadir su espacio con miedo. Estaba muy serio. Parecía no entender nada, aunque se lo hubiesen explicado mil veces. «¡Anda, como yo!».

Dani oía la voz del asistente social hablando, pero en la lejanía. Su mente estaba concentrada en identificar los sentimientos y las necesidades del niño en ese instante, y de repente, ese canijo le sonrió entre vergonzoso y travieso.

«Dios... ¡me lo como!», pensó Dani derritiéndose al ver que, su aspecto tatuado, no le había perturbado ni lo más mínimo, al contrario. Su instinto primario fue aceptarlo como algo bonito, como un «amor a primera vista».

El niño desplazó los ojos hasta Iker e intentó abarcar toda su musculatura. Se mordió los labios abrumado y mirando hacia abajo observó sus piernecitas, cohibido. Al poco, volvió a subir la cabeza y buscó coincidir de nuevo con la mirada de Dani, que no podía dejar de mirarle. El niño luchó contra ello, pero volvió a sonreír sin poder evitarlo.

La mente de Dani estalló. Le mostró el futuro en un segundo. Imaginó al niño integrado en su mundo, en sus espacios; los imaginó riéndose, castigándole, abrazándole y no pudo frenarse.

Avanzó hacia él y el asistente le cortó el paso.

—Perdone, ha de esperar. Esto se hace poco a poco para que...

—¡Eh, chaval! —dijo Dani en tono jovial, esquivando la cabeza del hombre para poder ver al niño—. ¿Quieres venirte con nosotros? El grandullón y yo vamos a cuidar muy bien de ti, ¡será divertido! —exclamó gesticulando mucho. Después, se agachó, abrió los brazos y le sonrió levemente, sin enseñar los dientes.

Al principio, el niño dudó. Se notaba que quería hacerlo, pero no se atrevía. Dani dio una palmada en el aire y le dijo «ven» con las manos para motivarle.

—Oiga, va a asustarle... normalmente lo que...

De repente, el niño se bajó de un salto de la silla y al asistente se le cayó la boca al suelo.

El niño avanzó hasta Dani y se paró delante de él, curioso. Dani no se movió. Le dejó tocar sus manos, todavía extendidas, y el niño perfiló sus anillos, impresionado. Al momento, se acomodó contra él con una sonrisa tímida que pedía permiso al trabajador social.

—Bueno... pues —sonrió este—. ¡No hay más que hablar! No me puedo creer que haya sido tan fácil...

Dani subió al niño hasta su pecho con naturalidad, dejándole encajado como lo haría cualquier madre del mundo animal. El niño se adaptó como si llevara allí toda la vida y Dani miró a Iker, satisfecho. ¡Su marido estaba alucinando pepinillos! Se habían casado en Byron, en una boda íntima; no fueron de luna de miel porque, según ellos, vivían en una eterna *luna de miel*, y en ese momento, le miraba con una cara que le encantaba identificar en él, la de «Eres único y me priva que seas mío».

Dani salió de la pequeña construcción con Kali en brazos, ese era su nombre. Le sostenía sin darle importancia, intentando disimular la cantidad ingente de amor que estaba brotando de su pecho. Cuando se subieron al coche, el niño no dijo nada, e Iker negó con la cabeza sin dar crédito.

Antes de subir al avión, Kali se quedó dormido. Y cuando por fin se acomodaron en sus asientos, Dani miró a Iker embelesado.

—Gracias... —soltó simplemente. Una palabra demasiado pequeña, para expresar algo tan grande.

—¿Por qué? —preguntó el futbolista con anticipación, esperando que su respuesta agitara su alma, como siempre hacía.

—Por traerle a nuestras vidas... Por saber quererme, por comprender antes que yo que: En el Fondo, le quería.

FIN

Agradecimientos

Bego, mi canaria predilecta, como siempre, un placer escuchar tus sabias palabras repasando mis borradores. Te he dicho muchas veces que me enorgullezco de tener una amiga como tú. Eres mi gurú. Gracias por estar siempre ahí, desde el principio de los tiempos.

Tati, @Lecturitatis, perra del mal, gracias por toda tu ayuda. Por tus risas, por el día a día, por llevarme en tus pensamientos, por tu esfuerzo, tus ánimos, tu honestidad. Gracias de todo corazón. A ti te dedico este libro, porque creo que sin ti, los libros de En el Fondo, no habrían sido lo mismo, estoy segura. Estuviste ahí para aguantar mis neuras y mis audios a la velocidad de la luz, y te estoy agradecida. En todos los goles siempre hay un pase previo magistral, gracias por dármelo.

Yadira, @elbouldemislibros, gracias por soportarme. Por ser esa borde adorable que necesito en mi vida para no perder la fe en la humanidad. ¡Eres mi Dani!, no cambies nunca. Tu capacidad de trabajo es digna de mención, eres hábil, perfeccionista y siempre exiges más. Y luego está tu sarcasmo, con el que consigues hacerme reír a carcajadas. Gracias por ayudarme en este libro tan complicado, has sido una pieza fundamental para mí.

Anuska, mi prima del alma, mi correctora supersónica. Siempre te digo lo mismo, pero ¡es que es cierto! «¿Qué haría sin ti?» ¡Eres mi ojo de halcón! Te debo un regalo bien grande por enviarme unos mil audios en total (qué desastre soy) y voy a cumplir mi promesa porque te lo mereces. Has sido el empujón que necesitaba para estar tranquila en la recta final del lanzamiento del libro. ¡Eres un Guille de la vida! ¿Cómo se te ocurre decirme que es «de lo mejor que he escrito»? ¡A ver cómo me bajo ahora de la nube! Gracias. Mil gracias, siempre. ¡Crack!

Sobre el autor

Anny Peterson nació en Barcelona en 1983. Estudió Arquitectura e hizo un Master en Marketing, Publicidad y Diseño Gráfico. Actualmente, vive con sus hijas y su pareja en Zaragoza.

Lectora acérrima del género romántico en todas sus versiones. Devoradora de series y películas. Adicta a la salsa boloñesa y a la CocaCola Zero.

Encuentra mis libros en Amazon:

La Droga + dura I: Atrévete a probarla.

La Droga + dura II: Intenta dejarla.

La Mafia que nos une (Mafia 1)

El Poder de la Mafia (Mafia 2)

En el fondo, me tienes.

En el fondo, me quieres.

www.ladyfucsia.com

@Lady_Fucsia

Lady Fucsia - Anny Peterson

¡No te pierdas "la droga+dura"!

BILOGÍA
**LA DROGA
+ DURA**
EDICIÓN ESPECIAL



Anny Peterson